



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

REPRESENTACIONES DEL VENDEDOR AMBULANTE EN LA CIUDAD DE
MÉXICO, 1821-1857. LA VISIÓN DEL VIAJERO EUROPEO

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN HISTORIA

PRESENTA:
BLANCA AZALIA ROSAS BARRERA

TUTOR: DRA. MARÍA ESTHER PÉREZ SALAS CANTÚ, PROGRAMA DE
MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA

MÉXICO, D. F. OCTUBRE 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradezco a todas aquellas personas que me han brindado su apoyo y confianza.

A mis padres: Basilisa Barrera y Edmundo Rosas.

A mis hermanos: Dante, Aldo y Mayumi.

A mi familia, amigos y profesores, quienes fueron determinantes en mi formación profesional y personal.

A Norberto Nava, quien siempre me ha dado su amor y apoyo incondicional.

A mi directora de Tesis: Dra. María Esther Pérez Salas, cuya guía fue indispensable para concluir este importante proyecto.

A mis sinodales y profesores: Mtra. María José Esparza, Dra. Gisela Moncada, Dra. Antonia Pi-Suñer, Dra. Marcela Terrazas y al Dr. José Enrique Convarrubias.

A la Universidad Nacional Autónoma de México.

Índice.

INTRODUCCIÓN.....	4
1. Las fuentes.....	9
CAPÍTULO I. LA CIUDAD DE MÉXICO Y LA REGLAMENTACIÓN DEL COMERCIO AMBULANTE.....	20
1. La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX.....	20
- <i>El espacio urbano.....</i>	<i>21</i>
- <i>Las autoridades.....</i>	<i>24</i>
- <i>La población.....</i>	<i>27</i>
2. La reglamentación del comercio ambulante.....	34
- <i>El Mercado.....</i>	<i>37</i>
- <i>Excepciones a las reglas y sus consecuencias.....</i>	<i>43</i>
CAPÍTULO II. EL VENDEDOR AMBULANTE SEGÚN LA VISIÓN NACIONAL.....	51
1. La pintura de castas. Primeras representaciones del vendedor ambulante.....	51
2. El costumbrismo mexicano.....	59
- <i>Los "tipos populares" mexicanos.....</i>	<i>62</i>
- <i>Algunas escenas de costumbres.....</i>	<i>74</i>
CAPÍTULO III. EUROPEOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.....	81
1. El viajero europeo en México.....	81
- <i>Los diplomáticos.....</i>	<i>84</i>
- <i>Artistas y científicos.....</i>	<i>90</i>
2. El migrante europeo en México.....	102
- <i>Profesionistas y empresarios.....</i>	<i>106</i>
- <i>Los artistas gráficos.....</i>	<i>112</i>

3. Algunas vistas urbanas.....	116
CAPÍTULO IV. EL VENDEDOR AMBULANTE, LA VISIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS VIAJEROS.....	121
1. Del campo a la ciudad. Primeras divisiones del comercio ambulante.....	123
- "Tipos" de vendedores ambulantes.....	130
- Vendedores rurales.....	132
- Vendedores urbanos.....	140
2. La riqueza mexicana: Productos y formas de vender.....	151
- Vendedores de "a pie".....	153
- Vendedores "semi-fijos".....	157
- El Mercado.....	166
3. El vendedor ambulante y su relación con la sociedad y el espacio capitalinos según la visión europea.....	176
- Las fiestas.....	176
- Los paseos.....	186
CONCLUSIONES.....	197
ANEXO.....	203
FUENTES CONSULTADAS.....	213
1. Acervos.....	213
2. Hemerografía.....	213
- Primaria.....	213
- Secundaria.....	213
3. Bibliografía.....	215
- Primaria.....	215
- Secundaria.....	218
4. Publicaciones electrónicas.....	227

INTRODUCCIÓN.

La presente investigación se ocupa de estudiar la vida laboral de los vendedores ambulantes que ocupaban los espacios públicos de la ciudad de México, partiendo, principalmente, de las representaciones que sobre estos personajes realizaron algunos visitantes europeos entre 1821 y 1857.

Para entender el concepto que se tenía de vendedor ambulante en la primera mitad del siglo XIX, es necesario desvincularlo de la percepción que de esta práctica se tiene en la actualidad, asociada con la ilegalidad, la informalidad y graves problemas sociales. Para definirlo de una manera más acorde a la temporalidad que nos interesa, hay que partir de criterios generales de la época en cuestión. Por un lado, la palabra vender, según la Real Academia Española, entre los años de 1822 y 1843 se entendía como “Exponer al público los géneros ó mercaderías para el que las quisiere comprar, aunque no sean propias del que las vende”.¹ Por otro lado, entre 1822 y 1837 el término ambulante se refería a objetos inanimados que aparentaban movimiento; fue hasta 1843 cuando se presentó como “Él, ó lo que anda”.² Lo anterior es un indicativo importante de la posible fecha de conformación del concepto de vendedor ambulante pues coincide con el uso de dicho término en las fuentes oficiales y literarias de la década de 1840 para referirse a los vendedores que circulaban por las calles de la ciudad. Esta modificación en el término “ambulante” dada entre 1830 y 1840 no se generó de la nada, sino que debió responder a la necesidad de definir o redefinir prácticas cotidianas. Por otro lado, la acción de “andar” sigue presentando imprecisiones, lo cual puede ser de utilidad para que englobe una mayor cantidad de características del vendedor ambulante, como se verá posteriormente.

A partir de estas consideraciones, un primer intento de definir el concepto de vendedor ambulante en la primera mitad del siglo XIX es: personaje que expone al público sus mercancías mientras se desplaza, o bien, que transporta su

¹ Consultado en: <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle> (20 de abril de 2012).

² *Ibíd.*

mercancía de un lugar a otro, ocupando espacios específicos temporalmente. Sin duda, esto sugiere que sólo podía ayudarse de objetos fáciles de transportar y aptos para improvisar un puesto temporal. Además, nos remite claramente a su sitio de trabajo, cualquier lugar al que pueda transportar su mercancía para encontrar compradores, es decir, los espacios públicos, los cuales comprenden tanto las calles –el acceso a casas particulares o espacios privados-, como las plazas y mercados –espacios exclusivos para el comercio-. Asimismo, es necesario contemplar no sólo la movilidad de los vendedores, sino del resto de la sociedad -los actores que se desenvuelven, que interactúan, en el espacio público-. De manera que para entender lo que era o se creía que era el vendedor ambulante es necesario conocer las necesidades sociales que permitieron la permanencia de dicho personaje, al igual que a la sociedad y el espacio en el que se insertaba.³

El comercio ambulante ha estado presente en México desde la época prehispánica y se adecuó a las necesidades de abasto de la Nueva España y a la administración virreinal. A finales del siglo XVIII, este tipo de comercio era desarrollado por los llamados “vendedores de a mano”, “buhoneros”, “mercaderes itinerantes” y “mesilleros”, de diverso origen étnico, que ofrecían mercancías de primera necesidad al menudeo en la vía pública, ya fuera desplazándose a pie con bultos y cajas, o sobre petates y tablas dispuestos en el piso. En el contexto de las reformas borbónicas, las autoridades virreinales trataron de limitar y controlar dicha práctica, considerada informal e ilegal al carecer de un espacio fijo que facilitara su regulación y cobro de impuestos. A pesar de que en este periodo se crearon las primeras disposiciones tendientes a eliminar a los ambulantes de la vía pública, la aplicación de las mismas fue esporádica o temporal.

³ El carácter ambulante del comprador en el comercio actual es abordado por Jérôme Monnet en: “EL PRISMA DEL AMBULANTAJE. Conceptualización del ambulante, de los vendedores a los clientes: Un acercamiento a la metrópoli posfordista”, en: Jérôme Monnet y Juliette Bonnafé (Coords.), *Memoria del Seminario el ambulante en la Ciudad de México*. México, UNAM-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2005, pp. 1-23.

El comercio ambulante siguió siendo una fuente importante de ingresos para un amplio sector de la población después de la Independencia de México. La crisis económica y la falta de instituciones sólidas en la recién creada nación mexicana, facilitaron la permanencia de diversos elementos de la organización virreinal; ése fue el caso de la reglamentación del comercio. Sin embargo, las mercancías y los espacios en donde se permitía dicha actividad comenzaron a adaptarse a las necesidades de una nación abierta a la cultura y al comercio internacionales. En el siglo XIX se hace presente una mayor preocupación por aplicar normas de urbanidad e higiene, además de una nueva administración del comercio y abasto de las ciudades, lo que implicaba la creación de mercados establecidos y la prohibición del ambulante en las calles. Si bien encontramos diversos elementos que sugieren la colocación de los vendedores en plazas de mercado, también podemos apreciar que el crecimiento de esta actividad laboral, así como la presencia de intereses particulares (de las autoridades, propietarios y comerciantes mayoristas), fueron esenciales para su permanencia en las calles tanto en el periodo de estudio como en fechas posteriores.

La permanencia del ambulante en este periodo e incluso en la actualidad se relaciona fácilmente con el origen social de los vendedores. El México independiente heredó la desigualdad social tan marcada en la época virreinal, la superioridad del hombre blanco sobre indios y castas, a quienes se atribuían los peores defectos para justificar su estado de inferioridad. Aunque la cuestión racial fue perdiendo fuerza en el periodo independiente, la cuestión económica, es decir, la pobreza siguió identificando a las clases populares, mayoritariamente a indígenas, mestizos y algunos blancos sin suerte. La clase pobre urbana y rural (en este caso proveniente principalmente de los alrededores de la ciudad), carecía de educación, influencias y capital para ocuparse en algún oficio o profesión estable. Estos personajes quedaban a merced de trabajos temporales como el comercio ambulante y el servicio doméstico, incluso, muchas veces, se vieron reducidos a la vagancia y mendicidad.

La inconstancia de la venta ambulante, en cuanto a cantidad, calidad, espacio de acción, así como el origen y otras ocupaciones de los vendedores, fue la razón de su marginalidad, de la falta de información sobre este tema en censos y estudios de la época. Aunque hay registros sobre un constante intento por parte de las autoridades capitalinas de regular y reunir esta actividad en plazas de mercado, no cabe duda de que el número de ambulantes que seguía vendiendo libremente en las calles y espacios públicos de la ciudad aumentaba constantemente. Su permanencia se relaciona con la tolerancia de las instancias de gobierno correspondientes, pues el creciente número de vendedores constituía una potencial fuente de ingresos a las arcas de la ciudad. Asimismo, el Ayuntamiento y el gobernador llegaron a aceptar que la labor de los vendedores callejeros era indispensable para el abasto de productos de primera necesidad entre las mismas clases populares e incluso entre las más desahogadas económicamente.

En este sentido, el principal objetivo de esta investigación es el de mostrar las características de los vendedores ambulantes, las diferencias existentes entre sus integrantes, los productos ofrecidos, así como la forma de transportarlos y ofrecerlos. Debido a la poca información presente en la legislación y la literatura mexicanas sobre estos temas, nuestra fuente de información principal son las representaciones de estos personajes (textos e imágenes) realizadas por un grupo de europeos que visitaron México en la primera mitad del siglo XIX. Si bien estos extranjeros se ocuparon de retomar a los “tipos populares” más representativos de “lo mexicano”, entre los que destacó el “pintoresco” vendedor ambulante, también nos proporcionaron detalles que escaparon de la mirada local y la legislación.⁴

⁴ “Por tipo se entiende la representación de un personaje de tal manera que resulten perfectamente distinguibles los rasgos que convencionalmente definen a tales individuos, en cuanto miembros del grupo. La tipicidad radica en la conjunción de tales rasgos, sin que desaparezcan los trazos que singularizan al personaje, que hacen de él un individuo.”, en: María Esther Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo. Un nuevo modo de ver*. México, UNAM-IIE, 2005, p. 18. Sobre el trabajo en las calles de la ciudad de México a principios del siglo XX véase: Mario Barbosa Cruz, *El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la ciudad de México a comienzos del siglo XX*. México, El Colegio de México-UAM Cuajimalpa, 2008.

El periodo de estudio inicia con la independencia de México, hecho que implicó la búsqueda de un nuevo orden político, económico y social que sustituyera o mejorara al heredado del virreinato, a la vez que propició la llegada masiva de un importante contingente de extranjeros interesados en conocer, aprovechar y describir los recursos que ofrecía la nueva nación y a su población. La investigación finaliza con la promulgación de la Constitución política de 1857, producto de la consolidación de un partido liberal fuerte que abanderaba ideas políticas modernas, cuyo proceder en materia del abasto y demás políticas urbanas, relacionadas con el ambulante, comenzó a consolidarse. Si bien es claro que en dicho periodo pervivieron importantes aspectos de la legislación virreinal y las prácticas cotidianas que regulaban la venta al menudeo y los mercados, también se pueden apreciar los primeros intentos de aplicación de políticas urbanas modernas, como en el caso de la creación de mercados establecidos con una infraestructura planeada a partir de principios de salubridad y orden. De la misma forma, al iniciar la segunda mitad del siglo XIX, puede notarse la consolidación de los "tipos populares" urbanos en las obras de los costumbristas mexicanos (escritores y artistas gráficos). Las representaciones del ambulante dejan de lado la búsqueda de lo "pintoresco" y detalles distintivos, tan presentes en las obras de los visitantes europeos, para buscar la afirmación de estereotipos nacionales, por lo que la información novedosa sobre las características de la venta callejera se vuelve más limitada en este periodo.

La elección de la ciudad de México como escenario principal de la investigación queda clara en su historia misma. El sistema de gobierno virreinal, centralizado en lo político y económico, principalmente durante el reinado de los Austrias, le dio el estatus de capital. En ella residía el poder civil y eclesiástico novohispano; a su alrededor se articularon las principales redes comerciales, la administración, organización económica, política, social y las vías de comunicación de toda la Nueva España.⁵ Estas atribuciones no se modificaron con

⁵ En el marco de las reformas borbónicas, la Metrópoli emitió la *Ordenanza* de 1786 que estipulaba la división de la Nueva España en intendencias, organismos administrativos intermedios creados con el objeto

la independencia, la ciudad de México por lo general permaneció como capital de la nación y sede del gobierno, era la primera en recibir modas e ideas extranjeras, residencia de políticos, pensadores y hombres de negocios, lo que contribuyó a que llevara la delantera en cuestiones tendientes a la formación de un Estado "moderno".

Al concentrar todas las actividades económicas del momento, la ciudad de México era el escenario ideal para que las clases más pobres encontraran algún medio para sobrevivir. El espacio público, entendido en términos urbanos como espacio abierto, de encuentro e intercambio social, ha sido el escenario principal de una serie de negociaciones, conscientes o pertenecientes a la costumbre, entre la multitud de actores sociales que mediante sus actividades particulares se han apropiado de él de diferentes formas. Sin duda el vendedor ambulante, originario del campo o de la misma ciudad, encontraba en estos espacios urbanos el lugar propicio para realizar su actividad, la cual implicaba movilidad y el encuentro con la gente.⁶

1. Las fuentes.

Según el *Diccionario de la Lengua Castellana* de 1843, viajero es “el que hace algún viaje, especialmente largo ó por varias partes. Aplícase con singularidad á los que escriben las cosas especiales que han observado en él.”⁷ Si bien los escritores y artistas que se abordaron en esta investigación pueden definirse como viajeros, pues dejaron constancia de las observaciones sobre su estancia, hay que tomar en cuenta las diferencias que existen entre los motivos y el tiempo de su

de descentralizar el gobierno general, imponer un orden jerárquico a las principales capitales de intendencia para mantener un mejor control administrativo, político, económico y una mejor comunicación con las diferentes regiones. A pesar de que este sistema trajo grandes beneficios económicos a España, al constituir una amenaza para importantes grupos de poder consolidados en la ciudad de México, destacando la figura del Virrey, su alcance se vio limitado. Hira de Gortari Rabiela, “Capitalidad y centralidad: ciudades novohispanas y ciudades mexicanas (1786-1835)”, en: *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*. España, Universidad del País Vasco-Universidad Autónoma de Puebla, 2006, pp. 373-392.

⁶ Sobre la creación del espacio público en el paso del antiguo régimen al moderno en las principales ciudades iberoamericanas ver: François-Xavier Guerra, *Et. Al., Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México, Fondo de Cultura Económica-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.

⁷ Consultado en: <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle> (24 de octubre de 2011).

permanencia en México, factores que sin duda afectaron los juicios que emitieron en sus textos e imágenes. Podemos considerar como viajeros en sentido estricto a aquellos que llegaron por una corta temporada por cuestiones diplomáticas, negocios, experiencia académica o por placer, retirándose al cumplir con sus objetivos principales, en cuyo caso el interés en las costumbres observadas no rebasó los límites de la mera observación de lo exótico o la recopilación de datos con motivos concretos. Sin embargo, un grupo distinto de europeos que escribieron o retrataron su estancia en México, es el señalado por José Enrique Covarrubias como migrante, integrado por personajes que llegaron sin un fin concreto o recursos suficientes y algunos con la idea de establecerse –aunque la mayoría por diversos motivos no lo logró-. Al parecer de este autor, se puede atribuir mayor autoridad a las descripciones de los migrantes debido a que buscaron integrarse al contexto y realidad mexicana por tiempo considerable.⁸

A pesar de esta aparente distinción entre visitantes europeos, no es posible realizar una diferenciación clara de los mismos a partir del conocimiento de los recursos con que contaban, los motivos y duración de su estancia, sobre todo en un contexto nacional e internacional en transición hacia nuevos programas políticos y económicos. Salvo por algunas excepciones, como es el caso de los diplomáticos, gran parte de los extranjeros contemplados para este trabajo consideraron residir en México indefinidamente. En este sentido, para presentar de forma más completa, clara y ordenada el contexto diplomático, económico y social que imperaba en el país a la llegada de estos europeos, la distinción entre viajeros y migrantes no se tomará en un sentido estricto. El término viajero

⁸ Según Covarrubias el término “Literatura viajera” se originó en la obra de Juan A. Ortega y Medina sobre viajeros anglosajones que permanecieron un corto tiempo en México con fines diplomáticos o comerciales. José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*. México, UNAM-Instituto Mora, 1998, pp. 8-12. En el mismo sentido José Ortiz Monasterio en el prólogo al libro del francés Mathieu de Fossey, considera a este último como un migrante y no como un viajero al prolongar su estancia en el país de forma indefinida. Mathieu de Fossey, *Viaje a México*. Estudio introductorio de José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, 1994, pp. 14-16. Cfr. Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México, UNAM-IIH, 1987. (Historia Moderna y Contemporánea, 18); y del mismo autor “Contumelia Maledicti”, en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1983, pp. 283-298.

distinguirá a los europeos dedicados a actividades diplomáticas, académicas y artísticas, con las cuales lograron cierta seguridad económica y social. Mientras aquellos cuya estancia fue prolongada o relacionada exclusivamente con negocios o aventura, debido a lo cual su permanencia quedaba sujeta al azar, serán considerados como migrantes.

Entre los europeos que llegaron a México en la primera mitad del siglo XIX, que dejaron textos e imágenes sobre las impresiones de su estancia, podemos contar alrededor de una centena.⁹ La mayoría se centró en escribir o representar la vida política, económica, e incluso natural, mientras que sólo unos cuantos se interesaron en las costumbres populares de la población de la ciudad de México y sus alrededores inmediatos. En este sentido, la imagen del vendedor ambulante, aunque aparece brevemente en gran parte de la obra europea sobre México, sólo toma un papel destacado para algunos artistas y escritores. Cabe mencionar que dentro del grupo de viajeros elegidos para realizar la investigación no se integraron españoles, lo cual se debió al lazo cultural que México mantenía con España incluso después de su independencia, reflejado principalmente en la religión y el idioma. Además, posiblemente por razones similares, no existen muchos diarios o relatos de viaje españoles que brinden atención a la figura del ambulante, y mucho menos representaciones visuales, lo mismo ocurre en el caso de los viajeros norteamericanos.¹⁰

Las representaciones visuales, tan variadas y ricas, realizadas por los europeos fueron un elemento indispensable para ampliar la información obtenida en los textos. En este sentido, los artistas que elaboraron de forma cuantitativa y cualitativa un perfil más completo del vendedor ambulante fueron el italiano

⁹ Cabe mencionar que a partir de 1807 se publicó el *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva-España* de Humboldt, lo que propició el interés de los países extranjeros no sólo en los recursos que ofrecía la Nueva España, sino en el exotismo de su sociedad y paisajes. Con la independencia, el arribo de numerosos viajeros fue inminente, movidos por distintos intereses, registraron con diferentes medios, aspectos importantes de la vida cotidiana en la ciudad de México y otras regiones de la República Mexicana. Ver ANEXO 1. Este cuadro sobre viajeros europeos sólo pretende mostrar la variedad de obras sobre México, no se trata de una recopilación acabada ni exhaustiva, por el contrario, considero que hay muchas obras fuera de mi conocimiento.

¹⁰ Cfr. ANEXO 1.

Claudio Linati (permaneció en México entre 1825 y 1826, regresó en 1832 sólo para encontrar la muerte en Tampico), el alemán Carl Nebel (1829-1834), el inglés Daniel Thomas Egerton (1831-1837 y 1841-1842), el alemán Johann Moritz Rugendas (1831-1834), el suizo Johann Salomón Hegi (1849-1860), y el francés Edouard Pingret (1850-1855). En los diarios y relaciones de viaje la figura del vendedor callejero aparece de forma constante como parte de diversos datos sobre lo pintoresco de las costumbres populares, incluso asociada con los léperos y los vicios de la sociedad mexicana, casi nunca de manera independiente. Por esta razón, bastará con recopilar las notas más sobresalientes que sobre el vendedor ambulante hicieron los visitantes europeos más destacados de la época, como son el naturalista y anticuario inglés William Bullock (1822 y 1827), el diplomático inglés Henry George Ward (1823-1824 y 1825-1827), el matemático alemán Eduard Mühlenpfordt (1827-1834), el empresario alemán Carl Cristian Sartorius (1825-1872), el aventurero francés Mathieu de Fossey (1830-1849), y Fanny Calderón de la Barca (1839-1842) esposa del primer ministro español en México después de la Independencia.

La elección de autores tan variados se hizo con el fin de ampliar el panorama sobre la visión europea de un singular personaje mexicano. Tomando en cuenta el peso de la cultura europea en la interpretación de la vida cotidiana mexicana, el análisis de las obras extranjeras se enfocó en la búsqueda de elementos de la realidad, es decir, considerando la religión, idioma, educación, género y las intenciones de viaje de cada europeo, se buscó la relación entre lo implícito y lo explícito de sus relatos, lo que callaban y lo que los escandalizaba sobre las costumbres populares, sobre la venta ambulante en específico. Considerando la fuerte influencia del romanticismo, algunos principios científicos y hasta el costumbrismo en la literatura y arte europeos de principios del siglo XIX, podemos pensar que los extranjeros cuya obra se analiza en la presente investigación, buscaron dar un panorama realista de aquello representado, justificado por la visión directa y la experiencia personal, como lo hiciera su precursor el barón Alejandro de Humboldt. En este sentido, si bien sus obras están llenas de prejuicios y hasta exageraciones, también dejan ver algunos elementos

de la realidad, a veces tan insignificantes que escaparon a la crítica mordaz del extranjero, para presentarse como parte del panorama general descrito.

La información obtenida en el análisis de las obras europeas, sobre los elementos de la venta y sobre los vendedores mismos, llenó muchas lagunas informativas presentes en los relatos mexicanos y la legislación del comercio de la ciudad de México, cuyos intereses principales radicaban en mostrar la insalubridad y desorden de tales prácticas para justificar su regulación y concentración en plazas. Sin embargo, estas fuentes nacionales fueron de gran utilidad para mostrar el contexto en el que se desarrollaba el ambulante en la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. Es por esto que en el primer capítulo de la investigación se muestra un panorama general de la conformación física de la ciudad, de su administración, así como características generales de la sociedad, destacando a la clase baja o popular, para lo cual fue de suma importancia la *Historia de la ciudad de México* de Manuel Orozco y Berra (1854). En cuanto a fuentes secundarias, fueron de gran utilidad los trabajos de Regina Hernández Franyuti, Hira de Gortari y Sonia Pérez Toledo.¹¹

También como parte del contexto, se desarrolla un recuento de la legislación capitalina relativa al comercio y la conformación de mercados, enfatizando su relación con el comercio ambulante. Para esto se analizaron compendios de leyes, ordenanzas y bandos resguardados por el Archivo Histórico del Distrito Federal, principalmente los pertenecientes al ramo de Mercados. Asimismo, se muestra el incumplimiento de diversas disposiciones, ya fuera por la costumbre, la corrupción de las autoridades, los intereses personales, lo que constituye un claro ejemplo de la importancia de la creación de acuerdos y

¹¹ Manuel Orozco y Berra, *Historia de la ciudad de México. Desde su fundación hasta 1854. Selección de sus trabajos en el Diccionario Universal de Historia y Geografía (1854)*. México, SEP, 1973. Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti. *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*. México, DDF-Instituto Mora, 1988; y de los mismos autores *Memoria y encuentros: la ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. México, Instituto Mora-Departamento del Distrito Federal, 1988, t. 2; y Sonia Pérez Toledo, *Población y estructura social en la ciudad de México, 1790-1842*. México, UAM Iztapalapa, 2004.

excepciones para la convivencia entre una administración idealizada y prácticas tradicionales con una funcionalidad propia.

Existen muy pocos trabajos que abordan la cuestión del ambulante en la ciudad de México en el periodo referido. Se trata de un tema que, si bien encuentra sus orígenes en el México prehispánico, se ha vuelto más atractivo como un complejo problema urbano del siglo XX. Sólo existe una tesis de licenciatura en historia que se ocupa ampliamente del ambulante en el siglo XIX, se trata de “Proceso histórico del ambulante en la Plaza Mayor de México, 1821-1876” de Cesar Soto Jiménez,¹² la cual se centra en la problemática de la invasión de la Plaza Mayor por los ambulantes. Por otra parte, existe un interesante artículo de Jorge Olvera Ramos titulado “‘Los puestos de noche’ de la Plaza Mayor: reglamentación y permanencia de la venta nocturna”,¹³ que trata sobre la permanencia de los puestos de alimentos preparados ubicados también en la plaza principal de la capital mexicana. Dada la escasez de fuentes de segunda mano referentes al tema concreto del ambulante, fue necesario acudir a algunos estudios sobre el comercio al menudeo, como es el caso del texto *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México*, también de Olvera Ramos,¹⁴ y un trabajo muy completo sobre la historia de los mercados en la ciudad de México de Diego López Rosado.¹⁵

Para finalizar con la visión mexicana sobre el ambulante, en el segundo capítulo se retoman algunos "tipos" de vendedores callejeros elaborados por artesanos mexicanos desde el periodo virreinal y hasta la primera mitad del siglo XIX, así como aquellos elaborados por importantes escritores y artistas gráficos

¹² Cesar Soto Jiménez, “Proceso histórico del ambulante en la Plaza Mayor de México, 1821-1876”. Tesis de licenciatura en Historia, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2006.

¹³ Jorge Olvera Ramos, “‘Los puestos de noche’ de la Plaza Mayor: reglamentación y permanencia de la venta nocturna”, en: María Dolores Morales y Rafael Mas (Coords.), *Continuidades y rupturas urbanas en los siglos XVIII y XIX. Un ensayo comparativo entre México y España. Memoria del segundo Simposio Internacional sobre historia del centro histórico de la ciudad de México*. México, Gobierno del Distrito Federal, 2000, pp. 419-427.

¹⁴ Olvera Ramos, Jorge, *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México*. México, Cal y arena, 2007.

¹⁵ Diego López Rosado, *Los mercados de la ciudad de México*. México, UNAM, 1982.

mexicanos, impulsores del costumbrismo en este país, como Guillermo Prieto, Manuel Payno, Andrés Campillo, Casimiro Castro y Hesiquio Iriarte, en las obras de *México y sus alrededores* (1855), *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854), y diversos artículos publicados en la prensa.¹⁶

En el caso del costumbrismo mexicano, podemos apreciar la construcción de modelos y "tipos populares" desde una perspectiva local, lo cual ha sido ampliamente trabajado en el texto de María Esther Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo. Un nuevo modo de ver*, que trata sobre el desarrollo del género costumbrista en la gráfica mexicana del siglo XIX, la cual se vio influida por el romanticismo europeo y la importancia que adquirió la vida cotidiana mexicana en la obra de los artistas viajeros.¹⁷ De manera más específica el texto de la misma autora, "Tipos y oficios a mediados del siglo XIX en la ciudad de México: ¿Pintoresquismo o modos de subsistencia?", habla sobre la creación de modelos de los oficios presentes en la ciudad de México a mediados del siglo XIX, muchos de ellos vendedores ambulantes, lo cual tuvo como antecedente determinante las representaciones realizadas por los viajeros de la primera mitad del XIX, cuyas imágenes fueron retomadas por publicaciones periódicas nacionales para ilustrar artículos de costumbres, mismos que comenzaron a dotar a los modelos de un sentido pedagógico moralista.¹⁸ Una importante aportación de estos estudios es mostrar que a pesar de que la pintura de castas del siglo XVIII, la producción gráfica y literaria de los viajeros de la primera mitad del XIX, y la producción gráfica y literaria costumbrista nacional de mediados del mismo siglo, no varían mucho respecto a la representación formal de los vendedores ambulantes en el ámbito urbano, las diferencias presentes estuvieron dictadas por concepciones

¹⁶ *Los mexicanos pintados por si mismos. Obra escrita por una sociedad de literatos*. México, Símbolo, 1946, de la edición de 1854 de la Imprenta de M. Murguía y comp., Portal del Águila de Oro; *México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes*. México, Establecimiento litográfico de Decaen, Editor, Portal del Coliseo Viejo, 1855 y 1856; *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, vol. I; *El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*, México, Ignacio Cumplido, 1844, vol. III.

¹⁷ Pérez Salas, *Op. Cit.*

¹⁸ María Esther Pérez Salas, "Tipos y oficios a mediados del siglo XIX en la ciudad de México: ¿Pintoresquismo o modos de subsistencia?", en: María del Carmen Collado (Coord.), *Miradas recurrentes II. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*. México, Instituto Mora-UAM, 2004, pp. 164-199.

distintas de los tipos populares, del comercio, e incluso de la división social mexicana.

Una vez desarrollado el panorama espacio-temporal en donde se desenvolvía el ambulante, y después de mostrar algunas representaciones mexicanas sobre dicha temática, en el tercer capítulo se expone el contexto en el que llegaron los diversos autores europeos, sus motivaciones, objetivos y las obras que realizaron. Entre los trabajos sobre viajeros europeos en México podemos destacar el *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI al XX* de José Iturriaga de la Fuente, que en cinco tomos proporciona una relación bastante completa de estos personajes, aunque por esta razón le dedica breves comentarios a su vida y obra.¹⁹ Trabajos más profundos son los realizados por Juan A. Ortega y Medina, en su mayoría sobre viajeros anglosajones,²⁰ y el de José Enrique Covarrubias *Visión extranjera de México, 1840-1867*.²¹

En épocas recientes se han elaborado algunas tesis y trabajos dedicados a abordar algún elemento de la cultura mexicana a través de los diarios y correspondencia de viajeros; sin embargo, no se ha dado la misma atención al trabajo de los artistas viajeros. Desde la perspectiva de la historia del arte, existen biografías, catálogos de exposiciones y análisis de las obras de estos artistas, dentro de los cuales podemos destacar *Viajeros europeos del siglo XIX en México*²² y el artículo de Fausto Ramírez "La visión europea de la América tropical: los artistas viajeros".²³ Por otro lado, son pocos los textos que abordan una

¹⁹ José Iturriaga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI al XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

²⁰ Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México, UNAM-IIH, 1987. (Historia Moderna y Contemporánea, 18); y del mismo autor "Contumelia Maledicti", en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1983, p. 283-298; así como el estudio introductorio a la obra de William Bullock, *Seis meses de residencia y viajes en México. Con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España. Sus producciones naturales. Condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.* Ed. y estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983.

²¹ José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*. México, UNAM-Instituto Mora, 1998.

²² *Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996.

²³ Ramírez, Fausto, "La visión europea de la América tropical: los artistas viajeros", en: *Historia del arte mexicano*. México, SEP-INBA-Salvat, 1982, pp. 138-163.

temática particular dentro de las representaciones, y sólo uno, hasta donde tengo conocimiento, se enfoca en las representaciones plásticas del comercio ambulante. El artículo de Martha de Alva, Arnaud Exbalin y Georgina Rodríguez “El ambulante en imágenes: una historia de representaciones de la venta callejera en la Ciudad de México (Siglos XVIII-XX)”, debido a su corta extensión, da un panorama general del tema, enfocándose en la pintura de castas para la época colonial y en la fotografía para el siglo XIX.²⁴ El texto menciona en breves líneas las obras creadas en la primera mitad de dicha centuria, específicamente las de los artistas viajeros, lo que a mi parecer limita la explicación del proceso de transformación de las representaciones del ambulante, pues no menciona la influencia mutua de los extranjeros con los artistas y artesanos mexicanos respecto a la creación de "tipos populares".

Finalmente, el análisis de las obras europeas de nuestro interés se desarrolla en el cuarto y último capítulo, partiendo de diversos subgéneros dentro del comercio callejero, es decir, distinguiendo a los vendedores rurales de los urbanos, diferenciándolos por tipo de mercancía y formas de ofrecerla; se buscan detalles sobre su indumentaria, descripciones completas de cada actividad y sus variantes, de sus costumbres y actitudes particulares; se destaca la presencia de los ambulantes en celebraciones, fiestas y diversiones públicas desempeñando un papel social muy importante.

El proceso de análisis de las fuentes partió de la comparación de imágenes y textos, buscando similitudes –que contribuyeron a la creación de modelos- y divergencias –posibles detalles sobre el ambulante que se distingan en cada tipo de fuente-.²⁵ Para lograr lo anterior, se emplearon textos teóricos sobre análisis de imágenes y, concretamente, sobre la construcción de modelos o “tipos” a partir de la representación de escenas de costumbres. En este sentido, los trabajos de

²⁴ Martha de Alva, Arnaud Exbalin y Georgina Rodríguez, “El ambulante en imágenes: una historia de representaciones de la venta callejera en la Ciudad de México (Siglos XVIII-XX)”; en: *Cybergeo: Revue européenne de géographie*. No. 373, 19 de abril de 2007, pp. 1-44. Consultada en: <http://www.cybergeo.presse.fr> (23 de enero del 2009).

²⁵ El caso del análisis de fuentes escritas no presenta mayor problema en el sentido de que se hará a partir del conocimiento del contexto de las obras mismas y de sus autores.

Peter Burke, Edmundo Gombrich y Jean-Claude Schmitt proporcionan pautas importantes para el tratamiento de la imagen no sólo como producto de un contexto histórico dado, sino como instrumento empleado para satisfacer necesidades, con funciones tanto estéticas como sociales que contribuyeron a cambios culturales importantes.²⁶ El texto de Alva, Exbalin y Rodríguez, también fue muy útil para el análisis de las imágenes. Estos autores proponen la contextualización de las escenas y la inserción de los personajes representados en el entramado social a partir de consideraciones como su indumentaria, raza, mercancía que ofrecen, etc. Partiendo de esta base, en la presente investigación el análisis de las imágenes se centró en los detalles para atribuirles valores, jerarquías e ideologías presentes en la relación de elementos, entre personajes, actividades, actitudes y la relación con su entorno.

Si bien la información obtenida de los europeos resultó más amplia y rica en detalles formales sobre la venta ambulante. No pudimos prescindir de la visión nacional que, aunque sesgada y breve, nos muestra las complejas relaciones sociales, ideales políticos y económicos que influían en la práctica del ambulante y su representación. Aunque la presente investigación no logró agotar todas las fuentes de información sobre el ambulante, propuso una nueva manera de acercarse a fuentes poco trabajadas en relación con dicha temática. Las imágenes y textos de los europeos proporcionaron información novedosa sobre las características formales de la venta ambulante en la ciudad de México entre 1821 y 1857. Aunque se trata de representaciones influidas por prejuicios y parámetros culturales europeos, nos muestran elementos que están ausentes en la reglamentación del comercio y vida urbana de la ciudad de México. Cabe señalar que así como las obras extranjeras se vieron influidas por las artes populares mexicanas, como la pintura de castas y las figuras de cera, para la representación

²⁶ Sobre el uso de la imagen como fuente para la historia véase: Peter Burke, *¿Qué es historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006; y del mismo autor *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico.* Barcelona, Crítica, 2001; Edmundo Gombrich, *Los usos de las imágenes, estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual.* México, Fondo de Cultura Económica, 1999; y Jean-Claude Schmitt, “El historiador y las imágenes”, en: *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad.* México, El Colegio de Michoacán, vol. XX, no. 77, invierno de 1999, pp. 16-47.

de diversos tipos urbanos, también tuvieron algo que ver en el desarrollo del género costumbrista en la literatura, las artes gráficas y, posteriormente, la pintura mexicana, cuyo auge se registra en la segunda mitad del siglo XIX.

CAPÍTULO I. LA CIUDAD DE MÉXICO Y LA REGLAMENTACIÓN DEL COMERCIO AMBULANTE.

En esta primera parte de la investigación se brinda un panorama general de la ciudad de México, su conformación política, espacial y administrativa; asimismo, se proporcionan datos generales sobre su población, entre índices demográficos y la división social existente en la primera mitad del siglo XIX, considerando algunas continuidades y rupturas con el periodo virreinal. Los vendedores ambulantes se insertan dentro del grupo poblacional más pobre, dentro del nivel más bajo del comercio al menudeo y, por lo tanto, su mención en la legislación del comercio y uso del espacio público es limitada. En este sentido, el presente capítulo pretende mostrar las relaciones interdependientes que mantenían los vendedores ambulantes con la sociedad, otros comerciantes y las autoridades.

1. La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX.

Desde el inicio del México independiente hasta mediados del siglo XIX comenzaron a modificarse gradualmente las características de la sociedad mexicana. Este periodo puede denominarse de “transición hacia la modernidad” – entre el antiguo régimen y el moderno-, iniciado en las últimas décadas del siglo XVIII con el cuestionamiento de la monarquía y la aparición de las ideas liberales para el gobierno de las naciones. Nuevas ideas políticas fueron los fundamentos para la constitución de un Estado y la secularización de la sociedad mediante la formación de ciudadanos, una opinión pública y una legislación acorde a las exigencias de la modernidad.²⁷ Corporaciones poderosas, política y económicamente, como la Iglesia y los Ayuntamientos poco a poco fueron perdiendo sus privilegios e intervención política. En materia legal, mientras llegaba el momento propicio para su reforma, siguió vigente la legislación novohispana que no contravenía los ideales de libertad.

²⁷ François-Xavier Guerra y Annick Lempérière, en la Introducción a: François-Xavier Guerra, *Et. Al., Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México, Fondo de Cultura Económica-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998, pp. 7-21.

Seguía existiendo la desigualdad social, si bien ya no se basaba sólo en distinciones raciales o de origen familiar, sino en cuestiones del ámbito económico y factores como la ocupación.²⁸ Las clases bajas o populares permanecieron en una situación precaria; en el caso de los indígenas, estos perdieron la protección de las autoridades y quedaron en desventaja en el nuevo orden social y jurídico que para prosperar debía terminar, entre otras cosas, con la propiedad comunal.²⁹ Este largo proceso que se consolidó a mediados del siglo XIX, también influyó en la resignificación de las costumbres y tradiciones, así como en el empleo de los espacios públicos y la desaparición paulatina de actividades ligadas al pasado virreinal.³⁰

- **El espacio urbano.**

Para una mejor vigilancia y control de la ciudad de México, desde principios del siglo XVIII ésta se dividió en cuarteles. La división que se mantendría hasta gran parte del siglo XIX fue aprobada por el virrey Martín de Mayorga en 1782, acompañada de un reglamento para los alcaldes de barrio, quienes se

²⁸ La desigualdad en la sociedad virreinal se aprecia claramente en el surgimiento de la pintura de castas, así como en diversas disposiciones que limitaban el acceso a ciertas instituciones o cargos públicos a los blancos. Asimismo, el barón de Humboldt relató dicha situación en su *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España* (París en 1811). Brígida Von Mentz de Boege, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*. México, UNAM, 1982, pp. 46-55.

²⁹ Para profundizar en el proceso legislativo que siguió México tras la Independencia véase: María del Refugio González, *El derecho civil en México. Apuntes para su estudio*. México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 1988 (Serie C. Estudios Históricos, 25). Sobre la legislación y políticas en materia de comunidades indígenas: Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*. México, El Colegio de México- El Colegio de Michoacán-CONACYT, 1983.

³⁰ Según Clara E. Lida en el siglo XIX la “clase popular”, heterogénea y variable, integraba a “quienes participaban en el mundo del trabajo y de la producción, tanto en el campo como en la ciudad, ya fueran los productores de la tierra, -pequeños labradores o jornaleros - y de la urbe -los artesanos, los obreros en talleres y fábricas y el pueblo menudo ocupado en servir. En este amplio universo, también estarían incluidos quienes dedicaban sus actividades cotidianas al pequeño comercio o al pequeño taller: los tenderos, los empleados, los maestros de oficio.” Incluyendo hombres y mujeres -sólo los primeros con participación en el ámbito político- e incluso gente dedicada al “periodismo y las letras, las profesiones liberales y técnicas” y la política; por consiguiente, excluye a quienes no tenían oficio ni ocupación, las clases “más marginadas”. Esta definición de “clase popular” sugiere que se trataba de un amplio sector social excluido de los privilegios de la clase hegemónica, situación que propició su unidad y la lucha por mejores oportunidades de vida por medio de organizaciones de diversa índole. Clara E. Lida, “¿Qué son las 'clases populares'? Los modelos europeos frente al caso español a mediados del siglo XIX”, en: *Historia Social*, no. 27, 1997 (I), México, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 3-22, consultado en: http://catedramex-esp.colmex.mx/art% C3% ADculos_clara_lista.html (18 de mayo de 2012).

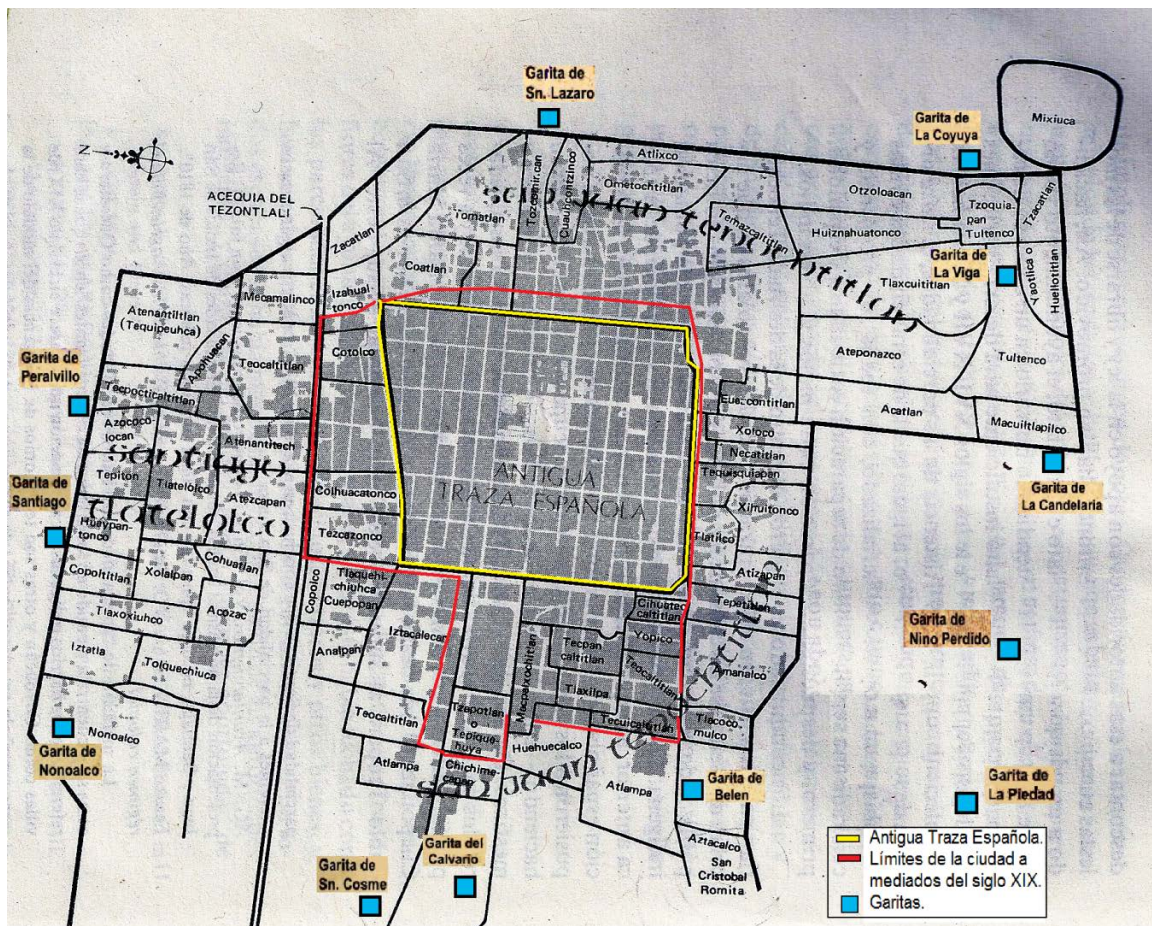
encargarían de la vigilancia de los cuarteles menores.³¹ De esta manera la ciudad quedó compuesta por ocho cuarteles mayores, cuya división en cuatro partes dio un total de 32 menores y, a partir de 1830, 245 manzanas.³²

En 1820 el entonces recién formado Ayuntamiento Constitucional de la ciudad de México, incorporó a su jurisdicción las antiguas parcialidades de Santiago Tlatelolco y San Juan Tenochtitlán, barrios indígenas segregados de la ciudad desde su fundación -cuya desaparición se había planteado desde la Constitución de Cádiz-. Cabe mencionar que muchos barrios indígenas pertenecientes a las antiguas parcialidades ya estaban integrados, social, laboral y espacialmente, a los cuarteles periféricos de la ciudad, los cuales sobrepasaban por mucho el espacio físico comprendido por los cuarteles centrales (1, 3, 5, 7, 9, 11, 13 y 14), pero contaban con una población proporcionalmente menor (54.8% en 24 cuarteles contra 45.2% en los ocho centrales) (Plano 1).³³

³¹ *Ordenanza de la division de la nobilísima ciudad de México en cuarteles, creación de los alcaldes de ellos, y reglas de su gobierno: dada y mandada observar por el Exmo señor don Martin de Mayorga, Virrey, Gobernador y Capitan General de esta Nueva España.* México, herederos de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, 1793.

³² “Última división de la Capital en Manzanas”, en: Juan Rodríguez de San Miguel, *Manual de providencias económico-políticas para uso de los habitantes del Distrito Federal.* México, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena No. 2, 1834, pp. 37-54.

³³ Lira, *Op. Cit.*, pp. 23-39. Manuel Orozco y Berra, *Historia de la ciudad de México. Desde su fundación hasta 1854.* Selección de sus trabajos en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (1854), México, SEP, 1973, pp. 67 y 68. Sonia Pérez Toledo. *Población y estructura social en la ciudad de México, 1790-1842.* México, UAM Iztapalapa, 2004, pp. 153-161. Sobre las haciendas pertenecientes a la municipalidad de México y sus productos véase: Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti. *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida.* México, DDF-Instituto Mora, 1988, pp. 73-79.



Plano 1. Barrios indígenas de la ciudad de México y la mancha urbana en la primera mitad del siglo XIX.³⁴

Desde la firma de los Tratados de Córdoba en 1821, el México independiente retomó a la ciudad de México como su capital, salvo por un intento de cambio presente en la Constitución de 1824.³⁵ En la práctica, esta ciudad se convirtió en la residencia de los Supremos Poderes de la Federación, como un

³⁴ Basado en los trabajos y planos de Antonio Alzate, 1789; Alfonso Caso, 1956; Agustín Ávila Méndez, 1974; y María Dolores Morales, 1974 y 1978, tomando de: Lira. *Op. Cit.*, p. 30. La información para agregar la línea que marca los límites de la ciudad a mediados del siglo XIX fue tomada del “BANDO DE 21 DE OCTUBRE DE 1854” a cargo del Gobernador Antonio Díez de Bonilla, en: José M. del Castillo Velasco, *Colección de Bandos, disposiciones de policía y reglamentos municipales de administración del Distrito Federal*. México, Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero, calle San Juan de Letrán no.3, 1869, pp. 77-90.

³⁵ En el ámbito territorial y jurisdiccional, la capital fue parte del Estado de México por un breve periodo en 1824 hasta que se aceptó como capital en el mismo año con el nombre de Distrito Federal, en el sistema centralista se integró al Departamento de México en 1836, con el regreso al federalismo perteneció al Distrito de México en 1854, y al Estado del Valle de México en 1857 tras otro intento de cambiar la sede de los Supremos Poderes. Sobre el debate para que la ciudad de México se convirtiera en capital de la federación: Gortari y Hernández. *La ciudad de México...*, pp. 3-8.

territorio independiente del Estado de México, denominado Distrito Federal. Surgió la figura del gobernador como intermediario entre el Ayuntamiento y el Gobierno Federal, que le quitaría al primero la participación en cuestiones políticas y económicas de la capital. Con el triunfo del centralismo en 1836, la ciudad siguió siendo la capital y lo mismo ocurrió al retomarse el sistema federal durante la intervención norteamericana. El único cambio considerable se dio en materia de límites y jurisdicciones, que comenzaron a precisarse a partir de 1840.³⁶

- ***Las autoridades.***

Durante el siglo XVIII, a partir de tratados, tradiciones y experiencias, se perfeccionó y extendió el uso de la llamada “ciencia de la policía”, entendida como la observancia del orden en las ciudades bajo el cumplimiento de leyes y ordenanzas, encaminada al fortalecimiento de los Estados absolutistas. Se trataba de una doctrina que buscaba el desarrollo material, intelectual y moral de las ciudades, sin limitarse a la forma de gobierno. Esta se constituyó en una herramienta fundamental para las autoridades españolas en el control de sus posesiones territoriales y su población. Mediante la creación de normas se planeó la administración, el gobierno, el equipamiento urbano, el control de la moral y buenas costumbres públicas. La policía continuó en los programas de gobierno del México independiente, al menos durante la primera mitad del siglo XIX. Bajo dichos preceptos no sólo se buscaba el “bien social” o “bien común”, procurando la seguridad, comodidad y salubridad de las ciudades, sino su embellecimiento y ornato, mediante la creación de monumentos, edificios públicos, plazas, teatros de estilo neoclásico que sirvieran para enaltecer y justificar al gobierno en turno.³⁷

³⁶ *Ibíd.* Más información sobre las atribuciones de cada instancia de gobierno en: Hira de Gortari Rabiela, "Política y administración en la ciudad de México. Relaciones entre el Ayuntamiento y el gobierno del Distrito Federal y el departamental: 1824-1843", en: Hernández Franyuti, Regina (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. México, Instituto Mora, 1998, t. 2, pp. 166-183. Sobre los cambios en las divisiones territoriales de México, su origen e implicaciones véase: Edmundo O’Gorman, *Historia de las divisiones territoriales de México*. 10ª ed., México, Porrúa, 2007.

³⁷ Hira de Gortari Rabiela. “La ciudad de México de finales del siglo XVIII: un diagnóstico desde la «ciencia de la Policía»”, en: *Historia Contemporánea. Historia Urbana*. España, Universidad del País Vasco, no. 24, 2002-1, pp. 115-135; y Ninel Hipatia Valderrama Negron, "El fomento de la policía de ornato en la República

En la ciudad de México, el órgano encargado de la aplicación de la “ciencia de la policía” era el Ayuntamiento, el cual en el periodo virreinal se ocupaba del gobierno de la ciudad, lo que incluía participación en la política, economía y administración de bienes públicos, incluso llegó a representar a la Nueva España ante la Metrópoli. Con la creación del Distrito Federal en 1824, se constituyó un nuevo Ayuntamiento que seguiría las mismas normas generales que las de antiguo régimen, pero con menores atribuciones y cambios relevantes como la desaparición de la figura del Virrey y su intervención en prácticamente todos los aspectos del gobierno de la ciudad de México.

Las actividades del Ayuntamiento durante la primera mitad del siglo XIX se limitaron al control de propios y arbitrios -administración de las propiedades de la ciudad y el cobro de impuestos sobre su uso- y, principalmente, a la aplicación de la policía, como se había establecido desde las Cortes Generales de España el 23 de julio de 1813 en la *Instrucción para el gobierno económico-político de las provincias*, que decían:³⁸

Estando á cargo de los ayuntamientos de los pueblos la policía de salubridad y comodidad, deberán cuidar de la limpieza de las calles, mercados, plazas públicas, y de la de los hospitales, cárceles y casas de caridad ó de beneficencia: velar sobre la calidad de los alimentos de todas clases cuidar de que en cada pueblo haya cementerio convenientemente situado: cuidar asimismo de la desecacion, ó bien de dar curso á las aguas estancadas ó insalubres; y por último, de remover todo lo que en el pueblo ó en su término pueda alterar la salud.³⁹

El Ayuntamiento también debía informar al jefe político –gobernador- sobre datos demográficos, el estado de la salud pública y la situación del abasto alimenticio de la ciudad; promovería la educación de la población, la industria,

de 1841-1844". Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, pp. 7-11.

³⁸ También hay similitudes con ordenanzas anteriores como la *Ordenanza de la division de la nobilísima ciudad de México...*

³⁹ Consultada en: *Instrucción para el gobierno económico-político, de los Ayuntamientos constitucionales del reino, leyes y decretos vigentes sobre su formación*. Barcelona, Imprenta de Manuel Sauri, 1840, pp. 5-70; y en:

http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1813_112/Decreto_Instruccion_para_el_gobierno_economico_politico_de_las_provincias.shtml (2 de abril de 2012).

obras públicas y agricultura; informaría a la población sobre las disposiciones de las autoridades superiores; es decir, sería un organismo intermediario entre la población y el gobierno del Distrito.⁴⁰

En el periodo independiente el gobernador fue el funcionario encargado de recibir informes y otorgar la resolución final a los asuntos del gobierno capitalino. Era el representante de la República, electo por el presidente, carecía de injerencia sobre lo militar y la administración de justicia, la cual quedó bajo el cuidado del poder judicial. Al frente del Ayuntamiento estaba el alcalde, encargado de llevar la administración de la ciudad, era elegido de entre los regidores para un periodo de un año; los regidores eran elegidos por voto indirecto de la población, variando su número según las necesidades del gobierno. Además existían otros funcionarios menores encargados de distintas comisiones, como la de Policía y Mercados.⁴¹

Los conflictos de poder entre estas autoridades no se hicieron esperar. Con el establecimiento del centralismo en 1835 el gobierno departamental, integrado por el gobernador y una Junta Departamental, se encargó de la creación de ordenanzas y reglamentos de policía interior, de procurar el cumplimiento de los decretos y órdenes del gobierno general y resolver conflictos relacionados con el Ayuntamiento y sus miembros. Ante la constante insubordinación del Ayuntamiento, se nombró un Prefecto para vigilar que cumpliera con sus obligaciones. Incluso el mismo Antonio López de Santa Anna, durante su presidencia en 1841, intervino en la aprobación del proyecto de construcción del mercado de El Volador, el cual se había convertido en manzana de la discordia entre el Ayuntamiento y el Gobierno departamental.⁴²

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ Sobre la elección y atribuciones del Jefe Político y del Ayuntamiento y sus comisiones vigentes en 1834 véase: Rodríguez de San Miguel. *Op. Cit.*, pp. 9-18.

⁴² Gortari, "Política y administración en la ciudad de México..."; y Valderrama, *Op. Cit.*, pp. 51-59.

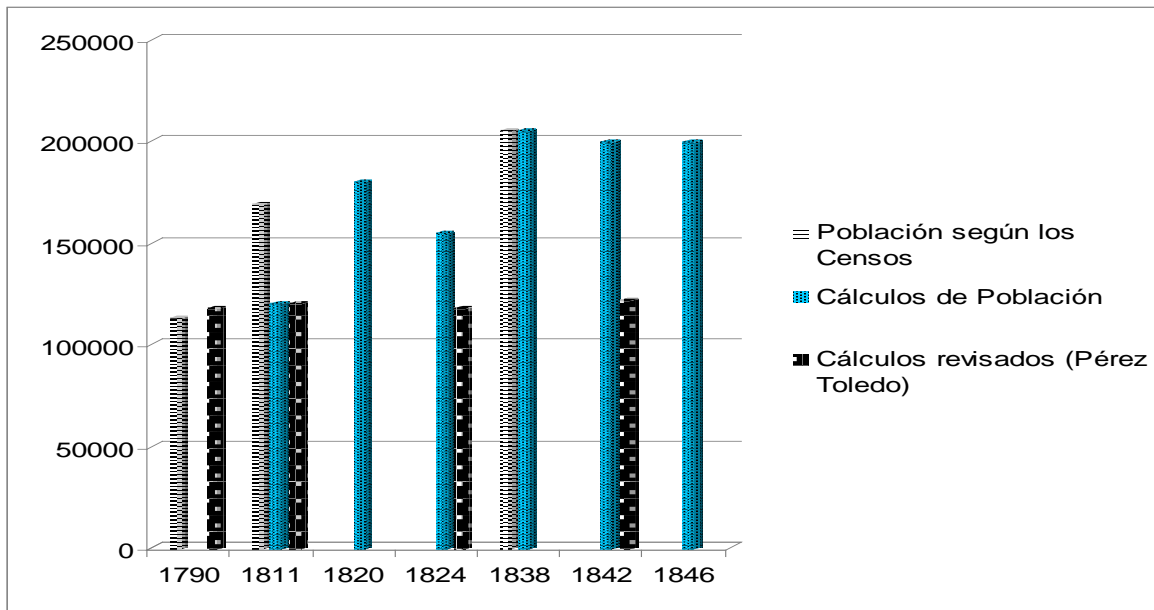
- **La población.**

Entre los primeros censos levantados por instancia del Ayuntamiento, y que han sido ampliamente trabajados en la actualidad, se encuentra el que fue mandado elaborar por el virrey segundo conde de Revillagigedo en 1790, el Padrón del Juzgado de Policía de 1811 y el Padrón de la Municipalidad de México de 1842. En este punto es importante considerar los inconvenientes e imprecisiones de este tipo de fuentes, puesto que los resultados de los censos siempre se vieron sesgados por la renuencia de la población a dar información -temerosa de “algún nuevo gravamen”-, sobre todo si se relacionaba el censo con el cobro de impuestos o el reclutamiento militar, por lo que tomaremos las cifras con reserva y como tendencias demográficas generales.⁴³

Las cifras demográficas de la primera mitad del siglo XIX, obtenidas de censos, padrones y cálculos de particulares, locales y extranjeros, muestran ascensos y descensos considerables debidos posiblemente a la imprecisión de algunos datos, o al margen de error presente en los conteos oficiales -producido por el ocultamiento de la población. Sin embargo, los datos obtenidos por Sonia Pérez Toledo indican un equilibrio e incluso un ligero aumento poblacional en la década de 1840, lo cual, al parecer de la autora, se debió en gran medida a la migración del campo a las ciudades iniciada a finales del periodo virreinal y agudizada con el movimiento de independencia –debida a que la población buscaba nuevas formas de sustento- (Gráfica 1). Sin duda, esto pudo equilibrar el descenso poblacional relacionado con una baja esperanza de vida, los conflictos armados y las epidemias que se generaron en las primeras décadas de dicha centuria.⁴⁴

⁴³ Orozco y Berra fue pionero en el tema y en la exposición de las cifras oficiales de censos, padrones y cálculos, de sus deficiencias y la causa de las mismas; sin embargo, no se ocupa demasiado en su reajuste, además de que no cuenta con información para la década de 1840. Orozco y Berra. *Op. Cit.*, pp. 71-79. El padrón más completo es el de la Municipalidad de México de 1842, debido a que tenía fines electorales Sonia Pérez Toledo lo considera confiable y lo trabaja ampliamente en su texto: *Población y estructura social...*, pp. 56-64.

⁴⁴ María Gayón Córdova, *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*. México, Dirección de Estudios Históricos del INAH, 1988, pp. 11-59. Orozco y Berra también registra un aumento



Gráfica 1. La población de la ciudad de México entre 1790 y 1846.⁴⁵

Otros datos importantes en materia de población refieren que entre 1811 y 1842 había una mayor proporción de mujeres que de hombres (100/75 y 100/83 respectivamente).⁴⁶ Alrededor del 43% de la población de la ciudad de México estaba integrada por migrantes, procedentes preponderantemente de los estados vecinos –Estado de México, Hidalgo, el territorio del Distrito Federal que no comprendía la ciudad, Puebla, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Veracruz, etc.⁴⁷ La mayor parte de la población procedente de otras regiones rondaba entre

gradual de la población en la primera mitad del siglo XIX. Orozco y Berra, *Op. Cit.*, pp. 71-76. Hay que tomar en cuenta que a partir del censo de 1811 se integran las cifras de la población de las parcialidades de San Juan y Santiago, lo que también contribuyó a la modificación de la tendencia general de crecimiento demográfico de la ciudad. Pérez Toledo. *Población y estructura social...*, pp. 46-52. Sobre los movimientos migratorios y sus causas en el periodo virreinal véase: Manuel Miño Grijalva, *El mundo novohispano. Población, ciudades y economía, siglos XVII y XVIII*. México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2001.

⁴⁵ Fuente: Orozco y Berra. *Op. Cit.*, pp. 71-79 y Pérez Toledo. *Población y estructura social...*, pp. 48-64.

⁴⁶ Debido a la existencia de una mayor cantidad de material sobre los censos de 1811 y 1842, se tomó este amplio periodo para dar cifras generales sobre algunas de las mencionadas características demográficas como representativas de la primera mitad del siglo XIX. Cabe mencionar que aunque para 1842 ya no estaba presente el criterio racial para la diferenciación de la población, la información sobre oficios es más rica, debido principalmente a que el censo buscaba consignar a los ciudadanos aptos para votar, hombres mayores de 18 años con un “modo honesto de vivir”. Pérez Toledo. *Población y estructura social...*, pp. 91-153.

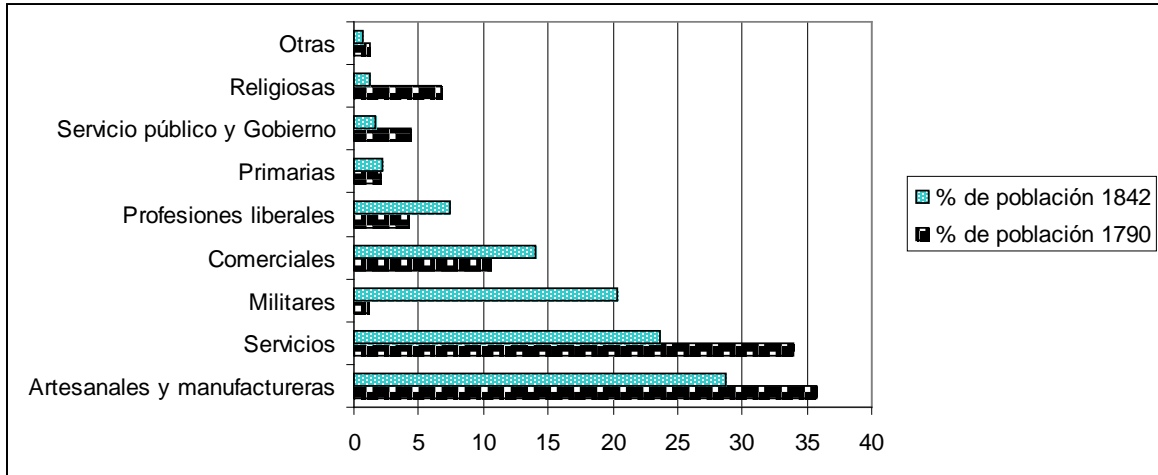
⁴⁷ La mayor parte de la población que llegó a la ciudad de México provenía preponderantemente de centros urbanos destinados a las actividades artesanales, sobre todo textiles y mineras, la migración se debió a la crisis en que se encontraban tales industrias a finales del siglo XVIII y que se acentuaron con la guerra. Mientras que un porcentaje mayor de mujeres que de hombres llegaban de los poblados cercanos a la ciudad, como

los 20 y 35 años, es decir, estaba en una edad apta para el trabajo, mientras los pobladores nacidos en la ciudad tenían un promedio de edad menor.⁴⁸ No es difícil creer que el contingente migrante estuviera integrado principalmente por individuos de escasos recursos que buscaban mejores medios de subsistencia en las ciudades, tanto hombres como mujeres, y que sin duda se integraron a actividades poco remuneradas e inestables, entre las que destacaban el servicio doméstico y el comercio ambulante.

Aunque los censos no proporcionan información detallada sobre la población dedicada a actividades como el comercio ambulante, por considerarlas informales y carecer de registros o control alguno, podemos suponer su pertenencia al sector de la población más numeroso y con los ingresos más bajos. Entre 1790 y 1842 las actividades que ocupaban a una mayor parte de la población de la ciudad y tenían cierto reconocimiento por parte de las autoridades eran la artesanal y de servicios –porteros, aguadores, cargadores, cocheros y servidumbre-. Mientras que los individuos dedicados a las armas, al comercio y las profesiones liberales, aunque se incrementaron, eran considerablemente menos. Las actividades del servicio público y gobierno, así como las religiosas disminuyeron en el periodo independiente, mientras que el porcentaje de población dedicado a las actividades primarias (agricultura, ganadería, caza y pesca) permaneció constante (Gráfica 2).

Tacubaya., Azcapotzalco, San Ángel, Coyoacán, Magdalena Mixuca, Cuautitlán y Tlalnepantla, el porcentaje masculino aumentaba con la distancia del lugar de origen. *Ibid.*, pp. 150 y 151.

⁴⁸ El aumento de la población masculina de un periodo a otro se debió, según Pérez Toledo, al incremento de las filas militares, la migración masculina y cifras más completas del censo. *Ibid.*, pp. 91-124. Sobre el trabajo femenino en la ciudad de México véase: Silvia Marina Arrom, *Las mujeres de la ciudad de México. 1790-1857*. México, Siglo XXI, 1988.



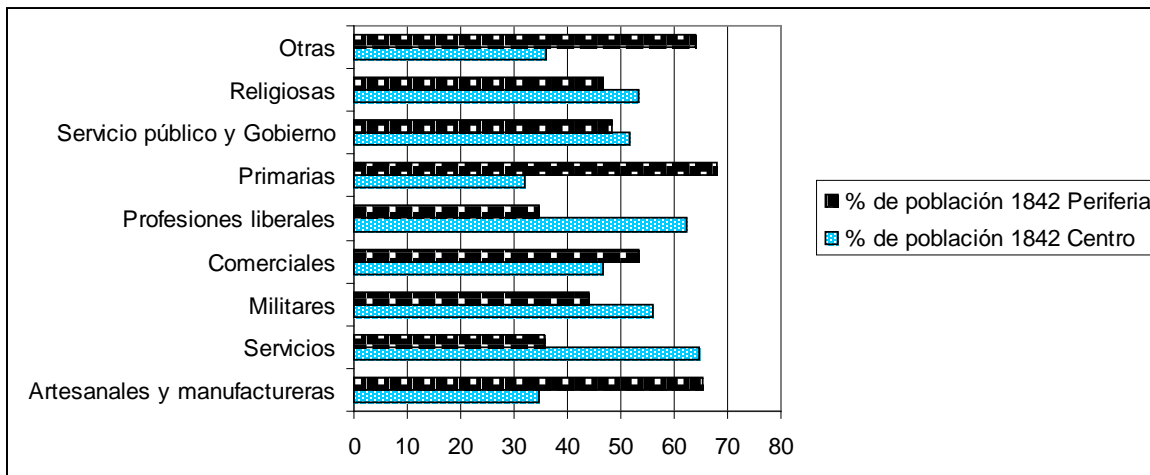
Gráfica 2. Actividades de la población de la ciudad de México, 1790 y 1842.⁴⁹

De manera general, se puede observar que la desigualdad social afectaba directamente a las clases más pobres de la sociedad capitalina. La gente de escasos recursos habitaba los barrios periféricos de la ciudad, con acceso muy limitado a la adquisición de propiedades, un mejor nivel de vida y opciones laborales.⁵⁰ El promedio de la esperanza de vida no rebasaba los 37 años, lo que se debía en gran parte a recurrentes epidemias que afectaban por lo general a la clases pobres (de fiebre en 1825, viruela en 1830, cólera en 1833 y 50). Las principales actividades de este sector de la población se relacionaban con los servicios y el trabajo artesanal, aunque también con actividades informales temporales que no se reflejan claramente en los censos, como el comercio ambulante y la mendicidad (Gráfica 3).⁵¹

⁴⁹ Información tomada de: Pérez Toledo. *Población y estructura social...*, pp. 165 y 180. Hay que considerar que las cifras obtenidas del padrón de 1790 sólo contemplan a la población del cuartel central 1 y los periféricos 20 y 23, por lo tanto hay que tomarlas con precaución.

⁵⁰ El 92% del valor de la ciudad, destacando las propiedades de la zona urbana central, estaba en manos de la Iglesia y algunos particulares. La concentración de la propiedad en la ciudad de México a lo largo del siglo XIX ha sido ampliamente trabajada por María Dolores Morales, para la primera mitad del siglo XIX véase: “La distribución de la propiedad en la ciudad de México, 1813-1848”, en: *Historias* no. 12, enero-marzo de 1886, México, Dirección de Estudios Históricos-INAH, pp. 81-89, consultado en: <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=1124> (18 de mayo de 2012).

⁵¹ Para 1790 y 1842, Pérez Toledo. *Población y estructura social...*, pp. 165-188; para 1810, Lira. *Op. Cit.*, p. 40; y Gayón Córdova, *Op. Cit.*, pp. 11-59. El aumento de la mendicidad en la ciudad, y su aprovechamiento con fines políticos, propició la creación del Tribunal de Vagos en 1828; Este tema ha sido trabajado por Pérez Toledo, “Trabajadores urbanos, empleo y control en la ciudad de México” y Vanesa Teitelbaum, “La corrección de la vagancia. Trabajo, honor y solidaridades en la ciudad de México, 1845-1853”, en: Clara E. Lida y Sonia Pérez Toledo (Comp.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*. México, UAM Iztapalapa-Porrúa, 2001, pp. 115-196. (Biblioteca Signos, 10).



Gráfica 3. Actividades de la población en el espacio urbano, 1842.⁵²

Cabe mencionar que desde el periodo virreinal los pequeños talleres artesanales, por lo general familiares, además de fabricar algunos efectos de consumo cotidiano también se encargaban de venderlos en el taller, las plazas o en las calles, practica que persistió hasta el siglo XIX.⁵³ Por otro lado, los individuos dedicados a las actividades primarias en pequeña proporción, como en el caso de los indígenas de las poblaciones cercanas a la ciudad, también tenían la opción de llevar a vender sus productos a la capital para obtener objetos de uso cotidiano que no podían producir ellos mismos.⁵⁴ En este sentido, el ambulante podía ser practicado por individuos que ante los censos ya contaban con una ocupación formal, como en el caso de campesinos y artesanos; asimismo, cabe la posibilidad de que algunos personajes dedicados exclusivamente a la venta

⁵² Información tomada de: Pérez Toledo. *Población y estructura social...*, p. 180.

⁵³ Podemos apreciar el testimonio de los zapateros que vendían sus productos en los portales y plazas de la ciudad en: “Acuerdo de las de la Plazuela de Jesus sobre q.e se les mantenga en la posesion de poner sus canastos bajo el tinglado de ella”, AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, Vol. 3730, exp. 131, F. 1-34. Algunas estadísticas de los artesanos de la ciudad de México entre 1790 y 1842 en: Pérez Toledo, *Población y estructura social...*, pp. 169-174 y 179-181.

⁵⁴ Desde la época prehispánica los indígenas productores agrícolas, de materias primas, cazadores y artesanos sujetos al gobierno de Tenochtitlán se encargaban de llevar sus productos al mercado para intercambiarlos por otros bienes. María Rebeca Yoma Medina y Luis Alberto Martos López, *Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y la Merced*. México, Departamento del Distrito Federal-INAH, 1990, pp. 31-35.

ambulante fueran registrados como léperos o vagabundos al no poder comprobar que poseían un empleo estable.⁵⁵

Es importante mencionar que en las fuentes escritas nacionales y extranjeras se aprecia una línea apenas visible entre el lépero y los vendedores ambulantes. Incluso podríamos considerar que un individuo podía ostentar ambos títulos en diversos momentos de su jornada diaria. En este sentido, siguiendo a Ana María Prieto en su estudio sobre estos personajes, debemos concebir al lépero como una categoría social cargada de valores y determinaciones étnico-raciales, económico-sociales y culturales. Se trataba del representante de las clases populares urbanas, producto del mestizaje, por lo cual desde el periodo virreinal mantuvo un marcado estigma de inferioridad, indolencia, violencia y toda clase de vicios. Tal estigma se mantuvo en el siglo XIX, asociado con el desarraigo, es decir, la falta de educación que orillaba al "populacho" al subempleo, la pobreza y la desobediencia a las normas de policía de las que apenas tenían algún conocimiento. A este grupo pertenecían tanto pequeños artesanos, vendedores ambulantes, vendedoras de alimentos, servidores domésticos y prestadores de servicios tales como zapateros, cargadores, aguadores, costureras, etc., quienes se distinguían momentáneamente de la "leperuzca" mientras realizaran una actividad honrada, para volver a ella cuando regresaban a los arrabales a las afueras de la ciudad o en momentos de simple esparcimiento y diversión.⁵⁶

Dado que no es nuestra intención profundizar en la vida de los léperos, únicamente debemos tener presente su papel como representantes de los aspectos negativos atribuidos por autoridades y otros sectores sociales a la clase popular, a la que pertenecían los vendedores ambulantes. Lo anterior nos ayudará a entender el peligro latente que los comerciantes callejeros podían representar para el gobierno capitalino en su intento por establecer cierto control y orden.

⁵⁵ Un texto muy completo e interesante sobre la figura del lépero capitalino es el de Ana María Prieto Hernández, *Acercas de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*. México, CONACULTA, 2001.

⁵⁶ *Ibíd.*

Asimismo, la valoración del lépero fue determinante para que a la clase popular, casi en su totalidad, se le negara la ciudadanía durante el centralismo, pues las *Siete Leyes* negaban la "carta especial de ciudadanía" a servidores domésticos, "malvivientes", vagos, y en general a los pobres que no pudieran demostrar que se ganaban la vida de manera honrada, que carecían de un patrón o protector; incluso para 1846 se seguía negando dicho derecho a los analfabetas.⁵⁷

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 80.

2. La reglamentación del comercio ambulante.

Durante la primera mitad del siglo XIX se publicaron diversos bandos de policía para la ciudad de México; sin embargo, la mayoría eran copias de bandos anteriores e incluso de disposiciones elaboradas en el periodo virreinal. La causa de tal continuidad en las normas de policía urbana queda clara en la introducción al bando de 1834, escrito por el entonces gobernador del Distrito Federal José María Tornel. En este documento se expone que las medidas más adecuadas para solucionar el desaseo en que se encontraba la ciudad ya se habían planteado en los bandos del 7 de diciembre 1780, 31 de agosto de 1790, 26 de marzo de 1791 y 2 de enero de 1796, tras lo cual el gobernador concluyó “que sería inútil dictar nuevas providencias cuando todos los casos se hallan comprendidos en las disposiciones anteriores de policía, y particularmente en el bando de 23 de Enero de 1822”, por lo que determinó reproducir íntegro este último.⁵⁸

Los primeros artículos de los bandos de policía de la ciudad de México mencionan la importancia de mantener limpias las calles, canales y fachadas de las casas; concretamente se habla de que los individuos cuyo oficio es realizado en las calles o sus inmediaciones las mantengan limpias, como en los casos de las fondas, almuercerías, mesones, carnicerías, e incluso se menciona a los aguadores. Esto respondía a la necesidad de mantener una ciudad bella y ordenada, con calles despejadas para el tránsito, es decir, el orden y arreglo del espacio público era indispensable para buscar el bien común, entendido como el acceso de la sociedad a las mejoras urbanas y el ejercicio de sus actividades sin dañar los intereses ni bienestar del resto de la población.⁵⁹

⁵⁸ Bandos de policía y buen gobierno, 15 de enero de 1834, en: Castillo Velasco. *Op. Cit.*, p. 369. Al parecer el bando al que se recurría con frecuencia era el de 1822, al cual no he tenido acceso, sin embargo, ha sido reproducido íntegro o resumido en los bandos de 1825, 1830, 1833, 1834 y 1844; con las respectivas variantes debidas a las necesidades del momento, como en el del 17 de enero de 1830 que por la presencia de una epidemia de viruela era más puntual sobre la higiene.

⁵⁹ *Ibíd.*, pp. 360-391.

Respecto al uso de las calles para la venta de distintos productos, el bando del 7 de febrero de 1825, emitido por orden del gobernador José Mendivil, es el más completo y cuenta con los siguientes artículos:

5º. Las fruteras, verduleras, carboneros y cualesquiera otros tratantes de loza, vidrios y demas efectos que vienen acomodados con zacate, paja ó yerbas, serán obligados á recoger todo esto y extraerlo fuera de la ciudad [...]

21. Se prohíbe que en las calles, banquetas y esquinas se pongan mesas, puestos con dulces, vendimias, comistrajos, tripas, ni asaduras, ni que se vendan estas por las calles, sino precisamente en los puestos que á cada uno se señalen en las plazas, y aun en estas no se llevarán en palos por el perjuicio que ocasionan, no solo manchando á los vecinos que transitan por ellas y perjudicando á la limpieza, sino embarazando el tránsito que debe estar franco; y á los contraventores, sobre la multa de doce reales, se les harán quitar las mesas por los celadores de policía.

22. De la misma manera, y bajo igual multa, se prohíbe el expendio de zapatos, mantas, ropas, muebles, y cualesquiera otros efectos en los parajes que refiere el anterior.⁶⁰

Al parecer de las autoridades, la venta al menudeo de diversos productos en las calles, banquetas y esquinas de la ciudad en puestos móviles, ya fuera en mesas, cajas de madera, telas y petates tendidos en el piso o llevadas “en palos”, perjudicaba la limpieza y el libre tránsito.⁶¹ Además, al propiciar la aglomeración de gente en las calles, este tipo de venta se relacionaba con la proliferación de los juegos prohibidos –los cuales implicaban riñas y faltas a la moral-. En este sentido, la búsqueda del bien común, entendido también como la libre circulación, orden y vigilancia en los espacios de tránsito público, adquirió mayor importancia para las autoridades que la práctica del comercio ambulante.⁶²

Otro factor relativo a la búsqueda del bien común, que se expresa en la reglamentación de la venta callejera, se relaciona con el abasto alimenticio de la

⁶⁰ Bandos de policía y buen gobierno, 7 de febrero de 1825. El bando de 1830 sólo especifica la prohibición de la venta de verduras y comestibles en las calles, centrándose en la limpieza de los puestos de mercado. Bandos de policía y buen gobierno, 17 de enero de 1830, en: *Ibid.*, pp. 361, 362, 365, 373 y 374.

⁶¹ “Sobre q.e se señalen provisionalmente las Plazuelas de S. Juan de Dios, la Concepcion, del Carmen, de la Santísima, S. Pablo, de S. Juan, la de Letran, y Colegio de Niñas p.a q.e en ellas se situen las fruteras, y demás vendimias.” 7 de agosto de 1827. AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 129, F. 1 y 4. Llevar las cosas en “palos” literalmente se refiere al uso de palos de madera sobre los que se colocaba la mercancía para transportarla sobre los hombros de los vendedores o sobre mulas.

⁶² “Representacion al Sr. Capitan Gral. De esa provincia pa q. comisione al Comte de la compañía de Policia á fin de que zele cobre los juegos que se ponen en los mercados”, 1822. AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 121, F. 1 y 2.

ciudad. Se prohibía la introducción de “carnes muertas” para su venta o consumo particular “á escepcion de los de caza, como venados, liebres, conejos, etc., y los cabritos, corderos de leche y lechoncitos”, los cuales se expenderían en los mercados para facilitar el control de su procedencia, número e indirectamente procurar la higiene de los alimentos.⁶³ También se prohibía la práctica de la regatonería, es decir, la reventa de productos de primera necesidad obtenidos con violencia o ventaja sobre los productores antes de que éstos los introdujeran por las garitas.⁶⁴

La distribución de productos de primera necesidad debía hacerse únicamente por medio de espacios especializados para ello, es decir, mercados y plazas. En este sentido, las autoridades no buscaban únicamente el libre tránsito en las calles y el bienestar de los consumidores, sino un mejor control de los vendedores, lo que implicaba asegurar la recaudación de las rentas en los mercados, ingresos indispensables para el Ayuntamiento. Ello se hace evidente en la *Memoria de la Municipalidad* de 1830, que expone la situación precaria de las finanzas de la ciudad, lo cual dificultaba la realización de obras públicas, el sostenimiento de hospitales, escuelas, oficinas administrativas, etc., tal y como puede constatarse en la siguiente cita:

El cargo por tanto de la recaudacion se forma de lo que produce el arrendamiento de cajones, reversos, tinglados y varios renglones de viento. A la data la constituyen los pagos de dichos, las composturas de los cajones y tinglados de todos los mercados, el arrendamiento mensual [sic] de las garitas y el importe de lo que se ministre á los mozos de barrido. Ademas de las erogaciones detalladas hay una de costumbre que se hace despues de consultada y aprobada por V. E., para vestir á los guardas, con el fin de

⁶³ Ordenanza para el ramo de carnes. Bando del 1º de abril de 1850, en: Castillo Velasco, *Op. Cit.*, pp.160-174. Cabe mencionar que la preocupación de las autoridades respecto al cuidado de la calidad de la carne introducida estaba presente desde el siglo XVIII. Baltazar Ladrón de Guevara, “Discurso sobre la policía en México”, en: Sonia Lombardo de Ruíz, *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la Ilustración*. México, INAH, 1982, pp. 22 y 23.

⁶⁴ La reventa de productos de primera necesidad era ilegal si dichos productos se obtenían en condiciones ventajosas sobre el productor o se especulaba con su costo en momentos de carestía, a esta práctica se le conocía como regatonería. Bandos de policía y buen gobierno, 7 de febrero de 1825, en: Castillo Velasco, *Op. Cit.*, p. 367.

presentar al público decorosamente á unos hombres que por su instituto deben ser respetados.⁶⁵

- ***El Mercado.***

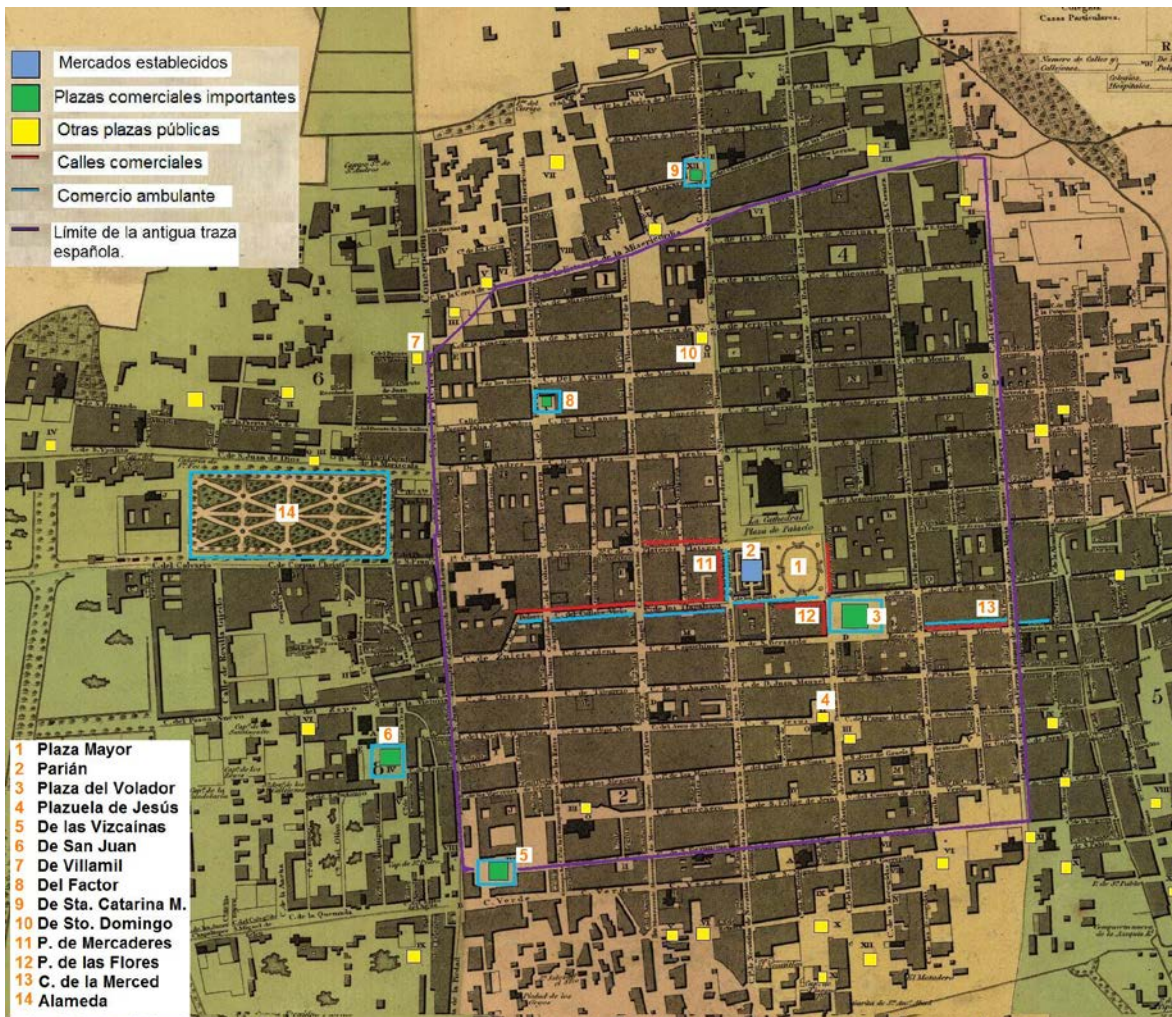
El abasto de productos de primera necesidad, al mayoreo y menudeo, fue constante y determinante para el desarrollo del mercado interno mexicano; además, era una fuente indispensable de ingresos fiscales a la ciudad de México, sede de los poderes de la federación, cuya situación en los años inmediatos a la guerra de independencia era frágil. El “vinculo entre el gran abasto y el consumo cotidiano”, aparentemente basado en la tradición, fue la base de una economía mercantil estable.⁶⁶

Desde su primera fase constructiva en 1700 y hasta su demolición por mandato del entonces presidente Antonio López de Santa Anna en 1843, el mercado del Parián fue el principal bastión de distribución de mercancía al mayoreo y menudeo para la capital y el interior del país. Su ubicación en la Plaza Mayor de la capital se debió a la cercanía de la acequia Real, pues, desde el México prehispánico el transporte de mercancías era realizado con el empleo de las canoas que surcaban diariamente los canales y acequias que conducían a la ciudad. Los grandes cajones que formaban el Parián eran centros de distribución de comerciantes mayoristas, principalmente españoles; asimismo, en los cajones de la parte oriente se permitía la venta de productos al menudeo ultramarinos y de la tierra. También en la zona oriente, en tinglados, mesillas, puestos "semi-fijos" y "a pie", se permitía la venta de frutas, verduras, carnes y semillas, oferta alimenticia de primera necesidad que estaba presente en otras plazas públicas en mercados itinerantes o "al viento" (similares a los tianguis de la actualidad) como

⁶⁵ *Memoria Economica de la Municipalidad de Mexico, formada de orden del Exmo. Ayuntamiento, por una comision de su seno en 1830.* México, Imprenta de Martín Rivera, a cargo de Tomás Uribe, Calle cerrada de Jesús no. 1, 1830, p. 33.

⁶⁶ *Cfr.* Ricardo Gamboa Ramírez, “Abasto, mercados y costumbres alimentarias en la Ciudad de México (1800-1850)”, en: María Dolores Morales y Rafael Mas (Coords.), *Continuidades y rupturas urbanas en los siglos XVIII y XIX. Un ensayo comparativo entre México y España. Memoria del segundo Simposio Internacional sobre historia del centro histórico de la ciudad de México.* México, Gobierno del Distrito Federal, 2000, pp. 427-443.

la de San Juan, Jesús, Santa Catarina, Villamil, Vizcaínas y la de El Volador (Plano 2).⁶⁷



Plano 2. Eduardo Amogg (grabó), “Plan General de la Ciudad de Mexico, levantado por el Teniente Coronel Don Diego Garcia Conde en el año de 1793”, Londres, 1811.⁶⁸

⁶⁷ El mercado de la plaza de Jesús era de madera y sufrió un incendio en 1853, pero por falta de fondos no se pudo reconstruir en ladrillo; mientras el de Villamil fue edificado entre 1850 y 1851 con madera obtenida de los cajones desmontados de la plaza del Factor, otra plaza comercial importante que fue destruida para dar cabida al teatro Iturbide. Orozco y Berra. *Op. Cit.*, pp. 122-132. Sobre la historia de los diversos mercados operantes en la Plaza Mayor véase: Jorge Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor en la ciudad de México*. México, Cal y Arena, 2007; y sobre los mercados de la ciudad de México: Diego López Rosado, *Los mercados de la ciudad de México*. México, UNAM, 1982, pp. 191-287; y Yoma Medina, *Op. Cit.*

⁶⁸ Fuente del plano original: Fototeca Orozco y Berra. Fuentes de información: Orozco y Berra. *Op. Cit.*, pp. 122-131; Olvera Ramos. *Los mercados de la Plaza Mayor...*; e Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti, *Memoria y encuentros: la ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México, Instituto Mora-Departamento del Distrito Federal, t. 2.

El mercado principal de la ciudad, dedicado a la venta al menudeo, fue ubicado en la plaza de El Volador. Su planeación original comenzó al finalizar el siglo XVIII, como parte del proyecto de mejoras urbanas del virrey segundo conde de Revillagigedo, con el objetivo de mantener limpias y libres las calles, así como un mejor control del abasto y el comercio. El nuevo mercado, mucho más cercano a la acequia Real, recibió a los vendedores de comestibles del Parián y a los ambulantes que embarazaban las calles.⁶⁹ La agrupación de todos estos comerciantes sin duda buscaba una vigilancia más efectiva de sus actividades y la recaudación de impuestos.

Al igual que otros mercados existentes al inicio del periodo independiente, El Volador estaba formado por cajones de madera de diversa factura, así como techumbres y sombras de madera y petate, lo que significaba un peligro constante de incendio. En 1837 el Ayuntamiento compró al duque de Monteleone el terreno donde se ubicaba este establecimiento, y para 1841 se aprobó el proyecto de su construcción de mampostería (terminado en 1844). El proyecto del nuevo mercado coincidió con un decreto para establecer cuatro plazas dedicadas exclusivamente al comercio al menudeo de comestibles, materias primas y manufacturas de uso cotidiano, bien distribuidas en la ciudad para el abasto de toda su población, lo cual no se realizó de manera satisfactoria. El mercado de San Juan comenzó a construirse de piedra en 1842 (fue terminado en 1850 y adquirió el nombre de Iturbide), el de Santa Catarina en 1850 (concluido en 1853), y el de Villamil entre 1850 y 1851 (este fue el único mercado establecido que siguió siendo de madera). Aunque muchos proyectos arquitectónicos planteados en esta época no se llevaron a cabo, debemos mencionar que más allá de destinarse a la búsqueda de

⁶⁹ Sobre los motivos de la reforma del mercado: “Plaza del Volador/ Sobre construir esta bajo el plan q.e se adoptó en la ciudad de Filadelfia”. AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 140. La descripción del mercado de El Volador después de su remodelación, así como otros documentos relativos a su historia y la del Parián han sido recopilados en: Gortari y Franyuti, *Memoria y encuentros...*, t. 2, pp. 40-49.

orden, seguridad, limpieza y control, se trató de verdaderas obras de arte destinadas a enaltecer al gobierno en turno.⁷⁰

Es importante señalar que el mercado de El Volador estuvo regulado por el *Reglamento para los mercados de México formado de orden del Exmo. Señor Virrey Conde de Revillagigedo, especialmente para el principal establecimiento de la Plaza del Volador*, emitido en 1791, el cual permaneció vigente hasta 1830.⁷¹ En este sentido, no parece extraño que las disposiciones planteadas en el *Reglamento*, así como la construcción misma del edificio se llevaran a cabo hasta la consumación de la independencia, cuando un nuevo sistema político requirió poner en práctica algunos principios modernizadores para legitimarse. Incluso la ley del 16 de enero de 1841, referente al establecimiento de las cuatro plazas comerciales de la ciudad, reiteró, aunque fuera sólo en el papel, gran parte de las disposiciones presentes en dicho *Reglamento*, sobre todos las referentes al orden de los puestos y la eliminación de la venta ambulante en las calles.⁷²

El establecimiento de un mercado principal y otros menores no sólo facilitaba el abasto de los habitantes de la ciudad, sino que posibilitaba un control más efectivo sobre la calidad, pesos y medidas de los productos de primera necesidad. Cabe mencionar que al finalizar el periodo virreinal, el Tribunal de la Fiel Ejecutoría era el encargado de fijar el "precio justo" o valor relativo de los productos según las circunstancias imperantes (naturales, políticas, económicas, etc.), y el juez de plaza era el encargado de vigilar su aplicación. Aunque, en términos generales, cambiaron los nombres de estos funcionarios, podemos suponer que en el periodo independiente el establecimiento de precios seguía sujeto a las circunstancias del momento. De la misma forma, los precios siguieron

⁷⁰ Orozco y Berra. *Op. Cit.*, pp. 122-130; y López Rosado, *Op. Cit.*, pp. 191-193. Sobre los diversos proyectos de construcción del mercado de El Volador, los arrendatarios, arquitectos, el conflicto entre en Ayuntamiento, gobierno departamental y el mismo Santa Anna, así como una completa descripción del edificio y su importancia para legitimar al gobierno santanista, véase: Valderrama, *Op. Cit.*

⁷¹ Gortari y Hernández. *La ciudad de México...*, pp. 45-49; *Reglamento para los mercados de México*. Edición facsimilar de la impresión de Felipe de Zúñiga y Ontiveros de 1791, México, Bibliófilos Mexicanos, 1976; y *Memoria Económica de la Municipalidad...*, pp. 28-33.

⁷² Aunque no he tenido acceso a esta Ley, sus implicaciones y artículos están ampliamente trabajados en: López Rosado, *Op. Cit.*, p. 191-287.

materializándose en la moneda de plata (real) o sus derivados fraccionarios (tlacos, cuartillas y pilones) que si bien no se aceptaban legalmente, en la práctica, estaban presentes en todas las transacciones del comercio al menudeo, incluso después de la acuñación de moneda fraccionaria de cobre (cuartos, octavos y dieciseisavos de real) en 1829, que al ser falsificada con facilidad no contó con la confianza de la población.⁷³

En el periodo independiente, un regidor nombrado por el Ayuntamiento se ocupaba de la Comisión de Mercados, a su vez, cada mercado contaba con un administrador general vitalicio y un segundo administrador, encargados de recaudar los arrendamientos, vigilar pesos y medidas, previamente establecidos por el Ayuntamiento, así como procurar la vigilancia, limpieza y el orden mediante guardias diurnos, nocturnos y encargados de limpia.⁷⁴ Con la numeración de los puestos y su ubicación de acuerdo a su giro y tamaño, se procuraba “la comodidad de compradores y vendedores, para el aséo [sic], y para el orden y facilidad de la cobranza de los puestos”. Además del espacio para puestos fijos o cajones se destinó un lugar para “puestos móviles para pobres que traen vendimias ó comestibles de todas especies en cortas porciones”, establecidos temporalmente bajo los tinglados, largos tablados cubiertos por techumbres que se construyeron de madera anexos a los edificios de mercado.⁷⁵

Si bien no resulta clara la efectividad de la mayoría de las disposiciones, reglamentos y ordenanzas, sobre todo en lo referente al cobro de rentas, no cabe duda de que el vendedor ambulante era tolerado e integrado a los proyectos

⁷³ Víctor Hugo González Cruz, "La distribución de las tiendas misceláneas y sus transacciones mercantiles. El comercio menudo de la ciudad de México, 1750-1804". Tesis de licenciatura en Historia, Instituto Mora, México, 2013, pp. 63-80; y Diego López Rosado, *Historia del peso mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 38-40.

⁷⁴ López Rosado, *Los mercados de la ciudad...*, pp. 200-203.

⁷⁵ *Reglamento para los mercados...*, pp. 2-4. Los tinglados eran estructuras dispuestas en el centro o alrededores de los mercados para techar un espacio determinado y protegerlo de la intemperie. Cabe mencionar que la Ley del 16 de enero de 1841 también contemplaba "el ramo de sombras", el cual tenía las mismas características que los tinglados expresados en el *Reglamento* de 1830. López Rosado, *Los mercados de la ciudad...*, p. 195-201. Para 1851, cuando se planeo la reforma de los tinglados de El Volador se propuso construir estructuras de ladrillo de 7.5 metros de largo, 3.7 de ancho y 2.5 de alto, que albergarán a más vendedores y recaudarán más impuestos. Yoma Medina, *Op. Cit.*, pp. 131-140.

administrativos que se comenzaban a poner en práctica. No sólo se trataba de personajes tradicionalmente indispensables para el abasto de la ciudad, sino que su aumento constante los hacía una potencial fuente de ingresos difícil de despreciar. Mientras en 1791 el mercado principal contaba con 80 puestos en los tinglados, para 1830 no sólo habían aumentado a 110, sino que apareció un nuevo ramo denominado “viento” por el cual se recaudaba casi la mitad de lo recibido por el uso de los tinglados, lo que indica que pagaban menos al carecer de un espacio establecido.⁷⁶ En este sentido, el ramo de “viento” o “sombras” se refería a los puestos que no tenían lugar en los tinglados –que literalmente estaban a merced del viento y del sol- colocados fuera del mercado en puestos semi-fijos cubiertos en los mejores casos sólo con alguna sombra (tela o petate) improvisada por los propios comerciantes. Los vendedores del ramo de viento podían ofrecer lo mismo que se expendía en los tinglados: frutas y verduras, semillas, harina, cebada, también se incluía la carne y sus derivados, además de pieles, lanas, leña y carbón, en general productos agrícolas y manufacturas en mínimas cantidades.⁷⁷

A pesar de la existencia de medidas que integraban a los ambulantes a la reglamentación de los mercados, su número parecía ser considerablemente menor al de aquellos que permanecían en las calles. La reiteración de las disposiciones de las autoridades para su confinamiento en espacios establecidos es una prueba importante de esta situación.⁷⁸ En este sentido, podemos pensar que había considerables desventajas para este tipo de venta en los mercados, como el pago de impuestos, horarios establecidos, el aumento de la competencia

⁷⁶ *Reglamento para los mercados...*, p. 9; y *Memoria Económica de la Municipalidad...*, pp. 34-40. En la semana del 16 al 22 de julio de 1830 en el mercado principal se recaudó de los tinglados 162.4 pesos, mientras que del ramo de “viento” se recibió 65.3 pesos. En el caso de los puestos “móviles” de los tinglados, a lo largo del día el espacio podía ocuparse por distintos vendedores, correspondiendo el pago al primero, dándole la obligación de cobrar el porcentaje correspondiente a quienes lo sustituyeran.

⁷⁷ Gisela Moncada González, “Políticas de abasto de alimentos en la ciudad de México en los albores de la guerra de Independencia 1810-1812”, en: Janet Long Towell y Amalia Attolini (Coords.), *Caminos y mercados de México*. México, UNAM-INAH, 2009, p. 471. Cabe mencionar que el “ramo de sombras” era administrado de manera independiente, el encargado debía arrendar dicha función pagando \$300 al administrador del mercado. Asimismo, en los mercados se prohibió la venta de animales como mulas o caballos, así como de ropa, muebles, alhajas, impresos y objetos de segunda mano. López Rosado, *Los mercados de la ciudad...*, pp. 200 y 201.

⁷⁸ Sobre los ingresos percibidos por el Ayuntamiento de los puestos móviles y los fijos en 1830: *Memoria Económica de la Municipalidad... Op. Cit.*, pp. 34-42.

y la adopción de un espacio, aunque fuera temporal. Además, la libertad de movimiento obtenida en las calles no sólo posibilitaba la oferta de productos variados al paso del público, sino la evasión de una regulación efectiva.

- ***Excepciones a las reglas y sus consecuencias.***

La permanencia del ambulante en las calles de la ciudad se relacionaba con la voluntad de los vendedores para evadir la reglamentación, la corrupción de funcionarios y guardias, así como la incapacidad de las autoridades para vigilar la aplicación de las disposiciones correspondientes ante un fenómeno en constante crecimiento como lo era la venta ambulante; sin embargo también debemos reconocer la existencia de concesiones otorgadas a los más necesitados. Desde el siglo XVI a los indígenas se les permitió expender libremente sus productos en puestos y mesillas improvisadas en la Plaza Mayor. Su presencia aseguraba el abasto de la ciudad en tiempo de escasez, por lo que estos vendedores permanecieron en las principales plazas públicas hasta finales del siglo XVIII. Protegidos por la administración novohispana, al ofrecer productos básicos en pocas cantidades, principalmente alimenticios, no pagaban contribución, a diferencia de los vendedores urbanos que desde el siglo XVII fueron regulados por un asentista.⁷⁹ Asimismo, en el periodo virreinal, las autoridades fomentaron la presencia de tianguis en la periferia de la ciudad, empleados principalmente para que los indígenas vendieran sus productos uno o dos días por semana en zonas alejadas de los mercados principales.⁸⁰

Para la primera mitad del siglo XIX, el Ayuntamiento seguía dando facilidades a los vendedores rurales, esto se aprecia en el caso de la libertad del pago de derechos en las garitas por la introducción de “algunos efectos de industria y portacion de las clases pobres”, mientras se introdujeran “en hombros”,

⁷⁹ Sobre la regulación del abasto de la ciudad de México: Olvera Ramos. *Los mercados de la Plaza Mayor...*, pp. 33-71.

⁸⁰ Orozco y Berra. *Op. Cit.*, pp. 35-37, 130 y 131; y Moncada. *Op. Cit.*, pp. 476.

es decir, en poca cantidad.⁸¹ La siguiente cita da una idea de la variedad de productos que entraban a la ciudad sin pagar contribución:

Aventadores, Ayates, Arenilla para plateros, Arenilla para vidrios, Arenilla para alfareros, Arenilla del desagüe ó marmagita, Arpilleras rasposas de Ixmiquilpan, Arpillera corriente de vara, Bateas de todos tamaños, de madera blanca, Canastos y canastillas de todos tamaños y calidades, Carbon en hombros de hombre, Cedazos de todos tamaños y calidades, Chomite ó cordon de lana, Cola, Costales de Tlayacapa é Ixmiquilpan, de malva ó de ixtle de todos tamaños y calidades, Cucharas de madera torneadas, Cucharas sin tornear, Dátil verde ó azucarado, Escobas de palma ó de popote, Escobetas de todas calidades, Gerguetillas de lana ordinaria, Hilo copalillo, lechuguilla y de todas calidades, Jáquimas de mecate, Lazos de todas calidades, Leña en hombros de hombre, Mantas lechuguilla de Ixmiquilpan y de Cadereita, Molinillos, Madera blanca ordinaria de jalocote ú oyamel en hombros de hombre, Nuez de todas calidades, Palas de madera, Pepita de calabaza o de melon, lisa ó pelada, Palma, Petates de todas calidades, Pepitoria de nuez ó de pepita, Pescado blanco, Pita, Reatas, Romero seco, Sabanilla de lana ordinaria, Sacas morosqueras, Sal tierra, Semilla de cebolla, Sombreros de palma, Talegas de malva ó ixtle, Tarabillas, Telas de florear ó cedazo, Tejamanil en hombros de hombre, Tequesquite, Tinageros de madera ordinaria, Tompeates de todos tamaños, Toda clase de fruta, á excepcion del higo, uva, plátano, ciruela y dátil pasados.⁸²

Como puede observarse, los indígenas seguían siendo los encargados de satisfacer las necesidades básicas de la población; se les podía encontrar vendiendo libremente en las calles de la ciudad productos agrícolas, materias primas y manufacturas sencillas.⁸³ Esto puede relacionarse con el estado un tanto marginal que mantenía legal y socialmente desde el periodo virreinal.⁸⁴ En ese sentido, el vendedor indígena aparece en las fuentes oficiales con un perfil muy bajo, al ofrecer una mínima cantidad de los productos de su trabajo, agrícola y

⁸¹ No. 502. Marzo 14 de 1827.- Ley.- *Quedan libres de todo derecho en el distrito algunos efectos de industria y portacion de las clases pobres*, en: Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislacion Mexicana ó coleccion completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la Republica*. México Imprenta del Comercio, 1876, t. 2, pp. 5 y 6.

⁸² Ley del 14 de marzo de 1827 y Ley del 1o de febrero de 1828 que dice: “Los tejidos de algodón, lana y seda de fábrica mexicana, serán libres de todo derecho en el distrito y territorios de la federacion”. Dublán y Lozano. *Op. Cit.*, pp. 5, 6, 58 y 59.

⁸³ Sobre los conflictos por las tierras de comunidad y el establecimiento de Haciendas en la transición del periodo colonial al México independiente: Lira. *Op. Cit.*, pp. 44-61. Sobre los medios de transporte para el abasto de la ciudad véase: Moncada. *Op. Cit.*, pp. 476; y Araceli Peralta Flores, “El canal, puente y garita de la Viga”, en: Long y Attolini. *Op. Cit.*, pp. 459-468.

⁸⁴ Esto puede relacionarse con la permanencia del estigma del estado de “inocencia” que se le dio desde la Conquista, lo cual se asociaba con su estado de ignorancia y pobreza. Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*. México, UNAM, 1987, pp. 31-48.

artesanal. Esto puede indicar que lo limitado de su oferta no implicaba un gran estorbo a la circulación, al orden o a los intereses de los comerciantes establecidos, por lo que generalmente se les permitía ejercer su actividad mercantil.

Las fuentes oficiales son más claras respecto al perjuicio causado a las disposiciones de policía por los vendedores urbanos (asociados con la leperuzca"), independientemente de su origen racial, se trataba de individuos que habitaban en la ciudad y sus barrios periféricos, cuya oferta consistía principalmente en manufacturas locales, europeas y de segunda mano. Al encontrarse más cerca de la ciudad, en distintos aspectos, estos comerciantes tenían mayores opciones de instalar puestos "semi-fijos", o de ofrecer una variedad más amplia de productos, estorbar el libre tránsito y evadir la vigilancia. La fácil asociación de estos vendedores con el establecimiento, aunque temporal, los hacía más adecuados para su regularización y colocación en mercados y plazas.

Sin embargo, también podemos encontrar referencias a diversas concesiones otorgadas por las autoridades a los vendedores urbanos, como es el caso del llamado Baratillo -instalado en la Plaza Mayor por licencia real desde el siglo XVI- dedicado a la venta de mercancía de segunda mano y manufacturas de la tierra. A pesar de la mala fama que tenía por ofrecer mercancía robada y de mala calidad en puestos improvisados o "a mano", su permanencia se debió a que era considerado desahogo de los grupos urbanos pobres. En 1796 fue trasladado a la plazuela del Factor en donde permaneció hasta mediados del siglo XIX.⁸⁵

Asimismo, existía otro sector social favorecido por las autoridades, se trataba de las mujeres que se encontraban en situaciones económicas precarias.

⁸⁵ AHCM: Rastros y Mercados, vol. 3728, exp. 2, f. 4, año de 1689, citado en Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, p. 33, y del mismo autor, "El Baratillo de la Plaza Mayor: La crítica ilustrada al comercio tradicional", en: Sonia Lombardo de Ruiz (Coord.), *El impacto de las Reformas Borbónicas en la estructura de las ciudades. Un enfoque comparativo. Memoria del I Simposio Internacional sobre historia del Centro Histórico de la Ciudad de México*. México, Gobierno de la Ciudad de México, 2000, pp. 381 y 382.

Para aliviar las necesidades de numerosas familias se otorgaban permisos a algunas mujeres para poner pequeños puestos de alimentos alrededor de las plazas en días comunes, tal era el caso de los puestos de almuerzo.⁸⁶ A pesar del peligro constante de incendios que implicaba el uso del fuego para preparar comida, la permanencia de dichos establecimientos se debió a que daban alguna contribución por el uso del espacio, facilitaban la alimentación no sólo de las clases más pobres, sino a otros sectores sociales, incluyendo a los mismos comerciantes y funcionarios. Asimismo, la presencia de comestibles preparados aumentaba la clientela de los negocios establecidos.⁸⁷

A diferencia de los puestos de almuerzo, posiblemente en relación con su horario, los llamados “puestos de noche” estaban más arraigados a los espacios públicos, en donde la costumbre los demandaba, ya fuera al finalizar la misa o las actividades cotidianas, cuando todos los otros establecimientos cerraban sus puertas. Según Jorge Olvera Ramos, estos puestos seguían desempeñando la funcionalidad tradicional de ser medio de trabajo y consumo de los grupos urbanos más pobres. La misma lógica se aplica fácilmente a la permanencia de otros vendedores de alimentos preparados que ofrecían su mercancía a pie, sobre todo aquellos que aparecían al atardecer, al amparo de la noche y el término de la jornada laboral.⁸⁸

Como ya se mencionaba, un factor determinante en la tolerancia del comercio ambulante, en constante aumento, era la posibilidad latente del cobro de contribuciones sobre dicha actividad, de manera ilegal -con fines de enriquecimiento personal- o buscando autorización de instancias superiores -en beneficio de las arcas del Ayuntamiento, constantemente mermadas por los

⁸⁶ En el caso de la plazuela del Factor, la búsqueda de su eliminación se debió a la presencia de muchos otros vendedores que, al parecer de las autoridades, en conjunto generaban problemas importantes de circulación. AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 126, F. 1. Otros casos de permisos para la venta de alimentos en: “Solicitud del C. Agustín Ramírez pidiendo licencia para q.e su muger pueda vendér sus canastas de pan en una de las puertas paralelas”, AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 157, F. 1-6.

⁸⁷ Jorge Olvera Ramos, “‘Los puestos de noche’ de la Plaza Mayor: reglamentación y permanencia de la venta nocturna”, en: Dolores y Mas (Coords.), *Continuidades y rupturas urbanas...*, pp. 423 y 424.

⁸⁸ *Ibíd.*, pp. 419-427.

acontecimientos políticos-. En distintas ocasiones la Comisión o Administración de Mercados propuso al Ayuntamiento adquirir el derecho sobre las sombras que algunos particulares arrendaban a los vendedores fuera de los mercados, principalmente en El Volador. El proceso se discutió ampliamente, sin embargo, a pesar de los beneficios económicos que implicaba -“300 [sombras] en el mercado principal, y 60 repartidas entre Las plazuelas de Sta. Catarina, La Paja, que rinden 11 pesos y reales en los días ordinarios 120 mas en extraordinarios incluidos sábados y domingos”-, no se concretó. Esto se debió principalmente a que contravenía las disposiciones de policía, concretamente el libre tránsito en las calles, además de que implicaba problemas de jurisdicción en materia económica entre el Ayuntamiento y el gobernador.⁸⁹

De la misma forma, los conflictos jurisdiccionales se hicieron presentes cuando se acusaba a los celadores de policía y guardas de mercado, sujetos al ramo de Mercados, de cobrar contribuciones a los vendedores “semifijos” de alimentos, frutas, verduras y demás manufacturas, establecidos fuera de los mercados. Aunque la administración de Mercados argumentaba que con ello procuraba ingresos importantes para el Ayuntamiento, ofrecía el abasto necesario a los habitantes que vivían lejos de los mercados y un sustento a los vendedores, el Cabildo, evitando un conflicto con el gobernador, determinó eliminar el cobro y quitar a los vendedores de la vía pública. Sin embargo, no se discutió sobre el arriendo de zaguanes particulares para la colocación de puestos “semi-fijos”, los cuales debieron contar con gran cantidad de arrendadores.⁹⁰

A pesar de que podían recurrir al auxilio del gobernador, o llegar a algún acuerdo con los guardas de policía o los comerciantes establecidos, en numerosas ocasiones los ambulantes fueron desalojados, principalmente de lugares públicos de importancia política, como la Plaza Mayor, y los portales circundantes. Eran trasladados a diferentes plazas hasta encontrar alguna en la

⁸⁹ “Sobre q.e se hagan de cuenta de sus fondos las sombras con que se cubren los vendimiadores”. AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 130, F. 1-40.

⁹⁰ AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 132, F. 1-8; y el exp. 143.

que no contravinieran intereses particulares.⁹¹ En este sentido, la ley se aplicaba en beneficio de las autoridades y algunos personajes influyentes, aunque vale la pena mencionar que, al correr el siglo, con la adopción de modas y costumbres extranjeras, es posible que de forma paulatina la aplicación de la policía urbana se convirtiera en realidad.

Además de las disposiciones de policía y el cobro ilegal de contribuciones, los vendedores ambulantes, se enfrentaron con el descontento de los vendedores establecidos, quienes argumentaban que ocasionaban desorden y perjudicaban sus ventas al impedir el paso. Ante esta situación, en algunas ocasiones –de las cuales hay apenas unos cuantos registros- los vendedores ambulantes explicaron el motivo de su permanencia, como en el caso de los tratantes de “mantas y lienzos corrientes en algodón y lana”, quienes se unieron para proteger sus intereses:

[...] desde que por la abundancia y consumo frecuente en mantas en esta capital, se estendió el giro en pequeño y con cortos capitales en este genero de efecto, cuantos careciendo de otros medios de subsistencia, pudimos hacer algun esfuerzo, nos establecimos en un parage á proposito para lograr el espendio, y conseguir una pequeña utilidad, que sirviera á ocurrir á las necesidades en nuestras familias. Estuvimos establecidos mucho tiempo en la parte que sigue del Portal de las Flores, y contraesquina de palacio; de allí se nos mandó al centro del Parián; de aquí pasamos á nuestro antiguo lugar, y de este el actual sr. Prefecto nos colocó enfrente de los Flamencos, á la orilla de la plasa principal del mercado, alli situados hemos permanecido meses, cuando repentinamente el Administrador D.n Luciano Gonsalez nos há comunicado una orden superior para q.e nos traslademos al interior del Portal de las Flores, en donde en puntual obediencia de lo mandado, nos hallamos. Pero esa obediencia q.e no nos pesa, y esa determinacion que soportamos, han venido á arruinar en un solo golpe, nuestra miserable fortuna, y esa ruina es la de mas de dies y seis numerosas y pobres familias, cuyo sostén somos con el comercio, en q.e merced á mil fatigas y angustias, recogemos, no una utilidad comercial, sino el escaso sustento en primera necesidad.⁹²

⁹¹ “Cierto es q.e la deben tener [la libertad] y tienen todos los Artesanos p.a espendir el fruto de su industria y trabajo personal; pero esa libertad ha de sujetarse á lo que establezca una ilustrada policía, y esta no puede admitir que los Portales se embarazen con los grandes puestos de zapatos que se forman”. AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 131, F. 1-34.

⁹² “Queja de alg.s comerciantes de la Plaza del Volador á fin de q.e se quiten, y dediquen locál á los que venden mantas en el hombro.”, AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 156, F. 1-15.

Estos vendedores ambulantes estaban conscientes de que el motivo de su cambio de lugar se relacionaba con los intereses de “la gente de negocios” – vendedores de los mismos géneros- y para “guardar un buen orden en policia”. Sin embargo, consideraban que los consumidores eran libres de comprar donde más les conviniera, en cajones establecidos o a los ambulantes, puesto que “si el que nos hallemos situados al pelo en la tierra, ó en mesitas y no en cajones, se considera fealdad en la policia, será por que se suponga q.e en donde haya policia ordenada, todos deberán ser capitalistas y ninguno pobre”. Bajo dicha lógica afirmaban que el que se siguiera permitiendo su existencia, aunque se modificara su ubicación, se debía a la obligación del gobernador de proteger a las clases humildes, quienes tenían los mismos derechos que los otros comerciantes. Por otro lado, el deseo de los vendedores de mantas de restablecerse en la calle de Flamencos (ubicada frente al mercado de El Volador) iba más allá de su preocupación por no estorbar “el tránsito de la gente decente”, y estar sujetos a la vigilancia del mercado principal, sino que se guiaba principalmente por los beneficios de estar en un espacio destinado al comercio, al que recurría una gran cantidad de gente, entre gente “de fuera” y “pobres”.⁹³

Como se ha visto hasta ahora, en algunos casos la venta ambulante era tolerada por las autoridades aunque contraviniera las disposiciones de policía. Esto tenía que ver principalmente con la pobreza de los vendedores, destacando mujeres solas e indígenas; la corrupción de los encargados de la vigilancia u otras autoridades o su imposibilidad para mantener un control efectivo sobre un fenómeno que se mantenía a la par de la desigualdad social y la pobreza; incluso la fuerza de la costumbre fue defensora del ambulante. Sin duda la correcta o parcial aplicación de las normas, así como su trasgresión o desconocimiento, no eran prácticas generalizadas, sino excepciones, favores o acciones tomadas en circunstancias particulares. No es posible definir claramente en qué casos se favorecía a los ambulantes y en cuales no, lo que podemos afirmar es que las necesidades de las clases pobres, de donde surgían los vendedores callejeros,

⁹³ *Ibíd.*, f. 8-15.

fueron la constante de la permanencia y cierta tolerancia del ambulante en los espacios públicos de la ciudad. A pesar de los aspectos negativos de la práctica del ambulante en las calles, su crecimiento fue innegable, aunque los vendedores fueron constantemente trasladados a alguna plaza para librar las calles, al poco tiempo surgían nuevos vendedores y la necesidad de más espacios para congregarlos y controlarlos.⁹⁴

⁹⁴ AHCM: Fondo Ayuntamiento, Ramo Mercados, vol. 3730, exp. 126, “Plazas y Mercados. Sobre el arreglo de la del Factor”; exp. 129, “Sobre q.e se señalen provisionalmente las Plazuelas de S. Juan de Dios, la Concepcion, del Carmen, de la Santisima, S. Pablo, de S. Juan, la de Letran, y Colegio de Niñas p.a q.e en ellas se situen las fruterias, y demás vendimias”; el exp. 132, “Sobre la pension que se cobra á los vendedores de fuera que se sitúan en las calles”; el exp. 143, “La comicion de Mercados cumpliendo con el acuerdo de V. E. sobre el informe que pide el Sr. Gobernador del Distrito con el fin de saver si la presente comicion tiene conocimiento de lo que se cobra por los guardas alas tortilleras y fruterias que se situan fuera de los Mercados”; el exp. 145, “Dn. Antonio Velo manifestando él perjuicio q.e reciente su comercio p.r los comerciantes en zapatos q.e se hallan en la Calle Real”; el exp. 147, “D. Frans.co Alvares solicitando contratar uno en la calle de la escondida”; y el exp. 159, “Dn. José Juan Cervantes solicita se le permita establecer uno en la plazuela de la Paja, y variar la fuente del lugar en q.e se halla”.

CAPITULO II. EL VENDEDOR AMBULANTE SEGÚN LA VISIÓN NACIONAL.

Para finalizar con la visión nacional sobre el comercio ambulante, a continuación se exponen algunas representaciones realizadas por artistas y artesanos desde el periodo colonial, entre pintura de castas y figuras de cera, hasta mediados del siglo XIX, en publicaciones costumbristas como *México y sus alrededores* y *Los mexicanos pintados por sí mismos*, en donde además de imágenes encontramos interesantes descripciones y críticas de importantes literatos de la época.

1. La pintura de castas. Primeras representaciones del vendedor ambulante.

Desde sus primeras apariciones, a principios del siglo XVIII, las representaciones de castas variaban en tamaño y calidad.⁹⁵ Se trataba de un género primordialmente novohispano que fue producido hasta por los talleres y pintores más importantes. Sin embargo, gracias a su carácter decorativo, estas representaciones se popularizaron, fueron reproducidas por diversos talleres con cambios mínimos sin la necesidad de la firma de un autor conocido. Posiblemente la introducción de costumbres francesas en América, tras el ascenso al trono español de la casa de Borbón, tuvo que ver con el desarrollo del gusto por la ostentación en la vida pública y privada, además, en el mismo periodo comenzaron a llegar a la Nueva España las ideas científicas en boga en Europa encaminadas a la observación y clasificación de las sociedades y su entorno.⁹⁶

⁹⁵ La serie más antigua según Elena Isabel Estrada de Gerlero fue de principios del siglo XVIII, coincidiendo con el afrancesamiento en el vestir, introducido con más frecuencia en el gobierno del último Habsburgo, casado con María Luisa de Orleans. Elena Isabel Estrada de Gerlero, "La Reforma borbónica y las pinturas de castas novohispanas", en: *XVI Coloquio internacional de Historia del Arte. El arte y la vida cotidiana*. ed. de Elena Estrada. México, UNAM, 1995, pp. 217 y 218.

⁹⁶ Los principales y más completos estudios sobre la pintura de castas son los de María Concepción García Sáiz, *Las Castas Mexicanas. Un género pictórico americano*. Milán, Italia, Grafiche Milani-Olivetti, 1990; y el de Ilona Katzew, *La pintura de castas. Representaciones raciales en el México del siglo XVIII*. Singapur, CONACULTA-TURNER, 2004. Ilona Katzew atribuye la paternidad del género a Juan y Nicolás Rodríguez Juárez, quienes, junto a otros pintores destacados, hicieron series de pinturas de castas de muy buena calidad, las cuales fueron imitadas constantemente. Katzew. *Op. Cit.*, pp. 81-95.

Con un mayor alcance que los textos en una sociedad que en su mayoría era analfabeta, las imágenes eran una buena forma de propagar ideas.⁹⁷ Independientemente de los ideales políticos del momento del auge de la pintura de castas, ésta se caracterizó por la representación de la riqueza del virreinato, de su flora, fauna e incluso de la diversidad racial, con lo que contribuyó a crear una imagen diferenciada de Europa. Por lo general, presentaban familias desempeñando algún oficio, con lo que reivindicaban el trabajo manual. Sus atuendos variaban según la condición social, oficio o el mensaje transmitido por la obra -en el caso de la representación de las riquezas novohispanas eran muy ostentosos-. Por otro lado, existían obras que acentuaban la división jerárquica de la sociedad, partiendo de la misma fórmula, escenas familiares, se integraban series de imágenes consecutivas dispuestas a manera de pirámide racial, en cuya punta estaban los españoles.⁹⁸

En este contexto, las representaciones del vendedor ambulante en la pintura de castas también tuvieron que ver con el aumento demográfico en la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII,⁹⁹ lo que pudo fácilmente relacionarse con la necesidad de nuevos medios de empleo que no requirieran una preparación técnica, así como al aumento de las demandas de la sociedad. De la misma manera, el interés en este tipo de personajes se inserta dentro de los cambios administrativos que promovieron la aplicación de las primeras normas de policía urbana, que implicaban un mejor control de los

⁹⁷ Sobre la importancia de los emblemas reales en arcos triunfales o tablados, empleados como justificación de poder de los funcionarios novohispanos, véase: Jaime Cuadriello, “Los jeroglíficos de la Nueva España”, en: *Juegos de ingenio y agudeza: La pintura emblemática de la Nueva España, Museo Nacional de Arte. Noviembre 1994-febrero 1995*. México, Ediciones del equilibrista-Turner libros, 1994, pp. 84-113. Sobre los discursos presentes en la pintura de castas véase: Katzew. *Op. Cit.*, pp. 2 y 3.

⁹⁸ Estrada de Gerlero. *Op. Cit.*; Katzew. *Op. Cit.*, pp. 49-80; y *La plástica en el paso de la colonia al México independiente*. México, INEHRM, 1985, pp. 11-14 (Cuadernos Conmemorativos, 57).

⁹⁹ La falta de censos o conteos oficiales en el periodo virreinal llevó a Manuel Miño a registrar únicamente tendencias generales en el crecimiento y migración poblacional en las principales ciudades de la Nueva España, por lo que no contamos con cifras exactas. Manuel Miño Grijalva, *El mundo novohispano. Población, ciudades y economía, siglos XVII y XVIII*. México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 23-45.

espacios públicos, su limpieza y libre circulación, por consiguiente, la eliminación o regulación de los oficios y trabajos realizados en la vía pública.¹⁰⁰

Para ejemplificar las características de los cuadros de castas que representan vendedores ambulantes, se seleccionaron algunas obras representativas; sin embargo, no se trata de obras únicas, pues existen trabajos prácticamente iguales en diferentes series de diversos autores y talleres. La principal constante entre todas estas obras parece ser que la actividad comercial representada se relacionaba ampliamente con la población indígena y, en segundo término, con las castas que pertenecían a los estratos más pobres de la sociedad y, por consiguiente, se asociaban con una mayor impureza racial.

Entre las principales actividades relacionadas con la venta ambulante, es decir, realizadas en el espacio público con diferentes medios, podemos mencionar la venta de comida preparada. Por lo general se representaban familias pequeñas,

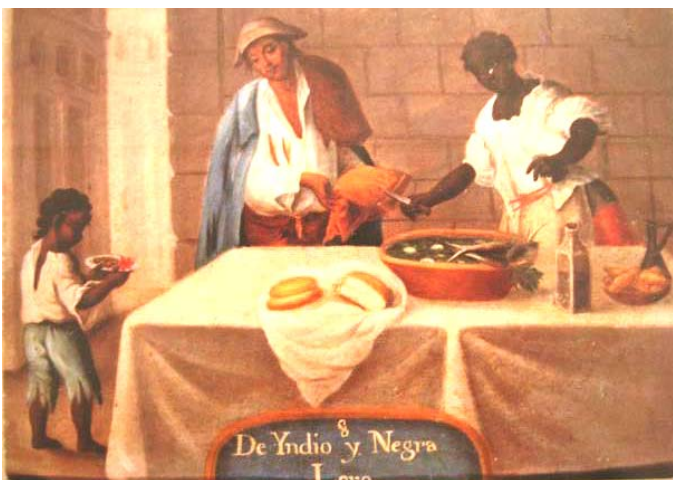


Imagen 1. Anónimo, "8. De Yndio y Negra Lovo", óleo sobre tela, s. XVIII, Museo de América, España.

el padre, la madre y un hijo, vendiendo verdura, pan, tamales, pescado, o guisos en la calle sobre una mesa. La raza de los personajes se expresaba con una leyenda que enunciaba la condición de cada padre y el resultado de su unión, por ejemplo: "De Yndio y Negra Lovo" (Imagen 1).

Dentro de la venta de alimentos preparados se puede destacar la representación de la vendedora de tamales, se trataba de una mujer indígena

¹⁰⁰ Vid., Capítulo 1. Martha de Alva, Arnaud Exbalin y Georgina Rodríguez, "El ambulante en imágenes: una historia de representaciones de la venta callejera en la Ciudad de México (Siglos XVIII-XX)", en: *Cybergeo: Revue européenne de géographie*. No. 373, 19 de abril de 2007, pp. 4 y 5, consultado en: <http://www.cybergeo.presse.fr> (23 de enero del 2009).

sentada frente a un portal, detrás de su olla de barro envuelta en un pedazo de tela. El hijo o hijos aparecían recibiendo un tamal, al igual que el padre, el cual, por lo general, era un aguador, oficio que también se considera ambulante (Imagen 2 y 3). Al igual que los cargadores y diversos artesanos, los aguadores no se incluirán en la relación de ambulantes que se presentará en esta investigación, debido a su temprana regularización por parte de las autoridades de la ciudad de México.

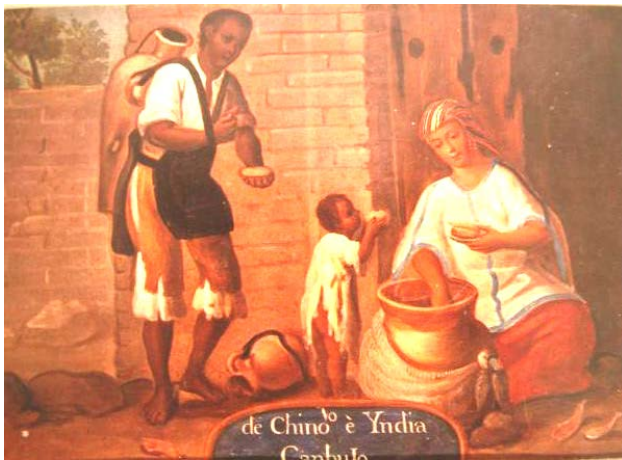


Imagen 2. Anónimo, "10. De Chino è Yndia Cambujo", óleo sobre tela, s. XVIII, Museo de América, España.



Imagen 3. Miguel Cabrera, "De Indio y Barsina: Zambayga", óleo sobre tela, 1763, Museo de América, España.

Otra composición común en la pintura de castas, cuyo tema se desarrollaba en el ámbito urbano, era la de la familia integrada por el vendedor de dulces y la vendedora de aves de corral, con sus respectivos hijos. En este caso, la venta se realizaba a pie trasladándose por la vía pública, mediante implementos para transportar la mercancía, como un canasto para mostrar la variedad de golosinas mexicanas, un rebozo o ayate para cargar a los pollos.¹⁰¹ La vendedora de aves por lo general era una indígena y su compañero dulcero e hijos, eran el resultado de alguna mezcla racial (Imagen 4).

¹⁰¹ El ayate era un tipo de canasto hecho con fibras naturales, que contaba con dos cintas que se sujetaban en los hombros, se empleaba desde la época prehispánica principalmente para recolectar las cosechas.

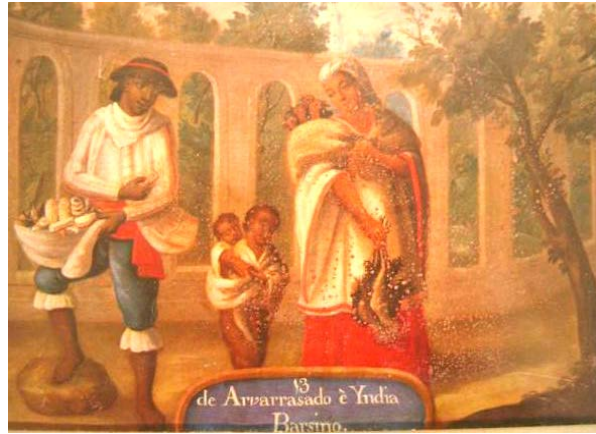


Imagen 4. Anónimo, "13. de Arzarrasado è Yndia Barsino", óleo sobre tela, s. XVIII, Museo de América, España.

Por último, debemos mencionar a los vendedores de frutas y verduras, los cuales ofrecían su mercancía dentro de grandes canastas o enramadas en puestos "semi-fijos" en el portal de alguna casa, en una plaza pública, o caminando entre las calles de la ciudad. En este caso, también se trataba de la representación de la unión de una indígena con otra casta, por lo general, estas obras enfatizaban las riquezas agrícolas de la Nueva España. Más allá de la apariencia de los personajes, humilde y, en algunos casos, agresiva - características asociadas con las castas que implicaban una mayor degeneración racial-, este tipo de obras muestran gran número de productos de la tierra desconocidos en el viejo continente (Imagen 5 y 6).

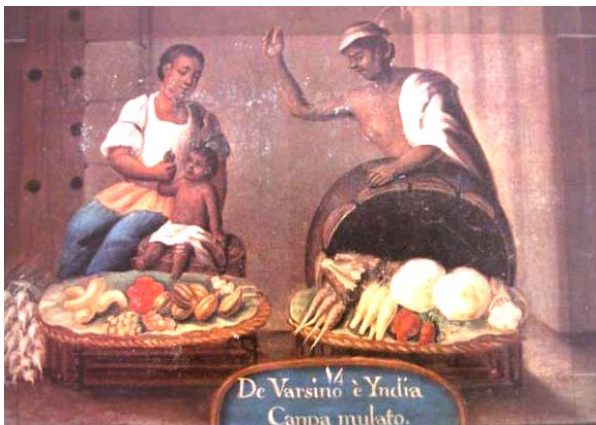


Imagen 5. Anónimo, "14. De Varsino è Yndia Canpa mulato", óleo sobre tela, s. XVIII, Museo de América, España.



Imagen 6. Miguel Cabrera, "De LoboydIndia; Albarasado", óleo sobre tela, 1763, Museo de América, España.

Todos estos vendedores se encontraban en la vía pública: esquinas, calles, plazas de la ciudad o las parcialidades indígenas, en donde sin duda debían encontrar transeúntes interesados en su oferta, alimenticia en su mayoría. Sin embargo, la pintura de castas representa únicamente a la familia de vendedores inserta en ambientes urbanos o rurales, en donde la clientela brilla por su ausencia. En ese sentido, estas imágenes sólo proporcionan información sobre los productos, puestos y las características raciales y sociales de los comerciantes. En términos sociales, los vendedores representados en la pintura de castas, pertenecían a la clase social más pobre, descalzos con ropa maltratada, trabajando en familia lejos del hogar, con escasa o nula infraestructura para la venta.

En el caso de las series de castas presentadas en un solo cuadro, es más fácil apreciar la división jerárquica de la sociedad, afianzada no sólo por la distinción racial y aspecto físico sino por la ocupación que desarrollaban los personajes de cada cuadro. Este tipo de obras usualmente muestran de manera descendente familias de españoles, indígenas y mestizos en actitud de pasear. Mientras van aumentando las mezclas raciales, los personajes comienzan a aparecer llevando hortalizas y frutas, productos animales, productos alimenticios preparados, así como utensilios domésticos, ropa, calzado y mercería. Todos estos productos eran transportados de manera distinta, adecuada a su especificidad y forma de presentación al consumidor (Imagen 7).¹⁰²

¹⁰² En este punto podemos hacer una breve mención de una obra que podría considerarse como un álbum de trajes u oficios mexicanos, el *Origen, costumbres y estado presente de mexicanos y filipinos* de Joaquín Antonio de Basarás (1763), en donde, además de cuadros de castas y frutas mexicanas, encontramos a distintos "indios" dedicados a la venta ambulante. Aunque esta obra nos proporciona interesantes detalles sobre los productos que se ofrecían por este tipo de comercio, por cuestiones de tiempo no fue posible hacer un análisis profundo de la misma, lo que sin duda será motivo de una futura investigación. *Vid.* Joaquín Antonio de Basarás, *Una visión del México del siglo de las luces: la codificación de Joaquín Antonio de Basarás : Origen, costumbres y estado presente de mexicanos y filipinos. Descripción acompañada de 106 estampas en colores*. Estudio preliminar, transcripción y apéndices de Iona Katzew. México, Landucci, 2006.



Imagen 7. Anónimo, Serie de castas, óleo sobre tela, s. XVIII, Museo Nacional del Virreinato, México.

Si bien las pinturas de castas que hemos visto no pueden considerarse como imágenes fieles de la venta ambulante, pues se limitan a mostrar a los comerciantes aislados de un contexto claro, podemos tomarlas como generalizaciones de la forma en que tal actividad se llevaba a cabo. Este tipo de obras nos brindan información sobre los sectores sociales (privilegiando la raza y el género) que eran más propensos a practicar el ambulante, debido a su falta de preparación y oportunidades de obtener trabajos estables.¹⁰³ En primer lugar encontramos que la venta en las calles era realizada por gente de escasos recursos, sobre todo indígenas y castas (en términos generales eran mestizos); asimismo, se trataba de una actividad familiar. En segundo lugar encontramos dos formas de venta ambulante, en puestos "semi-fijos" y "a pie". Los puestos "semi-fijos" tienen una mayor oferta y constan de cierta infraestructura que obliga a los vendedores a ocupar un lugar de manera temporal, como cajas de madera, mesas o mantas. Los vendedores de "a pie", por otro lado, usan telas, canastos, bateas, ayates, etc., para llevar sus productos de un lado a otro.

Sobre los productos encontramos principalmente alimentos preparados (pulque; tamales y atole; dulces; pan; tortillas y tlacoyos; queso y requesón; guisos a base de chile, manteca y menudencias, el llamado "nenepile"; pato preparado acompañado de tortillas y chile; cabezas de "barbacoa", de borrego o carnero) y para preparar (sal; huevo; pescados; aves de corral como pollos, gallinas, guajolotes; animales de caza como ranas, agachonas, venado, conejo y pato; frutas, verduras y legumbres; semillas y hierbas), mercería (agujas, hilo, tijeras, sabanilla, paños y lienzos), forrajes, combustibles (zacate, carbón), flores, animales para la casa (monos, pericos) y manufacturas indígenas (molinillos, rosarios, loza, escobas, guitarras, metates, medias de lana, celosías, petates, aventadores, cantaros, tinajas, jarros, rebozos, canastas, "chichihuites" para guardar tortillas, jícaras, tecomates, escobetas, sombreros, ropa de manta).¹⁰⁴

¹⁰³ De Alva, Exbalin y Rodríguez, *Op. Cit.*, pp. 12-22.

¹⁰⁴ *Cfr.*, imágenes 1-7. La representación más completa sobre los productos se encuentra en: Basarás, *Op. Cit.*

2. El costumbrismo mexicano.

Al iniciar el siglo XIX, como consecuencia de la influencia del romanticismo en las artes y en las letras, el género costumbrista en Europa se encargó de reforzar un sentimiento nacionalista impulsado por el reconocimiento de los elementos propios de cada nación, por las "costumbres populares". Los "gritos", las "cabezas" y las fisiologías, popularizadas en España, Francia e Inglaterra desde 1830, constituyeron un género literario bien definido encargado de presentar personajes típicos, en su mayoría urbanos, de forma humorística y pseudo científica, con el empleo del grabado como complemento indispensable de los textos descriptivos y, algunas veces, como elemento central. Para 1840 se definieron dos subgéneros dentro del movimiento costumbrista, las escenas o cuadros de costumbres y los tipos populares; mientras las primeras tenían un sentido narrativo y por lo general se integraban como parte de las composiciones literarias, los segundos adquirieron autonomía al enfocarse en las particularidades de cada personaje.¹⁰⁵

Mientras el romanticismo (desarrollado principalmente por los llamados artistas viajeros) y las publicaciones ilustradas en Europa constituyeron el motor externo que impulsó el desarrollo del género costumbrista en México, la pintura de castas y las figuras de cera pueden considerarse como elementos internos que dieron un carácter propio al costumbrismo mexicano. El auge de las figuras de

¹⁰⁵ El caso de los gritos resulta especialmente importante, pues contenían principalmente tipos ligados a oficios realizados en la vía pública, destacando vendedores ambulantes; aunque gran parte de estas representaciones datan de finales del siglo XVIII y principios del XIX, su composición y los mismos tipos muestran gran parecido con los tipos mexicanos realizados por los europeos y con aquellos hechos por mexicanos, en el caso español podemos apreciar algunos ejemplos en una exposición virtual: <http://www.museoferias.net/galerias%20virtuales/sala2.htm> (22 de agosto del 2013); en el caso inglés podemos apreciar la serie de óleos de Francis Wheatley titulada "Cries of London" expuesta en la Royal Academy entre 1792 y 1795 <http://spitalfieldslife.com/2011/01/26/wheatleys-cries-of-london/> (22 de agosto del 2013). Las obras más destacadas del costumbrismo europeo, influencia indirecta del mexicano, aquellas que unieron texto e imagen para caracterizar a los más destacados tipos sociales y que aparecieron por entregas de manera periódica fueron: *Heads of the people* (Londres, ca. 1838-1841), *Les français peints par eux-mêmes* (París, 1839-1842), y *Los españoles pintados por sí mismos* (Madrid, ca. 1842). En esta última no sólo se puede apreciar un mayor interés por representar de forma correcta los elementos y entorno que acompañaban a los tipos populares, sino la intención de formar una imagen diferenciada, verídica, de la sociedad española, que rompiera con estereotipos extranjeros. Una comparación bastante completa de estas obras fue realizada por María Esther Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo. Un nuevo modo de ver*. México, UNAM-III, 2005, pp. 23-101.

cera de temática costumbrista se dio en la primera mitad del siglo XIX, destacando de igual forma los temas religiosos, retratos y bodegones. Entre los extranjeros que visitaron México a partir de 1821 encontramos testimonios de admiración por este tipo de figuras sobre "tipos populares", mismas que les eran ofrecidas constantemente por los propios artesanos. Al igual que la pintura de castas, las figuras de cera que han subsistido hasta ahora se encuentran principalmente en Europa, lo que hace suponer su carácter ilustrativo, "el de mostrar las particularidades de este país a los extranjeros".¹⁰⁶ Sin duda lo lograron, constituyeron un buen ejemplo de aquellas costumbres que determinaban el carácter del mexicano, muy útiles para aquellos escritores y artistas influidos por el romanticismo, para la revaloración de las costumbres en la búsqueda de la identidad de las naciones.

En la década de 1840 comenzó el auge de las revistas y libros ilustrados en México, en donde se consagraron los tipos populares urbanos representados desde la época colonial en la pintura de castas, así como algunos nuevos inspirados en obras de los diversos europeos que visitaron México desde su independencia. Una vez superada la "visión colonizadora o romántica" de los extranjeros, los artistas gráficos mexicanos aprovecharon únicamente la nueva gama temática que los primeros revaloraron. Mediante "retratos" literarios y, posteriormente, imágenes, las publicaciones ilustradas se ocuparon de mostrar al pueblo el fin del antiguo régimen y la necesidad de formar una sociedad urbana moderna, para lo cual crearon "arquetipos de la cultura popular mexicana", y versiones mexicanas de "tipos universales".¹⁰⁷

¹⁰⁶ El inglés William Bullock y el Suizo Lucas Vischer, se interesaron tanto por dichas obras que adquirieron algunas y las llevaron a Europa, mientras Nebel las empleó como modelo para ilustrar al "milpero" y al "chinaco" en las láminas de su obra. Fanny Calderón incluso menciona una donación a España de doce cajas, con doce figuras de cera cada una, que incluían tipos populares, misma que muy probablemente constituye la colección más completa que se conoce en la actualidad, resguardada por el Museo de América en Madrid. María José Esparza Liberal e Isabel Fernández de García-Lascurain, *La cera en México. Arte e historia*. México, Fomento Cultural BANAMEX, 1994, pp. 78-90.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 90-95; y María Esther Pérez Salas, "El costumbrismo del siglo XIX, origen del nacionalismo en la plástica mexicana", en: Lilia Granillo Vázquez (Coord.), *Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria*. México, UAM Azcapotzalco-Gernika, 1993, pp. 149-171.

Entre las principales publicaciones periódicas que abordaron el género costumbrista en México, impulsadas por el deseo de instruir a la sociedad mexicana fomentando la participación de escritores mexicanos que hablaran de temas nacionales, podemos destacar las siguientes: *El Mosaico Mexicano*,¹⁰⁸ *El Museo Mexicano*,¹⁰⁹ *El Album Mexicano*¹¹⁰ y, finalmente, *Los Mexicanos pintados por sí mismos* y *México y sus alrededores*. A diferencia de las publicaciones europeas, ilustradas con grabados de bajo costo, en las mexicanas se optó por el uso de la litografía para complementar los relatos de costumbres. Los primeros talleres litográficos que se encargaron de esta tarea fueron establecidos desde 1836 por extranjeros como Severo Rocha y Carlos Fournier, y Friederich Malhe y Jean Decaen. La creciente demanda litográfica por parte de las publicaciones de carácter costumbrista de la década de 1840, propició la proliferación de talleres, dibujantes y litógrafos mexicanos, entre los que destacaron Joaquín Heredia e

¹⁰⁸ Editado por Isidro Gondra en 1836 y por Ignacio Cumplido en 1837 y entre 1840 y 42, era el portavoz de la recién formada Academia de San Juan de Letrán (1836), contó con la participación de Mariano Otero, el conde de la Cortina, José Joaquín Pesado, Guillermo Prieto y Manuel Payno, entre otros. Esta publicación, junto con *El Apuntador* (1841, estuvo formado por algunos miembros de la Academia de San Juan de Letrán) y el *Semanario de las señoritas mexicanas*, marcaron una primera etapa en el costumbrismo mexicano, carecieron de imágenes y se dedicaron en gran manera a traducir artículos europeos de costumbres mexicanas. Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo...*, pp. 174-177 y 188-198.

¹⁰⁹ Se trataba de la continuación de *El Mosaico Mexicano*, fue editado por Cumplido entre 1843 y 45, en donde "Fidel" y "yo", seudónimos de Guillermo Prieto y Manuel Payno respectivamente, publicaron numerosos "cuadros de costumbres", identificando al costumbrismo mexicano con el romanticismo, es decir, relacionándolo con la búsqueda de las características de lo propio, dejando a un lado las simples descripciones. Esta publicación marca una segunda etapa del costumbrismo mexicano, en la que se integran imágenes litográficas, algunas tomadas de publicaciones extranjeras y otras elaboradas por el taller de Masse y Decaen en México, para complementar a los ya diferenciados subgéneros de escenas y tipos, entre estos últimos ya se incluía a la clase baja capitalina. Los mismos autores de *El Museo* colaboraron en la *Revista Científica y Literaria* (1845 y 1846) y en *Don Simplicio* (1845-1847), publicación que adquirió tintes claramente políticos en el contexto de la intervención norteamericana. Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo...*, pp. 198-205.

¹¹⁰ Esta publicación marca la tercera etapa del costumbrismo mexicano (1849-1854). Aunque en ella participaron los mismos autores, los artículos costumbristas adquirieron abiertamente un carácter didáctico y moralista. Fue en *La Ilustración Mexicana* (1851-1853 y 1854), donde comenzó a trabajar una nueva generación de escritores costumbristas como fueron Francisco Zarco, Félix María Escalante, Marcos Arroniz y José T. de Cuellar, sin embargo, al tomar ilustraciones españolas, los textos fueron adecuados a las mismas, lo cual marcó el inicio de la desaparición del carácter nacional de la publicación. Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo...*, pp. 205-210.

Hipólito Salazar respectivamente. De esta manera, la litografía se convirtió en un elemento indispensable para complementar los relatos sobre temas nacionales.¹¹¹

En cuanto a la pintura, el costumbrismo logró cabida en la Academia de San Carlos hasta la segunda mitad del siglo XIX. Dicha institución permaneció inactiva en los años inmediatos a la independencia, y fue reorganizada por decreto del entonces presidente Antonio López de Santa Anna en 1843, otorgándosele la administración de la Lotería Nacional para su financiamiento. En un principio la Academia integró maestros europeos a su planta docente y obras del mismo origen a su acervo artístico, sin embargo, en dicha institución se veía como inferior al género costumbrista, sobre todo el que retomaba escenas mexicanas, privilegiando los temas históricos y religiosos. La popularidad que dicho género había alcanzado en otros ámbitos y regiones se hizo patente en la Academia a partir de la exposición anual de 1851, fortaleciéndose para las exposiciones de 1854 a 1856, aún sin contar con el favor de la crítica. Fueron principalmente obras remitidas fuera de la institución en las que se encontraban cuadros de costumbres mexicanas, elaborados por europeos como el francés Edouard Pingret y el suizo Johann Salomon Hegi, sus alumnas mexicanas, así como por el poblano Agustín Arrieta.¹¹² En este sentido, en la primera mitad del siglo XIX los artistas viajeros fueron los principales encargados de plasmar por medio de la pintura y el dibujo su visión de México, sus tipos populares y costumbres, en el imaginario extranjero y nacional.

- ***Los "tipos populares" mexicanos.***

En los siguientes dos apartados analizaremos las representaciones del ambulante realizadas por escritores, pensadores, artistas y artesanos mexicanos, entre los que destacan Guillermo Prieto y Manuel Payno, en las letras, Casimiro Castro, Juan Campillo, Hesiquio Iriarte e Hipólito Salazar en las artes gráficas; así como los anónimos artesanos de la cera. Aunque no es mi intención

¹¹¹ *Ibíd.*, pp.211-263; y Manuel Toussaint, *La litografía en México: Sesenta facsímiles con un estudio de Manuel Toussaint*. México, Biblioteca Nacional, 1934, pp. 4-13.

¹¹² Pérez Salas, "El costumbrismo del siglo XIX...", pp. 150-162.

profundizar en estas fuentes, considero importante hacer una breve mención de su contribución al estudio del trabajo de los vendedores callejeros, así como considerar su posible influencia y relación con las obras europeas que se analizarán en el último capítulo.

Los Mexicanos pintados por sí mismos fue una obra dedicada completamente a los "tipos mexicanos". Publicada por entregas a partir de 1854 - un volumen con 33 artículos- fue ilustrada con litografías de Hesiquio Iriarte y Andrés Campillo, y sus textos fueron obra de conocidos liberales como Hilarión Frías y Soto, José María Rivera, Juan de Dios Arias, Ignacio Ramírez, Niceto de Zamacois y Pantaleón Tovar.¹¹³ En esta obra encontramos tres "tipos" de vendedores ambulantes: "La Chiera", "El Mercero" y "El Tocinero".

"La Chiera" de Iriarte es muy similar a otra litografía mexicana realizada por Joaquín Heredia, aparecida en *El Museo Mexicano* en 1844, con el título "Puesto de Chía en Semana Santa"; ambas destacan la belleza de la mujer, de su vestuario y puesto (Imágenes 8 y 9).¹¹⁴ José María Rivera ubica a este "**tipo esencialmente mexicano**", en puestos "semi-fijos", en esquinas, plazas, portales y zaguanes en la época del carnaval, lo cual la relaciona con un ambiente festivo en las calles así como con la gente del pueblo que las transita, por ello su pregón parece tan invitador como la fiesta misma: "**Chía, orchata, limon, piña, tamarindo, ¿qué toma usted, mi alma? Pase usted a refrescar!**".¹¹⁵

Sobre la preparación de las aguas, todos los autores mencionan que al agua azucarada le agregaban concentrados de frutas, de limón, piña, horchata, etc. Guillermo Prieto es el que nos habla del crédito que solicitaban las vendedoras cuando se acercaba Semana Santa, la ayuda que recibían para abastecerse, así como de la presencia indispensable de una molendera para

¹¹³ Esparza y Fernández, *Op. Cit.*, pp. 90-95.

¹¹⁴ *Los mexicanos pintados por sí mismos. Obra escrita por una sociedad de literatos*. México, Símbolo, 1946, de la edición de 1854 de la Imprenta de M. Murguía y comp., Portal del Águila de Oro, p. 6. y *El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*, México, Ignacio Cumplido, 1844, vol. III, entre páginas 428 y 429. Cfr. Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo...*, pp. 234-240.

¹¹⁵ *Los mexicanos pintados...*, pp. 7-11.

preparar las pepitas de melón de la horchata. Finalmente nos habla de que la belleza y juventud de "la chiera", su actitud coqueta, el adorno del puesto y limpieza de sus utensilios sólo eran elementos destinados a llamar la atención de los marchantes para mejorar las ventas.¹¹⁶ En este sentido, es fácil relacionar a la vendedora de aguas con "la china poblana".



Imagen 8. Hesiquio Iriarte, "La Chiera", litografía, 1854.



Imagen 9. Joaquín Heredia, "Puesto de Chía en Semana Santa", litografía, 1844.

Aunque no nos detendremos demasiado en este tema, debemos considerar a la "china", al igual que al lépero, como una categoría social también representante del mestizaje urbano. A su vez adquiere dos matices importantes, por un lado se asocia al trabajo, ya fuera doméstico o vendiendo algún producto comestible; y por otro, su belleza y la de su vestuario -pulcro, con bellos detalles bordados, escotado y ajustado para resaltar la figura, dejando ver un diminuto pie-

¹¹⁶ *Ibíd*, pp. 7-11; y Guillermo Prieto, "Un puesto de Chía en Semana Santa", en: *El Museo Mexicano*, México, 1844, Vol. III, pp. 428 y 429, tomado de: Guillermo Prieto. *Cuadros de Costumbres I. Obras completas II*. México, CONACULTA, 1993, pp. 388-391.

la llevaron a obtener una mala fama relacionada con una moral relajada. Para Ana María Prieto la "china" era una "leperita", compañera del lépero, es decir compartía el mismo contexto y destino, su belleza y destreza culinaria solo eran opacadas por sus malas cualidades (amor por la fiesta, el baile y la coquetería) debidas a una educación deficiente.¹¹⁷ En este sentido, las vendedoras ambulantes de alimentos y aguas frescas sólo mantienen relación el personaje de la "china" en el vestuario y, a veces, en los ademanes y diálogos invitadores, sin embargo, mientras se centran en su trabajo (como observamos en las imágenes 8 y 9), carecen de las cualidades negativas asociados a ese "pintoresco" personaje.

Cabe mencionar que la venta de aguas frescas y alimentos preparados era permitida por las autoridades únicamente dentro del periodo festivo y en las zonas donde se realizaran las ceremonias relevantes de la Semana Santa. En opinión de Prieto, estos puestos debían tener "la protección del gobierno" porque "es el oasis en el desierto, la fuente de Moisés, el alivio de todos lo que acuden al Palacio; es un puesto legitimista, regulador de la marcha social".¹¹⁹ En tal contexto, según Manuel Payno, otros elementos representativos de dichas festividades eran "el matraquero", "el vendedor de rosquillas" y "los nazarenos" o penitentes; los dos primeros estaban encargados de ofrecer al publico, principalmente infantil, el ruidoso juguete y el dulce postre para amenizar



Imagen 10. Taller de Ignacio Cumplido, Semana Santa, litografía, 1849.¹¹⁸

¹¹⁷ Ana María Prieto Hernández, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*. México, CONACULTA, 2001, pp. 108 y 109. Sobre el vestido de la China y sus representaciones entre 1830 y 1860 véase: Anabel Olivares Chávez, "Algo más que un vestido: La china poblana en el siglo XIX (1830-1860)", Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2007.

¹¹⁸ *Álbum Mexicano*, México, 1849, T. I, p.321. Tomado de: Toussaint, *Op. Cit.*, [s. p.].

¹¹⁹ Prieto, "Un puesto de Chía en Semana Santa...", pp. 388-391.

el evento (Imagen 10).¹²⁰ De esta forma podemos apreciar la importancia de los vendedores ambulantes en la realización de eventos dentro de la vida católica de los mexicanos, su presencia era tan esencial que obtenía el permiso de las autoridades.

El caso de "El Mercero" es importante porque no fue una figura que llamara mucho la atención de los viajeros y migrantes europeos y, sin embargo, era un vendedor urbano caracterizado totalmente por su desplazamiento. La inglesa Fanny Calderón, quien vivió en México entre 1839 y 1842, de quién nos ocuparemos en el siguiente capítulo, es la única que le brinda especial atención. Lo menciona como un "buhonero ambulante", un indígena que ofrecía con su pregón objetos de costura, bordado, para el arreglo femenino y otras tareas domésticas, lo cual las compradoras podían obtener a menor costo tras un intenso regateo. En los cuadros de castas encontramos diversas representaciones de los vendedores de mercería, en este caso no se trata de indígenas sino de alguna casta, que transporta a pie la mercancía mencionada por la inglesa dentro de una caja o canasto (Imagen 7, cuadro 14). Al tratarse de vendedores a domicilio, su oficio era netamente ambulante, de "a pie", destinado a un grupo de la población que debía permanecer en el hogar la mayor parte del tiempo y requería de productos traídos de Europa, por lo cual es difícil creer que pocas personas se dedicaran a dicha actividad y que fueran únicamente indígenas.¹²¹

"El mercero" es representado por Andrés Campillo como un tipo urbano con vestimenta mestiza que lleva su canasto lleno de mercancía; además de los objetos antes descritos se pueden agregar aretes, gargantillas, espejos, peinetas de cuerno, anillos de cobre, dedales, chaquira, carretes, arracadas, silabarios, catecismos, novenas, décimas de amor, estampas litográficas de santos, calendarios, almanaques, etc.; así como un muestrario de encajes, una vara para

¹²⁰ Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo...*, pp. 254 y 255.

¹²¹ Frances Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. 14 ed., estudio introductorio de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 2010, p. 57. Cabe mencionar que a pesar de que supongo la participación de extranjeros en la venta ambulante de mercería, no cuento con la documentación necesaria para abordar el tema, pues ni siquiera los censos establecen la proporción de extranjeros que laboraban en la ciudad.

medir en la mano izquierda, y su pase para cruzar la aduana en la derecha (Imagen 11). En la descripción de José María Rivera, se dice que obtenía su mercancía a crédito o con un corto capital, y la duplicaba con lo alto de sus precios, y variedad. Se desplazaba por las calles de la ciudad, principalmente en barrios o arrabales, buscando sitios alejados de los mercados, celebraciones y otros eventos públicos para asegurar más clientes. Sin embargo, la descripción del mercero presente en *Los Mexicanos pintados...* parece contener una enseñanza moral que no sólo castiga la usura y las malas costumbres del personaje con la imposibilidad de enriquecimiento, sino la vanidad y superficialidad de la sociedad mexicana:

El Mercero es un ser que hará fortuna mientras dure el mundo, porque en tanto que éste no se acabe tampoco acabarán las coquetas ni los tontos, fuente de riqueza del Mercero.

Yo vendía por diez lo que me costaba uno;

Lo falso por lo fino;

Lo inútil por muy útil;

Lo superfluo por necesario [...]¹²²

La figura de "el mercero", y sus implicaciones morales, resultaban más interesantes para los costumbristas mexicanos que para las autoridades, puesto que la legislación de la ciudad de México no parecía tener inconveniente con este tipo de venta, e incluso la apoyaba otorgando pases para cruzar la aduana sin pagar contribuciones. Por estos motivos debemos reconocer que si bien no fue un personaje que llamara la atención de los europeos, para los mexicanos era el encargado de abastecer de pequeños e indispensables objetos de uso diario a hombres y mujeres que vivían alejados de los mercados y tiendas misceláneas.

En cuanto al "tocinero", el texto de Juan de Dios Arias es breve pero conciso: "El tocinero es un hombre indispensable, insuprimible en este país, donde la grasa tiene un lugar entre los efectos de primera necesidad" puesto que "la manteca es la sustancia mas sustanciosa para la sociedad". Este personaje aparece casi desnudo cubierto de grasa, llevando su cacerola de cobre llena de manteca sobre la cabeza, en camino a venderla, según Arias, "á la tienda ó á la

¹²² *Los mexicanos pintados...*, pp. 258-272.

pila del jabon". Sin embargo, no podemos dudar que también podía ofrecer su mercancía por las calles de la ciudad, pues se trataba de un producto indispensable en la gastronomía mexicana (Imagen 12).¹²³



Imagen 11. Andrés Campillo, "El Mercero", litografía, 1854.¹²⁴



Imagen 12. "El Tocinero", litografía, 1854.¹²⁵

No podemos negar el importante papel del ambulante en la distribución de productos alimenticios, es decir, de primera necesidad. En este sentido, las figuras de cera nos brindan representaciones muy realistas de este tipo de comercio, pues los artesanos recurrieron a la mirada directa más que a la instrucción académica para realizarlas. Algunos ejemplos son el panadero y la vendedora de alimentos; el primero, casi desnudo lleva sobre la cabeza una gran canasta de pan, y la segunda se encuentra sentada sobre sus rodillas rodeada de cazuelas y un canasto con guisados y tortillas respectivamente. No sólo su vestimenta nos remite a su condición social, el color de su piel también los hace parte de la mayoría indígena y mestiza que integraba a las clases bajas urbanas, elementos

¹²³ *Ibid.*, pp. 281-285.

¹²⁴ Tomada de: *Ibid.*, p. 257.

¹²⁵ Tomada de: *Ibid.*, p. 280.

que no se aprecian claramente en los "tipos" representados en *Los mexicanos pintados por sí mismos* (Imágenes 13 y 14).



Imagen 13. Andrés García, "Vendedor de pan", figura de cera, s. XIX, Museo de América, Madrid.¹²⁶



Imagen 14. Andrés García, "Vendedora de comida", figura de cera, s. XIX, Museo de América, Madrid.¹²⁷

Los textos y litografías de los costumbristas mexicanos confirman la idea de que la venta de alimentos en las calles de la ciudad era expandida y destinada a las clases bajas. Hay diversas referencias a la presencia indispensable de los vendedores de pasteles, castañas asadas y patos en el paseo de las cadenas, diversión que atraía a las clases más pobres a sociabilizar frente a la catedral los domingos por la noche. En palabras de Prieto: "Hay también, como en todo, gente que padece, gente a quien persigue un energúmeno dulcero, con sus papeles de almendras y sus yemitas garapiñadas, sin dejarle respirar, si es que no le asusta el ronco y destemplado grito de un indiazco chaparro y de bigote, que en el oído le dice: 'castaña asada'".¹²⁸

¹²⁶ Tomada de: Esparza y Fernández, *Op. Cit.*, p. 89.

¹²⁷ Tomada de: *Ibíd.*, p. 87.

¹²⁸ D. Benedetto (Guillermo Prieto), "Costumbre Mexicanas I: Un domingo", en: *El Museo Popular*, México, enero 15 de 1840, pp. 36-43, tomado de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 39-47. *Cfr.*, Fernando Orozco y Berra, "Las flores a oscuras", en: *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, vol. I, pp. 23 y 24. Fernando Orozco y Berra (1822-1851), hermano de Manuel Orozco y Berra, se formó como médico pero también se dedicó a la literatura y la poesía, fue precursor de la novela romántica en México, incursionó en el teatro y colaboró en publicaciones como *El Monitor Republicano*, *El Liceo Mexicano*, *La Ilustración Mexicana* y *El Siglo XIX*.

En cuanto al desayuno, Fernando Orozco y Berra menciona los grandes contrastes entre los establecimientos que ofrecían el indispensable alimento a las diversas clases sociales. En el caso de los puestos ambulantes colocados en las calles, en donde los comensales ingerían a pie o en el suelo sus alimentos, se ofrecían tamales, café de olla, atole y pambazos; una mejor oferta se presenta con "un porrón de hoja de lata lleno de café", aguardiente y "un promontorio de mal pan y malos bizcochos", a los que acudían generalmente albañiles y cocheros por lo bajo de sus costos. Mientras los sastres y "practicantes" podían obtener atole, chocolate y café aderezado con leche, crema, natilla, cuajada y tamalitos cernidos en puestos más acondicionados.¹²⁹ Sin duda, para los costumbristas mexicanos los puestos de alimentos de las calles no eran una opción saludable, se les ve con cierto desdén y sólo se les justifica por su labor social con los más necesitados, la opinión de Prieto sobre los puestos de la Plaza Mayor es la siguiente:

[...] allí hierve y se arrastra una población degradada y asquerosa: allí se ve un jacalón repugnante, barrón de México, acusación perpetua de nuestra desidia, el padrón de envilecimiento; hasta los comestibles expuestos a la vista son diabólicos, a excepción de la fruta: tripas y menudencias de carneros, un nenepile que no huele a azahar, unos jules en sus hojas tostadas, y asaduras [...]¹³⁰

Tanto las figuras de cera como las litografías se enfocan en los detalles que distinguían al personaje, su vestimenta y situación humilde, resaltan las características del populacho, clase indisociable del espacio público mexicano, incomoda pero necesaria. Dentro de esta clase destaca el indígena vendedor de frutas y legumbres, y de algunas otras materias primas, personaje más tolerado por el ayuntamiento y escritores mexicanos por su asociación con el abasto de productos agrícolas, su pobreza y pasividad. Autores como Florencio M. del Castillo reafirman el estigma desarrollado por las autoridades virreinales, los viajeros y las autoridades del México independiente, justificando su pobreza,

¹²⁹ Fernando Orozco y Berra, "Revista del desayuno: El progreso al amanecer", en: *La Ilustración Mexicana*, vol. I, pp. 42-45.

¹³⁰ Fidel (Guillermo Prieto), "Ojeada al centro de México", en: *El siglo XIX*, México, 13 de marzo de 1842, p. 3. Tomado de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 96-99.

ignorancia y lejanía de las costumbres modernas, asociados con su historia de pueblo dominado (Imagen 15).¹³¹



Imagen 15. Joaquín Hidalgo, "Vendedor de hortalizas, molendera y cargador de varas y petate, figuras de cera, segunda mitad del siglo XIX, Colección Particular."¹³²

Si bien la temática costumbrista de las publicaciones ilustradas mexicanas privilegió el uso de "tipos", también se comenzó a desarrollar el subgénero de las escenas de costumbres. Aunque en un principio se trataba de vistas generales de ciudades y la agrupación de diversos "tipos", mientras se hacía más estrecha la relación entre el texto y las imágenes, se lograron escenas más complejas, de lo cual es un excelente ejemplo la siguiente obra:

México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes fue publicada por entregas entre 1855 y 1856. Fue editada por José Decaen, ilustrada por los entonces destacados dibujantes y litógrafos Casimiro Castro, G. Rodríguez, Juan Campillo y Luis Auda, con textos de un grupo de escritores representantes de un costumbrismo mexicano ya consolidado como: Anselmo de la Portilla, Florencio M. del Castillo, Francisco González Bocanegra, Francisco Zarco, Hilarión Frías y Soto, J. M. González, José M. Roa Barcena, José Tomás

¹³¹ Florencio M. del Castillo, "Trajes de indios mexicanos: Camino de Tacubaya a Chapultepec", en: *México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes*. México, Establecimiento litográfico de Decaen, Editor, Portal del Coliseo Viejo, 1855 y 1856, Lámina XXVII.

¹³² Tomado de: Esparza y Fernández, *Op. Cit.*, p. 130.

de Cuellar, Luis Gonzaga Ortiz, Manuel Payno, Marcos Arróniz, Niceto de Zamacois y Vicente Argüelles. Su popularidad propició la publicación de ediciones con algunas variantes en la segunda mitad del siglo XIX. Asimismo, se ha considerado que la obra pudo estar dirigida en gran medida al público europeo, lo que coincide con la búsqueda de las revistas literarias mexicanas por adoptar temáticas más cosmopolitas al iniciar la segunda mitad del siglo XIX.¹³³

En este sentido podemos comenzar por hacer algunas observaciones sobre la lámina relativa a los "trajes mexicanos". La lámina XXVII es un estudio que incluye alrededor de 60 tipos representados solos, en parejas o en grupo, en distintas escalas, y con indumentaria que indica una procedencia social variada, dentro de la clase baja. Destacan 17 personajes que parecen ser vendedores ambulantes, entre los que sobresalen por su tamaño y una mejor apreciación de sus productos (vistos de izquierda a derecha en orden descendente): Un vendedor de frutas que lleva un gran canasto sobre la cabeza y sostiene en una mano un racimo de plátanos; después aparece un personaje de atuendo indígena que sostiene el ayate que cubre una olla de tamales colocada a sus pies; de menor tamaño se presenta una mujer indígena ofreciendo un ramo de flores, seguida de otro personaje que lleva velas colgando de una vara que sostiene sobre los hombros; después llega caminando el nevero que lleva sobre la cabeza un barril con hielo que mantiene frío el contenedor de la nieve; un poco abajo se presenta una mujer indígena de ropa maltratada que lleva una canasta y un bulto lleno de hierbas atado a la espalda, aparentemente vende hierbas medicinales o comestibles pues lleva un ramo pequeño en una mano; en el centro de la composición aparece un cargador, la figura muestra la variedad de objetos adquiridos por la población; después se ve a una vendedora de pollos parada frente a su canasto sosteniendo dos aves con la mano izquierda; en el penúltimo nivel aparece el vendedor de carne guiando a la mula o burro sobre el que cuelgan

¹³³ Cfr. Pérez Salas, *Litografía y costumbrismo...*, pp. 205-210. Una interesante Tesis sobre el álbum de *México y sus alrededores* es la de María José Rojas, "La imagen de la ciudad de México en el álbum de México y sus alrededores, 1855-1856", Tesis de licenciatura en Historia, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2012.

los pedazos de res; le sigue el panadero que lleva su canasto bien atado sobre la cabeza; después se aprecia un personaje que carga cajas o jaulas de diverso tamaño, posiblemente vende pájaros vivos; finalmente, en el último nivel se puede ver a un pescador y al vendedor de cabezas sosteniendo su estufa humeante sobre la cabeza, el cuadro cierra con un hombre que transporta forraje.

Nuevamente, como en la pintura de castas, los "tipos" aparecen aislados de su contexto. Se trata de un muestrario de toda clase de ambulantes que, sin duda, se podían ver por las calles de la ciudad. En ese sentido, se presta especial atención a su condición humilde, de indígenas y mestizos pobres, destacando la variedad de actividades a las que podían recurrir para ganarse el sustento, así como a la cantidad de productos que llevaban al consumidor directamente a su casa o a su paso.



Imagen 16. C. Castro y J. Campillo, "Trajes Mexicanos", litografía, ca. 1855.¹³⁴

¹³⁴ *México y sus alrededores...*, Lámina XXVII.

- **Algunas escenas de costumbres.**

En otras láminas sobre "Trajes mexicanos" podemos observar la agrupación de diversos "tipos" representativos de lugares específicos, como el pueblo de Santa Anita a orillas del canal de la Viga, o el camino de Tacubaya a Chapultepec. En general presentan la misma composición, con una iglesia al fondo, y la contraposición de dos grupos de personajes de distinto origen, por un lado se observan rancheros conversando o caminando y, por el otro, familias indígenas que se encuentran vendiendo o llevando mercancía a la ciudad, entre tunas, tamales, pollos, bateas y forraje (Imágenes 17 y 18).¹³⁵ Otras representaciones de "Trajes mexicanos" se desarrollan en el ámbito urbano, en donde se presentan diversos personajes de distintas condiciones, entre los que destacan damas vestidas a la europea, rodeadas de mendigos y vendedores ambulantes. Podemos apreciar también al vendedor de odres, un tocinero, una frutera sobre una manta cubierta con una sombra de petate, y un vendedor de cacahuates (Imágenes 19 y 20).¹³⁶ En este punto es pertinente mencionar que los vendedores del álbum no varían mucho de aquellos representados en figuras de cera.



Imagen 17. C. Castro y J. Campillo, "Camino de Tacubaya a Chapultepec. Trajes de indios mexicanos", litografía, ca. 1855.



Imagen 18. C. Castro y J. Campillo, "Trajes Mexicanos", litografía, ca. 1855.

¹³⁵ C. Castro y J. Campillo, "Camino de Tacubaya a Chapultepec. Trajes de indios mexicanos", y "Trajes Mexicanos", *Ibíd.*, láminas XI y XII.

¹³⁶ C. Castro y J. Campillo, "Trajes Mexicanos", *Ibíd.*, lámina XVI. Esta lámina no está en la edición consultada de *México y sus alrededores...*, fue tomada de: <http://www.dsloan.com/Auctions/A23/item-castro-mexico-4444.html> (20 de agosto de 2013).



Imagen 19. C. Castro y J. Campillo, "Trajes Mexicanos", litografía, ca. 1855.

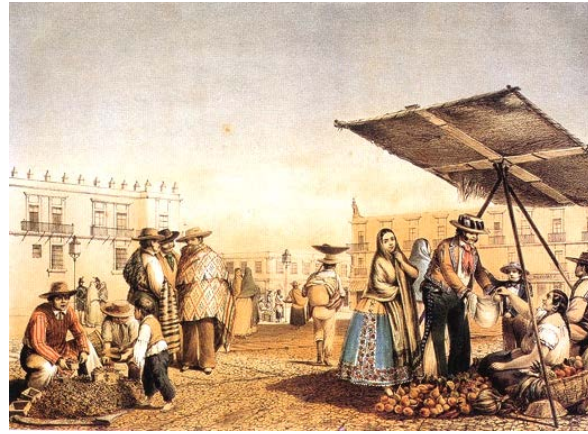


Imagen 20. C. Castro y J. Campillo, "Trajes Mexicanos", litografía, ca. 1855.

Como podemos apreciar, las escenas de *México y sus alrededores* que incluyen vendedores ambulantes sugieren ciertas diferencias entre vendedores indígenas y urbanos por su indumentaria y productos ofrecidos. Además, justifican la presencia de los vendedores como esencial para el abasto de productos de primera necesidad y algunos lujos o antojos. Estos personajes estaban presentes con permiso de las autoridades en fiestas como la Cuaresma en San Agustín de las Cuevas, Semana Santa, Corpus, diversas celebraciones decembrinas, el paseo de la Viga; y a veces sin permiso en paseos como la Alameda, Bucareli, las Cadenas en la Plaza Mayor y en otras diversiones públicas.¹³⁷ Cabe mencionar que en gran parte de las litografías de *México y sus alrededores* relativas a dichos eventos no falta algún vendedor, aunque en los textos correspondientes por lo general no se mencionan.¹³⁸

Escritores como Prieto se dedicaron a relatar lo que consideraban más llamativo de estos eventos. Sobre el mercado montado en diciembre en la Plaza Mayor, este autor dice lo siguiente:

¹³⁷ Sobre los puestos de "chía" en Semana Santa, Prieto opina que debían tener "la protección del gobierno" porque "es el oasis en el desierto, la fuente de Moisés, el alivio de todos lo que acuden al Palacio; es un puesto legitimista, regulador de la marcha social". Prieto, "Un puesto de Chía en Semana Santa... 388-391.

¹³⁸ Cfr. C. Castro y J. Campillo, "Interior de la Alameda de México", y "Fiesta de San Agustín de las Cuevas", en: *México y sus alrededores...*, láminas XVI (arriba) y XVII, en: *Ibíd.*; y C. Castro y G. Rodríguez, "Las cadenas una noche de luna", esta lámina no está en la edición consultada de *México y sus alrededores...*, fue tomada de: <http://www.pbase.com/osita/image/134051165> (1 de septiembre de 2013).

No bien cubren las sombras la luz del 7 de diciembre, cuando arden en torno del convento de la Concepción numerosas hogueras, rótulos de otras tantas vendimias, canastos inmensos llenos de cocos y cacahuates; grupos simétricos de naranjas se ven por el frente de aquella iglesia, pregonados por roncos y rechonchos vendedores, mientras a su lado, teniendo a la siniestra mano una montaña de extendidos y delgados buñuelos, un anafre al frente, y una cacerola, donde en redoblado hervor se confecciona el susodicho manjar, ofrecido en tiple por la dueña: alzada en una mesa fungiendo de horno, despidiendo llamas, incita la olla de los improvisados pasteles, y a igual altura, a la luz de un farolillo de papel y tras la muralla de empinados vasos de pulque, también se confeccionan el pollo y chorizones, los fiambres y otros manjares populares, proclamados igualmente por sonoros e incansables pregones.

Otros vendedores ambulantes pueblan el aire con sus gritos [...]

El murmullo crece; la gente se hace olas, los gritos de los frutereros, pateras, etcétera, se escuchan a las puertas del templo, se desgañitan los religiosos cantores y nadie los escucha, y el primer repique ha rasgado los helados vientos de diciembre.¹³⁹

Cabe mencionar que en los textos de los autores mexicanos se dan muchos detalles sobre las implicaciones tradicionalistas y religiosas de las principales fiestas mexicanas. Sin embargo, lo que es importante resaltar ahora es la presencia de los vendedores ambulantes como parte integral de los más importantes eventos populares de la ciudad de México, vestigios muchos de ellos del periodo virreinal. En este sentido, la atención que prestaron los autores mexicanos a dichos festejos parece responder a su paulatina desaparición al iniciar la segunda mitad del siglo XIX, víctimas de la creciente introducción de modas europeas y norteamericanas, tal como se aprecia en el texto de Payno:

"El viejo México se acaba, la civilización nos vuelve franceses é ingleses; y el tiempo, así como roe los edificios y las piedras de las catedrales, así tambien acaba con las costumbres y los usos de los pueblos.

La procsimidad de la Pascua de San Agustín, era para las familias de la capital y sus alrededores, el acontecimiento de mas importancia en todo el año [...]

San Agustín, ademas de esta feria, que va decayendo de año en año, tuvo una época de prosperidad [...]¹⁴⁰

Para la segunda mitad del siglo XIX, iniciada con el triunfo del partido liberal, comenzaron a aplicarse las primeras reformas en materia política,

¹³⁹ Fidel, "Mes de diciembre I", en: *El Siglo XIX*, México, 1 de enero de 1844, p. 3. Tomado de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 284-288.

¹⁴⁰ Manuel Payno, "San Agustín de las Cuevas", en: *México y sus alrededores...*, pp. 15 y 16.

económica y social, mismas que afectarían profundamente el poderío de la Iglesia y del mismo Ayuntamiento en la ciudad de México y en el resto del país. Aunque esto ya no corresponde al periodo trabajado en esta investigación, es importante vincular las implicaciones que tuvo en la prohibición de la celebración pública de diversas festividades religiosas, lo que indirectamente marcó el final de tradiciones populares estrechamente ligadas a la convivencia social y a la venta ambulante. Nuevas disposiciones de policía, higiene y salud públicas, así como de la administración de los propios de la ciudad, retomaron la tarea de eliminar a los vendedores de las calles, para lo cual se construyeron mercados establecidos con una infraestructura y administración más adecuadas. Tal fue el caso del mercado de Iturbide (ubicado en la plaza de San Juan), inaugurado el 27 de enero de 1850, con seis accesos y 108 puestos dedicados en su mayoría a carnicerías y tocinerías.¹⁴¹

Aunque el ataque a las fiestas religiosas debió ser un duro golpe para el ambulante, el fomento de las fiestas cívicas pudo significar una manera de mantener viva esta práctica, sobre todo si seguía teniendo el apoyo de las autoridades, al menos cuando se trataba de vendedores indígenas y de "a pie". En este sentido, el mercado de Iturbide también contó con una balaustrada de madera en su exterior, dedicada a las "verduleras, fruterías, queseras y los indios que venden tasajo, mantequilla, chorizos y gallinas, yacen bajo los sombreros que cada cual coloca para guarecerse de los abrasadores rayos del sol". No cabe duda de que la esencia del mercado, aunque se confinara a espacios definidos y edificios modernos, mantendría la práctica del ambulante constante y en aumento, pues, tratándose de un punto de abasto de productos de primera necesidad al menudeo, seguiría atrayendo a diferentes clases sociales (Imagen 21).¹⁴²

¹⁴¹ Niceto de Zamacois, "Mercado de Iturbide: Antigua Plaza de San Juan", en: *México y sus alrededores...*, p. 31.

¹⁴² *Ibid.*



Imagen 21. C. Castro y J. Campillo, "El Mercado de Iturbide. Antigua plaza de San Juan", litografía, ca. 1855.¹⁴³

Los vendedores callejeros, debido a la facilidad de movilidad que implicaba su oficio, seguirían aprovechando fiestas, paseos, acontecimientos públicos, y, principalmente, los mercados, para ganarse la vida. Como hemos visto hasta ahora, no cuesta trabajo creer que estos vendedores siguieron presentes en las calles evadiendo la justicia, lo cual, al parecer, se debía a que constituían una costumbre muy arraigada en el ámbito urbano, no sólo como tradicional fuente de trabajo sino también de abasto. En este sentido, otras tradiciones ligadas al ambulante permanecieron por mucho tiempo en la ciudad, como las actividades de recepción y distribución de mercancía llevadas a cabo en la calle del Puente de Roldán, el destino final de los canales de Chalco y la Viga. Como observamos en la lámina respectiva de *México y sus alrededores*, todavía a mediados de siglo en este punto los vendedores indígenas llegaban con sus frutas, hortalizas, flores y verduras de los poblados vecinos, de las haciendas y hasta de Cuernavaca y tierra

¹⁴³ *Ibíd*, Lámina V.

caliente. Podemos apreciar un conglomerado de gente sin aparente forma ni orden, pero que lleva implícita la dinámica dictada por la costumbre y la tradición, un ambiente netamente ciudadano que expresa un complejo mosaico racial y social, detalles que, cabe señalar, no fueron captados con tanto detalle por los europeos, aunque en el caso de los mexicanos, adquiere el matiz de "lo popular", costumbres a veces consideradas como un estorbo al progreso (Imagen 22).¹⁴⁴



Imagen 22. C. Castro y J. Campillo, "La calle de Roldán y su desembarcadero", litografía, ca. 1855.¹⁴⁵

* * *

Partiendo de este panorama general sobre el ambulante en la ciudad de México, su reglamentación, funciones sociales, transgresiones y concesiones, debemos resolver algunas incógnitas que no se ven reflejadas en ordenanzas, bandos de

¹⁴⁴ Francisco González Bocanegra, "Calle del Puente de Roldán", en: *México y sus alrededores...*, p. 16. Cfr. Pérez Salas, "El costumbrismo del siglo XIX...", pp. 164-166.

¹⁴⁵ *México y sus alrededores...*, Lámina XIII.

policía, querellas entre comerciantes, y que apenas se vislumbran en las representaciones realizadas por los costumbristas mexicanos, estas son: ¿Quiénes eran los vendedores ambulantes?, ¿la diversidad de su origen se veía reflejada en su oferta?, ¿cuál era su género, apariencia física e indumentaria?, ¿cómo y desde dónde transportaban su mercancía? ¿qué vendían, cómo, dónde, y en qué cantidades?, ¿el ambulante era una amenaza o un bien para la sociedad? y, finalmente, ¿la venta ambulante representaba en realidad un obstáculo para la modernidad o puede considerarse como una costumbre indispensable en la dinámica diaria capitalina?

Las respuestas a algunas de estas preguntas se encontraron en fuentes poco trabajadas para estudiar el tema del ambulante, en los relatos de viaje e imágenes producidas por europeos que visitaron la ciudad de México entre 1821 y 1857. Considerando que se trata de interpretaciones extranjeras sobre un aspecto muy importante de la vida cotidiana mexicana, fue necesario pasar por alto diversas generalidades para centrarnos en las aportaciones particulares que estas fuentes proporcionan sobre el tema, pues estamos de acuerdo con Rodolfo Ramírez cuando afirma que "la literatura viajera puede considerarse como un género de lo más comprensivo de la realidad de un país debido a la curiosidad innata, aunque los autores no pueden escapar de prejuicios de su nacionalidad, clase y religión".¹⁴⁶ Para interpretar las fuentes de forma correcta, detectando los prejuicios y exageraciones, es necesario presentar el contexto de la llegada de estos europeos, así como detalles sobre su estancia, destacando su origen, formación e intereses particulares sobre México.

¹⁴⁶ Rodolfo Ramírez Rodríguez, "Una mirada cautivada. La nación mexicana vista por los viajeros extranjeros, 1824-1874". Tesis de maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. XXII.

CAPÍTULO III. EUROPEOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

1. El viajero europeo en México.

Durante el siglo XVIII diversos pensadores alemanes, franceses e ingleses, entre los que destacaron Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu y Johann Gottfried von Herder, marcaron el surgimiento de un enfoque social para comprender la historia humana, el cual dio un nuevo sentido e importancia al estudio de las tradiciones y costumbres populares, a la cultura de los pueblos.¹ Los viajes por el mundo antiguo, poco conocido hasta entonces, se hicieron indispensables en la formación de los miembros de las cortes, del Estado, así como de artistas y científicos. La realización de grandes expediciones científicas a lo largo y ancho del mundo fue el resultado de un marcado gusto “por el exotismo y los paisajes lejanos”, de los que se tenían conocimientos muy limitados. Tales lugares se presentaban como un territorio virgen ante la mirada ilustrada ávida de observar, clasificar, sistematizar la naturaleza y, sobre todo, descifrar las diferencias entre las naciones.²

Alejandro de Humboldt, quien recorrió México entre 1803 y 1804, se convirtió en el primer viajero en cuestionar la información existente en Europa sobre este país a principios del siglo XIX. En sus trabajos sobre el reino de la

¹ Pablo Diener, “El perfil del artista viajero en el siglo XIX”, en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996, p. 64. Sobre la perspectiva sociológica inspirada en los viajeros decimonónicos por Montesquieu ver: Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*. México, UNAM-Instituto Mora, 1998, pp. 8-19.

² Aunque el viaje de descubrimiento se institucionalizó al finalizar el siglo XVI, fue hasta el periodo de la Ilustración que adquirió importancia académica indispensable para artistas y científicos, cuya formación requería el conocimiento de las civilizaciones clásicas, de bibliotecas, archivos y de otros estudiosos. Incluso el filósofo prusiano Emmanuel Kant impartió cátedras de geografía y antropología expresando la importancia formativa que tenía el conocimiento de los pueblos del mundo, asimismo, en la Universidad de Gotinga surgió una cátedra en donde se enseñaba la importancia de la lectura de libros, pero, sobre todo, de la observación y registro de información (Johannes David Köhler, *Instrucciones a los jóvenes investigadores para viajar con provecho*, Magdeburgo, 1788). *Pintores Viajeros europeos del siglo XIX...*, pp. 78 y 79. El diario de viaje en sí mismo, implicaba una mayor objetividad de las experiencias relatadas, lo que a su vez los hace dignos de considerarse fuentes históricas. Chantal Cramaussel, “Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862”, en: Javier Pérez Siller (Coord.), *México Francia: Memoria de una sensibilidad común. Siglos XIX-XX*. México, Benemérita Universidad de Puebla-El Colegio de San Luis A. C.-CEMCA, 1998, pp. 333-363.

Nueva España (el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España* y su *Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España*, publicados en París en 1811) quedaron sistematizados todos los conocimientos útiles sobre esta región, geográficos, botánicos, geológicos, minerales, naturales, comerciales, históricos, etc. Sus fuentes principales fueron crónicas de viaje de legos y religiosos, así como toda clase de documentos presentes en archivos y bibliotecas mexicanas a los que se le dio especial acceso, al igual que a los más importantes círculos intelectuales y sociales.³ Además, sus observaciones fueron confrontadas con otros estudios acreditados, con lo que logró refutar el determinismo geográfico planteado por importantes científicos y filósofos como el conde de Buffon, Cornelio de Pauw y Donald Robertson.⁴

El prestigio de Humboldt entre cultos europeos, así como su formación y apego al método científico, contribuyeron a que no se cuestionara su trabajo. Su popularidad y relaciones con personajes influyentes en Estados Unidos y Francia facilitaron la publicación de su obra en diversos países e idiomas, e incluso llegó a individuos ajenos al estudio de las ciencias gracias a la publicación de fragmentos y noticias en revistas populares y periódicos durante todo el siglo XIX. La justificación de la obra de Humboldt y, por consiguiente, de la imagen que se estaba creando de México en el viejo continente, radicaba en la superación de un "esquemático estereotipo conceptual" para mostrar "la rica diversidad de la crónica de una experiencia directa". No sólo descubrió el potencial económico y las riquezas mexicanas a los inversionistas extranjeros, sino a los propios mexicanos. Sin embargo, con el tiempo, se le llegó a reprochar la idealización de ciertos

³ La obra de Humboldt *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* consta de una treintena de tomos publicados entre 1807 y 1834, incluye 1400 grabados, 1240 sobre plantas y animales, también hay de mapas, paisajes, objetos de arte y antigüedades prehispánicas, reunidos principalmente en *Vues de Cordillères et Monuments des Peuples Indigenes de L'Amérique* (París, 1810), y en el *Atlas Pittoresque du Voyage*, que incluye 69 grabados en cobre de los cuales 42 son sobre México. Frank Holl, "El viaje mexicano de Alejandro de Humboldt", en: *Viajeros europeos del siglo XIX...*, pp. 51-61.

⁴ Fausto Ramírez, "La visión europea de la América tropical: los artistas viajeros", en: *Historia del arte mexicano*. México, SEP-INBA-Salvat, 1982, pp. 138-163. Más información sobre el determinismo geográfico en: Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*. México, UNAM, 1987, pp. 104 y 105; y Rodolfo Ramírez Rodríguez, "Una mirada cautivada. La nación mexicana vista por los viajeros extranjeros, 1824-1874". Tesis de maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, pp. 1-12.

aspectos sobre los recursos mexicanos, y la falta de información sobre temas como la población, la industria y la agricultura.⁵

No obstante, al barón alemán se le sigue reconociendo la inspiración de un nuevo tipo de viaje y de publicaciones, bajo el criterio de la documentación (fue impulsor del empleo de la pintura como medio útil de registro para la ciencia), la observación directa y objetiva.⁶ En este sentido, influyó personalmente en los viajes de artistas alemanes como Johann Moritz Rugendas, Carl Nebel, y el empresario Carl Christian Sartorius, de quienes hablaremos más adelante. La obra de Humboldt, sin duda, fue la principal base teórica que tuvieron los numerosos europeos que llegaron a México a partir de su independencia. El *Ensayo Político* fue una guía indiscutible en el itinerario de todo viajero por dicho territorio, esta obra adquirió la autoridad necesaria para decidir lo que valía la pena observar, entre lo que podemos destacar las particularidades de las costumbres y carácter de la población mexicana.

La mayoría de los europeos que dejaron registro sobre su visita a México en el periodo en cuestión, eran personajes pertenecientes a alguna élite culta, instruida, con solvencia económica, sobre todo aquellos considerados como "viajeros" en la presente investigación. Generalmente arribaron bajo el amparo de un cargo diplomático, cartas de recomendación o importantes empresas comerciales, debido a lo cual pudieron relacionarse con artistas, científicos, políticos y acceder a toda clase de información sobre el país. A pesar de que estos viajeros tenían que cumplir un itinerario o una misión específica, guiados por la curiosidad innata hacia el "otro", también escribieron sobre sus impresiones personales y algunos, de forma paralela, dibujaron o pintaron, denotando la preocupación europea por las diferencias entre naciones, expresadas en el paisaje, los habitantes y sus costumbres.⁷ A continuación presentaré a los viajeros

⁵ Brígida Von Mentz de Boege, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*. México, UNAM, 1982, pp. 19-44; y Ramírez, *Op. Cit.*, pp. 138-163.

⁶ Ramírez, *Op. Cit.*, pp. 138-163; y Ramírez Rodríguez, *Op. Cit.*, pp. 1-12.

⁷ Diener, "El perfil del artista viajero...", pp. 63-85; y Ramírez Rodríguez, *Op. Cit.*, pp. XVI-XXIV.

cuyo arribo se relacionó con cuestiones diplomáticas, no sin antes mencionar de manera general las circunstancias que encontraron en dicho terreno.

- ***Los diplomáticos.***

Las primeras décadas del México independiente estuvieron marcadas por una constante inestabilidad política y económica, lo que resultaba de la falta de consenso sobre el sistema de gobierno más adecuado para la unificación y reconstrucción del país después de la guerra de Independencia. Tras la caída del primer Imperio mexicano en febrero de 1823, de la adopción de un sistema de gobierno federal y la creación de la primera Constitución política en 1824, comenzaron a ahondarse las diferencias entre la clase dirigente, sobre todo en época de elecciones. A esto se sumaba la falta del reconocimiento internacional, y el desarrollo de relaciones comerciales oficiales, inversiones y créditos, sobre todo con potencias como España, Francia e Inglaterra, unidas desde 1815 por la subsistencia del legitimismo real.

Por otro lado, desde 1822 Inglaterra comenzó a indagar la posibilidad de entablar relaciones comerciales con México, para lo cual envió al Dr. Patrick Mackenzie a iniciar pláticas con Agustín de Iturbide y posteriormente con el presidente Guadalupe Victoria. Al poco tiempo, por orden del Primer Ministro George Canning, se formó una embajada integrada por Lionel Hervey, Charles O'Gorman y Henry George Ward, la cual permaneció en México entre diciembre de 1823 y febrero de 1824 estudiando las condiciones para la celebración de un tratado de Amistad, Navegación y Comercio entre México y su país. A pesar de las negativas de la Corona británica y parte del parlamento, el interés por el comercio con México llevó a Inglaterra a reconocer su independencia el 30 de diciembre de 1824 y a firmar el tratado de Amistad el 26 de diciembre de 1826. Además, a cambio de nuevos préstamos, el gobierno inglés logró el reconocimiento de las

deudas contraídas por el gobierno virreinal desde el 17 de septiembre de 1810 hasta el 27 de septiembre de 1821.⁸

Henry George Ward regresó a México como "encargado de negocios" entre marzo de 1825 y mayo de 1827, años en los que buscó ganarse la confianza del gobierno para contrarrestar la influencia norteamericana. Este inglés no sólo había alentado la formación del tratado de Amistad sino las inversiones inglesas en la minería mexicana, convencido de la riqueza que sobre dicho ámbito describió Humboldt. Finalmente, fue sustituido de su cargo por Richard Pakenham en abril de 1827 y regresó a su país en julio del mismo año. En 1828 Ward publicó en Londres sus

impresiones de viaje en *Mexico in 1827*, con algunas ilustraciones realizadas por su esposa, editada nuevamente un año después con el título de *México*. Estos textos reflejan el interés de Ward en este país como productor de materia prima y mercado para los textiles y otras manufacturas inglesas; también expresan su interés en la disminución de las tarifas aduanales para agilizar el comercio. Este autor creía que la presencia anglosajona, su capital, tecnología y educación,



H. G. Ward

William Henry Mote, "Retrato de H. G. Ward", grabado, 1842.⁹

⁸ Antonia Pi-Suñer, Paolo Riguzzi y Lorena Ruano, *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010. 5. EUROPA*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, vol.5, pp. 33-62; y Eduardo Edmundo Ibáñez Cerón y Manuel Ferrer Muñoz, "La República Mexicana y sus habitantes indígenas contemplados por Henry George Ward, encargado de negocios de su majestad británica en México, 1825-1827", en: Manuel Ferrer Muñoz (Coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 46-48.

⁹ Tomada de: http://en.wikipedia.org/wiki/Henry_George_Ward (21 de marzo de 3013).

contribuiría a terminar con las malas costumbres españolas que permanecían arraigadas en la sociedad mexicana.¹⁰

En términos políticos, Henry Ward, como otros viajeros europeos, veía un peligro en la cercanía de Estados Unidos y la adopción de un gobierno liberal, por ello se vio relacionado con la logia Escocesa en México, integrada principalmente por federalistas moderados. En oposición encontró a los ultrafederalistas de la logia Yorkina, en la que tenía una activa participación el ministro norteamericano Joel R. Poinsett. Este último fue enviado especial de su gobierno entre 1822 y 1823, y recibió el nombramiento de ministro en 1825. El norteamericano se encargó principalmente de velar por el cumplimiento de la doctrina Monroe evitando en lo posible la celebración de alianzas entre México y Europa, sobre todo para favorecer el trato comercial hacia su país. Poinsett se vio implicado en distintos conflictos políticos por lo que fue expulsado del país en 1830.¹¹

A pesar del descontento norteamericano, México había abierto sus puertas al comercio con Europa mucho antes del establecimiento de relaciones oficiales, con excepción de España, que fue excluida por una Ley del 8 de octubre de 1823. En el caso de los reinos germanos, su industria se encontraba en desventaja con respecto a la inglesa, además de que su sometimiento a los intereses franceses desde 1814 les impedían el reconocimiento de la independencia de México. Sin embargo, una alianza entre las Repúblicas Hanseáticas, Hannover, Baviera, Württemberg, Sajonia y la Prusia imperial promovieron un proyecto económico liberal, bajo el amparo de una monarquía, encaminado a la consolidación de un mercado local fuerte capaz de participar activamente en la bonanza minera

¹⁰ Ibáñez Cerón y Ferrer Muñoz, *Op. Cit.*, pp. 47-51; Ortega y Medina en: William Bullock, *Seis meses de residencia y viajes en México. Con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España. Sus producciones naturales. Condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.* Ed. y estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983, p. 26; Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México, UNAM-IIH, 1987. (Historia Moderna y Contemporánea, 18), pp. 26-28; y H. G. Ward, *México en 1827*. Estudio preliminar de Maty F. de Sommer, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 461.

¹¹ Ortega y Medina, en: Bullock, *Op. Cit.*, p. 26; Ortega y Medina, *Zaguán abierto...*, pp. 26-28; y José Iturriaga de la Fuente, *Anedotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI al XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988, t. I, p. 134.

mexicana. En tal contexto, en 1821 surgió la Compañía Renana de las Indias Occidentales, con la intención de exportar productos alemanes hacia Norte y Sudamérica, con lo que se libraron de la intermediación comercial inglesa. El éxito de esta empresa propició la creación de la Compañía Alemana Americana de Minas en 1824, y en 1825 la Compañía Silesiano-Sudamericana. A partir de estas fechas surgieron diversos acuerdos y tratados comerciales entre distintos estados alemanes y México, unos más oficiales que otros, lo que regularizó el comercio entre ambos territorios.¹²

A pesar del ambiente tan optimista que se estaba creando, los empresarios europeos que llegaron a partir de 1821 pronto se percataron de que el comercio mexicano, en recuperación después de la guerra de Independencia, seguía en manos de españoles que permanecieron en el país. Asimismo se enfrentaron con una política arancelaria encaminada a la protección de las manufacturas locales - sobre todo frente a las importaciones inglesas-, bajo la administración de Lucas Alamán como ministro del Interior y de Relaciones Exteriores de la República (1823-1825).¹³ Empero, al finalizar la primera administración alamanista, se adoptaron políticas económicas más liberales, el capital comercial nativo y extranjero comenzó a financiar la producción del país, desplazando poco a poco a la Iglesia, institución que había jugado un importante papel crediticio en el periodo colonial.¹⁴

El 20 de diciembre de 1827 se aprobó el decreto de expulsión de los españoles, lo que marcó el ascenso al poder del grupo federalista más radical, y la disolución del grupo moderado asociado con la logia Escocesa que se encontraba bajo la dirección de Nicolás Bravo. De esta manera, Vicente Guerrero -con el

¹² Entre los primeros relatos de viajes de alemanes en México se encuentran las cartas de Carlos Guillermo Koppe (Consejero privado del estado prusiano, cónsul general y representante de la Compañía Renana de las Indias Occidentales en México, quien llegó a puerto en febrero de 1830) y C. C. Becher (quien llegó en diciembre de 1831). Ricardo Rivera Cortés, "Inmigración y transferencia de tecnología, cuatro alemanes en México durante el siglo XIX", Tesis de maestría en Historia, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2006, pp. 102-109 y 126-131; y Mentz, *Op.Cit.*, pp. 59 y 60.

¹³ Ortega y Medina, *Zaguán abierto...*, pp. 48 y 49.

¹⁴ Brígida Von Mentz, en: Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*. Estudio introductorio de Brígida Von Mentz, México, CONACULTA, 1990, p. 17.

apoyo de destacados yorkinos y el mismo Poinsett- desconoció la victoria electoral de Manuel Gómez Pedraza con el llamado motín de la Acordada del 30 de noviembre de 1828 y dio comienzo a su gobierno, durante el cual detuvo el intento de reconquista española de septiembre de 1829, dos meses antes de dejar la presidencia.¹⁵

Con el decreto de expulsión de 1827 y otro en 1833 se logró disminuir la influencia española en el comercio, pues hasta entonces este grupo mantenía el control sobre el mercado mexicano (circulación de numerario, transporte, etc.). Por otro lado, una consecuencia negativa de la salida del contingente hispano fue el aumento de la fuga de importantes capitales, así como el trastorno del comercio de la ciudad, del país, incluso del comercio con Centroamérica y la frontera con Estados Unidos, pues se eliminó a los principales intermediarios. Para alivio de los comerciantes europeos, en 1829 la administración de Guerrero bajó los aranceles y permitió la introducción masiva de sus productos, con lo que la incipiente industria local recibió un duro golpe del que no se recuperaría ni siquiera con la restauración paulatina de los aranceles.¹⁶

En España y Francia, la postura de los legitimistas impidió un reconocimiento temprano de la independencia, sin embargo, la defensa de sus intereses comerciales prevaleció. Para evitar la ventaja obtenida por Inglaterra, Francia reconoció la independencia de México en 1830, mientras España hizo lo

¹⁵ Un grupo de liberales puros partidarios de Guerrero, Lorenzo de Zavala, José María Lobato, Lucas Balderas y otros, azuzados por el ministro norteamericano Joel R. Poinsett, iniciaron un levantamiento que acabó con el Parián y el Portal de Mercaderes. Aunque no lo puede afirmar, Ortega y Medina supone la influencia de los europeos en estos acontecimientos tan benéficos para ellos. Ortega y Medina, *Zaguán abierto...*, pp. 48 y 49; e *Historia General de México*. México, El Colegio de México, 2000, pp. 533-540.

¹⁶ Un buen ejemplo sobre la manera parcial con que se llevó a cabo el decreto de expulsión de los españoles en la ciudad de México y Veracruz es descrita brevemente por Will Fowler en su biografía de Santa Anna. Will Fowler, *Santa Anna*. México, Universidad Veracruzana, 2010, pp. 143-158. A pesar de que el establecimiento de casas comerciales extranjeras en diversos estados de la República generó un esplendor comercial inmediato, según Ortega y Medina, los testimonios de viajeros como Carl Nebel y J. H. Ward sugieren que para 1829 estas casas lograron agotar la capacidad de compra y numerario de algunas ciudades, paralizando su industria y economía. Ortega y Medina, *Zaguán abierto...*, pp. 48 y 49; y Carl Nebel, *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus interesante du Mexique . Par C. Nebel architecte. 50 planches lithographiées avec texte explicatif*. París, imprimé chez Paul Renouard, rue Garancière, no. 5, 1836, p. 35 sobre el caso de Puebla y 58 sobre el de Aguascalientes.

propio hasta el 28 de diciembre de 1836.¹⁷ Para este momento, las reformas radicales del gobierno de Valentín Gómez Farías (1833-1834) fueron disueltas junto con la federación con la imposición de una República Centralista, la cual se sostendría en las Siete Leyes Constitucionales promulgadas el 30 de diciembre de 1836. A pesar de que mantenía principios liberales, al afectar los intereses de los estados, este sistema atrajo diversos levantamientos en su contra, además, enfrentó conflictos internacionales como la llamada Guerra de los Pasteles (1838-1839) y la Intervención norteamericana (1846-1848), misma que llegó a su fin con la restauración de la Constitución de 1824 el 22 de agosto de 1846.

En tal contexto, en 1839 llegó a México el primer ministro plenipotenciario de España en México, el político liberal Ángel Calderón de la Barca, acompañado por su esposa, Frances Erskine Inglis. Fanny, como la conocían sus allegados, nació en Edimburgo, Escocia, en 1804. En 1830, al morir su padre, emigró con su familia a Estados Unidos, en donde establecieron una escuela para señoritas. En Boston entabló amistad con el intelectual William H. Prescott, quien en 1838 le presentó a Calderón, con el que se casaría el mismo año. Una serie de cartas dirigidas a su familia durante su estancia en México (entre 1839 y 1842) formaron la obra conocida



Fanny Calderón de la Barca

Retrato de la marquesa Fanny Calderón de la Barca.¹⁸

como *Life in Mexico during a Residence of two years in that country*, publicada en Boston y en Londres en 1843, con unos meses de diferencia. A pesar de que no se dio a conocer la identidad completa de la autora en estas ediciones, pues aparecieron firmadas por "Madame C. de la B.", parece ser que el texto tuvo una

¹⁷ Pi-Suñer, Riguzzi y Ruano, *Op. Cit.*, pp. 33-62.

¹⁸ Tomada de: Frances Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. 14 ed., estudio introductorio de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 2010, [s. p.] ("Sepan Cuantos...", 74).

buena aceptación, lo cual pudo relacionarse con el apoyo que obtuvo de su prologuista, Prescott, quien acababa de publicar con gran éxito su *History of the Conquest of Mexico*.¹⁹

Aunque la traducción completa al español de *Life in Mexico...* apareció hasta 1920, algunas cartas fueron traducidas y publicadas en el periódico *El Siglo XIX*, y no fue sino hasta 1852 cuando una versión abreviada reveló la identidad de la marquesa. Cabe mencionar que el texto de Fanny Calderón recibió algunas críticas por parte de escritores y viajeros como Manuel Payno y Mathieu de Fossey, de quien se hablará más adelante, sobre todo cuestionando su utilidad como fuente fidedigna para el estudio de la vida en México, pues afirmaban que gran parte de su información era tomada de su trato con otros extranjeros y chismes de la servidumbre.²⁰ Sin embargo, la riqueza de este texto radica en la atención brindada a los acontecimientos de la vida cotidiana desde una perspectiva femenina, que, tomados con reserva, brindan datos poco tratados por otros autores mexicanos y extranjeros.

A pesar de que todos los viajeros se vieron inmersos en los complejos acontecimientos políticos ocurridos en México durante su visita, debemos dejar el contexto político para ocuparnos del ambiente intelectual de la época, del que participaron tanto científicos, artistas, hombres de negocios, políticos y hasta estadistas europeos.

- **Artistas y científicos.**

El creciente interés de Europa por conocer las características de lugares como México se relaciona con el surgimiento del Romanticismo. Este fue un movimiento cultural, filosófico y político “revolucionario” (iniciado en Alemania, Inglaterra y Francia), encaminado a la eliminación de los valores políticos y religiosos

¹⁹ María Bono López, “Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca y el mundo indígena Mexicano”, en: Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico...*, vol. 1, pp. 155-160; y Felipe Teixidor, en: Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. VII-XXII.

²⁰ Felipe Teixidor, en: Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. VII-XXII; y Mathieu de Fossey, *Viaje a México*. Estudio introductorio de José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, 1994, p. 24.

tradicionales. Dicha corriente surgió a finales del siglo XVIII y principios del XIX como consecuencia de la Revolución Francesa -que puso en entredicho al despotismo ilustrado en el gobierno-, y el desarrollo tecnológico implicado en la revolución industrial inglesa. En el caso de los escritores, ilustradores y pintores, este movimiento se vio reflejado en un intento por eliminar las jerarquías entre géneros, desdeñar la enseñanza académica de un arte y literatura “oficiales” realizados bajo convenciones racionalistas y clasicistas.²¹

Aunque los ideales que guiaban al espíritu romántico fueron continuamente redefinidos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX (incluso llegaron a integrarse a la enseñanza académica), siempre se fundamentaron en el concepto de la libertad artística para capturar la esencia de la naturaleza. En el caso de la literatura, como vimos en el capítulo anterior, el género costumbrista se convirtió en el medio más adecuado para el rescate de lo propio, la tradición, para reafirmar la identidad nacional, lo que se logró en gran medida con la creación de revistas ilustradas. La proliferación de este tipo de publicaciones impulsó el desarrollo de las artes gráficas, del grabado y la litografía, las cuales, al realizarse a un nivel artesanal estaban libres de los cánones académicos y con su mejora permitían reproducir más imágenes manteniendo la calidad del dibujo.²²

El espíritu romántico se hizo presente en muchos viajeros de la primera mitad del siglo XIX, quienes salieron de sus países de origen para buscar “lo pintoresco”, las tradiciones y las raíces de naciones poco conocidas, entre las cuales México tuvo un papel destacado. Si bien su origen, formación y actividades fueron diversos, como artistas y escritores eran por lo general amateurs, representaban temas similares, casi siempre siguiendo el itinerario de Humboldt o

²¹ Cabe mencionar que durante la primera mitad del siglo XIX el Romanticismo se volvió indispensable para la enseñanza en algunas academias europeas, el nuevo paradigma que en algunos casos quedó por encima del clasicismo. Charles Rosen y Henri Zerner, *Romanticismo y realismo. Los mitos del arte del siglo XIX*. España, Hermann Blume, 1988, pp. 23-42; y Pablo Diener, “El perfil del artista viajero...”, pp. 63-85.

²² Rosen y Zerner, *Op. Cit.*, pp. 45-49 y 81-101. Sobre la influencia del Romanticismo en el desarrollo del costumbrismo en Europa y México, reflejado en una literatura y gráfica interesada en identificar “lo nacional” véase: María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*. México, UNAM-IIE, 2005.

el señalado por sus negocios.²³ Sin duda la producción de diarios y bocetos de viaje respondió al interés del público europeo por las novedades mexicanas, a lo que contribuyó el costumbrismo y el naturalismo romántico con su interés por lo “exótico” y propio de México, sus habitantes y costumbres. Aunque los juicios de cada viajero partieron de intereses e ideales particulares, generalmente económicos y políticos, el espíritu romántico de la época les dio un fin común: interpretar a una nación apenas conocida, desmintiendo los juicios erróneos que sobre ella se habían producido.²⁴

En el ámbito científico, el inglés William Bullock fue pionero en la realización de exposiciones sobre temas históricos y arqueológicos presentados como un espectáculo público. Su viaje a México, de marzo hasta agosto de 1823, fue patrocinado por comerciantes ingleses interesados en la minería. Sus cartas de recomendación le permitieron establecer contacto con otros ingleses y personajes



William Bullock.²⁵

importantes, así como tomar muestras de flora, fauna, objetos arqueológicos y artesanías populares, con las cuales montó una exposición sobre el México antiguo y el moderno a su regreso a Inglaterra. En 1824, con la información recopilada durante el viaje, apareció en Londres el libro *A six month's residence and travels in Mexico...* que contenía litografías basadas en los dibujos hechos por su hijo, Mr. Bullock Jr., y un mapa de la ciudad de México.²⁶ En el mismo año se

²³ Diener, “El perfil del artista viajero...”, pp. 63-85; y Pérez Salas, *Op. Cit.*, pp. 143-155.

²⁴ Diener, “El perfil del artista viajero...”, p. 64.; y Ortega y Medina, *Zaguán abierto...*, p. 51.

²⁵ Tomada de: Justino Fernández, “El atlas de la obra de Bullock”, en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VI, no. 24, 1956, [s. p.].

²⁶ William Bullock, *A six Month's Residence And Travels in Mexico; Containing Remarks on the Present State of New Spain, Its Natural Productions, State of Society, Manufactures, Trade, Agriculture, And Antiquities, etc. With Plates And Maps*. London, John Murray, 1824. Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 12-16; Iturriaga de la Fuente, *Op. Cit.*, t. IV, pp. 126 y 127; y Jonathan King, “William Bullock: Showman”, en: *Viajeros europeos del siglo XIX...*, pp. 117-125.

editó en París la versión en francés, la cual estuvo acompañada de un *Atlas pour servir au Mexique* en 1823, que contenía vistas de paisajes, tipos y trajes inspirados también en los dibujos de su hijo, aunque, al parecer de Justino Fernández, no se puede negar la intervención de los delineantes Baquet, Lepinoy, Brisou y del litógrafo Marlet. Dos años después vio la luz en Londres otra obra que reunía vistas a color de la ciudad de México, *Description of a view of the city of Mexico and surrounding country...*²⁷

A pesar de lo anterior, los intereses de Bullock fueron principalmente comerciales, como afirma en la introducción de su obra:

El interés que ha surgido en relación con esta parte del mundo y la creciente importancia que cobra México para la empresa comercial de la Gran Bretaña, darán, confío en ello, ese grado de validez que han de menester mis afirmaciones respecto a la calidad del autor. He visto con profundidad aquellos hechos que están más íntimamente conectados con las nuevas relaciones que surgen y que se fortalecen día con día entre ambos países. Confiando tan sólo en el patriotismo de mis intenciones someto humildemente mis mejores esfuerzos a ese público, mediante cuya bondad y patrocinio he podido realizar este viaje y añadir de tal modo un nuevo esfuerzo a los muchos que ya he realizado con buen éxito para obtener su apoyo y favor.²⁸

Bullock regresó a México en 1824 y con una carta mexicana de naturalización se estableció con su familia en Temascaltepec, donde había adquirido una mina en junio de 1823, con el apoyo económico de The Mexican Mine Company. La pobreza de la mina, problema que no tardó en hacerse común entre los mineros ingleses y del que Henry Ward ya se había percatado, lo obligó a emigrar a Estados Unidos en 1827 en busca de mejores oportunidades.²⁹

En el caso de los artistas viajeros, la influencia del romanticismo era más clara, pues el arte les facilitaba la aprehensión del mundo desde una perspectiva

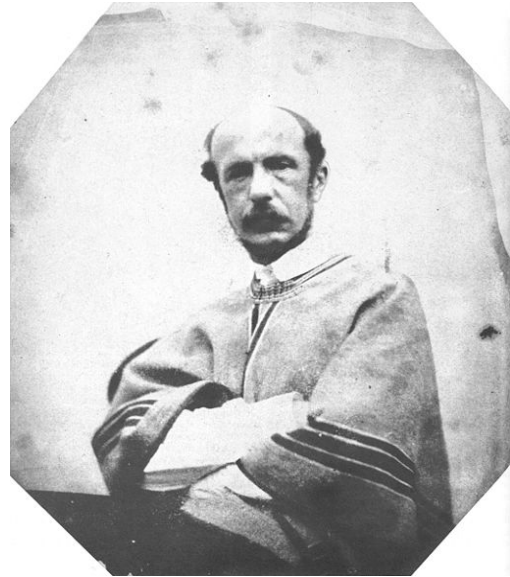
²⁷ William Bullock, *Description of a view of the city of Mexico and surrounding country now exhibiting in the Panorama, Leicester Square. Painted by the proprietors J. and R. Burford, from drawings taken in the summer of 1823 brought to the Country by Mr. W. Bullock*. London, J. and C. Adlard, 1826. Esta obra fue reeditada en 1828 en Nueva York con una nota en la portada que refiere que los dibujos fueron "made on the spot at the request of the mexican government" por W. Bullock Jr. Una obra similar del mismo Bullock fue: *Description of the Panorama of the superb city of Mexico, and the surrounding scenery, painted on 2700 square feet of canvas, by Robert Burford*. New York, E. Conrad, 1828. Fernández, *Op. Cit.*, pp. 23-33.

²⁸ Bullock, *Seis meses de residencia...*, p. 53.

²⁹ *Ibíd.*, pp. 12-16; Iturriaga de la Fuente, *Op. Cit.*, t. IV, pp. 126 y 127; y King, *Op. Cit.*, pp. 117-125.

subjetiva. Los pintores comenzaron a hacer pintura de paisaje y temas costumbristas o de género, revalorando su importancia para el arte romántico. Asimismo, algunos artistas participaron en el ramo de las artes gráficas y otros dieron autonomía al boceto y a los estudios de modelos. Sus obras pasaron a trascender la mera ilustración científica, prácticas académicas y la representación de particularidades físicas o psicológicas, para centrarse en expresiones y sentimientos, buscando mostrar un simbolismo referido en y por los elementos naturales, que fuera más allá de las intenciones del pintor y del conocimiento de la tradición.³⁰

Un representante indiscutible del romanticismo fue el pintor bávaro Johann Moritz Rugendas. En 1821 fue contratado por el naturalista y cónsul de Rusia en Río de Janeiro, el barón Georg Heinrich Langsdorff, como ilustrador de una expedición a Brasil. Sin embargo, las diferencias con el barón lo llevaron a abandonar la expedición y continuar el viaje por cuenta propia. A su regreso a Europa, se estableció en París para publicar las notas y litografías sobre el



Franz Hanfstaengls, "Johann Moritz Rugendas", calotipo, ca. 1852.³¹

viaje, lo que logró con ayuda de Humboldt en 1835; en la casa Engelman se editó en francés y alemán el *Voyage Pittoresque á travers le Brésil y Malerische Reise durch Brasiliensus*. Rugendas continuó su formación artística e intelectual en París e Italia, viéndose influenciado por el naturalismo y el romanticismo en boga, así

³⁰ Rosen y Zerner, *Op. Cit.*, pp. 54-80. Un artista viajero era aquel "pintor, dibujante o fotógrafo extranjero, por lo general europeo, que lleva a cabo su trabajo creativo tomando como tema el mundo que recorre". Diener, "El perfil del artista viajero...", p. 63.

³¹ Tomado de: http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Moritz_Rugendas.jpg (21 de marzo de 2013).

como por los maestros clásicos.³² Nuevamente su relación con Humboldt lo motivó a realizar un segundo viaje por América, que tuvo que hacer con sus propios medios, valiéndose de su arte.³³

Rugendas llegó a México en 1831. En su recorrido por Jalapa y Orizaba se hospedó en la hacienda El Mirador, perteneciente a Carl Christian Sartorius, de quien pronto se hizo amigo. La relación de estos alemanes fue más allá de la nacionalidad o las tendencias políticas liberales, puesto que el famoso hacendado empleó dibujos de su compatriota para ilustrar su obra *México y los mexicanos*, publicada en 1852. Después de su estancia en el oriente del país, Rugendas se estableció en la ciudad de México entre enero de 1832 y diciembre de 1833. Realizó numerosas obras en pequeño formato y bocetos, tanto por encargo como por gusto personal, entre las que destacan paisajes, retratos y, en menor proporción, estudios de tipos populares.³⁴

Johann Moritz Rugendas se relacionó con políticos, científicos y artistas nacionales y extranjeros, gracias a lo cual recibió diversos encargos que sirvieron para costear sus viajes por el país. Pero no todas sus relaciones personales fueron benéficas, pues su colaboración en el escape de la ciudad de sus amigos el General José Morán y el escritor Miguel de Santa María (perseguidos por apoyar los levantamientos contra el programa liberal de Gómez Farías), lo llevó a permanecer dos meses en la prisión de la Acordada, tras lo cual se le conminó a salir del país, lo cual hizo después de recorrer el occidente de México. De esta

³² Cabe mencionar que el clasicismo seguía siendo un estilo pictórico básico para los artistas, incluso pervivía y se empleaba a la par de las corrientes de moda.

³³ Una de las más tempranas y completas reseñas biográficas de Rugendas es la de Gertrud Richert, "Johann Moritz Rugendas. Un pintor alemán en Ibero-América", en: *Anales de la Universidad de Chile*. Chile, Universidad de Chile, tomo 117-118, 1969, pp.311-353. Consultado en: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/23365/24700> (10 de septiembre de 2012).

³⁴ Gran parte de las obras de Rugendas sobre México pueden encontrarse en: Federico Hernández Serrano, "Rugendas en México", en: *Anales de la Universidad de Chile...*, tomo 117-118, pp. 368-371. Consultado en: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewPDFInterstitial/23368/24704> (10 de septiembre de 2012); Juan Mauricio Rugendas. México, INBA, Catálogo de Exposición, 1959; Juan Mauricio Rugendas en México. *Viaje pintoresco: 1831-1834*. México, Museo Nacional de Historia, Catálogo de Exposición, 1986; Pablo Diener y Catherine Manthorne, *Rugendas. Imágenes de México*. México, Museo Nacional de Historia, 1994; Renate Löschner y Xavier Moyssén, *El mundo luminoso de Rugendas*. México, Cartón y Papel, 1985; y *Rugendas: América de punta a cabo*. Exposición y catálogo de Pablo Diener. Santiago de Chile, Aleda, ca. 1992.

manera, oficiales del gobierno lo obligaron a embarcarse en el puerto de Acapulco con destino a Chile, en donde continuaría su viaje por América, tan fructífero en dibujos y pinturas, que incluyó Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay y nuevamente Brasil. Rugendas regresó a París en 1847 para intentar publicar sus obras, aunque no tuvo éxito; no obstante, en su país natal se reconoció el mérito de su trabajo y se le otorgó una pensión vitalicia. Aunque llevó una vida precaria económicamente, no estuvo exenta de reconocimientos, pues en 1854, por intervención de su viejo amigo el barón de Humboldt, fue condecorado con la orden prusiana del Águila Roja. Se casó con una mujer joven en mayo de 1858, falleciendo un mes después de un ataque al corazón.³⁵

Otro importante artista viajero alemán fue Carl Nebel, quien estudió y se dedicó a la arquitectura en Hamburgo y París. Su conocimiento de la obra de Humboldt, Ward y otros europeos, así como una posible relación de su padre con empresas mineras y comerciales prusianas en México, lo trajeron a este país en 1828. Mientras se desempeñaba como arquitecto, desarrolló un importante gusto por el mundo prehispánico, de manera que se unió a un grupo de aficionados al coleccionismo de piezas, en el cual conoció a Rugendas y a Jean-Frédéric Waldeck, con quienes competiría para realizar una expedición a Palenque para realizar una descripción minuciosa del sitio, con el fin de ganar un premio otorgado por la Société de Géographie de París (empresa que nadie logró llevar a cabo satisfactoriamente).³⁶

³⁵ Davis James, "Johann Moritz Rugendas", en: *Anales de la Universidad de Chile...*, tomo 117-118, pp. 359-367. Consultado en: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/23367/24703> (10 de septiembre de 2012); y Richert, *Op. Cit.*

³⁶ Arturo Aguilar Ochoa, "Aventura visual de un pintor viajero"; y Pablo Diener, "El México pintoresco", en: *Carl Nebel. Pintor viajero del siglo XIX*. México, Artes de México, no. 80, pp. 8-19 y 34-47 respectivamente; también de Aguilar Ochoa, "Carlos Nebel en México (1828-148)", en: Karl Kohut, Alicia Mayer, Et. Al., *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México, CIESAS-UNAM-Herder-Universidad Iberoamericana-Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 73-79; y María Esther Pérez Salas, "La impronta de Nebel en el costumbrismo mexicano", en: Kohut y Mayer, *Op. Cit.*, pp. 91-94. Más información sobre la descripción de piezas y zonas arqueológicas de Nebel en: Leonardo López Luján, "La arqueología mesoamericana en la obra de Nebel", en: *Carl Nebel...*, pp. 20-33. Waldeck fue un ingeniero, cartógrafo y explorador francés que llegó a México en 1825 contratado por una empresa británica. Su expedición a Palenque fue patrocinada por el gobierno mexicano, con lo que logró una medalla de bronce en el concurso abierto por la Société de Géographie de París, hecho que lo distanció de Nebel. En 1838, publicó

En 1834 Nebel regresó a Europa para promover la publicación de su libro ilustrado *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*, con 50 litografías basadas en dibujos sobre su recorrido por el país, destacando paisajes y escenas costumbristas. El libro apareció en 1836 con el apoyo expreso del barón de Humboldt, quien prologó la obra y mostró especial admiración por el dibujo y la pintura como medios de transmisión de conocimientos. El éxito del *Voyage pittoresque...* llegó a México, para 1839 no sólo se reproducían las imágenes en revistas, fotos, porcelana y en loza, sino que apareció una edición en español a cargo de Vicente García Torres, por lo que el arquitecto alemán se vio obligado a regresar para reclamar sus derechos de autor y presentar una edición en español de la misma calidad que la francesa. Aunque no se sabe el desenlace de su reclamo legal, el texto se vendió muy bien, a pesar de su alto costo (100 pesos).³⁷

Como otros europeos, Carl Nebel consideró seriamente su permanencia en México, hizo varios proyectos arquitectónicos para los gobiernos de Jalisco, Veracruz y ganó un concurso con un proyecto para el Gobierno Federal. Sin embargo, las relaciones sociales tenían mayor peso en la elección de los ganadores, por lo general Lorenzo de la Hidalga terminaba realizando las obras más importantes.³⁸ En mayo de 1841, el artista alemán se casó con Sofía Barthier, quien llegó con él de Francia y le dio un hijo. Sus inversiones en tierras, una ladrillera y unos chiqueros para engorda de cerdos, dotaron a la familia de una renta fija para vivir desahogadamente. A finales de 1847, viendo en peligro sus inversiones y posesiones con la toma de la capital mexicana por el ejército

en París el *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatan pendant les années 1834 et 1836*, sin embargo, la sociedad mexicana lo criticó fuertemente por sustraer piezas prehispánicas del país sin consentimiento del gobierno.

³⁷ Aguilar Ochoa, "Aventura visual de un pintor...", pp. 8-19, y del mismo autor "Carlos Nebel en México...", pp. 73-79 y "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-III, vol. XXII, no. 76, 2000, pp. 127-135; Diener, "El México pintoresco...", pp. 34-47; y Pérez Salas, "La impronta de Nebel en el costumbrismo...", pp. 91-94. Más información sobre el pleito entre Nebel y García Torres en: Martha Celis de la Cruz, "La propiedad literaria: el caso Carlos Nebel contra Vicente García Torres (1890)", en: Suárez de la Torre, Laura (Coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora-UNAM, 2001, pp. 489-504.

³⁸ Cfr., Ninel Valderrama Negron, "El fomento de la policía de ornato en la República de 1841-1844". Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, pp. 74-85.

norteamericano, Nebel entró en tratos con el editor y corresponsal del periódico *Picayune* de Nueva Orleans, George Wilkins Kendall, para ilustrar una historia sobre la guerra entre México y Estados Unidos. Con tal empresa editorial regresó a Europa con su familia alrededor de 1848. Viajó a París constantemente para encontrarse con Kendall hasta finalizar la impresión de la obra en 1850. Doce de sus láminas fueron publicadas simultáneamente en Nueva York y Filadelfia en 1851 con el título de *The War between the United States and Mexico, Illustrated*, en donde el texto y la imagen dieron una visión triunfalista de la guerra para el público norteamericano.³⁹

A pesar de la presencia de estos artistas en la ciudad de México y su relación con las clases altas de la sociedad, al finalizar la primera mitad del siglo XIX todavía no se daba una buena acogida a las críticas extranjeras sobre la vida mexicana, ni a los temas costumbristas en el ámbito académico. El pintor suizo Johann Salomon Hegi vivió en México de 1849 a 1860, dedicándose principalmente al retrato y algunas escenas de costumbres; acompañó sus dibujos y acuarelas con breves comentarios de carácter explicativo o anecdótico. En una carta a su amigo escritor Gottfried Keller en 1850 expresaba la dificultad de ganar dinero



Johann Salomon Hegi. Autorretrato, acuarela, ca. 1840, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁴⁰

en México con el arte, sobre todo con el paisaje e incluso con retratos y obras con figuras humanas, además de la dificultad de realizar estudios y bocetos al natural

³⁹ Aguilar Ochoa, "Aventura visual de un pintor...", pp. 8-14; del mismo autor, "Carlos Nebel en México...", pp. 80-89; y Ron Tyler, "Un libro estadounidense: The war between the United States and Mexico, Illustrated", en: *Carl Nebel...*, pp. 48-59. Un estudio muy completo sobre las imágenes de esta obra de Nebel es el de Fabiola García Rubio, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México: la mirada de Carl Nebel*. México, Instituto Mora, 2002.

⁴⁰ Tomado de: *Viajeros europeos del siglo XIX...*, p. 92.

viajando por la región con altos costos e inseguridad. A pesar de sus opiniones negativas sobre la recepción de pinturas sobre temas de costumbres mexicanas en el mismo país, se sabe que Hegi envió diversas obras a las exposiciones anuales que realizaba la Academia de San Carlos. Asimismo, este pintor suizo mostró gran interés en las costumbres indígenas al afirmar que los mexicanos “hardly conserve the national costumes and usages; the Indios are the only people that have something to offer. I hope to find something in other parts of the country”.⁴¹

Para la segunda parte del siglo XIX, el interés de los artistas viajeros por el paisaje como motivo pictórico y los estudios del pasado prehispánico a través de las antigüedades, comenzaron a influenciar al arte mexicano. Guiados por el costumbrismo, se desempeñaron como pioneros en la etnografía, con sus estudios de tipos populares contribuyeron al desarrollo de imágenes de “lo nacional” que resultaron útiles a algunas élites intelectuales locales. Prueba de lo anterior fue la integración de maestros europeos en la Academia de San Carlos. Con la reorganización de esta institución en 1843, se procuró el ingreso de maestros y obras europeas para dar un nuevo impulso de la enseñanza de las artes en México, lo que se vio reforzado con la realización de exposiciones anuales a partir de 1850, en donde mostraban sus obras tanto los alumnos como los artistas nacionales y extranjeros. De esta manera, el paisaje y los temas costumbristas fueron influyendo en el gusto local.⁴²

El pintor romántico Edouard Pingret, miembro de la alta sociedad protestante francesa, sobresalió por sus aptitudes artísticas desde la edad de catorce años. Culminó su formación en Roma e incursionó en el ámbito editorial mediante la litografía y la edición. Dejó Francia al caer la monarquía de los Orleans, sin embargo, mantuvo relaciones con la Corte, específicamente con el

⁴¹ Tomado de: Pablo Diener, “Johann Salomon Hegi (1814-1896)”, en: *Viajeros europeos del siglo XIX...*, pp. 93 y 94.

⁴² Tal fue el caso del italiano Eugenio Landesio, director del ramo de pintura, especialmente de paisaje, y el pintor catalán Pelegrín Clavé, quien llegó a dirigir la Academia. Diener, “El perfil del artista viajero...”, pp. 63-85; y Pérez Salas, *Costumbrismo...*, pp. 143-163.

príncipe Joinville, exiliado en Inglaterra. El pintor estuvo encargado de recuperar las inversiones que tenía el príncipe en la Compagnie de Transport Maritime Américaine, en donde también tenía intereses la familia Pignatelli, por lo que se cree que el artista contó con el apoyo de Lucas Alamán. Aunque no recuperó la inversión, se estableció en la ciudad de México con su hija en 1850.⁴³

Como pintor de renombre (hizo 15 lienzos para Versalles y ganó medalla de oro en una exposición en el Salon des Artistes Vivants) Pingret abrió un taller de pintura para la clase alta, en el cual recibía principalmente a señoritas de sociedad, además, fue un excelente comercializador de su obra. Con la realización de retratos llevó una vida desahogada, a diferencia de la experiencia de Hegi relatada en párrafos anteriores. En 1852 expuso obras de tema costumbrista en la Academia, e incluso logró que sus alumnas expusieran copias de sus obras en 1854. A pesar de valerse de las exposiciones



E. J. A. Girard, "Retrato de Edouard Pingret", 1845.⁴⁴

anuales de la Academia para dar a conocer su obra, criticó de forma anónima a esta institución en el periódico *El Ómnibus*, particularmente al profesor de pintura, el catalán Pelegrín Clavé, por la falta de atención que daban a los temas contemporáneos y de costumbres.⁴⁵

⁴³ Luis Ortiz Macedo, *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*. México, Fomento Cultural Banamex, 1989, pp. 71-94.

⁴⁴ Tomado de: Ortiz Macedo, *Edouard Pingret. Un pintor...*, p. 71.

⁴⁵ *Ibid.* En este texto están reproducidos casi de manera íntegra El artículo de Pingret en *El Ómnibus*, la respuesta de los académicos publicada en *El Universal* y una carta de Pingret al director de la Academia, Bernardo Couto.

Pingret representó principalmente la ciudad de México y sus alrededores, sus pinturas costumbristas son numerosas, aunque también hizo paisaje y cuadros de historia ("La reinstauración de la Orden Mexicana de Guadalupe", 1853).⁴⁶ Un incidente con un diplomático inglés y las escasas ganancias de la compañía de transportación de la que era accionista, lo llevaron a dejar el país en 1855. En 1881, en el centenario de la fundación de la Academia de San Carlos, fueron expuestas veintinueve obras de Pingret en la sala dedicada a "pinturas antiguas de propiedad particular", entre costumbres, paisajes y retratos elaborados en su mayoría en México.⁴⁷ La labor de Pingret en México marca el final de la temporalidad abordada en esta investigación, la razón principal es que la realización de pintura costumbrista y tipos populares comenzó a tomar impulso en los círculos artísticos nacionales al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, con lo cual puede considerarse realizada la labor del artista extranjero en este ámbito.

⁴⁶ Según el propio Pingret, durante quince meses hizo "noventa retratos al óleo o al pastel; treinta cuadros de vistas y costumbres mexicanas y cuarenta composiciones de trajes". *Ibíd.*, p. 84.

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 55-102; Chantal Cramaussel, "Pintores franceses en México durante la primera mitad del siglo XIX", en: Chantal Cramaussel y Delia González (Ed.), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*. México, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. 1, pp. 162-165; y Ortiz Macedo, *Édouard Pingret pintor romántico del siglo XIX*. México, CONACULTA, 2004, pp. 9-21.

2. El migrante europeo en México.

El ascenso de la casa de Borbón al trono español en 1700 permitió el incremento de la entrada de modas, arte, conocimientos científicos y mercancías europeas, al igual que muchos viajeros y migrantes, a las colonias españolas. La inmigración de extranjeros a Nueva España fue permitida por las autoridades españolas mediante la expedición de licencias de embarque (entre 1765 y 1800 se expidieron 788 licencias), mismas que fueron restringidas después de la independencia de Estados Unidos en 1776, debido al temor de que llegaran ideas revolucionarias; sobre todo se desconfiaba de los ingleses, quienes deseaban intervenir sin límites en el comercio con América. Según el Censo de Revillagigedo para la ciudad de México de 1791, aproximadamente el 4.97% de un total de 111 077 habitantes correspondía a inmigrantes (29 franceses, 28 italianos, 3 alemanes, 3 portugueses, 2 irlandeses y 1 suizo). Los inmigrantes europeos eran principalmente hombres de recursos limitados, dedicados en su mayoría a los servicios, al trabajo artesanal, al comercio, además de productores, burócratas, educadores, militares y eclesiásticos.⁴⁸ Los extranjeros que se establecieron en la ciudad de México por lo general permanecieron en la zona central, relacionados con los más importantes establecimientos del comercio urbano y las principales instituciones de la administración de la ciudad.⁴⁹

Como lo temían las autoridades virreinales, la influencia extranjera jugó un papel importante en la independencia de las colonias españolas, sobre todo por la difusión de ideas liberales. En tal contexto, el naciente estado mexicano fundamentó su prosperidad en la dependencia tecnológica, política y económica de las principales potencias extranjeras, a cambio de lo cual otorgó privilegios en los ámbitos comercial, minero y abrió las puertas a la migración extranjera con restricciones mínimas. Además, el aumento de la migración europea al continente

⁴⁸ Datos estadísticos sobre los extranjeros que habitaban la ciudad de México a finales del siglo XVIII en: Sonia Lombardo de Ruiz, "Los migrantes externos en la ciudad de México en 1790", en: Delia Salazar Anaya (Coord.), *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910*. México, INAH-CONACULTA-Plaza y Valdés, 2002, pp. 51-97.

⁴⁹ Jorge González Angulo Aguirre, "Los inmigrantes en la ciudad de México en 1811", en: Salazar Anaya, *Op. Cit.*, pp. 99-136.

americano en la primera mitad del siglo XIX no sólo se relacionó con la apertura del mercado mexicano a la inversión extranjera y los deseos de algunos mexicanos de promover la llegada de nuevas tecnologías, sino que estuvo fuertemente motivado por los problemas políticos, económicos y sociales que atravesaba dicho continente.⁵⁰ La Revolución Francesa y la Industrial dieron inicio a un complejo proceso que se debatía entre la revolución y la restauración, en el cual se enfrentaron el liberalismo capitalista y el socialismo, el constitucionalismo con el monarquismo y, en las artes, el romanticismo con el realismo.⁵¹

Los primeros años del siglo XIX estuvieron marcados por numerosos enfrentamientos entre naciones europeas. El primer imperio francés al mando de Napoleón (1804-1815), que deseaba llevar por la fuerza la igualdad y libertad a pueblos oprimidos, fue derrotado por Inglaterra y Austria. Una importante oleada revolucionaria se desencadenó en 1820. En el caso de los estados germánicos, comenzaron a crearse sociedades secretas nacionalistas y liberales que buscaban unificar Alemania bajo una Constitución, aunque en este momento fueron reprimidas, el tema de la unificación volvió a presentarse en la revolución de 1848, concluyendo hasta 1871. Lo mismo pasó en Italia con la sociedad secreta de los Carbonarios de Nápoles, que se levantó en armas en esta ciudad en 1820 y en Piamonte en 1821 para sacar a la ocupación austriaca de Italia, sin éxito.⁵² En España también surgieron revueltas liberales asociadas con sociedades secretas, algunas buscando el restablecimiento de la Constitución de 1812, sin embargo, fueron suprimidas en 1823 por Fernando VII con la ayuda de Francia. Otra oleada revolucionaria pasó de Francia a Bélgica en 1830, a diferencia de los movimientos anteriores, los belgas se liberaron del gobierno de los Países Bajos, formaron un Congreso y una Constitución. La inestabilidad europea continuó con una crisis

⁵⁰ Una de las tesis de Ricardo Rivera Cortés es que la migración alemana a México fue promovida por un grupo local de personajes preocupados por modernizar la economía mexicana mediante la difusión de la ciencia y tecnología más actuales en ese momento. Rivera Cortés, *Op. Cit.*

⁵¹ Guadalupe Jiménez Codinach, “La Europa aventurera”, en: *Viajeros europeos del siglo XIX...*, pp. 39-47; y Jean Meyer, “Los franceses en México durante el siglo XIX”, en: *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. México, El Colegio de Michoacán, vol. 1., no. 2, primavera 1980, p. 28.

⁵² Fundada en 1810 bajo principios clericales y anti franceses, para 1815 adoptó principios liberales y nacionalistas con el objetivo de sacar a la ocupación austriaca de Italia.

económica entre 1846 y 1848 y nuevos movimientos revolucionarios, liberales y nacionalistas, que abrieron paso a importantes procesos de unificación nacional.⁵³

La difícil situación por la que atravesaba Europa motivó una importante migración poblacional. La supuesta prosperidad de México y la profusión de sus riquezas naturales aptas para el comercio, difundida principalmente por la obra de Humboldt, influyó en la decisión de muchos europeos de trasladarse a dicho país.⁵⁴ En este caso se puede diferenciar a aquellos individuos que llegaban sumados a empresas colonizadoras, campesinos, artesanos y pequeños comerciantes de clase media baja, afectados por las crisis económicas y sociales de sus países; por otro lado encontramos a importantes empresarios y comerciantes ansiosos de beneficiarse de las riquezas mexicanas.⁵⁵ Gran parte de los extranjeros que arribaron después de 1821 buscaban hacer fortuna, se presentaron como “las avanzadas del capitalismo mercantil e industrial euroamericano, que estrena y ejerce sus tentáculos imperialistas de penetración” en todos los territorios recientemente liberados de España.⁵⁶ Con la llegada de gente de negocios y comerciantes se abrieron las puertas del mercado mexicano al comercio internacional, aunque en beneficio de los extranjeros, interesados sobre todo en la plata y otras materias primas.

Las nuevas relaciones políticas y económicas que la República Mexicana comenzó a formar con el resto del mundo propiciaron la integración y prosperidad de los inmigrantes europeos en su capital. Con el aumento en los intereses extranjeros en la minería, comercio y agricultura, inició la competencia entre las

⁵³ Los belgas eran tratados como inferiores por los holandeses por ser católicos y por otras cuestiones culturales, tras su levantamiento lograron salir del gobierno de los Países Bajos, de Guillermo I, en Noviembre de 1830. Después de su triunfo, los belgas eligieron un congreso y elaboraron una Constitución liberal. Jiménez Codinach, *Op. Cit.*, pp. 39-47. Sobre la repercusión de los acontecimientos del contexto europeo en sus relaciones con México véase: Pi-Suñer, Riguzzi y Ruano, *Op. Cit.*

⁵⁴ Por influencia de la obra de Humboldt surgieron diversos relatos y estudios ingleses y franceses. Todas estas obras mostraban un México lleno de riquezas, cuyo progreso fue detenido durante tres siglos de dominación española. Las deficiencias de estas obras motivaron a otros viajeros a terminar con la imagen distorsionada que se tenía de México, dando descripciones apegadas a la “realidad” así como consejos de viaje.

⁵⁵ En el caso de los estados Alemanes, la corriente más importante de migración hacia México se dio entre las décadas de 1830 y 1840. Mentz, *México en el siglo XIX...*, pp. 269-287.

⁵⁶ Ortega y Medina, *Zaguán abierto...*, pp. 46 y 47.

potencias europeas y Estados Unidos por la obtención de mayores beneficios comerciales.⁵⁷ La ciudad de México fue el principal destino de los productos importados de Europa. De Francia llegaban textiles, productos de piel, papel, vidrio y artículos de lujo destinados sobre todo al comercio al menudeo en el interior del país, llevado a cabo principalmente por extranjeros. Mientras que de Inglaterra se importaban productos industriales a gran escala (aunque los ingleses se mostraron más interesados en la explotación minera que a establecerse como comerciantes). Por otro lado, la inmigración no sólo facilitó el desarrollo de negocios y capitales sino que propició la transmisión de conocimientos, gustos e ideas.⁵⁸

Sin embargo, para proteger sus intereses, México tuvo que poner algunas trabas al comercio y la colonización europeos, para buscar un equilibrio en su dependencia política y económica del extranjero. A manera de ejemplo podemos mencionar el “Decreto del 2 de abril de 1831. Sobre el derecho de consumo impuesto á los géneros extranjeros”,⁵⁹ así como el bando de “*Agosto 12 de 1829.- Bando.- Prevenciones de policía para la tranquilidad pública.*”, que exponía la disposición del Ayuntamiento de que los extranjeros, en especial los españoles, acreditaran su estancia legal en el país.⁶⁰

Como se ha sugerido hasta ahora, los inmigrantes europeos en la ciudad de México se dedicaban fundamentalmente al comercio, la industria y los servicios.⁶¹ Con la influencia del capitalismo mundial, diversificaron sus

⁵⁷ González Angulo, *Op. Cit.*, pp. 121-123. Este autor va más allá de afirmar la introducción de costumbres y modas pues nos dice que después de la independencia “el carácter hispanizante de la cultura de la élite tenderá a cambiar y a adecuarse a los valores culturales de los países que en el siglo XIX dominarán la escena mundial. Los inmigrantes provenientes de dichos países cumplirán un papel fundamental en la difusión de estos valores en la ciudad de México”.

⁵⁸ Cramaussel y González, *Op. Cit.*, vol. 1., pp. 14-18; y Pi-Suñer, Riguzzi y Ruano, *Op. Cit.*, pp. 55-57; y Meyer, *Op. Cit.*

⁵⁹ *Colección de las Leyes y Decretos expedidos por el Congreso General de los Estados-Unidos Mexicanos. En los años de 1831 y 1832.* México, Juan Ojeda, Puente de Palacio y Flamencos no. 1, 1833, p. 29.

⁶⁰ Dublán, Manuel y José María Lozano, *Legislación Mexicana ó colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la Republica.* México Imprenta del Comercio, 1876, t. 2, p. 145.

⁶¹ De los 2066 extranjeros establecidos en la ciudad en 1848, casi todos eran europeos, entre los que destacaban los españoles, seguidos de franceses (126 mujeres y 406 hombres), alemanes (15/102) e ingleses

actividades económicas, muchas veces vinculándolas directamente a los intereses económicos de sus metrópolis. Gran parte de los extranjeros se establecieron como pequeños comerciantes en el centro de la capital (sobre todo entre 1848 y 1882). De esta manera, franceses, ingleses, españoles y alemanes adquirieron un peso significativo en la industria, como introductores de capital (con importantes prestamos al gobierno), e incluso en las tendencias de urbanización de la segunda mitad del siglo XIX.⁶² Asimismo, la participación de los extranjeros en el comercio de la ciudad debió ser determinante en la conformación de nuevas redes de interdependencia entre comerciantes al mayoreo y menudeo.⁶³

- ***Profesionistas y empresarios.***

Dentro del grupo de migrantes europeos que llegaron a México en este periodo sobresalen los profesionistas; mientras unos cuantos llegaron como parte del proyecto de colonización impulsado por el gobierno mexicano, la mayoría fueron contratados por empresas inglesas, alemanas o mexicanas para la enseñanza e introducción de nuevas tecnologías, después de lo cual buscaron formar su propia empresa.

Eduard Mühlenpfordt, matemático de la Universidad de Gotinga, llegó a México en 1827 para trabajar como director del Departamento de Obras de la

(24/64), también había suizos (20/34) e italianos (9/42), otros venían de Dinamarca, Polonia, Portugal, Rusia, Suecia, Austria y Holanda, de Flandes y había quienes decían ser sólo europeos. La mayoría eran hombres adultos, entre 21 y 60 años. De los que tenían una ocupación (1 508 eran hombres y 91 mujeres), la mitad eran comerciantes y una quinta parte artesanos, en menor número había sirvientes, maestros o profesionistas, servidores públicos o particulares, artistas, militares, agricultores y religiosos, además de unos cuantos funcionarios y propietarios. Mientras las mujeres se ocupaban como modistas, costureras o sirvientas. María Gayón Córdoba, "Extranjeros en la ciudad de México en 1848", en: Salazar Anaya, *Op. Cit.*, pp. 137- 161.

⁶² *Ibíd.*, p. 12; y Pi-Suñer, Riguzzi y Ruano, *Op. Cit.*, pp. 55-57.

⁶³ La prohibición para extranjeros de la venta al menudeo, emitida entre 1842 y 1843, afectó principalmente a los franceses, sin embargo, tuvieron formas de evadirla y por lo general empresarios y comerciantes importantes contaron con la protección del gobierno. Meyer, *Op. Cit.*, y Chantal Cramaussel, "El perfil del migrante francés a mediados del siglo XIX", en: *México Francia. Presencia, influencia, sensibilidad.* 35 p., consultado en: <http://www.mexicofrancia.org/articulos/p8.pdf> (12 de octubre de 2012). Más información estadística sobre la ocupación de los migrantes extranjeros en la ciudad de México a mediados del siglo XIX en: Gayón Córdoba, *Op. Cit.*, pp. 137- 161. Al finalizar la Guerra de los Pasteles 1839, aumentó notablemente la llegada de franceses, para 1843 ya había entre 2600 y 2800, mientras que sólo había 350 alemanes y 135 ingleses. Cramaussel, "Imagen de México en los relatos de viaje franceses... Para el caso de los españoles ver: Claudia Pardo H, *Los españoles y el comercio en la ciudad de México.* México, UAM-Iztapalapa, 2008 (Cuadernos de Historia Empresarial).

compañía minera inglesa Mexican Company. Este personaje representa un buen ejemplo de los extranjeros empleados en beneficio del desarrollo de infraestructura para la industria mexicana, en especial para el ramo de la minería. Entabló amistad con otro germano, Eduard Harkort, quien se sumó al levantamiento de Antonio López de Santa Anna contra el gobierno conservador de Anastasio Bustamante y Lucas Alamán (1830-1832). Aunque no se sabe si Mühlenpfordt participó activamente en alguna rebelión con tintes políticos, podemos suponer que compartía con algunos de sus compatriotas ideas liberales consideradas radicales en el contexto mexicano. De esta manera, tras otra asonada de Santa Anna en 1834, ahora contra el gobierno de Gómez Farías, y con la generalización del rechazo a los extranjeros militantes políticos, el matemático alemán se vio obligado a dejar el cargo de Director de Caminos del estado de Oaxaca y posteriormente el país. Durante su estancia en México recopiló toda la información que consideró necesaria para formar un estudio tan completo como el de Humboldt, bajo los mismos parámetros de unificación de los aspectos geográfico, etnográfico y estadístico. Con la información obtenida Mühlenpfordt publicó en 1844 en Hannover su *Versuch einer getreuen Schilderung der Republik Mejico (Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, presentado en dos volúmenes).⁶⁴

A pesar de las aparentes ventajas obtenidas por los europeos, en los años inmediatos a su llegada muchas empresas fracasaron. En el caso de la minería, los ingleses y, en menor medida, los alemanes no contemplaron la dispersión geográfica de los minerales y los altos costos de explotación, apostaron demasiado a la tecnología, a la especulación sobre los beneficios y pronto se descapitalizaron.⁶⁵ Los proyectos colonizadores europeos con miras agrícolas

⁶⁴ Covarrubias, *Visión extranjera...*, p. 21; y del mismo autor, el estudio preliminar a la obra: Eduard Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística. Con base en las mejores fuentes y las propias observaciones de Eduard Mühlenpfordt Director del Departamento de Obras de la Mexican Company y posteriormente Director de Caminos del estado de Oaxaca*. Traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias, México, Banco de México, 1993, 2 t., t. 1, pp. 9-20; y "La situación social e histórica del indio mexicano en la obra de Eduard Mühlenpfordt", en: Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico...*, vol. 1, pp. 95-116.

⁶⁵ Von Mentz, en: Mühlenpfordt, *Op. Cit.*, pp. 29-31.

corrieron la misma suerte, puesto que los constantes cambios políticos y administrativos imposibilitaron la creación de leyes de colonización eficaces. A pesar de que en diversas ocasiones el gobierno mexicano fomentó la migración europea al país, no dio a los extranjeros opciones legales de adquirir propiedades, de acceder a la libertad religiosa, de protegerse de la corrupción de las autoridades.⁶⁶

Simón Tadeo Ortiz de Ayala, Ministro de Relaciones en 1822, se encargó de promover la colonización de Coatzacoalcos, argumentando los beneficios que tendrían los nativos al relacionarse con extranjeros y sus conocimientos agrícolas. Este político logró que se decretara la erección de la provincia del Istmo el 14 de octubre de 1823. Sin embargo, al afectar los intereses de los estados de Oaxaca y Veracruz, el territorio permaneció en litigio mucho tiempo, incluso tras la llegada de los primeros colonos franceses, lo que sin duda fue el principal impedimento para regularizar la empresa colonizadora y dar apoyo legal a los colonos. Cabe mencionar que la propaganda colonizadora en Francia coincidió con el decreto de expulsión de españoles en 1827 y 1829.⁶⁷

Con la formación de colonias francesas en tierras vírgenes mexicanas se buscó solucionar los problemas agrícolas y demográficos de ambos países. Entre 1829 y 1834, un funcionario francés de nombre Laisné de Villeveque promovió el traslado de siete barcos de colonos franceses para ocupar terrenos en el margen derecho del río Coatzacoalcos, los cuales, afirmaba, le fueron cedidos por el gobierno mexicano. La caída de Carlos X y la adopción de una monarquía constitucional en julio de 1830 motivaron a varios franceses a probar suerte en América. Sin embargo, el que pudo ser un proyecto de interés estratégico y expansionista francés para la ocupación y construcción de un canal interoceánico, fracasó rotundamente no sólo por la negligencia de algunas autoridades y del

⁶⁶ Cramausse, "Imagen de México en los relatos de viaje franceses...", pp. 333-363; y Pi-Suñer, Riguzzi y Ruano, *Op. Cit.*, pp. 57-62. De los diversos intentos de establecer colonias agrícolas francesas en México (Texas y Coatzacoalcos), sólo salió adelante la colonia de Jicaltepec cerca de Veracruz, y unos cuantos colonos lograron establecerse en las ciudades con ocupaciones modestas. Meyer, *Op. Cit.*, pp. 6 y 7.

⁶⁷ Manuel Ferrer Muñoz, "Mathieu de Fossey: su visión del mundo indígena mexicano", en: Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico...*, vol. 1, pp. 122 y 123.

organizador, sino por la inexperiencia agrícola de los colonos y su desconocimiento del clima tropical húmedo.⁶⁸

Mathieu de Fossey llegó a México en 1831, a diferencia de otros compañeros que sobrevivieron a tal experiencia y regresaron a su patria, decidió permanecer en el país dando clases de francés, incluso dirigió diversas instituciones educativas de corte francés y redactó el *Método natural para aprender francés o para enseñarlo* y un texto de gramática castellana.⁶⁹ Su carácter y su catolicismo le permitieron relacionarse en los círculos sociales medios y altos de la ciudad de México, en donde permaneció seis años. Tras una breve estancia en Francia entre 1841 y 1843, Fossey regresó a México y un año después, con ayuda del editor Ignacio Cumplido, publicó en español su texto *Viaje a México*, presentado como diario de viaje.⁷⁰

La larga estancia de Fossey en el país lo califica como migrante y no como viajero, este hecho se refleja en las descripciones presentadas en su texto, las cuales parecen ser el producto de la observación cotidiana más que de una mirada fresca característica de la literatura viajera. Según José Ortiz Monasterio, la adopción de dicho género por parte del francés, se debió posiblemente a las licencias literarias que implicaba o a la popularidad de este tipo de textos, no sólo para Europa sino para los lectores mexicanos que desconocían su propio país y tenían una marcada preferencia por los escritores extranjeros. Fossey regresó a Francia en 1857 y publicó, esta vez en su idioma natal, *Le Mexique* (Henri Plon,

⁶⁸ Fossey, *Op. Cit.*, pp. 27-49 y 60-64. Otros textos que hablan sobre las colonias francesas de Coatzacoalcos son: Covarrubias, *Visión extranjera...*, pp. 87 y 88; y Meyer, *Op. Cit.*, p. 7.

⁶⁹ Sobre la actividad educativa de Fossey en México véase: Estela Munguía Escamilla, "Fossey: francés transmisor de ideas y saberes en el México decimonónico", en: *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*. España, Universidad de Santiago de Compostela, 2010, disco compacto, pp. 1300-1303, consultado en: http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/11/64/PDF/AT9_Munguia.pdf (5 de septiembre de 2012).

⁷⁰ Aunque la obra apareció fechada en 1844, el 26 de diciembre de este año Ignacio Cumplido escribió en el periódico *El Siglo XIX*, del cual era propietario y director, que por la situación política se retrasaría su aparición, la cual se hizo por entregas de enero a junio de 1845, en doce entregas de 32 páginas cada una, y seis litografías. Clemente Díaz y de Ovando, "Viaje a México (1844)", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM-III, vol. XIII, no. 50, 1982, p. 159. En el prefacio de su obra, Fossey expone que su principal motivación para escribir fue el éxito que tuvieron sus *Cartas sobre México*, supuestamente publicadas con anterioridad, de las que ninguno de sus biógrafos tiene conocimiento. Fossey, *Op. Cit.*, p. 25.

París, 1857 y 1862), a diferencia de la primera versión, esta se presentó corregida y aumentada, sin litografías, y con importantes juicios de tintes políticos, entre los que destacaban los beneficios de una intervención francesa en México. Lo anterior explica la presencia de este escritor francés en México durante el gobierno de Maximiliano de Habsburgo, desempeñando actividades relacionadas con la educación, y su posible regreso a Francia al finalizar dicho episodio.⁷¹

Otro extranjero que se enfrentó por largos años a la circunstancia mexicana fue Carl Christian Sartorius, quien fuera anfitrión del pintor Johann Moritz Rugendas. Personaje de origen modesto en el campesinado alemán, como estudiante de derecho y teología, fue perseguido por su participación en asociaciones estudiantiles de ideas liberales que buscaban la unidad alemana. En tales circunstancias, este personaje promovió la emigración de los alemanes perseguidos hacia América, así como de campesinos y artesanos que se encontraban en desventaja frente a la maquinaria inglesa y sus productos más baratos. Sartorius llegó a México en 1824, con cartas de recomendación de Humboldt, como empleado en la Compañía Alemana Americana de Minas, en la cual se relacionó ampliamente con la comunidad alemana en México, así como con importantes comerciantes, mineros y políticos que posteriormente apoyarían sus proyectos. Sin embargo, como ya se mencionó, las empresas mineras no obtuvieron las ganancias esperadas, y la crisis política mexicana de 1828 y el intento de reconquista por parte de los españoles en 1829 agravaron la situación.⁷²

Sartorius depositó sus esperanzas en la formación de una colonia agrícola, considerando, como lo hicieron los franceses, que los conocimientos, tecnología y carácter germano bastarían para la explotación provechosa de los recursos

⁷¹ Covarrubias, *Visión extranjera...*, pp. 87 y 88; Díaz y de Ovando, *Op. Cit.*, pp. 164 y 165; y el prólogo de Ortiz Monasterios en: Fossey, *Op. Cit.*, pp. 12-22. Cabe mencionar que Estela Munguía Escamilla considera que Fossey pudo dejar México hasta 1870, y posiblemente murió dos años después en Valparaíso, Chile. Munguía Escamilla, *Op. Cit.*, pp. 1312 y 1313.

⁷² José Enrique Covarrubias, "Carl Christian Sartorius y su comprensión del indio dentro del cuadro social mexicano", en: Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico...*, pp. 217-220; y Von Mentz., en: Sartorius, *Op. Cit.*, pp. 13-45.

naturales mexicanos. Con apoyo financiero del comerciante suizo Karl Lavater, en 1829 adquirió la hacienda El Mirador, en el estado de Veracruz, dedicada principalmente a la producción de azúcar y café. Aunque la colonia recibió alrededor de doscientos colonos alemanes en 1834, en los años inmediatos la mayoría fueron desplazándose a las ciudades para buscar ingresos mayores y más seguros. La hacienda se modernizó en 1840 nuevamente con capital comercial y minero, ahora de los hermanos Stein, cuñados de Sartorius. A pesar de lo promisorio de la empresa agrícola, con el crecimiento de la competencia (durante la intervención norteamericana se abrió el puerto de Veracruz a la entrada de mercancías más baratas), no aumentaron los ingresos, por lo que los socios de la firma Stein & Sartorius regresaron a Alemania en 1849. Sartorius promovió un segundo proyecto de colonización, sabiendo la dificultad de producir las ganancias necesarias para el pago de los colonos, esta vez comisionado por los presidentes José Joaquín de Herrera (1848-1851) y Mariano Arista (1851-1853), sin embargo, al asumir Santa Anna el poder en 1853, desconoció las disposiciones de los gobiernos anteriores.⁷³

A pesar de las dificultades a las que se enfrentó Carl Sartorius en su empresa agrícola, su búsqueda de avances científicos, tecnológicos y el fomento de la migración alemana a México, le permitieron lograr cierta prosperidad. En ese sentido, la hacienda fue paso obligado de los viajeros alemanes en México, sobre todo científicos y profesionistas que compartían las inquietudes de su dueño. A su vez, el empresario alemán se relacionó con científicos mexicanos, pues mantuvo una participación activa en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, presentando temas científicos, de historia y arqueología. Sartorius publicó en *La Gaceta General de Augsburgo*, en Darmstadt, el artículo “La Importancia de México para la Emigración Alemana” (1849), traducido al español en 1851 por Agustín S[ánchez]. de Tagle, en donde promovía la agricultura comercial

⁷³ *Ibíd.* No obstante el fracaso de las empresas colonizadoras alemanas (principalmente en Tamaulipas y Texas), la popularidad de México en Europa se había generalizado gracias a la proliferación de literatura de temas americanos, novelas y publicaciones periódicas (gacetas populares), entre las décadas de 1830 y 1840, las cuales, sin duda, seguían influenciadas por la obra de Humboldt. Este tema es ampliamente trabajado por: Mentz, *México en el siglo XIX...*, pp. 173-266.

mexicana. En 1852 se editó en Alemania *Mexiko Landschaftsbilder und Skizzen aus dem volksleben* (México. Paisajes y bosquejos sobre la vida del pueblo), publicado en inglés en Londres y Nueva York en 1858 como *Mexico, Landscapes and Popular Sketches*, y como *Mexico and the mexicans*, adornado por 18 grabados en acero inspirados en dibujos y pinturas de Rugendas, posteriormente presentado con el título de *México hacia 1850*.⁷⁴

- **Los artistas gráficos.**

Otro grupo de migrantes que corrió mejor suerte que aquellos relacionados con los proyectos mineros y colonizadores, fue el de los artistas gráficos. A diferencia de los artistas viajeros, los litógrafos y grabadores requirieron establecerse para practicar su oficio, pues necesitaban maquinaria especial y herramientas de trabajo. Los artistas gráficos europeos no sólo introdujeron la litografía, técnica muy útil para la reproducción de imágenes de buena calidad, sino que trabajaron en la importación de estampas europeas e impulsaron la creación de revistas y libros ilustrados sobre México. Gracias a los progresos técnicos de la imprenta aumentaron los ilustradores y litógrafos ocupados en satisfacer la creciente demanda de textos ilustrados y álbumes, como se vio en el capítulo segundo, diversos personajes europeos abrieron talleres particulares en la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX.⁷⁵ Entre estos destaca el italiano Claudio Linati, considerado como el introductor oficial de la litografía en México.

Linati fue un pintor, grabador y litógrafo, quien desde los 17 años se desempeñaba como grabador a la acuarela, continuando su formación en el taller

⁷⁴ Covarrubias, "Carl Christian Sartorius...", *Op. Cit.*, p. 224; y Rivera Cortés, *Op. Cit.*, pp. 195-236.

⁷⁵ Por lo general se atribuye al italiano Claudio Linati la introducción de la litografía en México, sin embargo, vale la pena considerar que hubo otros litógrafos extranjeros que desarrollaren este arte y también contribuyeron a su popularización. Con la imprenta litográfica que Linati dejó al gobierno mexicano Waldeck y Pedro Robert realizaron el álbum *Colección de antigüedades mexicanas que existen en el Museo Nacional*, en 1827. Salvo algunos trabajos esporádicos en la Academia de San Carlos, el desarrollo de la litografía en México estuvo a cargo principalmente de talleres comerciales, cuyo auge inició en 1835, de los cuales destacó el de Carlos Fournier y Severo Rocha, con la publicación de los primeros periódicos ilustrados. Sin embargo, el lento perfeccionamiento de la técnica propició la continua demanda de obras realizadas en el extranjero. Arturo Aguilar Ochoa, "Los inicios de la litografía en México: El periodo oscuro (1827-1837)", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-III, vol. XXIX, no. 90, 2007, pp. 65-100.

de Jaques Louis David, en París. Posteriormente se enlistó en el ejército de Napoleón I hasta su derrota en 1815, tras lo cual viajó a España, en donde contrajo matrimonio. Su filiación política fue marcadamente liberal, misma que lo llevó a participar en diversos movimientos revolucionarios en España, Francia y la región de Piamonte -de donde era originario-, y a una consecuente persecución, encarcelamiento, condena y exilio. En Bruselas estableció contacto con el gobierno mexicano y obtuvo facilidades para llevar un taller litográfico a dicho país, al que arribó el 22 de septiembre de 1825, con el



Claudio Linati. Autorretrato al óleo. Colección del almirante Giotto Maraghini, Roma.⁷⁸

compromiso de emplear sus conocimientos, maquinarias y materiales para contribuir a la creación de mapas y planos, así como para instruir en sus artes a quienes estuvieran interesados.⁷⁶ Su equipo y material fue retenido en la aduana hasta enero de 1826, además, en este periodo falleció de fiebre el impresor que lo acompañaba, por lo que comenzó a buscar trabajo en la minería, lo que no parece haberse concretado.⁷⁷

Con la colaboración de su amigo Fiorenzo Galli y el poeta cubano José María Heredia, Linati fundó el periódico *El Iris*, el cual tuvo 40 números entre febrero y agosto de 1826, cuyo principal interés, según palabras del artista italiano, era el de "civilizar a estos semibárbaros" mexicanos, mediante, según el prospecto

⁷⁶ En Bruselas Claudio Linati y su socio Gaspar Franchini recibieron el apoyo del ministro de Relaciones Exteriores y Exteriores de México, Sebastián Camacho, del ministro plenipotenciario de la legación mexicana, José Mariano Michelena y del cónsul, agente comercial de México en los Países Bajos, Manuel Eduardo Gorostiza. Aguilar Ochoa, "Los inicios de la litografía...", pp. 65-70

⁷⁷ Iturriaga de la Fuente, *Op. Cit.*, t. 3, pp. 139 y 140; Claudio Linati, *Trajes civiles, militares y religiosos de México (1828)*. Introducción, estudio y traducción de Justino Fernández, México, UNAM-IIE, 1956, pp. 18-22; y del mismo autor: *Acuarelas y litografías*. Prólogo de José N. Iturriaga de la Fuente, México, Grupo Financiero INBURSA, 1993, pp. 7-22. Una excelente y completa novela biográfica sobre la vida de este autor, la cual reproduce algunos documentos relativos al taller litográfico y a la publicación de *El Iris* es la de: Francesco Fantechi, *Claudio Linati. La vida aventurera de un revolucionario europeo del siglo XIX que introdujo la litografía a México y se involucró en sus afanes republicanos*. México, UNAM-ENAP, 2010.

⁷⁸ Tomado de: Linati, *Trajes civiles...*, p. 26.

aparecido en *El Águila Mexicana* del 13 de enero de 1826, las ciencias, las letras, descubrimientos, temas de actualidad, economía política y rural, así como la enseñanza de la juventud y las mujeres.⁷⁹ En junio del mismo año Heredia se separó de los italianos, con lo que la publicación fue dejando atrás las intervenciones culturales para centrarse en las de corte político. Los artículos sobre reformas educativas y militares fueron tolerados; sin embargo, al hablar sobre dictaduras e invasiones extranjeras, así como exhibir una postura política abiertamente ultraliberal, la obra se ganó la animadversión del público. Lo anterior, aunado al deterioro de la salud de Linati, la falta de buenos ingresos y el cobro por parte del gobierno de lo que invirtió en su traslado al país, llevaron al italiano a ofrecer su equipo para saldar la deuda.⁸⁰

Claudio Linati salió del país hacia Nueva York en diciembre de 1826, ya con la ciudadanía mexicana y el reconocimiento como "introducción del establecimiento litográfico en la República".⁸¹ En enero de 1827 regresó a Europa y en 1828 apareció en Bruselas *Costumes Civils, Militaires et Religieux du Mexique. Dessinés d'après nature par C. Linati*, publicado con una excelente crítica en *La Gazzete des Pays Bas* en doce fascículos, con 48 litografías a color. En 1830 apareció otra edición en Londres con el título *Costumes et Moeurs du Mexique*, la cual contenía solo 33 láminas en blanco y negro. Asimismo, Linati publicó tres artículos en *L'industriel*, sobre Coatzacoalcos, minas mexicanas y las ruinas de Mitla. Envuelto nuevamente en un intento de sublevación en Piamonte, por la unificación de Italia, el artista italiano regresó a México en 1832, y murió de fiebre a los tres días de su llegada a Tampico.⁸² Mientras tanto, el gobierno

⁷⁹ Linati, *Acuarelas y litografías...* pp. 11-15; y *Documentos para la historia de la litografía en México*. Recopilación de Edmundo O'Gorman y un estudio de Justino Fernández. México, UNAM-IIE-Imprenta Universitaria, 1955, pp. 41-53 (Estudios y fuentes del Arte en México, 1). También ver: *El Iris. Periódico crítico y literario por Linati, Galli y Heredia*. Ed. facsimilar, introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda. México, UNAM- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1986, tomo 1.

⁸⁰ Aguilar Ochoa, "Los inicios de la litografía...", pp. 65-70; Fantechi, *Op. Cit.*; Ituarriaga de la Fuente, *Op. Cit.*, t. 3, pp. 139 y 140; Linati, *Trajés civiles...*, pp. 18-22; y del mismo autor, *Acuarelas y litografías...*, pp. 7-22.

⁸¹ Linati, *Acuarelas y litografías...*, p. 14; y *Documentos para la historia de la litografía...*, pp. 32 y 33.

⁸² Ituarriaga de la Fuente, *Op. Cit.*, t. 3, pp. 139 y 140; Linati, *Trajés civiles...*, pp. 18-22; y del mismo autor: *Acuarelas y litografías...*, pp. 7-22.

trasladó el legado del italiano a la Academia de San Carlos para que se impartiera la enseñanza de la litografía, a cargo del teniente de ingenieros José Ignacio Serrano, quien, al lado del oaxaqueño José Gracida, fue un destacado discípulo de Linati. Sin embargo, el taller de litografía de la Academia desapareció en muy poco tiempo, incluso con la reorganización de dicha institución no pudo competir con los talleres particulares como los de Severo Rocha, Carlos Fournier, Friederich Malhe y Jean Decaen, mencionados con anterioridad.⁸³

⁸³ Toussaint, *La litografía en México: Sesenta facsímiles con un estudio de Manuel Toussaint*. México, Biblioteca Nacional, 1934, pp. 3-13.

3. Algunas vistas urbanas.

Si bien existieron otros artistas, de los que no nos ocuparemos, pintores, litógrafos y grabadores, que en el periodo mencionado visitaron la ciudad de México, representando sus paisajes, costumbres y población, debemos finalizar este apartado con la breve mención de aquellos que integraron escenas de costumbres en sus vistas urbanas. Debido a que este tipo de representaciones usualmente se enfocaban en aspectos arquitectónicos y del paisaje, insertando figuras humanas en un contexto muchas veces ajeno, o usándolas como referencias de escala, únicamente mencionaremos aquellas obras que destacan por el manejo de la temática del ambulante, por lo que sólo se tratará brevemente la vida de sus autores y algunos pormenores de su estancia en la ciudad.

Podemos comenzar con Octaviano D'Alvimar, general francés que llegó a México en 1808, al ser considerado como un espía de Napoleón tuvo que dejar el país en 1809. En 1822 regresó en busca de algún cargo militar en el gobierno de Agustín de Iturbide, sin embargo, fue hecho prisionero por participar en una revuelta en Guanajuato y obligado a salir del país en 1823. En esta segunda visita realizó una compleja pintura de la Plaza Mayor de México, en la cual destaca la eliminación premeditada del Parián y la estatua de Carlo IV para dar cabida a numerosos puestos ambulantes, militares y al mismo emperador Iturbide dirigiéndose al Palacio Nacional.⁸⁴

Por su parte, el italiano Pedro Gualdi llegó al país en 1835 como escenógrafo de una compañía italiana de ópera. Permaneció 15 años en México, en los cuales publicó diversas litografías, principalmente vistas de edificios de la capital, en publicaciones como el *Mosaico Mexicano*. Su obra más sobresaliente fue *Monumentos de México tomados del natural* (México, Masse y Decaen, 1841), en donde los más representativos edificios de las principales ciudades de la República estuvieron acompañados de tipos populares, aunque fuera únicamente

⁸⁴ Más información sobre su vida y la pintura sobre la Plaza Mayor en: Justino Fernández, "Una pintura desconocida de la Plaza Mayor de México", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. V, no. 17, 1949, pp. 27-39.

como elementos para marcar la escala. Si bien apenas podemos apreciar a algún vendedor de manteca, cargadores, fruteras y verduleras, y hasta un vendedor de pollos, Gualdi los representa de forma exclusiva en el ámbito urbano.⁸⁵

De la misma forma, los ingleses John Phillips y Alfred Rider publicaron en Londres sus litografías sobre temas mexicanos en el álbum *México ilustrado* (1848). Alfred Rider fue un litógrafo inglés que llegó a México en 1844 buscando encontrar una ocupación, lo que aparentemente no logró, pues solicitó su regreso a Inglaterra al gobierno mexicano en febrero de 1845. Mientras John Phillips ha sido identificado por Roberto L. Mayer como el secretario de la Compañía Minera del Real del Monte. En 1840 obtuvo la comisión de viajar a México para informar sobre las características del territorio mexicano para el aprovechamiento minero. Resultado de este viaje fueron una litografía sobre el aprovechamiento de la plata, publicada en Londres en 1841, y un texto sobre procesos de amalgamación, publicado en 1846. Aunque no hay datos sobre la asociación de Rider y Phillips, el análisis de su obra hace suponer que el primero se encargó principalmente de los dibujos, mientras el segundo pudo financiar la empresa.⁸⁶ En este caso, destacan los paisajes rurales y algunas vistas urbanas en donde se aprecia la presencia de los campesinos transportando mercancía para su venta, incluso la instalación de algunos puestos en las ciudades, destacando su representación de la fiesta de San Agustín de las Cuevas.

Finalmente, debemos mencionar al pintor y grabador inglés Daniel Thomas Egerton, quien llegó a México en 1831, motivado posiblemente por su hermano, William Henry Egerton, quien trabajaba para compañías fraccionadoras yanquis que promovían la colonización de Texas con la venta de terrenos. El pintor inglés pronto comenzó a pintar el paisaje mexicano y diversas vistas de la ciudad de

⁸⁵ Para más información sobre la obra de Gualdi véase: Roberto L. Mayer, "Los dos álbumes de Pedro Gualdi", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VIII, no. 69, 1996, pp. 81-102.

⁸⁶ John Phillips, *México Ilustrado*. Reproducción Facsimilar de la primera edición (Londres, 1848), Prólogo de José N. Iturriaga, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1994, pp. 13-19; y Roberto L. Mayer, "¿Quiénes fueron John Phillips y Alfred Rider?", en: *México Ilustrado. Mapas, planos, grabados e ilustraciones de los siglos XVI al XIX*. México, Fomento Cultural BANAMEX, 1994, pp. 13-21.

México y sus alrededores. Daniel Thomas regresó a Londres en 1837 para publicar un libro sobre su viaje, *Views in Mexico* (James Holmes, 1840, posteriormente traducido al español) que incluía doce litografías con interesantes descripciones. Realizó dibujos, litografías, acuarelas y óleos, no sólo del paisaje, sino de la gente y los trajes de indígenas, rancheros y celebraciones como la Semana Santa. El artista inglés regresó a México en 1841 bajo el nombre de Florencio Egerton en compañía de la señora Inés Edwards, quien fuera su estudiante, y a quien presentó como su esposa. La pareja fue asesinada la tarde del 27 de abril de 1842 cerca de su casa en Tacubaya.⁸⁷

En general, las obras pictóricas y dibujos de los europeos fueron litografiadas y grabadas para su publicación. Se puede considerar que el grabado y la litografía provocaron una "democratización" del arte, facilitando su difusión y reproducción en libros, álbumes, periódicos, revistas, etc. Sin embargo, estas ventajas tuvieron importantes repercusiones en los derechos de autor. En este periodo era frecuente, aún en los talleres de prestigio, usar litografías ajenas para ilustrar las publicaciones, se omitían las firmas originales y se agregaba algún detalle o la firma del taller que hizo la imitación, a las piedras compradas en el extranjero se les colocaba el nombre de la imprenta que las reproducía. Los

⁸⁷ En su novela sobre este artista, Mario Moya Palencia sugiere que varias de sus obras llegaron a manos de personajes que promovieron la independencia de Texas y su anexión a Estados Unidos, como Samuel Houston y David G. Burnet, por intermediación de William Henry, sobre todo aquellas vistas que presentaban información del territorio útil para una intervención militar. En este sentido, el autor cree que su asesinato fue promovido por el grupo anglo-texano que para esta fecha gobernaba al estado recién independizado, en venganza por dejar de recibir sus obras y posiblemente con la intención de provocar un problema diplomático entre México e Inglaterra. Al parecer del autor de la novela, la intriga parecía involucrar a los ministros norteamericanos en México Waddy Thompson y Branz Mayer, así como al corresponsal de guerra George Wilkins Kendall, quien se supone contrató a un anglo-tejano para llevar a cabo el crimen, lo cual hizo mediante la intervención de un grupo de léperos, los únicos que resultaron culpables en el proceso judicial. Kendall fue hecho prisionero junto con el resto de la expedición a Santa Fe en 1841, la cual buscaba asegurar a Texas parte del territorio de Nuevo México, pero fue liberado por intermediación de Waddy Thompson. Mantuvo relación con el gobierno texano y, como se vio con anterioridad, fue corresponsal en la intervención norteamericana. Mario Moya Palencia, *El México de Egerton. 1831-1842*. 2a ed., México, Porrúa, 1994; y del mismo autor, lo que podría considerarse un resumen de la novela: "El México de Egerton (1831-1842)", en: *Viajeros europeos del siglo XIX...*, pp. 88 y 90. Sobre el proceso judicial del asesinato véase: *Causa célebre contra los asesinos de don Florencio Egerton y doña Inés Edwards. Extracto de la original. Danla a luz los editores del Observador Judicial*. México, Impreso por Leandro J. Valdés, calle de la Cazuela n. 3, en la alcaicería, 1844; y de autor anónimo, "Daniel Thomas Egerton. Su reciente exposición. El proceso sobre su muerte.", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VI, no. 23, 1955, pp. 81-100.

artistas más copiados fueron aquellos cuyas obras aparecieron pronto en México, como Carl Nebel y Pedro Gualdi. Incluso Phillips y Rider tomaron del primero las vistas de las ciudades de San Luis y de Puebla, y del segundo una escena del convento de la Merced y su plaza de Santo Domingo, aunque agregando bellos detalles como escenas costumbristas.⁸⁸

Como se ha visto hasta hora, nos encontramos ante un contingente de europeos muy variado, no cabe duda que ninguno de ellos logró integrarse por completo a la sociedad mexicana, todos la vieron desde perspectivas distintas, pero siempre bajo parámetros y prejuicios europeizantes. De esta manera, en los relatos europeos sobre México se atribuye el carácter pasivo y hasta retrógrada del mexicano a la fuerte herencia religiosa y política española; el indígena se presenta indolente, ignorante e incapaz de cambiar su estado de pobreza. En general, los aspectos de la vida cotidiana que se muestran de manera pintoresca se relacionan con la falta de costumbres, tecnologías e instituciones modernas, mismas que los europeos desean introducir para conseguir el desarrollo económico de México en beneficio de sus países.

En este sentido, las representaciones que los europeos hicieron sobre las costumbres mexicanas y la sociedad, en específico sobre la figura de los vendedores ambulantes, fueron construcciones fundamentadas en prejuicios religiosos, culturales y hasta científicos, así como en fuertes intereses políticos y económicos. Sin embargo, vale la pena profundizar en el análisis de sus obras, con el objetivo de encontrar aquellos detalles, por mínimos que sean, que escaparon de los prejuicios y mostraron escenas de la vida cotidiana captadas por una observación directa, posiblemente menos idealizadas que aquellas que representaban mayores intereses comerciales o políticos.

Una vez planteado el contexto nacional e internacional en el que llegaron a México los artistas, viajeros, migrantes y aventureros europeos, así como las relaciones e ideas que compartieron, es preciso analizar las representaciones que

⁸⁸ Phillips, *Op. Cit.*, y Mayer, *Op. Cit.*

realizaron sobre el vendedor ambulante y las costumbres que lo rodeaban. Los detalles que podamos encontrar sobre este personaje, representativo de los medios de subsistencia de las clases bajas urbanas, así como del abasto de productos de primera necesidad a todas las clases sociales, servirán para complementar la información expuesta en los primeros capítulos de la investigación, sobre el fenómeno del ambulante en la ciudad, su función, realización y consecuencias.

CAPÍTULO IV. EL VENDEDOR AMBULANTE, LA VISIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS EUROPEOS.

Antes de la independencia de México y la llegada de importantes contingentes de viajeros y migrantes, en Europa ya se habían dado a conocer algunas imágenes y relatos sobre los mexicanos y sus costumbres, primero por los conquistadores y evangelizadores españoles, posteriormente por diversos religiosos y algunos viajeros europeos. Esto suscitó la creación de varios tratados e ilustraciones de factura europea. Por lo general se trataba de construcciones hechas a partir de los cánones plásticos del momento, la interpretación personal de los relatos conocidos y la adopción de alguna postura sobre los diversos debates que suscitó el fenómeno americano, motivados por los intereses políticos y económicos de las principales potencias europeas.¹

El paisaje y la arquitectura se conforman según los cánones ya sea franceses, holandeses o italianos reproduciendo los elementos conocidos como telón de fondo de escenas de sacrificios, de conquista o meramente descriptivas; los seres humanos, los animales y las plantas siguen el modelo europeo del momento, si bien se hacen concesiones al exotismo y se adornan con deliciosa incongruencia.²

¹ Las primeras representaciones de América aparecieron desde su reconocimiento como un nuevo continente y se crearon a partir de una concepción eurocentrista del mundo y la civilización. Sobre el proceso de “invención” de América en el imaginario europeo véase: Edmundo O’Gorman, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2004. La idealización del Nuevo Mundo como la materialización del Paraíso Terrenal o al menos como un lugar alejado de los vicios de las civilizaciones europea y oriental, contribuyeron a crear el mito del “buen salvaje” americano, al que se debía proteger de la explotación española. De esta forma, se creó y mantuvo la llamada Leyenda Negra, fomentada por potencias europeas como Holanda, Francia, Suecia e Inglaterra, como crítica al maltrato que se daba a los nativos bajo el pretexto de civilizarlos e introducirlos a la fe católica, y sobre todo, por la imposibilidad de satisfacer sus intereses políticos, económicos y religiosos sobre el Nuevo Mundo. Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*. México, UNAM, 1987, p. 14-38; y J. H. Elliott, “De Bry y la imagen europea de América”, en: Teodoro de Bry, *América de Bry (1590-1634)*. 3ª ed. España: Ciruela, 1997, pp. 7-13. Sobre la construcción del “salvaje americano” también véase: Roger Bartra, *El salvaje en el espejo*. México: UNAM-ERA, 1992.

² *México ilustrado por Europa. Del Renacimiento al Romanticismo*. México, Catálogo de exposición en el Palacio de Iturbide, marzo-junio 1983, pp. 53 y 54. Estas características estaban presentes en los grabados de Teodoro de Bry y su familia en *América de la serie Grandes viajes* (Fráncfort, 1590-1634, editada en latín, alemán y francés simultáneamente), que contiene diez imágenes sobre México basadas en relaciones de viaje y crónicas inglesas, francesas y españolas. Estas imágenes también muestran las costumbres indígenas como bárbaras, principalmente en las láminas sobre sacrificios humanos, tema recurrente en los tratados denostadores del indio americano, sin embargo, también dejan ver el estrecho lazo que unía a los nativos con

Con el desarrollo de las ciencias en el periodo de la Ilustración, recobró importancia el tema de la América Latina y, sobre todo, de uno de los reinos españoles más importantes, Nueva España. Este renovado interés europeo propició el cuestionamiento de todo lo que se conocía sobre dicho territorio. Nuevas expediciones fueron descubriendo el mundo real, acabando poco a poco con las representaciones de ciudades de oro, animales fantásticos y el "buen salvaje". Sin embargo, lo más revelador pudo ser la aparición de representaciones y textos producidos desde la misma Nueva España. En este sentido, a lo largo del siglo XVIII, desde ésta y a través de España, llegaron al viejo continente diversas obras cuya temática principal eran las castas mexicanas, algunas de sus costumbres y oficios; sin duda, una pequeña pero reveladora parte de las costumbres mexicanas de ese periodo.

Asimismo, como ya se mencionaba, la obra de Humboldt se convirtió en un texto básico e incuestionable para los extranjeros que centraron sus intereses políticos, económicos o su mera curiosidad en el territorio mexicano. Sólo unos cuantos de los visitantes europeos a esta región americana se aventuraron a recopilar información que actualizara aquella obtenida por el barón alemán; pero la mayoría se limitó a seguir la ruta que el *Ensayo Político* sugería y a hacer algunas observaciones sobre lo que había cambiado o permanecido en el paisaje y las costumbres mexicanas. En este sentido, las aportaciones más originales fueron las imágenes e ilustraciones de viaje de artistas europeos y aficionados a la pintura y el dibujo, cuya influencia del romanticismo los hizo acercarse a los aspectos cotidianos de la vida de los mexicanos, entre los que destaca la venta ambulante en la ciudad de México, el objeto de estudio de la presente investigación.

la naturaleza y los dejaba a merced de la codicia española. Bry, *Op. Cit.* Por otra parte, Dominique Gresle-Pauligny, "La imagen de la ciudad de México en la historiografía francesa del siglo XIX. Evolución, resurgimiento y permanencia de la representación", en: Chantal Cramaussel y Delia González (Ed.), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*. México, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. 1, pp. 145-155, realiza una relación muy completa de las obras que se dieron a conocer y surgieron en Francia sobre México desde la Conquista, destacando imágenes y mapas como medio de ilustrar las ideas abstractas que se estaban formando de los territorios americanos a través de las crónicas y relatos de viaje.

1. Del campo a la ciudad. Primeras divisiones del comercio ambulante.

Entre las primeras descripciones de los vendedores ambulantes de la ciudad de México, realizadas por visitantes europeos que llegaron al México independiente, destaca la del inglés William Bullock y corresponde al año 1823. Este autor nos explica la razón por la que estos personajes llamaban su atención, nos habla de la actividad matutina en el canal de Chalco y la Viga:

Allí, cientos de canoas indias, de tamaño y forma diferentes, cargadas con la mayor variedad de productos animales y vegetales procedentes de los lugares vecinos van llegando sin interrupción, y estas embarcaciones son manejadas frecuentemente por mujeres nativas acompañadas por sus familias. [...] En el frente de la canoa las mujeres indias, muy ligeramente vestidas y con sus trenzas de negro cabello que les llega con exuberancia hasta la cintura, frecuentemente con un nene atado a las espaldas, impelen a las canoas con delgadas y largas pértigas. En el centro, cubierta bajo un toldo está el resto de la familia y buena parte de ésta se halla empleada en hilar algodón o se dedica en sus sencillos telares portátiles a tejer lienzos estrechos de color azul y blanco que constituyen los principales elementos para su vestido. [...] Descargan sus mercancías un poco al sur del palacio virreinal, cerca del gran mercado, y trasladan sus variados productos sobre sus espaldas al lugar donde ellos los depositan y se disponen a venderlos. Este mercado bien vale visitarlo temprano, porque es entonces cuando se congregan los indios con sus diversos productos para ponerlos en venta; muchos de ellos vienen de muy lejos y todo el conjunto forma uno de los más animados espectáculos de que se puede ser testigo.³

Bullock nos da un punto de partida que sin duda mantiene relación con la temática trabajada en la pintura de castas: una parte considerable de los vendedores ambulantes era de raza indígena, practicaba esta actividad en familia y para ello se desplazaba de los pueblos aledaños a la ciudad al centro de la misma. Aunque el autor no nos da más datos sobre los elementos que empleaban para realizar sus ventas, su carácter ambulante comienza a definirse con el desplazamiento de los indígenas del campo a la ciudad llevando sus productos, a

³ William Bullock, *Seis meses de residencia y viajes en México. Con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España. Sus producciones naturales. Condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.* Ed. y estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983, pp. 129 y 130.

diferencia de los comercios establecidos de los que sólo salía la mercancía al venderse.

No existen muchas diferencias entre las descripciones del transporte de mercancías en canoas o trajineras hechas por los otros europeos que visitaron México en la primera mitad del siglo XIX. De estas narraciones podemos concluir lo siguiente: por lo general los indígenas provenientes del sur de la ciudad, se transportaban por los canales de Chalco y la Viga llevando el excedente de sus cosechas particulares, productos animales y manufacturas para vender en los mercados principales de la zona urbana, a cambio de dinero o productos de primera necesidad que no podían fabricar ellos mismos.⁴ Sin duda los canales eran los más efectivos medios de comunicación hacia la capital, sobre todo por el mal estado de los caminos de tierra, por lo que no es de extrañar que las autoridades se preocuparan por su mantenimiento para facilitar el aumento de las embarcaciones que podían circular.⁵

Cabe mencionar que no sólo los diarios de viaje expresaban la admiración de los europeos por la fuerza de las familias indígenas para recorrer largas distancias con una pesada carga a la espalda, también hay diversas imágenes que se centran en dicha temática. De tal forma, podemos apreciar a familias indígenas con sus atuendos en color azul y blanco, como ya lo mencionaba Bullock, recorriendo caminos rurales cargando a la espalda a sus hijos, bultos, canastos y cajas de madera, muy pocas veces ayudados de alguna bestia de carga (Imagen 23). El autor que hizo la descripción más completa sobre la rutina diaria de los vendedores indígenas, fue el científico alemán Eduard Mühlenpfordt,

⁴ Fanny Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. 14 ed., estudio introductorio de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 2010, pp. 92 y 93, 101 y 102; Mathieu de Fossey, *Viaje a México*. Estudio introductorio de José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, 1994, p. 102; Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*. Estudio introductorio de Brígida Von Mentz, México, CONACULTA, 1990, pp. 160 y 209; y H. G. Ward, *México en 1827*. Estudio preliminar de Maty F. de Sommer, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 444 y 445.

⁵ "En su Estadística de la República Mexicana, José María Pérez Hernández menciona que en 1784 el número de canoas que entró a la capital por las acequias de La Viga y San Lázaro fue de 52, 385, en 1860 ascendió a 78, 934 y aumentó hasta 81, 217 canoas para 1861", en: Diego López Rosado, *Los mercados de la ciudad de México*. México, Secretaría de Comercio, 1982, p. 231.

quién permaneció en México entre 1827 y 1834 desempeñando diversas labores relacionadas con la minería, y cuya admiración por la obra de Humboldt y observaciones positivas sobre las ventajas de un mayor desarrollo agrícola, lo llevaron a considerar al indígena como la fuerza de trabajo básica para el progreso de la nación mexicana:⁶



Imagen 23. Carlos Nebel, "Indios carboneros y la buradores [sic] de la vicindad [sic] de Mexico", litografía coloreada, 1836.⁷

De igual tamaño son los fardos de lo recogido en sus campos y huertas, que los indios llevan muchas veces sobre las propias espaldas al mercado, cubriendo grandes distancias. En esto último trabajan lo mismo hombres que mujeres. Así he visto en algunas ocasiones mujeres que caminaban animosamente con un lactante amarrado al pecho, una buena carga de frutas a la espalda y, como si esto fuera poco, mientras tanto tejían un cesto con las manos, que les quedaban libres, para lo cual habían colocado el liviano material requerido sobre el bulto de las frutas. La manera como los indios van y vienen del mercado es muy llamativa. Nunca caminan juntos, sino siempre uno detrás del otro, formando una larga hilera. Si se le pregunta cualquier cosa a aquel que la encabeza, la caravana entera se detiene durante todo el tiempo que dure la plática y sólo cuando ésta haya terminado todos se pondrán de nuevo en marcha. Rara vez caminan despacio sino casi siempre con aquel

⁶ José Enrique Covarrubias, "La situación social e histórica del indio mexicano en la obra de Eduard Mühlénfordt", en: Manuel Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 104 y 105.

⁷ Carl Nebel, *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique . Par C. Nebel architecte. 50 planches lithographiées avec texte explicatif*. París, imprimé chez Paul Renouard, rue Garancière, no. 5, 1836, pp. 108 y 110. Cabe mencionar que al igual que las imágenes, los textos que acompañaban a las obras editadas en Europa pudieron modificarse debido al desconocimiento del idioma.

trotecito entrecortado. Según parece, esta forma de caminar no les cansa y les permite avanzar a una velocidad fuera de lo común.⁸

A veces se ve que los indios utilizan burros o mulas para transportar sus productos, en particular cuando habitan cerca de ciudades grandes, cuyos mercados les garantizan ventas más apreciables. Entonces cuelgan las grandes canastas, llenas de frutos para vender, de las toscas y pesadas albardas. Con un niño al pecho o en el regazo, la mujer va sentada en el lomo del paciente jumento con las piernas cruzadas en medio de las canastas, y detrás de ella, en la grupa del atormentado animal, viaja un niño más grande. El hombre camina a un lado, sin cargar nada, látigo en mano. Una vez vendida la mercancía y cubiertas con las ganancias sus pocas necesidades en cuanto a vestido y otras cosas, la familia se dirige al estanquillo de pulque más cercano, que no abandona hasta que el padre y marido se ha embriagado en mayor o menor grado.⁹

Después de los esfuerzos de la venta, lo que llamaba la atención de los europeos era la diferencia existente entre la figura del vendedor indígena antes y después de llevar a cabo su actividad laboral, lo cual se aprecia claramente en dos imágenes que ilustraron la edición francesa de la obra de Bullock (Imágenes 24 y 25):



Imagen 24. Bullock Jr., "Indiens du Mexique allant au Marché", litografía coloreada, 1824.



Imagen 25. Bullock Jr., "Indiens du Mexique revenent au Marché", litografía coloreada, 1824.¹⁰

⁸ Eduard Mühlentfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística. Con base en las mejores fuentes y las propias observaciones de Eduard Mühlentfordt Director del Departamento de Obras de la Mexican Company y posteriormente Director de Caminos del estado de Oaxaca*. Traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias, México, Banco de México, 1993, 2 t., t. 1, pp. 177 y 178.

⁹ *Ibid.*, t. 1, pp. 199 y 200.

¹⁰ Imágenes pertenecientes a la edición francesa de *A six Month's Residence And Travels in Mexico; Containing Remarks on the Present State of New Spain, Its Natural Productions, State of Society, Manufactures, Trade, Agriculture, And Antiquities, etc. With Plates And Maps*. London, John Murray, 1824, publicada en el mismo año junto con un Atlas que contenía dibujos inspirados en los trabajos del hijo de William Bullock, delineados por Baquet, Lepinoy, Brisou y litografiados por Marlet. Reproducidas en: Justino Fernández, "El atlas de la obra de Bullock", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VI, n. 24, 1956, Lámina XIII (9) y XIV (10).

El texto de Bullock que se relaciona con esta última imagen es el siguiente:

al regreso del mercado ya no se muestran tan expeditos por haberse embriagado con pulque o con otras fuertes bebidas alcohólicas; pero siempre se muestran respetuosos y corteses con los extraños al cruzarse con ellos; detienen su paso, se quitan el sombrero, saludan y se muestran contentos si se les dirige la palabra o se repara en ellos.¹¹

La diferencia entre ambas parejas va más allá de que se representen como personajes de diferente edad en momentos distintos de la jornada laboral, parece tratarse de una fórmula de causa-consecuencia que justifica el descanso de los personajes que terminaron de vender, pues no hay referencias al elemento negativo de la embriaguez mencionada constantemente en los textos de viaje. Aunque también puede tratarse de vendedores indígenas cuyo esfuerzo se incrementa con la edad, confrontados con una pareja de jóvenes mestizos ociosos, lo que implica una marcada diferencia de carácter atribuida por los europeos a las clases pobres a partir de la atribución de aspectos raciales.¹² En un aspecto más formal, en su análisis del *Atlas* de Bullock, Justino Fernández afirma que los bocetos de Bullock Jr. posiblemente fueron terminados y amoldados a las modas europeas por los delineadores y el litógrafo, quienes llenaron los huecos de información con su imaginación y, posiblemente, con la influencia de la pintura de castas.¹³

Es importante mencionar que gran parte de las obras plásticas sobre el comercio ambulante elaboradas por los artistas europeos contemplados para la presente investigación, fueron litografiadas en Europa para su publicación, por lo que sin duda contienen elementos “europeizantes”; sin embargo, lo que nos

¹¹ Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 139 y 140.

¹² *Cfr. Ibíd.*, pp. 139 y 140; Fossey, *Op. Cit.*, p. 146; Claudio Linati, *Trajes civiles, militares y religiosos de México (1828)*. Introducción, estudio y traducción de Justino Fernández, México, UNAM-IIE, 1956, p. 84; Mühlenpfordt, *Op. Cit.*, t. 1, pp. 199, 200, 252 y 258; Nebel, *Op. Cit.*, p. 110; y Sartorius, *Op. Cit.*, p. 163.

¹³ Fernández, *Op. Cit.*, pp. 28-33.

interesa es la información que puedan mostrar sobre las actividades de los personajes, más que su ubicación o exactitud de su anatomía e indumentaria.¹⁴

Los indígenas que abastecían a las ciudades eran indispensables en los relatos de muchos de los europeos que tenían intereses en promover diversas industrias en México, pues éstos constituirían la principal fuente de mano de obra. En este sentido, lo que podemos apreciar en los textos e imágenes de los europeos visitantes de México, es su admiración por las capacidades físicas de los indígenas, lo pesado de su trabajo como productores y transportadores, así como lo variado de los productos que llevaban a vender al mercado a cambio de ingresos suficientes para vivir al día. De esta manera, el vendedor ambulante indígena se muestra como una figura sin sueños ni objetivos a futuro, resignada a su pobreza, a su papel social, el cual es indispensable en la vida urbana, como afirmaba el artista italiano Claudio Linati "Cerca de cada ciudad grande hay un barrio o pueblo compuesto exclusivamente de indios. Parece estar allí para las necesidades y el servicio de los ciudadanos. El pueblo proporciona a la ciudad todo lo que exige un trabajo penoso; comestibles, forrajes, combustibles, todo llega sobre las espaldas de los indígenas."¹⁵

Mühlenpfordt fue uno de los pocos extranjeros que se interesó en buscar una imagen más realista de los indígenas, pues al tratarse primordialmente de trabajadores agrícolas, los consideraba el motor de la economía mexicana, por lo que procuró desmentir las creencias negativas generalizadas sobre tales personajes cuando se les asociaba con los léperos ciudadanos, con la finalidad de

¹⁴ Los libros de viaje tomaron un nuevo impulso con la adopción de la litografía para su ilustración, la mayoría fueron impresos en París, en donde se encontraban las mejores imprentas litográficas. La elección de la litografía habla del interés comercial de estas obras, pues con esta técnica se generaban más y mejores imágenes. Asimismo, la popularización de las representaciones de tipos y escenas de costumbres respondió al creciente interés en estos temas, más accesibles a la población que los temas alegóricos o históricos. María Esther Pérez Salas, "La impronta de Nebel en el costumbrismo mexicano", en: Karl Kohut, Alicia Mayer, Et. Al., *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México, CIESAS-UNAM-Herder-Universidad Iberoamericana-Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 91-107.

¹⁵ Linati, *Trajes civiles...*, p. 96.

llamar la atención sobre los beneficios de invertir en la agricultura.¹⁶ El autor alemán no creía que los indios fueran indolentes y flojos, desempleados, violentos, ebrios e irresponsables, pues realizaban los trabajos más pesados de la vida diaria, entre los que destacaba el abasto de las ciudades. Mühlénpfordt consideraba que los juicios negativos sobre las costumbres morales mexicanas que hicieron otros extranjeros fueron motivados por la generalización de casos aislados que vieron en la capital, afirmaba que los vicios y crímenes presentes en México también lo estaban en Europa, al menos en el sur, territorio que tenía condiciones climáticas similares, relacionados también con falta de educación, guerras civiles, y una mala administración de justicia.¹⁷

A pesar de que la literatura viajera acostumbra generalizar, refiriéndose a los ambulantes como indígenas casi de forma exclusiva, a veces de forma contradictoria, deja ver la complejidad social relacionada con dicha actividad, lo cual se ve reforzado por las imágenes. En este sentido, podemos considerar que los indígenas se insertan dentro de un primer rubro del ambulante, eran vendedores rurales, pues su habitación y costumbres estaban ligadas al campo, aunque fuera en poblados cercanos a la ciudad. Estos primeros relatos europeos se enfocan en la fuerza y arduo trabajo del indígena, aunque se le considera pobre, ignorante e indolente, no forma parte de la "leperuzca" capitalina, salvo cuando pasa la noche en la ciudad bebiendo pulque, integrándose momentáneamente a dicha parte de la sociedad. Como ya se mencionaba, el estigma de pobreza, falta de educación y deseos de superación se asociaba más con las clases bajas urbanas, integradas por una importante cantidad de individuos que no contaban con empleos estables y buscaban la subsistencia como sirvientes, artesanos y vendedores ambulantes, sin que la cuestión racial fuera determinante. Es por esto que un segundo rubro dentro del ambulante era representado por los vendedores urbanos, en lo que se profundizará en los siguientes apartados.

¹⁶ José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*. México, UNAM-Instituto Mora, 1998, pp. 21-54.

¹⁷ Mühlénpfordt, *Op. Cit.*, t. 1, pp. 193-254.

- **"Tipos" de vendedores ambulantes.**

En los textos de los viajeros y migrantes europeos no se aprecian distinciones claras dentro de la clase "baja" que convivía en la ciudad de México, e incluso se le relacionaba únicamente con la población indígena. Para la presente investigación podemos definir a dicha clase como la más pobre, dedicada a actividades laborales con una baja remuneración económica, y conformada por diversas razas homogeneizadas por condiciones sociales compartidas. En el caso de los vendedores ambulantes, integrantes de la clase baja, podemos plantear una división más práctica. De esta manera, encontramos vendedores rurales (provenientes de poblados vecinos, en su mayoría indígenas)¹⁸ y urbanos (residentes dentro de los límites de la ciudad sin ser determinante su origen racial), que concurrían diariamente a las calles de la ciudad para realizar sus actividades laborales, diferenciados unos de otros por su indumentaria, los productos que vendían y la forma de ofrecerlos.

Considerando que la ciudad era el principal foco de atracción para la población de escasos recursos dedicada al comercio en pequeña escala y otros oficios poco remunerados, las cuestiones raciales pasaban a segundo término después de las actividades realizadas y el lugar de habitación, pues la distancia recorrida influía en la cantidad y estado de conservación de los productos. En este apartado se intentará mostrar estas diferencias a partir de una relación de los principales "tipos populares" dedicados a la venta ambulante en la ciudad de México, tomando en cuenta que tales diferencias no estaban establecidas de forma tajante y podían ser modificadas. Asimismo, se abordarán dos subgéneros de la venta ambulante, aquella realizada a pie, y la que se llevaba a cabo en puestos "semi-fijos", esta última, a su vez, comprende los tenderetes (simples telas, petates, o canastos en el piso) y los puestos más grandes compuestos por mesas o cajas de madera.

¹⁸ Debido a que la mayoría de los vendedores rurales eran indígenas, o producto del mestizaje pero educados en poblaciones indígenas, al referirnos a ellos se usará indiferentemente el concepto de vendedor rural o indígena. En el caso de los vendedores urbanos, aunque algún porcentaje poco claro era indígena, para la presente investigación el concepto se refiere principalmente a su lugar de residencia.

Cabe mencionar que el elemento principal que caracteriza a las siguientes representaciones del ambulante es su sentido de lo "pintoresco". Desde el siglo XVIII lo "pintoresco" se entendía como los elementos distintivos de regiones desconocidas, principalmente las costumbres y el paisaje, organizados armónicamente en textos e imágenes para el público europeo. En el caso de los artistas viajeros que recorrieron América, Pablo Diener, estudioso de la obra del pintor alemán J. M. Rugendas, afirma que sus obras representaban temas idealizados, pues se componían de elementos elegidos por su representatividad, singularidad o generalidad de entre todos aquellos que podían apreciarse en los complejos paisajes y sociedades americanas, "todo lo que permita construir una identificación tópica de un país o de una región".¹⁹

En este sentido, para el análisis de los "tipos" de vendedor ambulante será necesario contemplar las generalidades presentes en las imágenes y compararlas con las descripciones presentes en los textos, tratando de rescatar la información relativa al tipo de venta que nos interesa. Aunque no contamos con la referencia de todos los vendedores ambulantes de la ciudad, debemos comenzar por hablar de los que más se representaron de forma aislada, como "tipos populares" urbanos: carboneros, sombrereros, tortilleras, vendedores de aguas frescas, de aves de corral, de cabezas de res, de café, de canastas, de castañas, de comida, de dulces, de encajes, de forraje, de frutas, de grasa o manteca, de madera, de odres, de pan, de patos asados, de plumeros, de queso, de tamales, de verduras y algunos otros no identificados por falta de contexto o detalle en las imágenes.²⁰

¹⁹ Pablo Diener, "Lo pintoresco como categoría estética en el arte de viajeros. Apuntes para la obra de Rugendas", en: *Historia*. Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. II, no. 40, julio-diciembre de 2007, pp. 285-309.

²⁰ Es importante mencionar que muchos de los "tipos populares" elaborados por los artistas europeos estuvieron influenciados por las figuras de cera de la misma temática que se producían artesanalmente en la ciudad y se vendían también de forma ambulante, de las cuales nos ocuparemos más adelante. El reconocimiento de la belleza y lo "pintoresco" de las figuras de cera queda patente en los relatos de viajeros como: Fanny Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 193; Linati, *Op. Cit.*, p. 80; Mühlentpfordt, *Op. Cit.*, t. 1, pp. 260 y 261; Sartorius, *Op. Cit.*, p. 159; y Ward, *Op. Cit.*, pp. 450 y 451.

- **Vendedores rurales.**

Entre los vendedores indígenas provenientes de los pueblos cercanos a la ciudad podemos ubicar a los carboneros, vendedores de madera y forraje, cuyos productos se obtenían directamente del campo. Las representaciones de estos "tipos" indígenas también llegaron a emplear la fórmula compositiva familiar presente en la pintura de castas sobre oficios. Como la mayoría de la pintura europea de temática americanista, las figuras conservan rasgos europeos, por lo que sólo podemos identificar su origen étnico por medio de la indumentaria y la actividad realizada por los personajes.

Como ejemplo de lo anterior podemos mencionar la representación de un vendedor de madera, acuarela elaborada por Claudio Linati, en la cual destaca el



Imagen 26. Claudio Linati, sin título, acuarela, ca. 1827.²¹

duro trabajo y la pobreza de la indumentaria del indígena, calzón de manta para el hombre, camisas del mismo textil para las mujeres (cubiertas por un enredo de lana sujeto a la cintura con una cinta). Esta obra podría entenderse como una crítica al sistema colonial y al efecto negativo que algunas de sus políticas

según tenían en la vida de los nativos, lo cual sería una idea congruente en el pensamiento de un liberal militante de la talla de Linati. Por otro lado, el óleo "Habitantes de Coyoacán" del pintor francés Edouard Pingret, destaca la singularidad del traje, al hombre agrega un sombrero y jorongo; la ropa femenina muestra bellos bordados y el uso del rebozo para cargar a los niños, así como el trenzado del cabello; la madera, el lazo que la transporta y el canasto con frutos de la tierra, quedan como indicadores de la actividad de los representados. A

²¹ Claudio Linati, *Acuarelas y litografías*. Prólogo de José N. Iturriaga de la Fuente, México, Grupo Financiero INBURSA, 1993, p. 167.

diferencia de la obra de Linati, la de Pingret fue realizada como obra de arte para su venta, es decir, desde su creación el autor buscaba agradar al público más que hacerlo consciente de alguna problemática (Imágenes 26 y 27 respectivamente).²²



Imagen 27. Edouard Pingret, "Habitantes de Coyoacán", óleo sobre papel, siglo XIX, Colección BANAMEX, México.

En este sentido, en las representaciones plásticas sobre la venta de recursos naturales, como afirma Pablo Diener, encontramos generalidades. El transporte de madera, paja, forrajes y otros productos del campo, se realizaba en pocas cantidades sobre la espalda con la ayuda de objetos que se adaptaban a la cantidad y forma de cada producto.²³ Este tipo de obras también reflejan el interés de los europeos por algunos rasgos y elementos exóticos dentro de las actividades de transporte de mercancías, como el empleo de medios para aligerar la carga, desconocidos en Europa y empleados en México desde la época prehispánica, como es el caso del ayate y el mecapal -sistema de correas que se ataba a la frente para aligerar la carga de la espalda, era empleado por cargadores y aguadores-. De igual manera, los testimonios de viajeros y migrantes destacan las costumbres que consideraron pintorescas, distintivas de los

²² Luis Ortiz Macedo, *Édouard Pingret pintor romántico del siglo XIX*. México, CONACULTA, 2004, pp. 26-31, y del mismo autor: *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*. México, Fomento Cultural Banamex, 1989, pp. 66-84 y 132-134; y *La colección de arte del Banco Nacional de México. Un legado a la cultura mexicana. Siglos XVII-XX*. México, Fomento Cultural Banamex, 1983, pp. 73-83.

²³ Linati, *Trajes civiles...*, p. 109.

vendedores indígenas, tal era el caso del uso del cuerpo para realizar diversas actividades de manera simultánea. En este sentido, los europeos admiraban la forma en que las mujeres cargaban en la espalda a sus niños pequeños envueltos en un rebozo a la vez que realizaban alguna manufactura o transportaban flores, frutas u hortalizas.

La venta de productos agrícolas sin duda también correspondía a los indígenas provenientes de los pueblos vecinos de la ciudad de México. Además de variedad de frutas y hortalizas, estos vendedores llevaban flores, animales silvestres y domésticos. En el caso de los animales, por lo general se destinaban a complementar la alimentación de los capitalinos, de tal manera, como en la pintura de castas, existen diversas representaciones de los vendedores de pollos, aunque para mediados del siglo XIX parece haberse convertido en una actividad masculina. El transporte de aves de corral se realizaba de forma similar al de forrajes y madera, al parecer, eran los hombres los que transportaban una cantidad mayor de estos productos con ayuda del mecapal: "llevando en hombros un huacal o una red cargada de bastimentos, la que está afianzada con una soga que les pasa por la frente, de manera que aguanta la cabeza una gran parte del peso. Aviados así, se ven con el cuerpo inclinado hacia adelante y doblada la corva", imitando a los aguadores, o utilizaban animales de carga (Imágenes 28 y 29).²⁴



Imagen 28. Claudio Linati, sin título, acuarela, ca. 1827.²⁵



Imagen 29. Claudio Linati, sin título, acuarela, ca. 1827.²⁶

²⁴ Fossey, *Op. Cit.*, p. 160.

²⁵ Linati, *Acuarelas...*, p. 165.

Dentro de las representaciones de los vendedores indígenas podemos encontrar diferencias importantes entre la actividad de hombres y mujeres. Mientras los primeros generalmente se representan transportando la mercancía, el grupo femenino, en la mayoría de los casos, aparece ofreciendo los productos a la venta. De esta manera, el "tipo" de la vendedora de frutas o frutera era común en el paisaje urbano. Podemos suponer que esta actividad no se modificó de forma considerable desde el periodo colonial hasta mediados del siglo XIX. Salvo por el cambio en la moda, la "India frutera" de Pingret conserva los elementos distintivos de aquella presente en el cuadro de castas de Miguel Cabrera. Estas obras nos indican que las mujeres que realizaban la venta a pie llevaban sus frutas en la espalda dentro de un rebozo, mientras sostenían en las manos canastos o charolas con una selección de coloridas frutas, entre naranjas, plátanos y ciruelas. Si bien la "india" de Pingret parece más bien una mestiza con blusa escotada y falda ampona, su condición indígena se aprecia en la carencia de calzado y la venta de un producto agrícola seguramente producido por su familia (Imágenes 6 y 30).



Imagen 30. Edouard Pingret, "India frutera", óleo sobre papel, siglo XIX, Colección BANAMEX, México.

²⁶ *Ibíd.*, p. 139.

En las calles de la ciudad también se podía encontrar a las fruteras colocadas temporalmente en alguna calle, esquina o en los alrededores de las plazas. Por lo general, estas mujeres colocaban su guacal de fruta como mesa para realizar la venta, posiblemente transportada por el marido o padre. De esta manera, la caja se convertía en elemento de transporte, exposición y venta, dando la libertad necesaria para cambiar de lugar casi sin contratiempos. Aparentemente la presentación era importante, pues si las vendedoras disponían de varios productos, los separaban y colocaban a su alrededor (Imagen 31). En el caso de las vendedoras de un sólo producto, la figura de la mujer adquiere un papel protagónico complementando la noción de la belleza de los productos de la tierra (Imagen 32).



Imagen 31. Johann Salomon Hegi, "frutera", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.²⁷



Imagen 32. Johann Salomon Hegi, sin título, dibujo a pluma, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.²⁸

Entre los "tipos" femeninos podemos mencionar también a la vendedora de aves, distinta al vendedor de pollos por el tipo de animal que ofrece. Johann Salomon Hegi representa a esta mujer en una pequeña acuarela, en la cual aparece una palabra poco legible que, por la manera en que empieza, nos remite a los chichicuilotos. Estas pequeñas aves se atrapaban en la orilla de los lagos y,

²⁷ Johann Salomon Hegi, *Hegi. La vida en México (1849-1858)*. México, BANCRESER, 1989, p. 146.

²⁸ *Ibíd.*, p. 147.

por su abundancia en la zona del valle de México, se habían integrado a la gastronomía local. Como podemos observar, estos animalitos se transportaban en pequeñas cantidades con ayuda de una vara en la que se amarraban sus alas, lo que facilitaba que se ofrecieran directamente en la puerta de las casas o por las calles y plazas más transitadas (Imagen 33). Por su parte, la vendedora de flores destacaba en los relatos sobre las trajineras que surcaban por los canales de la Vega y Chalco. La mujer indígena era el personaje indispensable para la representación de esta actividad. Aunque por lo general en los textos se presenta en el momento de su traslado de Xochimilco a la ciudad, también podemos observarla ofreciendo pequeños ramos, parada en la vía pública (Imagen 34).²⁹



Imagen 33. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1851, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.³⁰



Imagen 34. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.³¹

Sin duda, Hegi fue uno de los artistas europeos que realizó la mayor cantidad de representaciones de tipos femeninos urbanos, sobre todo de mujeres de la clase trabajadora. Hasta ahora hemos observado que entre las imágenes que retratan las actividades de las mujeres indígenas provenientes de los pueblos aledaños a la ciudad, destacan las de vendedoras de frutas, verduras y flores en

²⁹ Bullock, *Seis meses de residencia.*, pp. 123-125; Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 92-104; Sartorius, *Op. Cit.*, pp. 161 y 209; y Ward, *Op. Cit.*, pp. 444 y 445.

³⁰ Hegi, *Hegi...*, p. 163.

³¹ *Ibíd.*

pequeña escala, es decir, la cantidad que podían llevar consigo por largas distancias. Según testimonio de Sartorius, estas mujeres eran quienes llevaban la mayor carga laboral en las familias indígenas, pues además de alimentar y vestir a la familia y cuidar a los hijos, mantenían la casa, recogían la leña, el algodón, cosechaban las parcelas familiares y vendían en el mercado: “Cada domingo, la pobre señora debe cargar la fruta o los cacharros fabricados por ella y vender todo eso en el mercado, siempre con el infante al pecho, un pesado fardo a la espalda y a veces un chiquitín mayor sobre ella. Esta visión se observa con frecuencia a lo largo de los caminos que conducen a las ciudades”.³²

Para la venta de manufacturas indígenas aparece nuevamente la actividad familiar. Aunque los productos eran ofrecidos por hombres o mujeres, era muy probable que fueran fabricados por el resto de la familia. De esta forma ofrecían algunos objetos de primera necesidad elaborados en sus comunidades con materiales que tenían a su disposición, como cestos o canastas, algunas prendas de algodón e incluso bateas, escobas, jarros, jícaras, petates, plumeros y sombreros.³⁴



Imagen 35. Johann Salomon Hegi, “plumeros”, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.³³

En este sentido, podemos mencionar el caso de una pequeña acuarela que representa a una vendedora de plumeros. Se trata de una mujer con su hijo, ambos parecen estar caminando mientras miran en direcciones opuestas, posiblemente buscando compradores a este producto, muy probablemente fabricado por ellos mismos; también es plausible que caminaran en busca de casas que contaran con

³² Sartorius, *Op. Cit.*, p. 148 y 149.

³³ Hegi, *Hegi...*, p. 116.

³⁴ Pérez Salas, "La impronta de Nebel en el costumbrismo...", p. 186.

servidumbre, la que se encargaría de emplear el instrumento de limpieza que ofrecen (Imagen 35).

En este grupo también podemos mencionar al vendedor de odres representado por Claudio Linati. Aunque este personaje se sitúa en un paisaje rural, probablemente en donde se fabricaban los contenedores de cuero, en el texto correspondiente, el artista italiano lo ubica dentro de la multitud de vendedores en el mercado de la ciudad: "el que sobresale de todos es el indio cargado de odres, llenos de aire, para ser usados con pulque o con vino" (Imagen 36).³⁵ También podemos observar al vendedor de encajes o "encajero" de Hegi, quien lleva vestimenta indígena de manta, se cubre con un jorongo de coloridas decoraciones y va descalzo. No se trata de un mercero, pues únicamente lleva encajes sobre unas varas acondicionadas como exhibidores. En este sentido, es muy difícil precisar, como en otros casos, si se trataba de un vendedor proveniente de los pueblos vecinos en donde se fabrica toda clase de textiles principalmente para el uso familiar, o si habitaba en la ciudad y se dedicaba a la compraventa de mercería. En este caso, lo que parece relevante es que se trataba de un personaje de la clase baja con una oferta especializada y en pequeña cantidad (Imagen 37).



Imagen 36. Claudio Linati, "Marchand d'Outres á Pulque", litografía, 1828.³⁶



Imagen 37. Johann Salomon Hegi, "encajero", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.³⁷

³⁵ Linati, *Trajes civiles...*, pp. 38 y 39.

³⁶ *Ibíd.*

- **Vendedores urbanos.**

En cuanto a los vendedores de origen urbano o que habitaban en la ciudad, aunque fuera por breves temporadas, por lo general pertenecían a las clases más bajas que vivían en los llamados "arrabales", cuya distancia del centro urbano era corta, al igual que su identificación con los léperos.³⁸ Podía tratarse de indígenas sin tierras, obligados a dejar sus pueblos para buscar un mejor sustento, artesanos en pequeña escala o mujeres solas.³⁹ El tipo de mercancía que ofrecían era distinta a la de los indígenas, ya no eran productos traídos directamente del campo apenas modificados por la mano del hombre, se trataba de alimentos preparados, una serie de productos de primera necesidad acompañados de lujos sólo indispensables para la vida urbana.

En este contexto se ubican los vendedores de dulces, los cuales son representados por los europeos como personajes de la clase más baja, no eran simples vendedores, se trataba de sujetos que preparaban los alimentos que ofrecían al público, en palabras de Linati: "hay cierto hombre, con cara y traje de un verdadero salvaje, que es excelente lo mismo en el arte de ser dulcero que en el de compotero". Aparentemente, desde el periodo colonial y hasta los primeros años del México independiente, la figura del dulcero aparecía como un hombre con indumentaria mestiza (usa zapatos, pantalón y utiliza una cobija para cubrir su desaliño), llevando su mercancía en una canasta a un costado o sobre la cabeza, lo que le debía facilitar transportarla de un lado a otro para ofrecerla (Imagen 4 y 38).⁴⁰ Sin embargo, para mediados del siglo XIX aparece la figura de la vendedora de dulces, una mujer de indumentaria indígena que lleva algunos dulces sobre una mesa que sostiene sobre su cabeza, lo que sugiere que se establecía, al menos temporalmente, en lugares fijos, probablemente con algún permiso de los vecinos

³⁷ Hegi, *Hegi...*, p. 108.

³⁸ Sobre los arrabales de la ciudad y las clases bajas que los habitaban véase: Fossey, *Op. Cit.*, pp. 84 y 85.

³⁹ En el caso de los indígenas, al alejarse de su comunidad comenzaron a integrarse a la vida y costumbres urbanas, pues en palabras de Fossey, el indígena que permanecía en su pueblo prefería, "su petate, su tortilla y sus costumbres agrestes a los deleites de la vida urbana", mientras más alejados de las ciudades menos se mezclaban con los criollos y sus maneras. *Ibid.*, pp. 185 y 186.

⁴⁰ Linati, *Trajes civiles...*, p. 109.

o las autoridades (Imagen 39). Las diferencias no necesariamente implican un cambio en la forma de vender dulces, de caminar con la mercancía en una canasta o batea a colocarse en un lugar con una mesa, más bien se trata de dos formas de venta, ambas ambulantes, pero que correspondían a distintas circunstancias, el estereotipo es rebasado por la complejidad de la realidad social.



Imagen 38. Claudio Linati, "Marchand de biscuits enveloppé dans un drap de lit", litografía, 1828.⁴¹



Imagen 39. Johann Salomon Hegi, "dulces", acuarela, siglo XIX, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁴²

La venta ambulante de carne, también era una actividad que estuvo presente a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Los "cuartos de ternera y de carnero" eran transportados por la ciudad con una serie de ganchos suspendidos de una estructura colocada sobre un burro o mula. Aunque las representaciones de esta actividad en distintos momentos muestran el cambio en la indumentaria de los vendedores, es clara la permanencia de muchos otros elementos, como el uso de un sudario que evitaba que la ropa se manchara de sangre. Sin duda, el tipo de carne ofrecida y la forma de transportarla no cambiaron mucho entre los años de 1827 y la década de 1850 (Imagen 40, 41 y 42).⁴³

⁴¹ Linati, *Trajes civiles...*, p. 34.

⁴² Hegi, *Hegi...*, p. 142.

⁴³ Linati, *Trajes civiles...*, p. 35.



Imagen 40. Claudio Linati, "Boucher ambulant dans Mexico", litografía, 1828.⁴⁴



Imagen 41. Johann Salomon Hegi, "carnicero", acuarela, ca. 1849, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁴⁵



Imagen 42. Johann Salomon Hegi, "carnicero", acuarela, ca. 1849, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁴⁶

Debemos mencionar que la pertenencia al ámbito urbano de los vendedores de carne de ganado, se debía a que dicho producto venía de los mataderos ubicados en las afueras de la ciudad, pero dentro del límite marcado por las garitas. Por motivos de salubridad e higiene, debido a la falta de sistemas de refrigeración, desde mediados del siglo XVIII se estableció que la carne se debía vender al poco tiempo de la muerte del animal, por lo que estaba prohibida

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 36.

⁴⁵ Hegi, *Hegi...*, p. 110.

⁴⁶ *Ibíd.*

su introducción por las garitas.⁴⁷ Todo se aprovechaba, no sólo los cortes grandes, en palabras de Linati, "las cabezas, patas, etc., las llevan todas asadas y se destinan, en general, para alimento de la gente común".⁴⁸

De esta manera aparecen los vendedores de cabezas de borrego y carnero, los cuales eran representados cargando una estufa de hierro pequeña sobre mesas o tablas de madera, caminando por las calles ofreciendo la comida siempre caliente, a veces seguidos por vendedores de productos que podían complementar dicho alimento (Imágenes 43 y 44). A éstos podemos sumar a "un sujeto de elevada estatura, que sobre la cabeza lleva una pequeña hornilla, pregona sus 'patos fritos, patos grandes', y los ofrece, humeantes aún, al hambriento comprador,". Aunque en este último caso se trata de animales silvestres cazados por los indígenas, los patos debían ser una oferta alimenticia igualmente socorrida por la gente que frecuentaba las plazas públicas de la ciudad, y debían prepararse dentro de la misma para mantenerlos calientes. En este sentido, la indumentaria indígena de los vendedores no determina su pertenencia al grupo de vendedores rurales.⁴⁹



Imagen 43. Johann Salomon Hegi, "cabezas de borrego", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵⁰



Imagen 44. Johann Salomon Hegi, "cabezas de borrego", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵¹

⁴⁷ Ladrón de Guevara, Baltazar, "Discurso sobre la policía en México", en: Lombardo de Ruiz, Sonia. *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la Ilustración*. México, INAH, 1982, pp. 22 y 23. También: *Vid. Infra.*, nota 30 del Capítulo III sobre la ordenanza del ramo de carnes de 1850. Sobre la ubicación de las garitas de la ciudad de México: *Vid. Infra.*, Plano 1, Capítulo III.

⁴⁸ Linati, *Trajes civiles...*, p. 89.

⁴⁹ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 194.

⁵⁰ Hegi, *Hegi...*, p. 93.

Aunque podamos suponer que la venta de cabezas de borrego, patos asados u otro guiso económico cubría las necesidades de individuos que carecían de cocina o de mujer que preparara los alimentos, también podría tratarse de una especie de antojo, destinado a los transeúntes mientras paseaban o descansaban de sus actividades cotidianas. En este sentido, también podemos mencionar al vendedor de nieves o "nevero". Las nieves no pueden considerarse como un producto de primera necesidad, se trataba de un refrigerio que cumplía con el gusto de tomar algo fresco cuando hacía calor, según la descripción de Carl Sartorius: "En la temporada de calores se oye con frecuencia el grito de 'nieve, nieve', en casi todas las calles. Los neveros llevan sus pesados botes sobre la cabeza y, a cambio de una modesta suma, están prestos a refrescar al sediento" (Imagen 45).⁵²



Imagen 45. Johann Salomon Hegi, "Nevero", acuarela, siglo XIX, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵³

Los vendedores de pan, consignados como "panaderos", según nos indican las notas de los bocetos de Johann Salomon Hegi, son representados sobre un burro con las canastas de pan a los costados. Otra forma de transporte de pan era colocando la canasta sobre la cabeza, la mercancía se ataba con una especie de red para que no se cayera durante la travesía (Imágenes 46 y 47). Recorriendo las calles, el panadero anunciaba a gritos su producto: "pan caliente, tres por medio",

⁵¹ *Ibid.*, p. 110.

⁵² Sartorius, *Op. Cit.*, p. 194.

⁵³ Hegi, *Hegi...*, p. 55.

con lo que no sólo llamaba la atención de los amantes del pan recién horneado, sino que anunciaba el precio al que se podía adquirir, posiblemente para animar a los compradores.⁵⁴ El pan era sin duda un alimento básico para la alimentación urbana, pues pertenecía a la tradición española, aunque es difícil creer que se produjera en mayor escala que la tortilla, principal alimento indígena, también presente en la ciudad.



Imagen 46. Johann Salomon Hegi, "Panaderos", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵⁵



Imagen 47. Johann Salomon Hegi, "Panadero", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵⁶

Al igual que en el contingente de vendedores rurales, dentro del grupo de vendedores ambulantes urbanos destacaba la presencia femenina. En este caso, las mujeres que se dedicaban a la venta de pan eran representadas con canastas más pequeñas que las de los varones, posiblemente con algún tipo de pan específico. Según William Bullock: "El pan se prepara de diversas formas y con variados ingredientes; en Europa no se puede hacer mejor pan de trigo que el que se hace aquí".⁵⁷ Podemos apreciar dos representaciones elaboradas por Hegi, en la primera encontramos a una joven sentada en el piso, aparentemente se encuentra establecida de forma temporal en alguna calle para ofrecer su

⁵⁴ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 194.

⁵⁵ Hegi, *Hegi...*, p. 112.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 93 y 94.

mercancía, la cual distribuye en dos canastos, que posiblemente contienen dos tipos de pan. La segunda representación nos remite a la forma en que la primera mujer pudo haber transportado sus canastos, asimismo, puede tratarse de una vendedora que realizaba su actividad a pie sin detenerse en un lugar fijo (Imágenes 48 y 49).



Imagen 48. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵⁸



Imagen 49. Johann Salomon Hegi, sin título, dibujo a pluma, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁵⁹

Entre los oficios urbanos femeninos destacaba "la chiera" o vendedora de aguas frescas. Edouard Pingret pinta a esta vendedora con su atuendo mestizo, o mexicano, el cual sin duda adquiere cierta sensualidad, pues muestra una breve cintura, amplio escote y deja ver el diminuto pie de la mujer, atributos señalados por casi todos los europeos, aunque algunos no los consideraban bellos.⁶⁰ El puesto también refleja lo exótico y rico de los recursos naturales mexicanos, variedad de flores para la decoración y frutos para preparar las bebidas. Sin duda esta obra estuvo influida por las representaciones del mismo personaje realizadas

⁵⁸ Hegi, *Hegi...*, p. 137.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 161.

⁶⁰ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 85-92; Linati, *Trajes civiles...*, p. 81; y Nebel, *Op. Cit.*, p. 44. Existen novedosos estudios sobre la indumentaria decimonónica, así como sobre sus representaciones en la literatura viajera: María del Carmen de Arechavala Torrescano, "Visión femenina y masculina de la indumentaria decimonónica a través de la literatura y las artes: Claudio Linati, Madame Calderón de la Barca y Manuel Payno". Tesis de maestría en Historia del Arte, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2008; y Anabel Olivares Chávez, "Algo más que un vestido: La china poblana en el siglo XIX (1830-1860). Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2007.

por los costumbristas mexicanos, pues no solo mantiene gran similitud compositiva sino que nos remite a la figura de la "china" trabajadora pero coqueta. Eduard Mühlénfordt, por otra parte, enfatiza la belleza del puesto: "En los mercados, principalmente en los de las grandes ciudades, se ve por todas partes a las vendedoras de frutas y bebidas, sumergidas literalmente entre flores, pues es la manera como embellecen sus estantes y mercancías" (Imagen 50).⁶¹ Sin duda, el tipo popular de la "china" marcó las pautas generales para representar a las vendedoras urbanas, principalmente a la chiera. Dejando a un lado al estereotipo, debemos considerar la importancia del empleo femenino, sobre todo de jóvenes aparentemente solteras que al auto emplearse adquieren cierta independencia sin ser objeto de la desaprobación de la sociedad, al menos mientras se encuentra trabajando.



Imagen 50. Edouard Pingret, "Vendedora de aguas frescas", óleo sobre papel, siglo XIX, Colección BANAMEX, México.

⁶¹ Mühlénfordt, *Op. Cit.*, t. 1, p. 201. Cabe mencionar que lo pintoresco de este personaje no terminaba con el puesto y la vendedora, sino que incluía su singular pregón, el cual es referido por José María Rivera en su descripción de "La Chiera" de *Los mexicanos pintados por sí mismos* de la siguiente manera: "Chía, orchata, limon, piña, tamarindo, ¿qué toma usted, mi alma? Pase usted a refrescar!" *Los mexicanos pintados por sí mismos. Obra escrita por una sociedad de literatos*. México, Símbolo, 1946, de la edición de 1854 de la Imprenta de M. Murguía y comp., Portal del Águila de Oro, pp. 7-11.

Así como en el caso de las representaciones de vendedoras indígenas, las de vendedoras urbanas las debemos en gran medida al pincel de Hegi. Las mujeres de la ciudad también se dedicaban a la venta de manufacturas. En este caso, el pintor suizo nos muestra a una vendedora de frutas, ollas y vasijas de barro, cuyo puesto “semi-fijo” se encuentra en un portal. Una caja de madera, posiblemente donde se transportó la mercancía, sirve como mesa para exhibir la fruta y para recargar los utensilios. Es interesante ver que, a diferencia de casos anteriores, esta mujer de traje mestizo ofrece dos tipos de mercancía, posiblemente esto se debía a que contaba con este espacio sin importar lo que vendiera (Imagen 51).



Imagen 51. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁶²

Como podemos observar, los oficios urbanos realizados por mujeres eran principalmente los relacionados con la alimentación, en este sentido podemos mencionar a las vendedoras de tamales, de tortillas, las “pateras” o vendedoras de patos asados, y toda clase de alimentos preparados. Hegi nos dejó una serie de bocetos sobre mujeres transportando algún traste con alimentos, aunque no podemos afirmar que estos productos estuvieran destinados a la venta, las imágenes nos muestran la actividad de la mujer fuera del hogar. Además, estas figuras son un excelente ejemplo de lo “pintoresco” del mestizaje, es decir, no se

⁶² Hegi, *Hegi...*, p. 153.

trata de representaciones que hacen distinciones tajantes de la raza de los personajes de cuerdo con su indumentaria, son muestra de la fusión social que admiraron los europeos, la unión del pie descalzo y el escote de la blusa mestiza (Imagen 52).



Imagen 52. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarelas, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁶³

Joahann Salomon Hegi también nos muestra a una vendedora de tamales, utilizando la inscripción "Tamales" en la esquina inferior derecha de la acuarela. La mujer aparece sentada en el piso recargada sobre un pilar mientras resguarda su olla. Las principales diferencias entre esta vendedora y aquellas representadas en la pintura de castas, son que la primera tiene una olla de menor tamaño y está envuelta de tal manera que sugiere que era transportada fácilmente sin ayuda de la familia, además de que no se encuentra vendiendo, sino esperando a la clientela, en este sentido, ya no se trata de una actividad familiar, sino del empleo de mujeres solas, podría tratarse de jefas de familia (Imágenes 2, 3 y 53).

⁶³ *Ibíd.*, pp. 152 y 157.



Imagen 53. Johann Salomon Hegi, "tamales", acuarela, ca. 1856, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁶⁴

Aunque estamos conscientes de que hace falta mencionar diversos "tipos populares" urbanos relacionados con la venta ambulante, estos aparecerán en escenas más complejas, interactuando con la sociedad en el espacio público, y se abordarán en el siguiente apartado.

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 152.

2. La riqueza mexicana: productos y formas de vender.

En este apartado se analizarán los productos y las formas de venta de los ambulantes mencionados con anterioridad, así como nuevos vendedores representados en escenas costumbristas. A diferencia de los "tipos" las escenas se pueden considerar como "momentos representativos de un acontecer que se define en ese instante", es decir, representaciones que involucran a diversos personajes interactuando en alguna actividad particular, centrándose en ésta más que en las características de un individuo.⁶⁵

Iniciaremos con la descripción de los vendedores de "a pie", aquellos que desarrollaban sus ventas caminando en zonas habitacionales y plazas públicas. Estos vendedores aparecen en diversos espacios llevando pocas cantidades de mercancía, la cual trasladaban de los "arrabales" al centro de la ciudad o introducían sobre la espalda por las garitas (Imagen 54). Fanny Calderón nos muestra una interesante descripción de lo que pasaba todas las mañanas en las garitas:

La cantidad de carretas, la confusión de indios agobiados como bestias de carga, sus mujeres llevando en cada mano una canasta con legumbres y a sus hijos en los hombros, los arrieros con sus recuas de mulas cargadas de fardos, los hatos de ganado, los rebaños de carneros, las manadas de puercos, hacían trabajoso el abrirse camino a caballo fuera de las garitas de México a esta hora de la mañana; pero debe de confesarse que el conjunto posee tanta vida y tal alegría, que se le olvidan a uno los cuidados de este mundo. Hay una sonrisa indiferente y plácida en las caras, y desde arriba, un cielo azul y esplendente asimismo les sonrío. Los perros ladran, rebuznan los burros, y el indio, cargado como podría cargar una mula, barre el suelo con su sombrero para saludar a sus hermanos de color de bronce que pasan tan cargados como él, y todos, mostrando la blancura de sus dientes, cruzan sus voces con la dulzura de la lengua mexicana, y siguen su camino.⁶⁶

⁶⁵ Pérez Salas, *Costumbrismo...*, p. 18.

⁶⁶ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 107.



Imagen 54. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1856, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁶⁷

Un segundo subgénero abarca aquellos vendedores que ponían un puesto en la vía pública durante el tiempo que durara su jornada laboral, desde tenderetes y petates hasta estructuras de palma y madera, por lo que pueden llamarse “semi-fijos”. A diferencia de los vendedores de “a pie”, los “semi-fijos” se establecían, aunque fuera momentáneamente, por lo que tenían la opción de ofrecer un mayor volumen de mercancía o productos que requirieran una preparación más complicada. Como ya se mencionaba, dentro de este rubro también se puede distinguir a los vendedores que se colocaban en las calles de aquellos que se instalaban en los mercados, ambos de forma temporal, así como a los que estaban prácticamente en el suelo de los que construían sencillas estructuras para ofrecer su mercancía. A continuación se presentan una serie de

⁶⁷ Hegi, *Hegi...*, p. 38.

descripciones y especificaciones sobre cada tipo de venta, enfatizando en los productos que se ofrecían.

- ***Vendedores de "a pie".***

Los relatos e imágenes de los europeos que visitaron México en la primera mitad del siglo XIX, concuerdan en la presencia de vendedores de todo tipo en las calles y plazas de la capital. En el relato de Fanny Calderón podemos encontrar una completa descripción de los llamados vendedores de "a pie", cuya oferta y la forma de ofrecerla se encuentran detalladas en la siguiente cita:

Hay en México diversidad de gritos callejeros que empiezan al amanecer y continúan hasta la noche, proferidos por centenares de voces discordantes, imposibles de entender al principio; pero el Señor... me los ha estado explicando, mientras empiezo a tener un más claro entendimiento de lo que significan. Al amanecer os despierta el penetrante y monótono grito del carbonero:

"¡Carbón, señor!" El cual, según la manera como le pronuncia, suena como "¡Carbosiú!"

Mas [sic] tarde empieza su pregón el mantequillero:

¡Mantequía! ¡Mantequía de a real y de a medio!" [sic]

"¡Cecina buena, cecina buena!"; interrumpe el carnicero con voz ronca.

"¿Hay sebo-o-o-o-o?" Esta es la prolongada y melancólica nota de la mujer que compra las sobras de la cocina, y que se para delante de la puerta.

Luego pasa el cambista, algo así como una india comerciante que cambia un efecto por otro, la cual canta:

"¡Tejocotes por venas de chile!" una fruta pequeña, que propone en cambio de pimientos picantes. No hay daño en ello.

Un tipo que parece buhonero ambulante deja oír su voz aguda y penetrante del indio. A gritos requiere al público que le compre agujas, alfileres, dedales, botones de camisa, bolas de hilo de algodón, espejitos, etcétera. Entra a la casa, y en seguida le rodean las mujeres, jóvenes y viejas, ofreciéndole la décima parte de lo que pide, y que después de mucho regatear, acepta. Detrás de él está el indio con las tentadoras canastas de frutas; va diciendo el nombre de cada una hasta que la cocinera o el ama de llaves ya no pueden resistir más tiempo, y asomándose por encima de la balaustrada le llaman para que suba con sus plátanos, sus naranjas y granaditas, etc...

Se oye una tonadilla penetrante e interrogativa, que anuncia algo caliente, que debe ser comido sin demora, antes de que se enfríe: ¡"Gorditas de horno caliente!", dicho en un tono afeminado, agudo y penetrante.

Le sigue el vendedor de petates:

"¿Quién quiere petates de la Puebla, petates de cinco varas?" Y éstos son los pregones de las primeras horas de la mañana.

A mediodía, los limosneros comienzan a hacerse particularmente inoportunos, y sus lamentaciones y plegarias, y sus inacabables salmodias, se unen al

acompañamiento general de los demás ruidos. Entonces, dominándolos, se deja oír el grito de:

“¡Pasteles de miel!”

“¡Queso y miel!”

“¿Requesón o melado bueno?” (El requesón es una especie de cuajada, que se vende como si fuera queso.)

En seguida llega el dulcero, el vendedor de fruta cubierta, el que vende merengues, que son muy buenos, y toda especie de caramelos.

“¡Caramelos de espelma, bocadillo de coco!”

Y después, los vendedores de billetes de lotería, mensajeros de la fortuna, con sus gritos:

¡El último billetito, el último que me queda, por medio real!” [sic] Un anuncio tentador para el mendigo perezoso. Que ha encontrado que es más fácil jugar que trabajar, y que a lo mejor tiene el dinero para comprarlo, escondido entre sus harapos. A eso del atardecer se escucha el grito de:

“¡Tortillas de cuajada!”, o bien:

“¡Quién quiere nueces!”, a los cuales le sigue el nocturno pregón de:

“¡Castaña asada, caliente!”, y el canto cariñoso de las vendedoras de patos:

“¡Patos, mi alma, patos calientes!”

“¡Tamales de maíz!”, etc., etc. Y a medida que pasa la noche, se van apagando las voces, para volver a empezar de nuevo, a la mañana siguiente, con igual entusiasmo.⁶⁸



Imagen 55. Claudio Linati, "Marchand de Volailles Marchand de Graisses Marchand de Bonbons", litografía, 1828.⁶⁹

⁶⁸ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 57 y 58.

⁶⁹ Linati, *Trajes civiles...*, p.109.

Todos pasaban caminando por las casas particulares, llevando sus productos en utensilios acondicionados para cada uno, mientras los anunciaban con gritos distintivos. Tal es el caso de la escena representada por Claudio Linati que muestra a una vendedora de dulces que lleva su mercancía en un canasto o platón sostenido en alto con la mano derecha, en dirección opuesta un vendedor de grasa es seguido por un vendedor de pollos, que transporta las aves en su espalda en una jaula de madera (Imagen 55). Asimismo, el relato de Fanny Calderón nos habla de la circulación de vendedores en horarios más o menos establecidos, dependiendo de los productos ofrecidos.

Por la mañana aparecía el carbonero ofreciendo el combustible tan útil para cocinar. El mantequillero o tocinerero, el carnicero, el indio frutero y el vendedor de gorditas de horno ofrecían alternativas para preparar el desayuno; mientras que la compradora de sebo y el cambista se presentaban para aprovechar las sobras de los alimentos. Por último, el buhonero y el vendedor de petates vendían artículos útiles en el hogar, aunque no indispensables ni requeridos a una hora específica. Asimismo, la marquesa expresa que no había precios fijos, es decir, la venta ambulante permitía el regateo, la negociación y hasta el intercambio de productos, como en el caso del cambista o la mujer que compraba sebo.

Los pasteles de miel, el queso, la miel, el requesón, el melado y los dulces, como fruta cubierta, caramelos y merengues, aparecían a mediodía como postre o tentempié, posiblemente acompañados de aguas frescas en época de calor.⁷⁰ Inmediatamente los billetes de lotería se percibían como la posibilidad de hacer una buena acción por el progreso nacional, pues los ingresos de la Lotería se empleaban para el funcionamiento de la Academia de San Carlos.⁷¹ En la tarde se ofrecían tortillas de cuajada y nueces, y al entrar la noche desfilaban las castañas asadas, los patos y los tamales de maíz. Sin duda, al finalizar el día se

⁷⁰ Según la descripción de Sartorius: "Otros gritan 'agua fresca' y hábilmente sostienen en la mano una bandeja con vasos llenos. Es seguro que el dulcero anda por allí cerca, pues él sabe bien que nada satisface más que una tarta con un trago dulce". Sartorius, *Op. Cit.*, p. 194.

⁷¹ Chantal Cramaussel, "Pintores franceses en México durante la primera mitad del siglo XIX", en: Chantal Cramaussel y Delia González (Ed.), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*. México, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. 1, p. 173.

presentaban toda clase de alimentos preparados para satisfacer antojos, ya no se trataba de productos agrícolas para preparar comida, utensilios o manufacturas para facilitar las actividades hogareñas, sino de gastos extra, de lujos.

Resulta fácil imaginar a los "tipos" analizados en el apartado anterior desfilando por el relato de la marquesa. Los gritos o "pregones" terminan de configurar la imagen de los vendedores ambulantes de "a pie", es decir, nos muestran su forma de comunicarse con la sociedad y su importante papel como abastecedores a domicilio, por decirlo de alguna manera, tanto de productos de primera necesidad como de ciertos lujos. Asimismo, tan variada oferta implicaba la interacción de vendedores indígenas con vendedores urbanos, de hombres con mujeres. En este sentido, no podemos hablar de "tipos" exclusivamente femeninos o masculinos, al menos para la venta de frutas y verduras, de alimentos preparados y de utensilios para el hogar.

Como puede apreciarse en el ejemplo anterior, los vendedores de "a pie" detenían su marcha cuando realizaban una venta, marchándose a la brevedad. Por su parte, los vendedores "semi-fijos" se instalaban en un lugar por más tiempo, aunque los que empleaban tenderetes y sombras de petate podían cambiar de ubicación con mayor facilidad que aquellos que montaban puestos de madera o palma.⁷² El sentido del ambulante era principalmente el de facilitar el traslado de productos de un lugar a otro, por lo cual los vendedores de "a pie" lo realizaban en su máxima expresión. En el caso de los vendedores "semi-fijos", su carácter ambulante consistía en el transporte diario de sus productos; aunque adquirirían una mayor dependencia de algún espacio público, conservaban la opción de cambiarlo para buscar uno mejor.

⁷² Las sombras eran generalmente petates rígidos sostenidos por una especie de trípode de palo que facilitaba orientarlo para proteger al vendedor del sol en sus diversas posiciones, o podía tratarse de una tela amarrada de alguna pared.

- **Vendedores "semi-fijos".**

Para este tipo de venta era indispensable la elección de un lugar transitado y sin normas estrictas sobre la presencia de vendedores no establecidos. Este era el caso de muchas plazas públicas, incluso la Plaza Mayor, debido a su relación con el comercio establecido y, por consiguiente, grandes afluencias de gente necesitada de algún producto. Podemos comenzar por describir a aquellos vendedores "semi-fijos" que conservaban mayor movilidad al establecerse sobre el piso con apenas alguna tela o petate, con sombras de los mismos materiales, en donde ofrecían poca mercancía. En general, estos vendedores tenían una oferta similar a los de "a pie", en cantidad y tipo de productos ofrecidos, sin embargo, tenían el beneficio de esperar a los clientes y no ir a buscarlos.

Ya fuera sobre el piso, con la caja en que se transportaba la mercancía y alguna sombra colocada para protegerse del inclemente sol capitalino, los vendedores "semi-fijos" más austeros, por lo general indígenas de los poblados vecinos, ofrecían frutas, verduras, flores, yerbas, así como huevos, manteca y utensilios de uso cotidiano. Las representaciones de este tipo de venta realizadas por los artistas europeos, muestran principalmente a mujeres indígenas ofreciendo frutas y hortalizas, sentadas tras su mercancía, compartiendo el espacio con otros vendedores de características similares (Imágenes 56, 57 y 58)⁷³ En los textos encontramos otras particularidades sobre este tipo de venta, sobre todo la referente a mujeres indígenas, como su pregón: "Mujeres aborígenes provistas de frutas o legumbres, anuncian con voz chillona toda una letanía de los productos que han llevado esta mañana";⁷⁴ así como una costumbre curiosa: "Cuando permanecen sentadas en los mercados durante largas horas, las he visto cubrirse la cabeza con una hoja de col u otra planta para protegerse de los rayos solares".⁷⁵

⁷³ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 101-104.

⁷⁴ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 194.

⁷⁵ Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 139 y 140.



Imagen 56. Claudio Linati, sin título, acuarela, ca. 1827.⁷⁶



Imagen 57. Johann Salomon Hegi, "Frutera", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁷⁷



Imagen 58. Johann Salomon Hegi, sin título, dibujo a pluma, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁷⁸

⁷⁶ Linati, *Acuarelas...*, p. 49.

⁷⁷ Hegi, *Hegi...*, p. 143.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 79.

Colocados en algún punto estratégico, el camino al mercado por ejemplo, los vendedores de pulque, de sal (obtenida por los indígenas en los alrededores de la laguna de Texcoco),⁷⁹ de azúcar y de tasajo, esperaban el paso de las mujeres encargadas de hacer las compras o la comida (Imagen 59). En el caso del vendedor de tasajo, podemos suponer que este personaje se dedicaba a obtener y preparar la carne (salarla para evitar su descomposición), la cual podía venir de regiones lejanas, así como de llevarla a la ciudad y venderla; sin embargo, lo más original sobre su representación es que aparece pesando su producto con una balanza manual, lo que debía dar mayor seguridad a sus compradoras sobre la obtención del precio justo de la cantidad de carne que compraban (Imagen 60). Sin duda, otros vendedores tenían sus propios sistemas para pesar y medir sus productos, como el uso de jícaras de tamaños específicos o usando la referencia de lo que pudiera contener la mano.



Imagen 59. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁸⁰



Imagen 60. Johann Salomon Hegi, "Tasajo", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁸¹

⁷⁹ Fossey, *Op. Cit.*, p. 168

⁸⁰ Hegi, *Hegi...*, p. 149.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 139

A diferencia de los vendedores de "a pie" de alimentos, los cuales hemos visto representados desplazándose por las calles cargando hornillas u ollas, en este apartado podemos apreciar a los vendedores de comida mientras la preparaban y vendían en un espacio definido. Los alimentos ofrecidos en la vía pública, preparados con el empleo apenas de un metate, un comal y un poco de chile, eran una oferta destinada a las clases bajas, principalmente a los indígenas y mestizos, pues el ingrediente básico eran las tortillas, como dice William Bullock: "es una escena divertidísima verlos [a los indios] reunidos en grandes grupos, con sus niños sentados en el suelo, disfrutando su frugal comida a base de tortillas y chile".⁸² Aunque existen diversas representaciones sobre el "tipo popular" de la tortillera, esta mujer no solo se representaba dentro del hogar, sino en la calle, aparentemente en actitud de venta, o al menos eso sugiere la presencia de personajes ajenos al ámbito familiar indígena.

El interés de diversos europeos en la figura de la tortillera y la molendera, así como en el caso de "la chiera", parece relacionarse con sus características "pintorescas", es decir, por tratarse de figuras representativas de "lo mexicano", sobre todo por su relación con el mundo indígena y las clases bajas. Por lo general, los viajeros se enfocaron en representar a estas mujeres mientras elaboraban las tortillas, destacando el uso de instrumentos y técnicas prehispánicas que implicaban el uso del cuerpo, la importancia de este alimento para la gastronomía mexicana, así como la singularidad del vestuario femenino, que, a pesar de ser escotado, guardaba el decoro. Linati fue de los pocos que exageraron el escote del vestuario de la tortillera y la molendera, mostrando la desnudez de su pecho.⁸³ Exceptuando los detalles de la indumentaria, las imágenes del italiano se apegan a las descripciones de otros europeos (Imágenes 61 y 62).

⁸² Bullock, *Seis meses de residencia...*, p. 132.

⁸³ Otro artista europeo que representó a la tortillera con el torso desnudo fue Jean-Frédéric Waldeck, quien, como se mencionó con anterioridad, se enfocó en la representación de ruinas prehispánicas. A diferencia de la tortillera de Linati, la de Waldeck aparece en el ámbito hogareño, por lo que no se hace tan llamativa su desnudez. *Vid. Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996, p. 173.



Imagen 61. Claudio Linati, sin título, acuarela, ca. 1827.⁸⁴

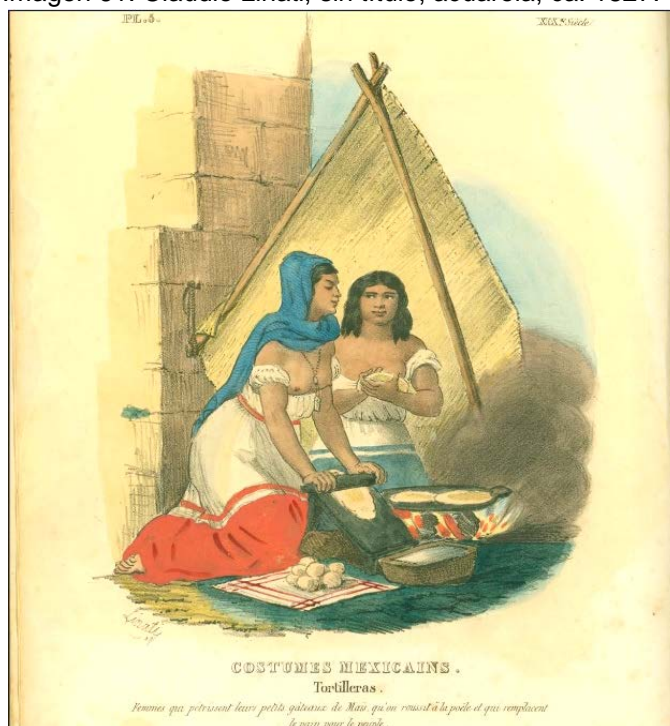


Imagen 62. Claudio Linati, "Tortilleras", litografía, 1828.⁸⁵

Sin duda, la oferta alimenticia en la ciudad era tan variada como la población, con distintos medios adquisitivos y gustos. La venta de alimentos preparados debió destinarse principalmente a la gente que transitaba por los

⁸⁴ Linati, *Acuarelas...*, p. 37.

⁸⁵ Linati, *Trajes civiles...*, pp. 74 y 75.

espacios públicos y que se encontraba lejos de su hogar, por ejemplo, gente que se encontraba trabajando, como dependientes en algún comercio, cargadores, aguadores, otros vendedores. Sobre los compradores Mühlenpfordt escribe lo siguiente: "Un espectáculo típico son las fogatas de las numerosas cocinillas instaladas en las plazas junto a las cuales los comensales disfrutaban alegremente, en mesas de limpio mantel y al aire libre, de los bocadillos preparados. Estos comensales pertenecen, por supuesto, a las clases más bajas y pobres del pueblo", lo cual ya había sido mencionado por Fernando Orozco y Berra en su relato sobre el desayuno.⁸⁶

Así como había puestos que ofrecían tortillas con chile, los había en donde se vendían guisos más elaborados como "carnes, aves y vegetales de variadas maneras cocinados con carbón de leña" sazonados con chile, así como tamales, e incluso café, té o pan para el desayuno o la cena.⁸⁷ Se empleaban estufas, anafres, ollas, botes y canastos para mantener la comida caliente, sin embargo, a diferencia de los vendedores de "a pie", estos elementos se acomodaban en algún portal, plaza, esquina o calle, sobre mesas, cajas y hasta piedras. Las mujeres que preparaban los alimentos por lo general eran las que los vendían, y su presencia por largos periodos de tiempo es sugerida por el ingenio con el que colocan algún implemento para taparse el sol.⁸⁸

En una obra de Johann Salomon Hegi podemos observar a una mujer que colocó cuatro varas a su alrededor para sostener un trozo de tela, dejando espacio a sus manos para maniobrar sobre el comal que tiene enfrente y conversar con un posible comprador (Imagen 63). Otra mujer colgó trozos de petate en un palo que llega a la altura de su cara, posiblemente aventadores, lo cual no es impedimento para atender a dos pastores que terminan sus alimentos. (Imagen 64). De igual forma vemos a una anciana que montó su puesto al cobijo de un portal, un

⁸⁶ Mühlenpfordt, *Op. Cit.*, t. 1, p. 241. *Cfr. Infra.*, p. 70.

⁸⁷ Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 93 y 94.

⁸⁸ Ana Lau Jaiven, "Retablo costumbrista: vida cotidiana y mujeres durante la primera mitad del siglo XIX mexicano según viajeros anglosajones", en: Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. México, Instituto Mora, 1998, t. 2., p. 388.

contenedor de metal calentado por carbones colocados en la superficie y una mesa bajo la cual se encuentra la canasta del pan; en este caso, la mujer se dedica a vender alimentos que no tiene que preparar en el instante, lo que era más sencillo para alguien de edad avanzada (Imagen 65).



Imagen 64. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁸⁹



Imagen 63. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁹⁰

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 81.

⁹⁰ Hegi, *Hegi...*, p. 108.



Imagen 65. Johann Salomon Hegi, "cafe y the", dibujo a pluma y acuarela, ca1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.⁹¹

Cabe mencionar que en estas representaciones no hay elementos que sugieran la falta de higiene de las vendedoras o sus alimentos, como lo señalaba Guillermo Prieto en sus retratos de costumbres. Asimismo, tampoco observamos la basura que seguramente producían todos estos puestos de alimentos preparados y víveres, misma que fue constantemente censurada por las Autoridades en los bandos de policía.⁹² Sin duda, esto se debe, como sugiere Fausto Ramírez, a que los artistas viajeros atenuaban la desigualdad social y algunos aspectos desagradables de la vida cotidiana mexicana para favorecer los aspectos "pintorescos".⁹³ Esto se aprecia perfectamente en una obra de Edouard Pingret que representa un puesto de comida, donde podemos observar la pulcritud de las vendedoras, de sus utensilios, como si se tratara de una exposición culinaria, aunque ni siquiera encontramos a los comensales. Sin embargo, esta imagen también nos muestra detalles sobre la confección de las sombras de petate, la repartición del trabajo entre diversas mujeres indígenas, e incluso la presencia de sus maridos y de los niños en este ámbito laboral (imagen 66).

⁹¹ *Ibíd.*, p. 158.

⁹² *Vid., supra.*, p. 69 y el apartado relativo a la reglamentación del comercio ambulante, pp. 33-36.

⁹³ Fausto Ramírez, "La visión europea de la América tropical: los artistas viajeros", en: *Historia del arte mexicano*. México, SEP-INBA-Salvat, 1982, pp. 155 y 156.



Imagen 66. Edouard Pingret, "Indio con traje de gala en puesto de comida", óleo sobre papel, siglo XIX, Colección BANAMEX, México.

Para ampliar la descripción de los vendedores "semi-fijos" es necesario contemplar los principales espacios dedicados al comercio dentro de la ciudad, los cuales tenían lugares específicos para este tipo de vendedores: los mercados. Aunque ya se ha observado que la oferta comercial era rica y variada en las calles de la ciudad, era en los mercados donde se concentraba el comercio, a donde llegaban productos locales, nacionales e internacionales, ofrecidos al mayoreo, menudeo y cantidades aún menores. Los ambulantes quedaban ubicados generalmente en los pasillos centrales de los mercados en tinglados establecidos expresamente para ese tipo de venta, aunque su presencia era tan numerosa que se extendían a los alrededores. En este sentido, coincidimos con Sartorius en cuanto a que las escenas de mercado son el mejor elemento para crear "estampas de las clases bajas".⁹⁴

⁹⁴ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 257.

- **El Mercado.**

En general los visitantes europeos admiraban la variedad de productos que se producían en tierras mexicanas y de los cuales carecían los campos europeos. Estos productos no podían faltar en los principales mercados de la capital, como diversidad de maderas finas, especias como la vainilla y la pimienta, otros productos como el algodón, añil, azúcar, cacao, café, cera, cochinilla y tabaco.⁹⁵ También se ofrecía carne, entre cabritos, gallinas, liebres y conejos, palomas, patos salvajes, pavos y hasta venados; así como leche, mantequilla, queso y productos agrícolas básicos como el maíz y pacas de paja para el alimento del ganado. Los indígenas habitantes de la periferia de la ciudad se ocupaban de capturar animales silvestres y recoger yerbas en los lagos circundantes, de esta forma llevaban al mercado pescados de agua dulce, tortugas, ranas y el ajolote, lo cual se hacía de la siguiente manera:

En pequeñas canoas se desplazan a lo largo de los anchos canales y lagunetas donde abundan las juncias, y van atrapando pececillos y huevas de rana, mosco, berro acuático y lirio, o bien se apoderan deavecillas acuáticas y gallinetas que abundan en los lagos. Otra ocupación de los aborígenes consiste en tejer esteras de espadañas, en extraer sal de los lagos salados, o bien en coleccionar tequesquite en los campos, donde aparece después de la época de lluvias.⁹⁶

En cuanto a la variedad de frutas y verduras, en opinión de Bullock "pocos son los lugares que pueden jactarse de tal variedad como México y en ningún lugar su consumo es, en proporción al número de habitantes, mayor" destacando los siguientes: aguacates, anonas, calabazas, capulines o "cerezas mexicanas", chayotes, cidras, dátiles, "genipapas" o genipa americana, granadillas, granadas, guanábanas, mangos, manzanas, melones, naranjas, papayas, peras, piñas, pitahayas, plátanos, tejocotes, tomates, toronjas, tunas, zapotes blancos y negros, etc.⁹⁷

⁹⁵ Nebel, *Op. Cit.*, pp. 64 y 66; y Ward, *Op. Cit.*, pp. 62-73.

⁹⁶ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 209.

⁹⁷ Bullock, *Seis meses de residencia.*, pp. 129-132; Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 145; Fossey, *Op. Cit.*, p. 102; y Ward, *Op. Cit.*, p. 443.

Continuando con la oferta en puestos "semi-fijos", según la relación de William Bullock, dentro de los mercados "el piso está cabalmente cubierto con toda clase de producción europea y, como ya he declarado antes, con muchos otros productos cuyos nombres hemos difícilmente oído", posiblemente productos indígenas. Entre las manufacturas indígenas que llegaban a los mercados se pueden mencionar las telas de algodón, de lana, juguetes de madera, petates, pieles curtidas, sombreros, vasijas y loza de barro. Dentro de los productos que llegaban a la ciudad, elaborados industrialmente en algunos estados de la República, se podía contar el jabón, algunas telas sencillas y loza.⁹⁸ Sin embargo, desde los primeros años del México independiente las predicciones de los europeos sobre las manufacturas mexicanas eran desalentadoras: "han corrido la misma suerte que las de España; gradualmente han caído en desuso, conforme los mexicanos han ido descubriendo que se pueden obtener cosas mucho mejores a un precio mucho más bajo, y pronto desaparecerán por completo".⁹⁹ En este sentido, la oferta de manufacturas europeas se basaba en zapatos, ropa, textiles, libros, utensilios para el arreglo personal y para el hogar, en resumen, casi todo lo que ofrecían los merceros, figura que llamó más la atención de los mexicanos, posiblemente porque era un "tipo" común en las ciudades europeas.

Las representaciones del mercado son especialmente "pintorescas" en la obra viajera europea. No sólo muestran las riquezas de la tierra, naturales e intervenidas por el hombre, sino las costumbres tan particulares en el vestido, en la alimentación, en la forma de vender y comprar así como de sociabilizar. En palabras de Carl Sartorius: "Si deseamos echar una mirada a los diferentes elementos que componen al pueblo, nos mezclamos con la abigarrada multitud en la plaza del mercado o en el bullicio de un festival popular, cuando hay gente de todas las capas sociales".¹⁰⁰ Bullock nos da una completa descripción generalizada de los mercados mexicanos:

⁹⁸ Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 129-132.

⁹⁹ Ward, *Op. Cit.*, pp. 73 y 286.

¹⁰⁰ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 118.

Los mercados comienzan aquí sus operaciones con la luz del amanecer, al igual que en la mayor parte de las ciudades mexicanas, y resulta una escena interesante para los extranjeros verlos atestados por las variadas tribus indígenas, ocupadas en arreglar y exponer sus diversos productos para obtener los mejores beneficios. Los productos colocados en el piso son protegidos del sol mediante un burdo parasol. Las mujeres indias, limpias y arregladas en sus vestidos, rodeadas por sus niños, venden los delicados frutos y vegetales del trópico, que a menudo son traídos de los lejanos y ardientes distritos de las tierras calientes. Las aves de corral, abundantes y baratas, ocupan otra sección del mercado y las carnes cocidas una tercera; aquí preparan los indios carnes, aves y vegetales de variadas maneras cocinados con carbón de leña; su comida está generalmente sazonada con chilli [sic] que constituye el ingrediente favorito de los nativos. En los mercados se exhibe gran cantidad de loza de barro y el extranjero quedará complacido al observar la hermosa manera en que las indias preparan una gran variedad de licores de todos colores y sabores. Una olla de barro rojo parecido al estuco, de mayor tamaño que las que hacen en Europa, es llenada de agua y enterrada cuidadosamente en arena húmeda. Un enorme surtido de flores, principalmente amapolas, es plantado en la arena en torno a los vasos de cristal colmados de vistosos brebajes de colores, los cuales junto con el chocolate, el pulque y los helados son servidos a un costo ínfimo por mujeres limpias y de respetable apariencia. El pan se prepara de diversas formas y con variados ingredientes; en Europa no se puede hacer mejor pan de trigo que el que se hace aquí. En efecto, los artículos de consumo necesario y la mayor parte de los lujos de la vida (con excepción del pescado) pueden adquirirse a precios razonables.¹⁰¹

La escena más representativa de estas circunstancias fue elaborada por Johann Salomon Hegi, es una escena de mercado que reúne a personajes de distintos grupos sociales en un espacio independiente, abierto al público para satisfacer sus necesidades cotidianas, principalmente alimenticias. Resguardados por una serie de grandes arcos, podemos apreciar a hombres de clase acomodada conversando, posiblemente antes de hacer sus compras, arrieros, léperos (aquellos personajes que en ese momento carecen de empleo e incluso se dedican al robo o a mendigar) y hasta perros jugando. Propiamente en el espacio dedicado al comercio, vemos multitud de gente amontonada en el fondo, precedida por variedad de mujeres primordialmente indígenas sentadas tras la mercancía que ofrecen en mantas sobre el piso. La venta ambulante se extiende hasta la banqueta del edificio del mercado, pues podemos observar a una familia

¹⁰¹ Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 93 y 94.

que vende objetos de barro colocados sobre una manta en el empedrado de la calle (Imagen 67).



Imagen 67. Johann Salomon Hegi, "Plaza del mercado", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹⁰²

Como puede verse, no todos los vendedores "semi-fijos" obtenían un lugar dentro del mercado, por lo que debían buscar uno lo más cerca posible, en las calles aledañas, por donde pasarían los marchantes. De esta manera, podemos suponer la existencia de zonas comerciales ambulantes alrededor de los principales comercios establecidos y zonas altamente transitadas. Lo anterior se puede apreciar en la descripción de Daniel Thomas Egerton sobre las tortilleras, las cuales "nunca están ausentes de los mercados y sitios transitados o de

¹⁰² Hegi, *Hegi...*, p. 158.

recreo", así como en una acuarela de Hegi sobre el mismo personaje.¹⁰³ En la obra del suizo la mujer de atuendo mestizo, lo que no necesariamente niega su origen indígena, se ubica en el costado de un gran edificio rodeada de otras mujeres de las mismas características, probablemente vendiendo lo mismo. En este caso, podemos apreciar por primera vez la acción de pagar y dar el cambio a un comprador. La tortillera busca dentro de su escote el cambio de la niña que acaba de comprarle tortillas, mientras la pequeña extiende tímidamente su mano hacia la vendedora (Imagen 68).

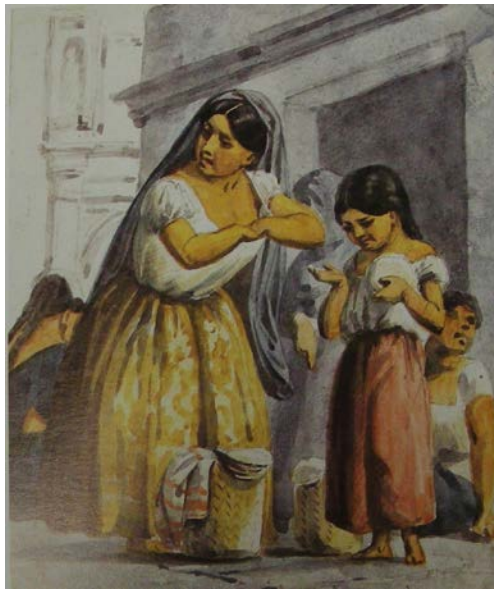


Imagen 68. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹⁰⁴

Entre los puestos "semi-fijos" que más llamaban la atención de los europeos, dentro y fuera de los mercados, destacan los de frutas, en palabras de Henry Ward: "Por muchos días después de mi llegada, no podía pasar frente a alguna frutería sin detenerme para admirar la variedad de frutas y flores que la adornaban".¹⁰⁵ De la misma forma encontramos interesantes descripciones sobre los variados lugares desde los que se traía la fruta a los mercados:

San Ángel, juntamente con San Agustín, es el vergel que surte a México de frutas. Allí doblegáanse los árboles de sus huertas bajo el peso de las frutas de

¹⁰³ Daniel Thomas Egerton, *Egerton en México 1830-1842. Reproducción de la edición del autor con sus textos originales y otras obras aisladas*. México, Cartón y Papel, 1976, pp. 36 y 37.

¹⁰⁴ Hegi, *Hegi...*, p. 153.

¹⁰⁵ Ward, *Op. Cit.*, p. 443.

todas clases, ya indígenas ya exóticas, que producen, excediendo mucho el número de los frutales europeos al de los de la tierra; pero los mercados están surtidos con abundancia de todas las frutas de la tierra caliente, que vienen de hasta 20 y 30 leguas a la redonda.¹⁰⁶



Imagen 69. Johann Salomon Hegi, "vendedora de frutas", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹⁰⁷

Las escenas sobre puestos de fruta se distinguen por mostrar la variedad y exotismo de sus productos, los cuales sobrepasaban en gran medida a los que se ofrecían "a pie". Una variedad tan amplia sin duda requería una infraestructura mayor para su venta que un par de cajas o una manta. De esta forma, Johann Salomon Hegi nos muestra un puesto ubicado en un portal, cubierto del sol por una manta que cuelga de la pared del edificio. Por lo menos siete guacales de madera constituyen la base del puesto, y se emplean para recargar y sostener

¹⁰⁶ Fossey, *Op. Cit.*, p. 156.

¹⁰⁷ Hegi, *Hegi...*, p. 70.

canastos llenos de frutas de diversos tamaños, colores y, debemos suponer, sabores y aromas. La vendedora se presenta acomodando la mercancía, misma que llama la atención de una mujer y su hija mientras caminan por el lugar. La idea de que se trata de un espacio comercial se refuerza por la presencia de un puesto más chico en el fondo a la izquierda del motivo central, aunque es de menor dimensión, sugiere una competencia directa (Imagen 69).

Escenas similares a la de Hegi fueron representadas por el pintor alemán Johann Moritz Rugendas. En la primera podemos observar un puesto colocado en la pared de un edificio o posiblemente un portal, que gracias a la presencia del establecimiento ha perdido una de sus salidas. La bella vendedora de atuendo mestizo, mismo que resalta su figura, baja un racimo de uvas para ponerlo en el pañuelo de un rancharo. Las uvas y los plátanos cuelgan del techo del edificio bajo la sombra que protege al puesto. El resto de las frutas aparecen colocadas sobre tarimas de madera o cajas dispuestas en forma piramidal, de las cuales podemos distinguir, piñas, mangos, naranjas, cañas y lechugas. En la segunda escena un puesto muy parecido se ubica en medio de una plaza, en éste, distinguimos a la vendedora mestiza sostenida del armazón del toldo que cubre su mercancía. Lo que más llama la atención, al igual que en la figura anterior, es la variedad de personas que rodean el puesto. Podemos ver tanto a religiosos, estudiantes con su beca, soldados y mujeres vestidas a la española, así como otras de atuendo mestizo, rancharos, léperos, mandaderos, vendedores de "a pie" y "semi-fijos" colocados sobre el suelo, así como a una pareja de indígenas que no parece tener ninguna relación con la vida urbana. Aunque se trata de escenas exteriores, capturan la esencia del mercado mexicano que tanto interesó a los europeos, es decir, su capacidad de reunir a todas las clases sociales (Imágenes 70 y 71).



Imagen 70. Johann Moritz Rugendas, "La reina del mercado", óleo sobre tela, ca. 1833, Museo Nacional de Bellas Artes, Chile.



Imagen 71. Johann Moritz Rugendas, "mercado en México", óleo sobre tela, ca. 1833, Hamburger Kunsthalle, Alemania.

Podemos concluir este apartado con dos detalladas descripciones sobre los mercados de la ciudad de México, de Claudio Linati y Carl Christian Sartorius respectivamente, en las cuales queda patente no sólo la presencia indispensable de los puestos "semi-fijos" sino la de los vendedores de "a pie" y de la variedad de "tipos populares" expuestos hasta ahora. Las imágenes y textos sobre el mercado de la ciudad de México muestran la continuidad en el tipo de productos y formas de venta presentes al menos durante toda la primera mitad del siglo XIX. Sin duda el mercado era el espacio principal para desarrollar todo tipo de actividades comerciales, con su oferta atraía a la población para satisfacer sus necesidades básicas y, debido a lo mismo, promovía la llegada de más vendedores con una oferta más variada ofrecida de todas las formas imaginables. Como se ha visto hasta ahora, el comercio ambulante aparece como el más adaptable a las circunstancias que se presentaban, ése era el sentido principal de su movilidad.

La ciudad no es muy rica en tiendas; la mayor parte de las cosas necesarias a la vida, alimentos, frutas, objetos de vestir, calzado y otras cosas, las llevan diariamente los indios de los alrededores, instalados en el mercado o paseándose por los lugares públicos. Esos mercados se parecen bastante a los bazares del Oriente. Las mujeres, sentadas o en cuclillas junto a sus mercancías, invitan a los que pasan a comprar. Aquí se ve al vendedor de zapatos al lado del que vende tijeras, allí un vendedor de pañuelos cerca de una ramilletera. Loza, cristalería, telas, carne, legumbres, mantequilla, grasa, todo se encuentra al natural en un recinto muy apretado. En medio de ese laberinto de gentes, de bancos, de géneros diferentes, circulan los revendedores de cigarros, de yesca, de rosarios, de dulces, de patos y de cabezas de carnero asado; más el que sobresale de todos es el indio cargado de odres, llenos de aire, para ser usados con pulque o con vino.¹⁰⁸

El centro de la plaza, o sea el espacio rodeado por las cuatro alas de los grandes edificios del mercado, está ocupado por largas hileras de vendedores de legumbres, frutas, flores, pollos, etcétera, y todas las mañanas multitud de personas de todas clases invaden los pasajes de este bazar. [...] La mayoría de la población del mercado está compuesta por gente de tez rojiza tirando a café y con todas las tonalidades, desde el de los indios cobrizos hasta el de los mestizos que se diferencian muy poco de los blancos. Actitudes curiosas se ven entre la llamada población de color. El indio y la india se acuclillan en el piso, junto a las frutas y legumbres expuestas en esteras, y vocean su mercancía de la manera más discordante. Algunas indias ofrecen atole y tortillas, anunciando los méritos de sus productos con voces suaves. No lejos de allí se reúnen los arrieros con sus indumentarias de cuero, el soldado del

¹⁰⁸ Linati, *Trajes civiles...*, p. 105.

cuartel cercano y el trabajador, todos ellos mestizos que han llegado para tomar su desayuno. Por aquí se anuncian las delicias de algunos patos asados, o el guisado de carne de cerdo con especias españolas, en tanto que otros indios hacen alabanzas del pulque, o bien nos invitan a tomar limonada, agua de chía y otros refrescos en recipientes coloreados, en una mesa bellamente adornada con flores. [...] Un chico descalzo porta una batea de bordes bajo sobre [sic] la cual exhibe figuras de cera que representan objetos populares, en tanto que otro muchacho ofrece en venta billetes de lotería y les desea a los compradores buena suerte para el sorteo que se efectuará por la noche. Un tercer jovencito recomienda un panfleto político como la cosa más nueva e importante de su especie.¹⁰⁹

Partiendo de estas pintorescas descripciones, podemos apreciar la forma en que todos los personajes y tipos de venta se adueñaban momentáneamente de un espacio público e interactuaban con la sociedad, tema que se ampliará en el siguiente apartado.

¹⁰⁹ Sartorius, *Op. Cit.*, pp. 119 y 120.

3. El vendedor ambulante y su relación con la sociedad y el espacio público capitalinos.

- Las fiestas.

La apropiación de los espacios públicos de la ciudad de México por parte de los vendedores ambulantes no se relacionaba exclusivamente con las plazas y mercados. Diversos puntos de la ciudad eran el escenario de distintas actividades comerciales en diferentes épocas del año. Las festividades religiosas y las civiles eran complementadas con la venta de artículos relacionados con el evento. Según testimonio de Fanny Calderón de la Barca: "Se acerca Semana Santa, y ya se ve a los indios trayendo palmas y flores para los altares, y se empiezan a levantar puestos y barracas temporales, y a hacer todos los preparativos en espera del concurso de gente que ha de llegar, el domingo que viene, de diferentes pueblos y ranchos, de las cercanías o de más lejos".¹¹⁰

De acuerdo con la descripción de Fanny Calderón, Hegi realizó dos acuarelas sobre vendedoras de aguas frescas en Semana Santa. A diferencia de lo que vimos anteriormente con una obra de Pingret y aquellas realizadas por los artistas gráficos mexicanos (Imágenes 8, 9 y 50), en las representaciones del suizo no encontramos a la bella "china poblana", se trata de mujeres indígenas. En la primera escena, un pequeño puesto (un estante cubierto de flores resguardado por una alta sombra) colocado en el paseo de las cadenas es atendido por tres mujeres que trabajan en la elaboración de las aguas o en la limpieza de sus utensilios (Imagen 72). En otro cuadro, una mujer espera a la clientela en un puesto mucho más grande, con un toldo de madera y tela cubre su mesa llena de flores e incluso unas sillas destinadas con seguridad a los clientes (Imagen 73). Aunque consideramos que las pinturas de Hegi tienden a representar a los personajes de una forma más realista, pues en lugar de mostrarlos posando los podemos observar realizando actividades cotidianas, no podemos considerar que la venta de aguas frescas era una actividad exclusiva de indígenas o "chinas"

¹¹⁰ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 111.

mestizas; sólo nos queda afirmar que se trataba de una actividad femenina de la que podían participar ambos grupos sociales, diferenciándose a veces por el tamaño o la ubicación de su puesto.



Imagen 72. Johann Salomon Hegi, "Un puesto en la calle en viernes sto.", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹¹¹



Imagen 73. Johann Salomon Hegi, "Puesto de agua fresca en jueves sto.", acuarela, ca. 1856, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹¹²

Según el testimonio de Fossey, el Jueves Santo "En todas las bocacalles se levantan cabañas de carrizo en donde se expenden al pueblo bebidas refrigerantes, orchata hecha con pepitas de melones, chía, naranjada, agua de limón y de piña y pulque compuesto. También preparan tortillas y otros manjares

¹¹¹ Hegi, *Hegi...*, p. 114.

¹¹² *Ibid.*, p. 111.

para toda la turba de léperos que acuden a tomar allí sus pastos, abandonando sus guaridas hasta el día siguiente". Distintos testimonios relatan que la gente de todas calidades se confundía en las calles, tratando de entrar en las iglesias, para posteriormente tomar un refrigerio en los puestos de aguas frescas colocados temporalmente cerca de los templos.¹¹³

Las representaciones que hicieron Pingret y Hegi sobre los puestos de aguas frescas de Semana Santa, en su mayoría no muestran el momento de la venta ni gran atención hacia las vendedoras, se centran en el adorno de los puestos (Imágenes 72-76). Edouard Pingret realizó dos obras muy similares sobre estos establecimientos cambiando únicamente el espacio de fondo, lo que puede indicar la presencia de los puestos de aguas frescas en distintos ámbitos, pero siempre cerca de los templos. Este artista nos muestra grandes chozas compuestas por paredes y techos de petate en una armazón de carrizo, adornados con altas plantas y muchas flores, grandes jarrones y pequeñas jícaras de barro bellamente decoradas. Sin duda estas construcciones poco improvisadas permanecerían en alguna calle de la capital o poblado mientras durara la Semana Santa, para después desmontarse y tal vez colocarse los domingos en alguna plaza pública (Imágenes 74, 75 y 76).

Asimismo, podemos mencionar los relatos de otros viajeros más interesados en el proceso de la venta de las exóticas bebidas, como en el caso de William Bullock, quien nos brinda la siguiente descripción:¹¹⁴

[...] el extranjero quedará complacido al observar la hermosa manera en que las indias preparan una gran variedad de licores de todos colores y sabores. Una olla de barro rojo parecido al estuco, de mayor tamaño que las que hacen en Europa, es llenada de agua y enterrada cuidadosamente en arena húmeda.

¹¹³ Fossey, *Op. Cit.*, p. 144.

¹¹⁴ Sobre la preparación de las aguas, todos los autores mencionan que al agua azucarada le agregaban concentrados de frutas, de limón, piña, horchata, etc. Guillermo Prieto es el que nos habla del crédito que solicitaban las vendedoras cuando se acercaba Semana Santa, la ayuda que recibían para abastecerse, así como de la presencia indispensable de una molendera para preparar las pepitas de melón de la horchata. Finalmente nos habla de que la belleza y juventud de "la chiera", su actitud coqueta, el adorno del puesto y limpieza de sus utensilios sólo eran elementos destinados a llamar la atención de los marchantes para mejorar las ventas. Guillermo Prieto, "Un puesto de Chía en Semana Santa", tomado de: Guillermo Prieto. *Cuadros de Costumbres I. Obras completas II*. México, CONACULTA, 1993, pp. 388-391.

Un enorme surtido de flores, principalmente amapolas, es plantado en la arena en torno a los vasos de cristal colmados de vistosos brebajes de colores, los cuales junto con el chocolate, el pulque y los helados son servidos a un costo ínfimo por mujeres limpias y de respetable apariencia.¹¹⁵

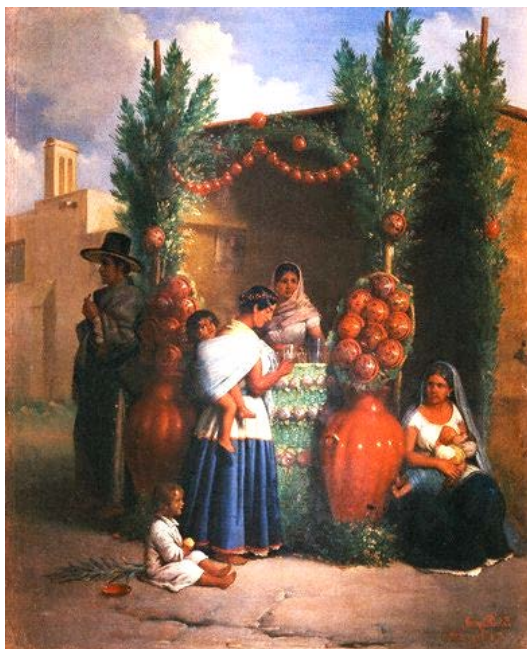


Imagen 74. Edouard Pingret, "Vendedora de aguas frescas", óleo sobre papel, ca. 1850, Colección BANAMEX.

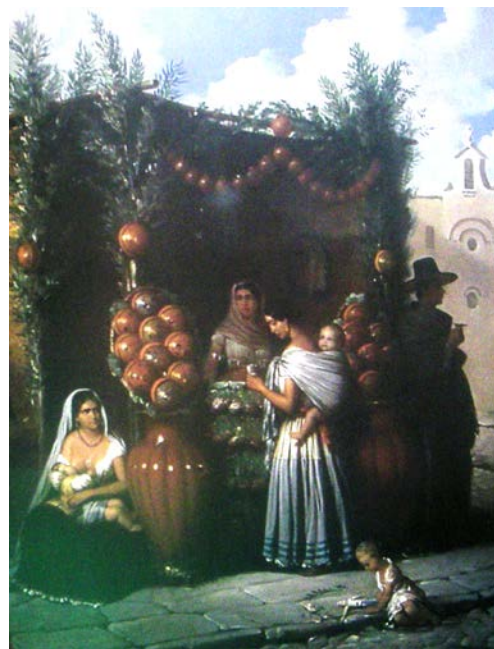


Imagen 75. Edouard Pingret, "Puesto de aguas frescas en Puebla", óleo sobre tela, ca. 1852, Colección Museo Nacional de Historia, México.



Imagen 76. Edouard Pingret, "Vendedora de Limonadas", acuarela, 1851, Colección Particular.

¹¹⁵ Bullock, *Seis meses de residencia.*, pp. 93 y 94.

No cabe duda de que la reunión de gente que se suscitaba por las principales fiestas religiosas era aprovechada por los vendedores ambulantes. Probablemente se trataba de fechas en donde los vendedores de "a pie" se establecían momentáneamente para buscar mayores ingresos, o algunos personajes que en días normales practicaban otro oficio aprovechaban las fiestas para colocar un puesto cerca de su casa. Mühlenpfordt nos da la siguiente descripción sobre la oferta temporal de alimentos en Jueves Santo:

En las plazas de los mercados ya se han instalado largas hileras de pequeños puestos y cocinillas, donde se vende fruta, panes, bizcochos, golosinas, refrescos y comida de todo tipo. Adornados con flores y follaje, rodeados por grupos de gente de clase media y baja que alegremente se deleita con la comida, e iluminados con la brillante luz que esparce el brasero prendido frente a cada uno de ellos, estos puestecillos producen una impresión de lo más singular. En este día solo se permite vender refrescos, por tanto, ningún tumulto de borrachos altera la transparente alegría.¹¹⁶

En estas primeras representaciones relativas a la Semana Santa, sólo el título o notas en las obras nos remiten al aspecto religioso que motivaba la presencia de estos puestos de aguas frescas y alimentos. En el caso de la obra "El paseo de las cadenas en Jueves Santo" de Hegi, aunque nos muestra como fondo la Catedral metropolitana, de la que salen los feligreses con ropa adecuada para asistir a misa, lo que llama nuestra atención es la presencia de personajes de distintas clases sociales conviviendo en el mismo espacio. Sobre todo, para la presente investigación, no podemos pasar por alto a los niños que juegan con un perro en el primer plano a la derecha, quienes traen consigo una canasta aparentemente llena de dulces para vender a la muchedumbre reunida en el lugar (Imagen 77).

Es muy probable que la falta de interés de los extranjeros en las costumbres religiosas propició una mayor atención al ambiente festivo, tal es el caso de la marquesa Calderón de la Barca en la siguiente descripción sobre el Viernes Santo:

¹¹⁶ Mühlenpfordt, *Op. Cit.*, t. 1, p. 258.

[...] todas las calles que salen a la plaza, llenas de una alborazada muchedumbre atraída por el espectáculo de otra gran procesión que se decía iba a pasar frente de Palacio. Se veían por todas partes puestos llenos de toda clase de refrescos, rodeados por un gentío que apagaba su sed con orchata, chía, limonada o pulque. [...] léperos andrajosos, indios envueltos en sus frazadas, oficiales de uniforme, curas con sombreros de teja, frailes de todas las Ordenes; franceses que lucen su ingenio con todas las que pasan; ingleses que lo miran todo con frialdad y filosofía; alemanes con gafas, de aspecto apacible y soñador; españoles que sienten como en su propia casa y se abstienen de hacer comentarios; y ya se puede concebir que la escena era muy variada, por lo menos. [...] No bien había pasado [el viático], cuando ya todo el gentío hablaba y gritaba a un tiempo, con redoblado entusiasmo. Los vendedores de castañas asadas y de bebidas refrigerantes, pregonaban de nuevo en mil voces diversas sus efectos. Una banda militar rompió un aire de Semirámis; y como por arte de magia, se levantó el ruido rasposo de las matracas, una especie de juguete de madera, o de plata, del cual todo el mundo se provee en los últimos días de la Semana Santa. Volvían a verse las grandes figuras de cartón, que llaman Judas, llenas de pólvora y cohetes, representación de aquél architraidor, y que en la tarde del Viernes Santo se venden para quemar en la mañana del Sábado de Gloria. Por encima de ese mar de gente se mecían estas espantosas figuras, que los vendedores llevaban suspendidas como racimos en lo alto de largas varas de madera.¹¹⁷



Imagen 77. Johann Salomon Hegi, "El paseo de las cadenas en Jueves Santo", óleo sobre tela, ca. 1855.¹¹⁸

¹¹⁷ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 118-120.

¹¹⁸ Hegi, *Hegi...*, pp. 6 y 7.

De la misma forma, los vendedores ambulantes aprovechaban otras fechas importantes para proveer a la población capitalina de lo que la festividad requiriese. Johann Salomon Hegi ilustró en una acuarela la venta de banderines y sombreros de soldado para el 24 de junio de 1850, día de San Juan Bautista. Esta celebración implicaba fiestas y jamaicas, así como la costumbre de bañarse y disfrazar a los niños de soldados con toda la indumentaria y armas que se encontraban a disposición de la gente en los portales de la Plaza Mayor y sus alrededores, entre caballos de palo, cañones, carabinas, espadas, lanzas, rifles, tambores y demás "atavíos de guerra".¹¹⁹ Esto refuerza la idea de la presencia de la venta de mercancía exclusiva para cada evento particular en el calendario religioso y cívico (Imagen 78).



Imagen 78. Johann Salomon Hegi, "S. Juan", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹²⁰

Al parecer de Bullock, en las procesiones religiosas "todos los habitantes de la ciudad se desparraman por doquier y cuando el extranjero tiene una oportunidad de ver a las damas (en balcones y ventanas atestados) a su antojo. Una romería en las cercanías de la capital constituye una de las principales fuentes de diversión para el populacho, porque los bailes, el juego de cartas y las

¹¹⁹ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana I*. México, CONACULTA, 1996, p. 26 (Obras completas XIX).

¹²⁰ Hegi, *Hegi...*, p. 131.

peleas de gallos parecen ser los pasatiempos dominantes”.¹²¹ A partir de esta cita podemos suponer que el ambiente permisivo de las festividades atraía a toda la población y a los vendedores, quienes, por ocasiones a veces únicas, tenían la oportunidad de colocarse casi en cualquier sitio público, prohibido en días normales por las normas de urbanidad y policía. Esta debió ser una forma muy efectiva de vender no sólo objetos de temporada, sino productos cotidianos a precios más altos por encontrarse en el paso del público. De esta manera, podemos mencionar una descripción elaborada por Eduard Mühlenpfordt sobre el Corpus del seis de junio de 1833 y sobre Todos Santos del primero de noviembre del mismo año:

En este mismo día hay mercado en las principales plazas de la ciudad y a ellos se dirige la fina sociedad, inmediatamente terminada la procesión, con el fin de comprar personalmente y a precios más elevados que los usuales, flores, frutas, golosinas y cierto tipo de juguetes, que, según lo pide la costumbres, deberán obsequiarse en este día a niños, parientes y amigos. [... En Todos Santos] En las horas de mediodía, los padres, padrinos o parientes llevan a sus niños para que admiren las numerosas tienditas que se han instalado en los mercados y comprarles un juguete, entre los que abundan particularmente: iglesias de cartón, con adornos de diferentes colores; cruces; figuras de santos y profanos lo mismo de cera que de barro; jardincillos de naranjos; crucifijos e imágenes de María; así como flores artificiales de diversos tamaños, cuyos peciolos están adornados con piezas de plata de 1/2 real o de oro de 1/16 de doblón. Desde luego tampoco faltan las frutas, confites y otras golosinas. Por la noche hay fuegos artificiales [...] El pueblo, en muchedumbre interminable, se agolpa en calles y plazas públicas bajo la extraña iluminación de las flamas rojizas que despiden los braseros instalados en gran número por todas partes. En la fiesta de los Fieles Difuntos, que como se sabe viene inmediatamente después de la de los santos, es la costumbre regalarse mutuamente cierto tipo de pan dulce, llamado de muerto, así como comer carne en mole al mediodía.¹²²

Siguiendo con la celebración de Todos Santos, años después parece no haber sufrido cambios considerables, como se aprecia en la descripción de Fanny Calderón:

El domingo último fue la fiesta de Todos Santos. En la tarde de ese día nos paseamos bajo los Portales con los ministros de Francia, M. y Madame de Ciprey, para ver las luminarias y los numerosos puestos cubiertos de ringleras

¹²¹ Bullock, *Seis meses de residencia...*, p. 113.

¹²² Mühlenpfordt, *Op. Cit.*, t. 1, pp. 260 y 261.

de "calaveras de azúcar", enseñando los dientes y ofreciéndose a la tentación y gusto de la chiquillería. Suele ir la gente en esta ocasión muy bien vestida; pero la tarde, fría y desapacible, hizo que las señoras, que en gran número habían concurrido, se retiraran temprano a pesar de que iban muy envueltas en sus chales. Gritaban las viejas mujeres en sus puestos, con perseverante y destemplada voz "¡calaveras, niñas calaveras!"; pero también había animales de pura azúcar de todas las especies y suficientes para formar un Arca de Noé.¹²³

Respecto a la celebración de la Navidad en la ciudad de México, esta festividad también promovía la venta de dulces y alimentos típicos de temporada, así como otros objetos decorativos o religiosos.¹²⁴ Desde el siglo XVIII encontramos la representación de un mercado que se montaba en la Plaza Mayor, en el cual se ofrecían principalmente dulces y alimentos de temporada, se trata del óleo "Celebridad de Nochebuena en Méxcio" de Arellano, fechada en 1720.¹²⁵

Aparentemente la tradición del mercado de Nochebuena permaneció hasta mediados del siglo XIX. Una representación de Johann Salomon Hegi nos muestra una escena nocturna, la cual podría interpretarse como un detalle de la obra de Arellano, en donde encontramos diversos puestos. Al fondo apreciamos numerosos y coloridos establecimientos que ofrecen dulces; en primer plano podemos observar a un hombre, dos mujeres y sus hijas situados en el paso de la gente vendiendo diversos productos. De aspecto humilde, el hombre mira a la gente a su alrededor, un canasto colocado junto a sus pies está lleno de lo que parecen ser dulces; mientras las mujeres se encuentran sentadas tras un tripié de madera que sostiene un utensilio en el que se hizo el fuego necesario para

¹²³ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 401. Cabe mencionar que en esta celebración no sólo se agrupaban los vendedores ambulantes en la Plaza Mayor, sino comerciantes establecidos, según Guillermo Prieto, la demanda de dulces obligaba a los dulceros franceses a improvisar puestos en este espacio, quedando rodeados de vendedores de velas, entierros, ánimas, etc. Fidel, "El día de difuntos", en: *El Siglo XIX*, México, 7 de noviembre de 1849, pp. 2 y 3. Tomado de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 472-479.

¹²⁴ En los Portales frente a la Catedral los domingo y, especialmente, en nochebuena los concurrentes eran agasajados con múltiples ofertas, entre dulces típicos, comidas, obras de talentosos artesanos, entre figuras de cera, de madera, lápices, plumas de acero, botes de agua de colonia, muebles ofrecidos por los carpinteros, ropa y uniformes por los sastres, hasta aguardiente. Fidel, "Costumbres IV. La Nochebuena de 1842", en: *El Siglo XIX*, México, 30 de diciembre de 1842, pp. 2-3, y del mismo autor, y "Fases del centro de México: Domingo por la mañana", en: *El Álbum Mexicano*, México, t. 2, 1849, pp. 192-194; tomados de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 121-132 y 538-542 respectivamente.

¹²⁵ Vid.: *Pintura y vida cotidiana en México 1650-1950*. México, Fomento Cultural Banamex-CONACULTA, 1999.

preparar algún alimento, probablemente los frutos o semillas amarillos que se encuentran sobre una tela tras el improvisado anafre (Imagen 79).



Imagen 79. Johann Salomon Hegi, sin título, acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.¹²⁶

Por último, encontramos la descripción de una fiesta particular civil realizada por las clases medias y altas de la capital:

En la capital y otras ciudades grandes se ve en ocasiones cierto tipo de fiesta cívica infantil -principalmente entre las hijas pequeñas de padres acomodados- llamada jamaica. Bajo el soportal de alguna casa grande se instala una gran cantidad de puestecillos provistos con toda clase de objetos pequeños para vender: dulces, frutas, cintas, flores artificiales, etc. Detrás de cada puestecillo están sentadas unas cuantas muchachitas, de entre 4 y 12 años de edad, vestidas como damiselas, y de una misma familia (hermanas y parientes). Las mamás, tías y hermanas mayores andan por ahí cerca, en tanto que los niños y los conocidos varones hacen de compradores. Las pequeñas comerciantes muestran un comportamiento lindísimo, dando gran importancia a su trabajo y a su plática ingenua, con aire de muy conocedoras; es verdaderamente

¹²⁶ Hegi, *Hegi...*, p. 62.

divertido oír esas conversaciones y el afectado regateo que antecede a la entrega de algún artículo vendido.¹²⁷

Es interesante notar que aunque las jamaicas no eran celebraciones públicas, sino fiestas particulares, evocaban a las primeras. En el caso de la fiesta descrita por Mühlendorft, se aprecia la imitación de un mercado o tianguis, que ofrece mercancía de primera necesidad, en donde los niños tienen la oportunidad de jugar el papel de adultos del pueblo, es decir, de vendedores y compradores. La evocación de actividades cotidianas realizadas por otras clases sociales parece adquirir importancia al tratarse de una actividad útil para el abasto de la población capitalina, así como por su importancia para la sociabilidad entre personajes de distintos estratos. Sin embargo, estas celebraciones también podían tener relación con el espíritu del carnaval, en donde la gente se divertía invirtiendo los papeles sociales. En tal contexto, Fanny Calderón describe las jamaicas como "una feria, en la que todas las muchachas se disfrazan de campesinas y en donde se venden unas a las otras, frutas, limonadas, verduras, etcétera; una muy antigua diversión mexicana", que en la actualidad se conoce como Kermés.¹²⁸

- **Los paseos.**

Después de las fiestas civiles y religiosas los paseos eran las diversiones públicas más importantes para la población capitalina. Entre estos, dentro de la ciudad se podía recorrer el paseo de Bucareli y la Alameda. Aunque distintos autores afirmaban que los personajes de clases altas no acostumbraban caminar, sino que se transportaban en coche por las calles, en estos paseos se debían reunir otros sectores de la sociedad; además, al tratarse de espacios de esparcimiento, no podía faltar la venta de alimentos o algún objeto para amenizar el paseo, como dulces y juguetes.¹²⁹

¹²⁷ Mühlendorft, *Op. Cit.*, t. 1, pp. 149 y 150.

¹²⁸ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, pp. 99, 100 y 185.

¹²⁹ Fidel (Guillermo Prieto), "Cartas sobre México II. Alameda y Bucareli", en: *El Museo Mexicano*, México, 1843, vol. 2, pp. 377-380; tomado de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 245-251. Cfr. C. Castro y J. Campillo, "Interior de la Alameda de México", en: *México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes*. México, Establecimiento litográfico de Decaen, Editor, Portal del Coliseo Viejo, 1855 y 1856, Lámina XVII.

Johann Moritz Rugendas representó dos veces la fuente central de la Alameda, en ambas imágenes apreciamos la presencia de personajes de indumentaria europea, de aspecto elegante, junto a religiosos, militares y personajes de vestimenta mestiza y hasta indígena; mientras unos conversan, otros caminan solos o en pareja. En ambos casos, del lado izquierdo aparece la figura de la vendedora de frutas, se trata de mujeres sentadas en el suelo ofreciendo su mercancía en una canasta, a las cuales se acercan a comprar hombres ataviados de rancheros o chinacos (Imágenes 80 y 81). Cabe mencionar que la figura de las vendedoras también se retoma en el grabado que fue realizado a partir de las dos pinturas del alemán, que ilustra la obra de Sartorius.¹³⁰



Imagen 80. Johann Moritz Rugendas, "Alameda en ciudad de México", óleo sobre cartón, ca. 1832, Colección Museo Nacional de Historia, México.

¹³⁰ Cfr., Sartorius, *Op. Cit.*, p. 196.



Imagen 81. Johann Moritz Rugendas, "Fuente principal de la Alameda central de la ciudad de México", óleo sobre cartón, ca. 1832, Colección Museo Nacional de Historia, México.

Entre los paseos más importantes en las cercanías de la ciudad de México destacaba el del canal de la Viga, cuya principal fiesta se celebraba desde el miércoles de ceniza hasta "el jueves de la Ascension del Señor". Por las tardes se llenaba de carruajes, gente que se colocaba en las bancas de piedra de las cercanías y otra tanta que daba un paseo en canoa disfrutando de la música y el baile. El destino de las embarcaciones eran los pueblos indígenas de Santa Anita e Iztacalco, los cuales aprovechaban esta época para vender coronas de flores y comida, entre frutos, hortalizas, patos, tamales, pulque, dulces, refrescos, etc., que ofrecían en las orillas o introducían en pequeñas chalupas entre la comitiva que se desplazaba por el canal.¹³¹ Según el testimonio de Bullock:

[...] cientos de canoas entoldadas, de diversos tamaños, atiborradas de indígenas vestidos esmeradamente y con sus cabezas coronadas con hermosas flores pasan y repasan en ambas direcciones; cada trajinera, con su músico sentado a popa y

¹³¹ Florencio M. del Castillo, "El paseo de la Viga"; y Manuel Payno, "Iztacalco", en: *México y sus alrededores...*, pp. 21-23; y Fidel, "Costumbres VIII: Preparativos. Víspera y día de Viernes de Dolores", en: *El Siglo XIX*, 4 abril de 1849, pp. 3-4. Tomado de: Prieto, *Op. Cit.*, pp. 461-471. Cfr. C. Castro y J. Campillo, "El Paseo de la Viga", en: *México y sus alrededores...*, Lámina X.

tocando la guitarra, con algunos del grupo cantando o bailando, frecuentemente haciendo ambas cosas al mismo tiempo, presentan tan espectáculo de inocente e inofensiva diversión que, mucho me temo, rara vez se da en las ferias y festividades de nuestro país.¹³²

Fossey, al igual que William Bullock afirmaba que este paseo era frecuentado principalmente los domingos por indígenas y gente del "populacho", quienes buscaban comprar coronas de flores y de yerbas, elaboradas por las indias de los pueblos vecinos.¹³³ Mientras Fanny Calderón habla de lo que se ofrecía a los paseantes: "los bordes de la calzada con un hervidero de gente plebeya que alegremente os pide le compréis flores, fruta o dulces; [...] y el canal atestado de canoas, con los indios que cantan y bailan con indolencia, mientras sus embarcaciones se deslizan en el agua".¹³⁴

Las representación que realizó Rugendas sobre este paseo dominical destaca el ambiente festivo más que el comercial. Mientras el canal aparece surcado por trajineras llenas de personas, en tierra se puede ver a la gente del pueblo bailando al ritmo de la guitarra, bebiendo y conviviendo. Tampoco faltan personajes de apariencia acomodada observando la escena y mucho menos los indígenas que ofrecen frutas, verduras y flores (Imagen 82). Al igual que en el mercado, en los paseos y sitios públicos de diversión se podía apreciar la convivencia de personajes de todas las clases sociales, aunque cada uno parecía mantener un papel más o menos claro, el cual se puede ver no sólo en la vestimenta, sino en el transporte a pie o a caballo o su presencia como observadores o participando de los bailes y cantos. En opinión de Carl Nebel, La Viga superaba a cualquier paseo de la ciudad, sobre todo porque permitía apreciar las chinampas o jardines flotantes, además de que constituía la diversión del pueblo, desde quienes iban a pie hasta los que llegaban en caballo o carro.¹³⁵

¹³² Bullock, *Seis meses de residencia...*, pp. 123 y 124.

¹³³ Fossey, *Op. Cit.*, p. 126.

¹³⁴ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 98.

¹³⁵ Nebel, *Op. Cit.*, p. 111.



Imagen 82. Johann Moritz Rugendas, "Paseo de la Viga", óleo sobre cartón, Colección Museo Nacional de Historia, México.

En contraste con las obras de Rugendas sobre La Viga, "El paseo de Santa Anita" de Johann Salomon Hegi no representa el momento festivo. El suizo nos muestra la orilla del canal en donde se encuentran personajes a caballo, y otros que caminan o están sentados conversando. Lo que destaca en primer plano es una niña comprando lo que parece ser fruta a una mujer indígena que se encuentra sentada en el

suelo detrás de la mercancía que colocó sobre una manta (Imagen 83). Aunque esta imagen no nos muestra lo "pintoresco" de los bailes y cantos dominicales en la Viga, logra enfatizar la importancia de la oferta de refrigerios y otros productos en los paseos públicos.



Imagen 83. Johann Salomon Hegi, "El paseo de Santa Anita", acuarela, ca. 1850, Colección Salomón y Brigitte Schärer, Suiza.

Por último, se puede mencionar la fiesta de San Agustín de las Cuevas, en Tlalpan, que conmemoraba las "Pascuas del Espíritu Santo" el primer domingo de Pentecostés, fecha que varía cada año y marca el fin de la pascua, siendo una de las pocas ocasiones en donde se bautizaba a los adultos. Restando importancia al aspecto religioso, la fiesta se caracterizaba por tres días de juego, gallos, bailes y saraos a los que acudían personajes de todas clases; e incluía una variada oferta alimenticia en las fondas, neverías, cafés y puestos ambulantes improvisados.¹³⁶ Según la descripción de Henry Ward en el baile se veía junta "a toda la élite y a toda la escoria de la sociedad mexicana", además:

Mientras dura la feria, las calles y plazas de San Agustín están, de día y de noche, llenas de gente, que duerme a la belle étoile o busca refugio bajo los carruajes que abarrotan la plaza. Se encuentran provisiones de todas clases en los puestos levantados para la ocasión; los caballos y las mulas están estacados en todas direcciones alrededor del pueblo; se construyen jacales provisionales con ramas y petates; y como se usa gran profusión de flores en todas estas estructuras, nada hay más pintoresco que el aspecto de esta escena tan abigarrada.¹³⁷

Si bien no contamos con representaciones detalladas de esta importante festividad, podemos recurrir al ejemplo presente en un par de vistas de la región de Tlalpan cuyo contexto indiscutible era dicha celebración. El pintor inglés Daniel Thomas Egerton representó en una amplia vista del sur del valle de México la fiesta de San Agustín de las cuevas. Aunque en la obra se exalta la belleza del paisaje, podemos ver la reunión de la multitud en la parte baja del terreno central, así como la gente que se agrupa en la pequeña ermita del Calvario, entre sombras que posiblemente cubrían puestos improvisados. Finalmente, en primer plano encontramos a diversos personajes del pueblo disfrutando del baile (Imagen 84). Por otra parte, John Phillips y Alfred Rider, autores del álbum *México ilustrado*, realizaron una bella litografía que nos muestra una perspectiva más interesante del evento. Lejos del templo podemos apreciar el baile y la diversión, pero, sobre

¹³⁶ Manuel Payno, "San Agustín de las Cuevas", y C. Castro, "Fiesta de San Agustín de las Cuevas", en: *México y sus alrededores...*, pp. 15 y 16 y lámina XVI (arriba); Fossey, *Op. Cit.*, pp. 157-159; y *Recuerdo de México. Gráfica del siglo XIX. Colección del Banco de México*. Introducción de Graciela de Reyes Retana, México, INBA, Catálogo de exposición del Museo de San Carlos, mayo-Julio de 1987, p. 33.

¹³⁷ Ward, *Op. Cit.*, p. 485.

todo, a la izquierda aparece un puesto improvisado, listo para ofrecer a la concurrencia algunas frutas, dulces y bebidas (Imagen 85).



Imagen 84. Daniel Tomas Egerton, "Sn Agustín [sic] de las Cuevas", litografía, 1839.¹³⁸



Imagen 85. John Phillips y Alfred Rider, "San Agustín de las Cuevas", litografía, 1848.¹³⁹

¹³⁸ Egerton, *Op. Cit.*, p. 53.

¹³⁹ John Phillips, *México ilustrado*. Reproducción facsimilar de la primera edición (Londres, 1848). México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1994, lámina 18.

Las representaciones de fiestas y paseos realizadas por los europeos, una vez más no remiten a la basura y desorden que llegaba a suscitarse en dichos eventos debido a la presencia de bebidas embriagantes, alimentos y toda clase de adornos y juguetes. Se enfocan en los elementos más bellos y característicos de las festividades, de la convivencia social y otros elementos como el baile, la música, las flores. Sin embargo, las faltas a la higiene y la moral son asociadas por los extranjeros con los léperos capitalinos. Estos personajes aparecen apenas vestidos con harapos, holgazaneando, es decir, sin trabajar, sólo a la expectativa de obtener algo, cualquier cosa, de forma fácil. El lépero es para los europeos, más que para los propios mexicanos, el depositario de todos los males sociales que aquejaban a la ciudad que los recibió, en ese sentido, las representaciones de este personaje no lo asocian directamente con el comercio ambulante.

A pesar de sus carencias, las fuentes europeas nos proporcionaron la siguiente información sobre la importancia social del comercio callejero: la venta ambulante estaba fuertemente ligada a las festividades civiles y religiosas de la ciudad de México, así como a los paseos y otras diversiones realizadas en espacios públicos. Era una actividad indispensable para abastecer a la población de lo que requiriese para las celebraciones, sobre todo aquellas que terminaban en festejos públicos generalizados. Al tratarse de una ocupación temporal, permitida en fechas y lugares determinados, la venta ambulante era realizada por personajes con iniciativa e ingenio para aprovechar las festividades y eventos públicos. Sin duda este último aspecto llamó la atención de los viajeros, a tal grado que dieron un lugar en sus narraciones y representaciones a los comerciantes de "a pie" y "semi-fijos".

En este sentido, podemos mencionar una curiosa observación de Fanny Calderón con motivo del fallido ascenso de un francés en globo aerostático en la plaza de Toros: "Ocurrió después una circunstancia por demás chusca: un poeta de a centavo la línea, había escrito, anticipándose a los hechos, unos versos, en los cuales describía en estilo grandilocuente la ascensión del globo, y cuando

salimos, un enjambre de vendedores alrededor de la Plaza vendía sus versos que toda la gente compraba y leía con estruendosas carcajadas".¹⁴⁰

* * *

En resumen, los visitantes europeos se preocuparon por plasmar ciertos aspectos de la vida en México, lo cual debió ser especialmente difícil al enfrentarse a una realidad muy distinta a la europea, en palabras de Fanny: "Cuanto ser humano, cuantas cosas se ven al pasar, son, por sí solos, si no un cuadro, cuando menos un excelente pretexto para el lápiz [...] todo es pintoresco".¹⁴¹ Es muy probable que en algunos casos se privilegiara aquellas escenas sobre costumbres que estaban desapareciendo y que eran desconocidas en gran parte de las ciudades europeas, en este sentido Fanny describe los cambios sufridos por la fiesta de San Agustín: "Las costumbres de antaño pasaron a mejor vida. Ya las señoras no se sientan en los portales a comer pato asado con los dedos o con la ayuda de las tortillas. Hasta las chinampas se quedaron inmóviles y aun, a veces, se juntaron con el continente".¹⁴²

Asimismo podemos considerar otros aspectos que guiaron la temática de las representaciones, como es el caso del interés en las características de la fuerza laboral, lo que justifica que muchas representaciones de vendedores ambulantes y otros oficios de las clases bajas destaquen el empleo de la fuerza física para su realización. Finalmente, no podemos pasar por alto el interés de los europeos por las riquezas naturales del territorio México, por lo cual la mayoría de las representaciones del país son sobre importantes zonas mineras y, en menor medida, agrícolas y de interés comercial. De esta manera podemos apreciar algunas interesantes representaciones sobre mercados y vendedores ambulantes en otras regiones de la República Mexicana (Imágenes 86, 87, 88 y 89).

¹⁴⁰ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 321.

¹⁴¹ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 32.

¹⁴² *Ibid.*, p. 330.



Imagen 86. Carlos Nebel, "Interior de Zacatecas", litografía coloreada, 1836.¹⁴³



Imagen 87. Daniel Tomas Egerton, " Plaza de San Diego ciudad de Guanajuato", litografía, 1839.¹⁴⁴



Imagen 88. Johann Moritz Rugendas, "Soldados y proletarios", grabado.¹⁴⁵



Imagen 89. Johann Moritz Rugendas, "Placeros y rancheros", grabado.¹⁴⁶

Las características de estas últimas obras, así como las descripciones correspondientes son muy similares e incluso complementan la información de vendedores ambulantes urbanos. En todas sobresale la presencia de vendedores indígenas de "a pie" y en puestos "semi-fijos" ofreciendo la variedad de productos descritos con anterioridad en plazas o paseos públicos. Sin duda, las fiestas religiosas celebradas en el interior de la República, en ciudades importantes y en pequeñas poblaciones, también atraían la venta temporal de alimentos, bebidas refrescantes y otros productos acordes a la celebración. Por ejemplo, Fanny nos habla de dos celebraciones religiosas y el comercio que suscitaban, la primera en

¹⁴³ Nebel, *Op. Cit.*, p. 46.

¹⁴⁴ Egerton, *Op. Cit.*, p. 36.

¹⁴⁵ Sartorius, *Op. Cit.*, p. 228.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 121.

"Santiago San Cristóbal" y la segunda en la hacienda de San Bartolo, cercanas a la ciudad de México:

[...] los indios año por año acuden en procesión en este día, y en donde venden fruta, flores, pulque, etc. Toda la grande explanada junto a la iglesia se ve cubierta de verdes puestos, y atestada de carruajes, jinetes y pueblo a pie [...] los indios con sus puestos y flores, y la gran cantidad de fruta a la vista, muy pintorescos, era el sol tan intenso que, después de caminar un rato y comprar tunas y nueces y duraznos, regresamos a casa.¹⁴⁷

[...] el día de la Virgen de Guadalupe, una de las mayores festividades que se celebran aquí, así es que tuvimos la oportunidad de ver a toda la gente de los diferentes pueblos que llegaba al patio al romper el día, y que pusieron su mercado enfrente de la hacienda. Era mucha la diversidad de mercaderías que vendían, y muy pintoresca la indumentaria de los vendedores. De todo había, desde los pastelillos, chiles, atole, nueces molidas, hasta los rebozos y los rosarios de cuentas. En cierto lugar del mercado unos fornidos rancheros bebían pulque y devoraban bocadillos; compraban, en otro, nueces y plátanos los muchachos después de muchos regateos; mujeres del campo ofrecían a precios cómodos rebozos negros muy bonitos, y una india trataba de persuadir por todos los medios a una joven campesina para que le comprase un peine cuyo uso, al parecer, ignoraba. Le aseguraba la india que era un objeto que servía para desenredar el cabello, embellecerle y dejarlo reluciente, y queriendo darle fuerza a sus razones, peinábale a la muchacha algunas de sus enmarañadas guedejas. [...] Después de la misa, volvió a bullir el mercado y los rebozos tuvieron mucha salida. Muchos les compraban los hombres para sus mujeres, o novias, que se habían quedado en casa.¹⁴⁸

Finalmente, podemos considerar que tanto en las escenas que describen el comercio ambulante en la ciudad de México como las de otras regiones, nos muestran la presencia indispensable de esta actividad en espacios públicos, sugiriendo también su función primordial de procurar a la población todo tipo de productos, desde productos de primera necesidad hasta ciertos lujos.

¹⁴⁷ Calderón de la Barca, *Op. Cit.*, p. 345.

¹⁴⁸ *Ibid.*, pp. 443 y 444.

CONCLUSIONES.

Los cuadros de costumbres en todos los países, ofrecen dificultades, porque esas crónicas sociales, sujetas al análisis de todas las inteligencias, esos retratos vivos de la vida común, que pueden calificarse de una sola ojeada, comparándolos con los originales, requieren de sus autores, observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura de censor. Fidel.¹

Al enfrentar diversas visiones sobre el vendedor ambulante no podemos pasar por alto que cada una responde a intereses particulares. Las autoridades de la ciudad los presentaban como nocivos al bien común y la salud pública, por lo que buscaban confinarlos en plazas y mercados, buscando aprovechar sus contribuciones o simplemente permitiendo a la clase más pobre el sustento diario. No podemos afirmar que esta visión oficialista se contraponen a aquella realizada por costumbristas y románticos, sino que la complementa, puesto que nos habla de aquellos aspectos que no interesaban a los hombres de letras, lápiz y pincel, ocupados en rescatar lo más distintivo y pintoresco de la sociedad mexicana.

En este sentido, encontramos una mayor coincidencia y hasta influencia entre los artistas y escritores europeos y mexicanos. En ambos casos se privilegió la representación de ciertos detalles como la indumentaria, los implementos que ayudaban a la realización de las ventas o el desplazamiento de la mercancía, la pobreza y sencillez de los vendedores, lo que los hacía representativos de la clase popular; sobre todo, se esforzaron por mostrar a los vendedores realizando sus actividades cotidianas con ayuda de la fuerza de su cuerpo y la enseñanza adquirida de la tradición. Tal interés originó innumerables representaciones de personajes aislados o “tipos” que establecían las características genéricas de cada vendedor, mismas que se retomaron una y otra vez por todos aquellos que

¹ Fidel, "Literatura nacional. Cuadro de Costumbres", en: *Revista Científica y Literaria de México*, México, 1845, t. I, pp., 27-29. Tomado de: Prieto, *Cuadros de Costumbres I. Obras completas II*. México, CONACULTA, 1993, p. 402.

describieron su estancia en México o lo que veían en su vida diaria, europeos y mexicanos en busca de definir "lo mexicano".

Partiendo de distintas visiones sobre el comercio ambulante podemos concluir que dicho tipo de venta estuvo presente en México desde la época prehispánica y continúa siendo un elemento cotidiana en la vida urbana actual. Su permanencia entre finales del siglo XVIII y la primera mita del XIX, en el contexto de la adopción de la policía urbana, se debió principalmente a que las autoridades eran incapaces de controlar un fenómeno en constante crecimiento y difícil de regular por su carácter eminentemente móvil. De esa forma, los constantes intentos por buscar la agrupación de los vendedores ambulantes en plazas y mercados era una forma de intentar cobrar impuestos de una forma más eficaz. Asimismo, sobre todo cuando se trataba de indígenas, las autoridades procuraban el apoyo a las clases más pobres dejándoles vender libremente sus productos, con lo que también contribuían al abasto de las clases pobres, y las no tan pobres, de la ciudad.

Finalmente, debemos considerar que la permanencia del ambulante en las calles de la capital mexicana era constante, relacionada con una serie de negociaciones entre autoridades (Ayuntamiento, Distrito Federal, gobernador y hasta el presidente), comerciantes establecidos y ambulantes, en un intento por buscar beneficios mutuos. En este caso, Los principales conflictos se originaban en espacios de intenso comercio, como los alrededores de la plaza Mayor y otras menores, en donde la carencia de acuerdos afectaba ante todo a los ambulantes, promoviendo su reubicación, sin embargo, la importancia comercial de estos sitios era suficiente para asegurar la constante llegada de comerciantes callejeros.

En cuanto a las representaciones mexicanas del ambulante, la pintura de castas nos mostró la pertenencia del vendedor callejero a las clases más bajas, asociadas con el mestizaje, sobresaliendo la sangre indígena, la pobreza y el subempleo. En estas fuentes encontramos que este tipo de comercio era una actividad familiar y se enfocaba en la venta de alimentos preparados, productos agrícolas, materias primas y algunas manufacturas sencillas. Mientras que las

figuras de cera hechas por artesanos mexicanos en la primera mitad del siglo XIX, conservan la carga racial del mestizaje, pero centran su atención en la actividad misma, es decir, en la forma de transportar productos, ofrecerlos o de realizar la preparación de comida. En contraste, las representaciones realizadas por los costumbristas mexicanos dejan ver la influencia europea en sus obras, es decir, un intento por tipificar al ambulante, esquematizar y generalizar. Sin embargo, estas características de los textos y litografías costumbristas contribuyen a la sistematización que pudimos hacer del comercio ambulante, es decir, nos muestran algunas diferencias entre vendedores urbanos y rurales, así como lo más distintivo de cada uno.

Por último, las representaciones del comercio ambulante realizadas por los europeos, si bien estuvieron guiadas por prejuicios europeizantes, religiosos, culturales, científicos, políticos y económicos, su interés en lo "pintoresco" contribuyó a que captaran diversos detalles de la vida cotidiana que no entendían o que les parecían interesantes (sobre todo los relacionados con el mundo indígena), lo que repercutió en su desinterés por los conflictos de clase o los problemas de higiene o desorden inherentes al comercio en la calle y móvil. Sin embargo, sus obras aportaron detalles muy importantes sobre las distintas manifestaciones y formas del comercio ambulante, los europeos nos mostraron que además de diferenciar entre el lugar de residencia de los vendedores, lo que se relacionaba con la forma de transporte de mercancía, existían tres formas de ambulante relacionadas con la forma de vendedor y los productos:

1. Los vendedores de "a pie" eran principalmente vendedores rurales que llevaban productos agrícolas, materias primas y manufacturas indígenas desde los poblados cercanos al centro de la ciudad. Los vendedores urbanos también aprovechaban este tipo de venta, sobre todo para transportar su mercancía más fácilmente entre las multitudes en fiestas y paseos públicos, como en el caso del mercero, sin embargo, su oferta era principalmente de alimentos preparados y mercería.

2. Los vendedores que usaban puestos "semi-fijos" con cierta infraestructura de madera se asocian con una oferta mayor, principalmente de alimentos preparados, frutas y verduras, que si bien no distinguen a vendedores rurales de indígenas, implicaban habitar en la ciudad o tener los elementos para transportar grandes proporciones de productos con animales o canoas.
3. Finalmente, los puestos compuestos por cajas o lienzos para establecerse temporalmente en el suelo se relacionan con una oferta limitada y más humilde que la anterior, por lo que se trataba de una opción al servicio tanto de vendedores rurales como urbanos con una oferta más limitada.

En resumen, ya fuera "a pie" o en puestos "semi-fijos" de distintos tamaños o componentes, dentro del comercio ambulante existían modalidades acordes a las posibilidades de cada vendedor. Ya fueran del campo o la ciudad, con productos de la tierra o extranjeros, o en diversas proporciones se podía optar por la forma más apropiada de ofrecer sus productos en las calles e incluso en los mercados, si se contaba con los ingresos suficientes para pagar una contribución.

En un principio, la figura del vendedor ambulante, del que siempre destacó el indígena, era indispensable para que los europeos mostraran al mundo la oferta natural y de fuerza de trabajo que México podía ofrecer al extranjero. Posteriormente los escritores y artistas mexicanos buscaron hacer lo mismo desde su propia perspectiva, misma que, bajo la influencia de las corrientes literarias y del pensamiento europeo, resultaron bastante similares a las de los viajeros. Al finalizar la primera mitad del siglo, a unos años de la consolidación del partido liberal en el gobierno y de un complejo proceso de modernización, los costumbristas mexicanos no pudieron más que descubrir la lenta desaparición de lo que ya se había consolidado como "lo propio", de aquellas costumbres y tradiciones a las que pertenecían muchos ambulantes.

Las licencias que los artistas tomaron para realizar sus obras, con respecto a colores, ubicación de lugares, detalles compositivos y de anatomía, más que

errores o exageraciones deben valorarse como medios que emplearon para representar lo "pintoresco", se trata de una forma de destacar algunos aspectos frente a otros que no resultaban del mismo interés. Sin duda esta fórmula estuvo presente en las obras de artistas y escritores en ambos lados del Atlántico. La imitación y, en algunos casos, el plagio de fórmulas compositivas, escenas completas, y hasta descripciones literarias, fueron comunes entre los autores que representaron a los vendedores ambulantes de la ciudad de México. Sin embargo, algunos autores, como en el caso de Linati y Hegi, lograron plasmar las marcadas diferencias sociales y la pobreza de los vendedores en su indumentaria, aspecto y las características de sus puestos; mientras otros, como Prieto y Orozco y Berra, lograron mostrar el malestar que llegaban a generar entre las clases acomodadas y para la salud pública.

Tomando en cuenta tales consideraciones, la información que estas fuentes nos proporcionaron sobre el fenómeno urbano del ambulante, por mínima que fuera, contribuyó a esclarecer algunos aspectos desde diversas perspectivas. Las fuentes oficiales nos hablaron de la problemática que implicaba el comercio ambulante para la aplicación de la policía urbana, a la vez que justificaron la presencia de estos vendedores para el abasto y empleo de las clases bajas; mientras que los costumbristas mexicanos nos mostraron personajes indispensables en la vida capitalina, que, sin embargo, llegaban a ser un problema para la adopción de costumbres modernas; incluso los escritores europeos llegaron a expresar opiniones similares. Partiendo de estas consideraciones podemos desarrollar una conclusión general sobre el fenómeno del ambulante:

Como se ha mostrado hasta ahora, la venta ambulante se presentaba como un trabajo alternativo conveniente, en algunos casos, ante el problema de desempleo urbano de la época.² Productores agrícolas o artesanos que

² El 50% de los habitantes de la ciudad carecía de un empleo fijo, del cual un 70% no tenía acceso al mismo y el otro 30% se dedicaba a los servicios con los salarios más bajos registrados. María Gayón Córdova, *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*. México, Dirección de Estudios Históricos del INAH, 1988, pp. 34-46. Cabe mencionar, que la existencia de una porción alta de pobladores sin empleo fijo fue aprovechada políticamente, pues por lo general se le exhortaba a apoyar o provocar

sobrepasaban por mucho la demanda de mano de obra de fábricas y talleres, y sin los medios de sostener un establecimiento propio, tenían la opción de comerciar directamente el producto de su trabajo, asimismo, individuos sin oficio definido podían adquirir mercancía a crédito y revenderla. En el caso de las mujeres, muchas contribuían también al ingreso familiar ayudando no sólo a las actividades del campo, sino vendiendo productos manufacturados, e incluso con la venta de alimentos preparados. El vendedor ambulante se ubicaba en la escala más baja de la clase popular, sin llegar a la marginalidad asociada al desempleo, no contaban con grandes posibilidades de ascenso social, e incluso se les presentaban diversos impedimentos para ejercer la ciudadanía, al no poder comprobar que tenían un modo honesto de vivir. Sin embargo, el ambulante era un elemento indispensable para la dinámica urbana, para mantener cierto orden y estabilidad social en un periodo lleno de caos e incertidumbre.³

conflictos. Vanesa Teitelbaum, “La corrección de la vagancia. Trabajo, honor y solidaridades en la ciudad de México, 1845-1853”, en: Clara E. Lida y Sonia Pérez Toledo (Comp.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*. México, UAM Iztapalapa-Porrúa, 2001, pp. 116-142.

³ Resulta interesante ver que la línea que separa a empleados temporales y desempleados es tenue, y en ella se encuentran importantes grupos sociales sin empleo estable. Un interesante concepto de “clase popular” es expuesto por Clara E. Lida, “¿Qué son las 'clases populares'? Los modelos europeos frente al caso español a mediados del siglo XIX”, en: *Historia Social*, no. 27, 1997 (I), México, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 3-22, consultado en: http://catedramex-esp.colmex.mx/art%C3%ADculos_clara_lista.html (18 de mayo de 2012).

ANEXO 1.

VIAJERO	ORÍGEN	PROFESIÓN	ESTANCIA EN MÉXICO	IMÁGENES Y/O TEXTOS SOBRE VENDEDORES AMBULANTES	OBRAS
Humboldt, Alejandro de (1759-1859).	Alemania	Geógrafo, naturalista y explorador	1803-1804		<i>Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne.</i> París, Chez F. Schoell, 1811. <i>Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva-España,</i> París, Casa de Rosa, 1822.
Billaud-Varenne (1756-1819).	Francia	Político	1805-1818		<i>Mémoires de Billaud-Varennes, ex-conventionnel, écrits au Port-au-Prince en 1818, contenant la relation de ses voyages et aventures dans le Mexique, depuis 1805 jusqu'en 1817.</i> París, 1821.
Alvimar, Octaviano De (¿?).	Francia	Militar y pintor.	Primera estancia 1808-1809, segunda 1820-1823	X	Una de sus obras más destacadas fue una vista de la Plaza Mayor de la ciudad de México realizada durante su segunda estancia en este país.
Beauchamp, Theubet de (¿?).	Francia	Pintor	1810-1827	X	Bocetos y apuntes.
Hall, Basil (1788-1844).	Inglaterra	Viajero y militar	1820-1822		<i>Extracts from a journal, written on the coasts Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822.</i> Edinburgh, A. Constable and co., 1824.
Altenbach, Franz (¿?).	Alemán (¿?)		Ca. 1827		<i>Mittheilungen eines jungen Bayers über dessen Seeund Land-Reisen von Hamburg nach Mexiko.</i> München, Finsterlin, 1827.
Poinsett, Robert Joel (1779-1851).	Estados Unidos	Diplomático	1822-1823 y 1825-1830		<i>Notes on Mexico, made in the autumn of 1822. Accompanied by an historical sketch of the revolution, and translations of official reports on the present state of that country ... By a citizen of the United States.</i> Philadelphia, H. C. Carey and I. Lea, 1824.

Bullock, William (ca. 1773-1849).	Inglaterra	Naturalista y anticuario	Primera estancia en 1822, segunda en 1827	X	<i>Six months' Residence and travels in Mexico; containing remarks on the present state of New Spain, its natural productions, state of society, manufactures, trade, agriculture and antiquities</i> , Londres, 1824. <i>A description of the unique exhibition, called Ancient Mexico: collected on the spot in 1823 ... for public inspection at the Egyptian Hall, Piccadilly</i> . London, Printed for the proprietors, 1824. J.; y R. Burford, <i>Description of a view of the city of Mexico and surrounding country, now exhibiting in the Panorama, Leicester-Square</i> , 1826, otro en 1828, basados en la obra de Bullock.
Ward, Henry George (1797-1860).	Inglaterra	Diplomático y político	Primera estancia 1823-1824, segunda de 1825 a 1827	X	<i>Mexico in 1827</i> , Londres, 1828, ilustrado por su esposa Emily Elizabeth Swinburne. Y <i>Mexico</i> , Londres, 1829.
Thompson, George Alexander (ca. 1797-1848).	Inglaterra	Diplomático y político	1823-1825		<i>Narrative of an official visit to Guatemala from Mexico</i> . London, J. Murray, 1829.
Penny, William T. (ca. 1784-¿?).	Inglaterra	Viajero y comerciante	1824-1826		<i>A sketch of the customs and society of Mexico : in a series of familiar letters ; and a journal of travels in the interior, during the years 1824, 1825, 1826</i> . London, Longman, 1828.
Linati, Claudio (1790-1832).	Italia	Pintor y litógrafo	Ca. 1825-1832	X	<i>Costumes civils, militaires et religieus du Mexique</i> , Bruselas, 1828 (Trajes civiles, militares y religiosos de México). <i>El Iris</i> , México (<i>El Iris: periódico crítico y literario</i>). Acuarelas y dibujos.
Waldeck, Fréderick Von (1766-¿?)	Francia	Pintor	1825-(¿?)		<i>Voyage pittoresque et archeologique dans la province d' Yucatan (America Centrale), pendant les annes 1834 et 1836</i> . París, 1838.
Robertson, Wm. Parish (¿?).	Escocia (¿?)	Colono	ca. 1825		<i>A visit to Mexico, by the West India islands, Yucatan and United States : with observations and adventures on the way</i> . London, Published for the author, 1853.
Sartorius, Carl Cristian (1796-1872)	Alemania	Colono y empresario.	1825-1872	X	<i>México. paisajes y bosquejos sobre la vida de un pueblo</i> , 1852; <i>México hacia 1850 o México y los mexicanos</i> (Reeditados posteriormente y traducidos al alemán y al inglés con ilustraciones de Jan Moritz Rugendas).

Hardy, Robert William Hale (¿?-1871)	Inglaterra	Aventurero	1825-1828	X	<i>Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828. Travels in the interior of Mexico, in 1825, 1826, 1827, & 1828.</i> London, H. Colburn and R. Bentley, 1829.
Tayloe, Edward Thornton (1803-1876).	Estados Unidos	Diplomático	1825-1828		<i>Mexico, 1825-1828; the journal and correspondence of Edward Thornton Tayloe.</i> Chapel Hill, University of North Carolina Press, ca. 1859.
Burkart, Joseph (1798-1874).	Alemania	Mineralogista	1825-1834		<i>Aufenthalt und reisen in Mexico in den jahren 1825 bis 1834. Bemerkungen über land, produkte, leben und sitten der einwohner und beobachtungen aus dem gebiete der mineralogie, geognosie, bergbaukunde, meteorologie, geographie etc.</i> Stuttgart, E. Schweizerbart, 1836.
Lichtenstein, Martin Hinrich (1780-1857).	Alemania.		ca. 1826.		<i>Carl Nicolaus Röding. Columbus: amerikanische Miscellen.</i> Vol. 1, Hamburgo, 1826. <i>Neuester Reisebericht aus Mexico. Nach den Mitteilungen des Herrn Professor Lichtenstein zu Berlin</i> (Último cuaderno de viaje desde México. De acuerdo con los informes del profesor Lichtenstein a Berlín)
Niles, John M. (1787-1856).	Estados Unidos	Abogado, editor	ca. 1826		<i>A view of South America and Mexico, comprising their history, the political condition, geography, agriculture, commerce, &c. of the republics of Mexico, Guatemala, Columbia, Peru, the United Provinces of South America and Chili, with a complete history of the revolution in each of these independent states.</i> New York, Subscribers, 1827.
Buschmann, Johann Eduard Karl (1805-1880)	Alemania.	Filólogo	1826-1827		<i>Über die aztekischen Ortsnamen (On Aztec place names; 1853). Die Spuren der aztekischen Sprache im nördlichen Mexiko und höhern amerikanischen Norden</i> (Traces of the Aztec language in northern Mexico and upper North America; 1859).
Berlandier, Jean Luis (ca. 1805-1851).	Francia	Naturalista y médico nacionalizado mexicano	1826-1851		<i>Journey to Mexico during the years 1826-1834.</i>
Lyon, George Francis (1795-1832).	Inglaterra	Explorador	1826		<i>Journal of a residence and tour in the Republic of Mexico in the year 1826.</i> London, J. Murray, 1826. London, J. Murray, 1826.

Muhlepfordt, Eduard.	Alemania	Matemático	1827-1834	X	<i>Versuch einer getreuen Schilderung der Republik Mejico.</i> Hannover, 1844. (Ensayo de una fiel descripción de la República de México. Referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística, con base en las mejores fuentes y las propias observaciones).
Beaufoy, Mark.	Inglaterra		1828-(¿?)		<i>Mexican Illustrations, Founded Upon Facts.</i> London, Carpenter and son, 1828.
Postl, Karl Anton (Charles Sealsfield) (1793-1864).	Austria	Periodista y escritor	1828-(¿?)		<i>Der Virey und die Aristokraten oder Mexiko im Jahre 1812</i> (1835).
Vischer, Lukas (1780-1840).	Suiza	Dibujante y coleccionista	1828-1827		Formó una importante colección de cerámica y escultura mesoamericana.
Nebel, Carl (1805-1855).	Alemania	Ingeniero, arquitecto y dibujante	1829-1834	X	<i>Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus interessante du Mexique . Par C. Nebel architecte. 50 planches lithographiées avec texte explicatif.</i> París, imprimé chez Paul Renouard, rue Garancière, no. 5, 1836.
Lundy, Benjamin (1789-1839).	Estados Unidos	Colono	1829-1830		<i>The life, travels, and opinions of Benjamin Lundy, including his journeys to Texas and Mexico, with a sketch of contemporary events, and a notice of the revolution in Hayti. Compiled under the direction and on behalf of his children.</i> Philadelphia, W. D. Parrish, 1847.
Beltrami, Giacomo Constantino (1779-1855).	Italia	Viajero, coleccionista y escritor	1830		<i>Le Mexique.</i> 1830.
Rivero, Luis Manuel del (¿?).	España	Abogado	1830-1841		<i>Méjico en 1842.</i> España, Imprenta y fundición de don Eusebio Aguado, 1844.
Fossey, Mathieu De. (¿?).	Francia	Colono y profesor	1830-1849	X	<i>Viaje a México,</i> México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844. <i>Le Mexique,</i> París, 1857 (versión completa ilustrada). <i>Le Mexique,</i> París, H. Plon, 1857 (no ilustrada).
Koppe, Carl Wilhelm (1777-1837).	Prusia	Cónsul General de Prusia en México nombrado en 1829	1831- ca. 1832		<i>Mexicanische zustände aus den jahren 1830 bis 1832. Vom verfasser der "Briefe in die heimath, geschrieben zwischen october 1829 und märz 1830, während einer reise über Frankreich, England und die Vereinigten Staaten von Nordamerica nach Mexico ..."</i> Stuttgart, J. G. Cotta, 1837. <i>Cartas a la patria : dos cartas alemanas sobre el México de 1830.</i> México, UNAM, 1950.

Egerton, Daniel Thomas (1797-1842).	Inglaterra	Pintor y grabador	1831-1837 y 1841-1842	X	<i>Egerton's Views in Mexico</i> , Londres, 1840.
Gros, Jean Baptiste Louis (1793-1831).	Francia	Fotógrafo y diplomático	1831-(¿?)		Hizo pintura de paisajes (destacan sus vistas de Patzcuaro, Teotihuacan, las grutas de Cacahuamilpa, el lago de Texcoco, etc.) y tomó daguerrotipos.
Francois Mathurin Adalbert, Barón de Courcy.	Francia (¿?)		1831-1833		Album con 51 trabajos de México y el Caribe, paisajes principalmente.
Rugendas, Juan Mauricio (1802-1858).	Alemania	Pintor y dibujante	1831-1834	X	Óleos, acuarelas y grabados.
Charpenne, Pierre (1810-1893).	Francia	Viajero	1831-(¿?)		<i>Mon voyage au Mexique, ou Le colon du Guazacoalco</i> . Paris, Roux, 1836, 2v.
Becher, Carl Christian (¿?).	Alemania	Empresario	1832 y 1833		<i>Mexico in den ereignissvollen Jahren 1832 und 1833 und die Reise hin und zurück...</i> Hamburgo, 1834 (<i>Cartas sobre México. La República Mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833</i>).
Gualdi, Pedro (1808-1857).	Italia	Arquitecto y dibujante	1835-1852	X	<i>Monumentos de México, así como Monumentos arquitectónicos y perspectivas de la ciudad de México</i> . México, 1841.
Latrobe, Charles Joseph (1801-1875).	Inglaterra	Escritor y político	1835-(¿?)		<i>The Rambler in Mexico</i> . MDCCCXXXIV. Mexico, Harper & brothers, 1836.
Washington, Irving (1783-1859).	Estados Unidos	Escritor	1835-(¿?)		Viajó con Latrobe.
Michaud, Julio (1807-¿?).	Francia	Comerciante de imágenes, se establece en México en 1837	1837	X	Surtía estampas a diversas publicaciones como <i>El Mosaico Mexicano</i> , <i>El Almacén Universal</i> , y <i>El Diario de los Niños</i> , de Manuel González. Después de la invasión estadounidense, los socios Michaud y Thomas emprenden la edición de dos obras monumentales: <i>El Álbum mexicano</i> , retratos de los personajes más ilustres de la primera y segunda época de la independencia mexicana (1843) y el conocido <i>Álbum pintoresco de la República Mexicana</i> (1850).
Barinetti, Carlo (¿?).	Italia		1838-(¿?)		<i>A voyage to Mexico and Havana; including some general observations on the United States</i> . New-York, Printed for

					the author by C. Vinton, 1841.
Löwenstern, Isidore (¿?).	Austria	Comerciante	1838		<i>Le Mexique. Souvenirs d' un voyageur.</i> París, Arthus Bertrand, 1843.
Stephens, John L. (1805-1852) y Frederick Catherwood (1799-1854)	Estados Unidos e Inglaterra	El primero fue explorador, escritor y diplomático estadounidense, el segundo fue explorador, dibujante, arquitecto y fotógrafo inglés	1839-(¿?)		<i>Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan</i> , 1841, traducido al español por Justo Sierra O'Reilly como: <i>Incidentes de viaje en Yucatán</i> , Vols. 1 y 2 (1843). Catherwood publicó <i>Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan</i> , en 1844, y <i>Incidentes del viaje a América Central</i> en 1854.
Erskine Inglis, Frances (Fanny Calderón de la Barca) (1806-1882).	Escocia, Estados Unidos	Esposa del primer ministro español en México después de la Independencia	1839-1842	X	<i>Life in Mexico during a residence of two years in that country</i> , Boston, Charles C. Little and James Brown, 1843 y Londres 1843.
Friedrichsthal, Emanuel (1809-1842).	Austria	Naturalista	1840-1841		<i>Les Monuments de L'Yucatán</i> , en: <i>Nouvelles Annales des Voyages et des Sciences Géographiques</i> . París, 1841, Tomo 92, pp. 291–314. Tomó los primeros daguerrotipos sobre los yacimientos arqueológicos mayas.
Phillips, John y Alfred Rider (¿?).	Inglaterra	Phillips fue un empresario minero y Rider fue un litógrafo	Phillips en 1840 y Rider 1844 y 1845	X	<i>Mexico illustrated in twenty six drawings.</i> Londres, 1848.

Zamacois, Niceto de (1820-1885).	España	Escritor, se estableció en México en 1840	1840 y 1860		<i>El jarabe</i> (1861), <i>El capitán Rossi</i> (1860), <i>El mendigo de San Ángel</i> (1865), <i>Los misterios de México</i> (1850) y <i>México y sus alrededores</i> (1855-1856). Colaboró junto con Hilarión Frías y Soto e Ignacio Ramírez entre otros en la publicación litográfica costumbrista <i>Los mexicanos pintados por sí mismos</i> , obra colectiva compuesta por 33 artículos escritos. Colabora en <i>Irurac-bat</i> y en <i>El Museo Universal</i> , este último donde publica una serie de descripciones similares a las de <i>México y sus alrededores</i> , incluyendo descripciones sociales como las de los indígenas y habitantes del estado de Guerrero. En 1860 regresa una vez más a México. Colaboró en diversos periódicos como <i>El Cronista</i> , <i>La Sociedad Mercantil</i> , <i>El Siglo XIX</i> y en <i>La Colonia Española</i> .
Portilla, Anselmo de la (1816-1879).	España	Escritor y periodista que llegó a México en 1840	1840		Colaboró en <i>La Voz de la Religión</i> y <i>El Espectador de México</i> . En 1850 fundó el periódico <i>El Español</i> . México en 1856 y 1857. <i>Gobierno del general Comonfort</i> .
Mayer, Brantz (1809-1879).	Estados Unidos	Escritor	1841-1842	X	<i>Mexico, Aztec, Spanish and Republican : a historical, geographical, political, statistical and social account of that country from the period of the invasion by the Spaniards to the present time, with a view of the ancient Aztec empire and civilization, a historical sketch of the late war, and notices of New Mexico and California</i> . Hartford, S. Drake, 1852. <i>Mexico as it was and as it is: by Brantz Mayer</i> . Philadelphia, G. B. Zieber & company, 1847.
Thompson, Waddy (1798-1868).	Estados Unidos	Político, ministro en México	1842-1844		<i>Reollections of Mexico</i> . New York & London, Wiley and Putnam, 1846.
Gilliam, Albert M (ca. 1804-1859).	Estados Unidos	Cónsul de Estados Unidos en San Francisco	1843-1844		<i>Travels over the table lands and cordilleras of Mexico. During the years 1843 and 44; including a description of California ... and the biographies of Iturbide and Santa Anna</i> . Philadelphia, J. W. Moore, 1846. <i>Travels in Mexico, during the years 1843 and 44: including a description of California, the principal cities and mining districts of that republic; the Oregon Territory, etc</i> . Aberdeen, G. Clark and Son, 1847.

Seiffart, Ferdinand (¿?).	Prusia	Cónsul General de Prusia en México	1844-1845		Memorandum sobre la situación política y económica de México, 1850.
Heller, Karl B. (1824-1880).	Imperio austriaco		1845-1848		<i>Reisen in Mexiko in den Jahren 1845-1848.</i> Leipzig, W. Engelmann, 1853.
Ruxton, George (1821-1848) y Frederick Augustus, (1820-1848).	Inglaterra	Exploradores	ca. 1846		<i>Adventures in Mexico and the Rocky Mountains.</i> New York, Harper & brothers, 1848.
Biar, Lucien (1828-1897).	Francia	Científico y literato	1846-1865		<i>Escenas de la vida mexicana</i> , 2 v. 1862 y 1866. <i>La terre tempérée: scenes de la vie mexicaine.</i> Paris, J. Hetzel, 1866. Poemas y relatos costumbristas en la <i>Revue des Deux-Mondes</i> .
Brackett, Albert G. (1829-1886).	Estados Unidos	Militar	Ca. 1846-1848		<i>General Lane's brigade in central Mexico.</i> By Albert G. Brackett ... Cincinnati, H. W. Derby & Co., 1854.
Engelmann, Afolph (1825-1890).	Bávaro que emigró a Estados Unidos de niño.	Militar	Ca. 1846-1848		Cartas.
Furber, George C. (¿?).	Estados Unidos	Militar	Ca. 1846-1848		<i>The twelve months volunteer, or, Journal of a private, in the Tennessee regiment of cavalry, in the campaign, in Mexico, 1846-7...</i>
Wise, H. A. (1819-1869).	Estados Unidos	Militar	Ca. 1846-1848		<i>Los gringos or, an inside view of Mexico and California : with wandering in Peru, Chili, and Polynesia.</i> New York, Baker and Scribner, 1849.
Grone, Carl von (¿?).	Prusia	Militar	Ca. 1846-1848		<i>Briefe über Nord-Amerika und Mexiko und den zwischen beiden gerührten krieg.</i> 1850.
Sherry, Richard M. (1817-1885).	Estados Unidos	Médico militar	1847		<i>EL PUCHERO: A MIXED DISH FROM MEXICO: Embracing General Scott's Campaign, with Sketches of Military Life in Field and Camp, of the Character of the country, manners and ways of the people, etc.</i> Philadelphia, Lippincott, Grambo & co., 1850.

Brasseur de Bourbourg, Etienne Brasseur (¿?).	Francia	Sacerdote	1848, 1859, 1865		<i>Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale.</i> París, 1857-59, 4 vols; <i>Voyage sur l'Isthme de Tehuantepec dans l'état de Chiapas et la République de Guatémala, 1859 et 1860.</i> París, 1861; <i>Sommaire des voyages scientifiques et des travaux de géographie, d'histoire, d'archéologie et de philologie américaines.</i> Saint-Cloud, 1862; <i>Monuments anciens du Mexique.</i> París, 1866; <i>Quatre Lettres sur le Mexique.</i> París, 1868. También publicó en París el <i>Popol Vuh, Grammaire Quiché et le drame de Rabinal Achí, Relation des choses du Yucatan de Diego de Landa, Manuscrit Troano, étude sur le système graphique et la langue des Mayas y Bibliothèque Mexico-guatémaliense.</i>
Domenech, Emmanuel (ca. 1825-1886).	Francia	Religioso.	Ca. 1848-1852 y en 1861		<i>Le Mexique tel qu'il est; la vérité sur son climat, ses habitants et son gouvernement, par Emmanuel Domenech.</i> París, E. Dentu, 1867. <i>Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique.</i> París, Gaume frères, 1857.
Mason, R. H. (¿?).	Inglaterra		1848-1849		<i>Pictures of life in Mexico.</i> London, Smith, Elder and Co., 65, Cornhill, 1852, 2 v.
Fröbel, Julius (1805-1893).	Suiza (¿?)	Periodista y escritor	1849-(¿?)		<i>À travers l'Amérique, par Julius Froebel.</i> Bruxelles, A. Lacrois, Verbockhoven et cie, 1861.
Gauthier, Leon (¿?).	Francia	Pintor	1849-1856		Diario de Viaje.
Hegi, Johann Salomon (1814-1896).	Suiza	Pintor	1849-1860	X	Acuarelas y dibujos.
Ferry, Gabriel (1809-1852).	Francia	Escritor			<i>Escenas de la vida mexicana en 1825; Impressions de voyages et aventures dans le Mexique, la Haute Californie et les régions de l'or, 1851.</i> Varias novelas y otros textos que no tratan sobre la ciudad de México.
Pingret, Edouard (1778-1875).	Francia	Pintor y litógrafo	1850-1855	X	Óleos.
Ampère, Jean-Jaques (1800-1864).	Francia	Filólogo e historiador	1851		<i>Promenade en Amérique; États-Unis--Cuba--Mexique.</i> París, Michel Lévy frères, 1855.

Tempsky, Gustavus Ferdinand Von (1828-1868).	Polonia	Artista y aventurero. Parte del servicio de inteligencia inglés	1853-1855		<i>Mitla: Una narración de incidentes y aventuras personales en un viaje por México, Guatemala y el Salvadore en los años de 1853 a 1855 con observaciones sobre el modo de vida de esos países (1858).</i>
Vigneaux, Ernest (¿?).	Francia	Abogado que llegó a México con una expedición para declarar la independencia de Sonora	1854-1855.		<i>Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique, 1854-1855. Paris, L. Hachette et cie, 1863.</i>
Roy, J.-J.-E. (1794-1871?).			1854		<i>Excursion d'un touriste au Mexique pendant l'année 1854. Tours, Mame et cie., 1867.</i>
Burnet Tylor, Edward (¿?).	Inglaterra	Viajero y etnólogo	1856		<i>Anahuac; o Mexico and the mexicans, ancient and modern. London, Longman and Roberts, 1861.</i>

FUENTES CONSULTADAS.

1. Acervos.

- Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCM).
- Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, México.
- Biblioteca Justino Fernández, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.
- Biblioteca Rafael García Granados, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- Biblioteca Ernesto de la Torre Villar, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Fondo Reservado de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, SHCP.

2. Hemerografía.

- *Primaria.*

La Ilustración Mexicana, México, Ignacio Cumplido, 1851, vol. I.

El Iris. Periódico crítico y literario por Linati, Galli y Heredia. Ed. facsimilar, introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, UNAM- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1986, tomo 1.

El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas, México, Ignacio Cumplido, 1844, vol. III.

- *Secundaria.*

AGUILAR OCHOA, Arturo, "Aventura visual de un pintor viajero", en: *Carl Nebel. Pintor viajero del siglo XIX. Artes de México*. México, Artes de México, no. 80, pp. 8-19.

----- "Los inicios de la litografía en México: El periodo oscuro (1827-1837)", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. XXIX, no. 90, 2007, pp. 65-100.

----- "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)", en: *Anales del instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. XXII, no. 76, 2000, pp. 113-142.

- ANÓNIMO, "Daniel Thomas Egerton. Su reciente exposición. El proceso sobre su muerte", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VI, no. 23, 1955, pp. 81-100.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clemente, "Viaje a México (1844)", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. XIII, no. 50, 1982, pp. 159-199.
- DIENER, Pablo, "El México pintoresco", en: *Carl Nebel. Pintor viajero del siglo XIX. Artes de México*. México, Artes de México, no. 80, pp. 34-47.
- "Lo pintoresco como categoría estética en el arte de viajeros. Apuntes para la obra de Rugendas", en: *Historia*. Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. II, no. 40, julio-diciembre de 2007, pp. 285-309.
- FERNÁNDEZ, Justino, "El atlas de la obra de Bullock", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VI, no. 24, 1956, pp. 23-33.
- "Una pintura desconocida de la Plaza Mayor de México", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. V, no. 17, 1949, pp. 27-39.
- GORTARI RABIELA, Hira de, "La ciudad de México de finales del siglo XVIII: un diagnóstico desde la «ciencia de la Policía»" en: *Historia Contemporánea. Historia Urbana*. España, Universidad del País Vasco, no. 24, 2002-1, pp. 115-135.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, "La arqueología mesoamericana en la obra de Nebel", en: en: *Carl Nebel. Pintor viajero del siglo XIX. Artes de México*. México, Artes de México, no. 80, pp. 20-33.
- MAYER, Roberto L., "Los dos álbumes de Pedro Gualdi", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VIII, no. 69, 1996, pp. 81-102.
- MEYER, Jean, "Los franceses en México durante el siglo XIX", en: *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. México, El Colegio de Michoacán, vol. 1, no. 2, primavera 1980, pp. 5-54.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, "México visto por los pintores extranjeros del siglo XIX"; en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, UNAM-IIE, vol. VII, no. 28, 1959, pp. 33-46.
- SCHMITT, Jean-Claude, "El historiador y las imágenes", en: *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. México, Colegio de Michoacán, vol. XX, no. 77, invierno de 1999, pp. 16-47

TYLER, Ron, "Un libro estadounidense: The war between the United States and Mexico, Illustrated", en: *Carl Nebel. Pintor viajero del siglo XIX. Artes de México*. México, Artes de México, no. 80, pp. 48-59.

3. Bibliografía.

- *Primaria.*

ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Guía de forasteros y repertorio de Conocimientos útiles*. Edición facsimilar de la de 1852 en la imprenta de I. Cumplido, c. de los rebeldes no. 2. México, Instituto Mora, 2006.

ARRÓNIZ, Marcos, *Manual del viajero en Méjico, ó Compendio de la historia de la ciudad de Méjico con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc. y con el plan de dicha ciudad*. París, Librería de Rosa y Bouret, 1858.

BULLOCK, William, *Seis meses de residencia y viajes en México. Con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España. Sus producciones naturales. Condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.* Ed. y estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983.

----- *Description of a view of the city of Mexico and surrounding country now exhibiting in the Panorama, Leicester Square. Painted by the proprietors J. and R. Burford, from drawings taken in the summer of 1823 brought to the Country by Mr. W. Bullock*. London, J. and C. Adlard, 1826.

CALDERÓN DE LA BARCA, Frances, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. 14 ed., estudio introductorio de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 2010, [s. p.] ("Sepan Cuantos...", 74).

CASTILLO VELASCO, José M. del, *Colección de Bandos, disposiciones de policía y reglamentos municipales de administración del Distrito Federal*. México, Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero, calle San Juan de Letrán no.3, 1869.

Causa célebre contra los asesinos de don Florencio Egerton y doña Inés Edwards. Extracto de la original. Danla a luz los editores del Observador Judicial. México, Impreso por Leandro J. Valdés, calle de la Cazuela n. 3, en la alcaicería, 1844.

Colección de las Leyes y Decretos espedidos por el Congreso General de los Estados-Unidos Mexicanos. En los años de 1831 y 1832. México, Juan Ojeda, Puente de Palacio y Flamencos no. 1, 1833.

Documentos para la historia de la litografía en México. Recopilación de Edmundo O'Gorman y un estudio de Justino Fernández. México, UNAM-IIE-Imprenta Universitaria, 1955 (Estudios y fuentes del Arte en México, 1).

DUBLÁN, Manuel y José María Lozano, *Legislación Mexicana ó colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República.* México, Imprenta del Comercio, 1876, t. 2.

EGERTON, Daniel Thomas, *Egerton en México 1830-1842. Reproducción de la edición del autor con sus textos originales y otras obras aisladas.* México, Cartón y Papel, 1976.

FOSSEY, Mathieu de, *Viaje a México.* Estudio introductorio de José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, 1994.

HEGI, Johann Salomon, *Hegi. La vida en México (1849-1858).* México, BANCRESER, 1989.

Instrucción para el gobierno económico-político, de los Ayuntamientos constitucionales del reino, leyes y decretos vigentes sobre su formación. Barcelona, Imprenta de Manuel Sauri, 1840.

LADRÓN DE GUEVARA, Baltazar, "Discurso sobre la policía en México", en: Sonia Lombardo de Ruiz (Coord). *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la Ilustración.* México, INAH, 1982.

LINATI, Claudio, *Acuarelas y litografías.* Prólogo de José N. Iturriaga de la Fuente, México, Grupo Financiero INBURSA, 1993.

----- *Trajes civiles, militares y religiosos de México (1828).* Introducción, estudio y traducción de Justino Fernández, México, UNAM-IIE, 1956.

Memoria Economica de la Municipalidad de Mexico, formada de orden del Exmo. Ayuntamiento, por una comision de su seno en 1830. México, Imprenta de Martín Rivera, a cargo de Tomás Uribe, Calle cerrada de Jesús no. 1, 1830.

Los mexicanos pintados por si mismos. Obra escrita por una sociedad de literatos. México, Símbolo, 1946, de la edición de 1854 de la Imprenta de M. Murguía y comp., Portal del Águila de Oro.

México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes. México, Establecimiento litográfico de Decaen, Editor, Portal del Coliseo Viejo, 1855 y 1856.

MÜHLENPFORDT, Eduard, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística. Con base en las mejores fuentes y las propias observaciones de Eduard Mühlenpfordt Director del Departamento de Obras de la Mexican Company*

y posteriormente *Director de Caminos del estado de Oaxaca*. Traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias, México, Banco de México, 1993, 2 t.

NEBEL, Carl, *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus interesante du Mexique*. Par C. Nebel architecte. 50 planches lithographiées avec texte explicatif. París, imprimé chez Paul Renouard, rue Garancière, no. 5, 1836.

Ordenanza de la division de la nobilísima ciudad de México en quarteles, creación de los alcaldes de ellos, y reglas de su gobierno: dada y mandada observar por el Exmo señor don Martin de Mayorga, Virrey, Gobernador y Capitan General de esta Nueva España. México, Herederos de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, 1793.

OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia de la ciudad de México. Desde su fundación hasta 1854. Selección de sus trabajos en el Diccionario Universal de Historia y Geografía (1854)*. México, SEP, 1973.

ORTIZ DE AYALA, Tadeo, *México considerado como nación independiente y libre*. Edición facsimilar de 1832, México, INEHRM, 1987.

PHILLIPS, John, *México Ilustrado*. Reproducción Facsimilar de la primera edición (Londres, 1848), prólogo de José N. Iturriaga, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1994.

PRIETO, Guillermo, *Actualidades de la semana 1*. México, CONACULTA, 1996 (Obras completas XIX).

----- *Cuadros de Costumbres 1. Obras completas II*. México, CONACULTA, 1993

Reglamento para los mercados de México. Edición facsimilar de la impresión de Felipe de Zúñiga y Ontiveros de 1791, México, Bibliófilos Mexicanos, 1976.

RODRÍGUEZ DE SAN MIGUEL, Juan, *Manual de providencias económico-políticas para uso de los habitantes del Distrito Federal*. México, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena No. 2, 1834.

SARTORIUS, Carl Christian, *México hacia 1850*. Estudio introductorio de Brígida Von Mentz, México, CONACULTA, 1990.

WARD, H. G., *México en 1827*. Estudio preliminar de Maty F. de Sommer, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

- **Secundaria.**

AGUILAR OCHOA, Arturo, "Carlos Nebel en México (1828-148)", en: Karl Kohut, Alicia Mayer, Et. Al., *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México, CIESAS-UNAM-Herder-Universidad Iberoamericana-Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 73-89.

ARECHAVALA TORRESCANO, María del Carmen de, "Visión femenina y masculina de la indumentaria decimonónica a través de la literatura y las artes: Claudio Linati, Madame Calderón de la Barca y Manuel Payno". Tesis de maestría en Historia del Arte, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2008.

ARROM, Silvia Marina, *Las mujeres de la ciudad de México. 1790-1857*. México, Siglo XXI, 1988.

BARBOSA CRUZ, Mario, *El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la ciudad de México a comienzos del siglo XX*. México, El Colegio de México-UAM Cuajimalpa, 2008.

BARTRA, Roger, *El salvaje en el espejo*. México: UNAM-ERA, 1992.

BEASCOECHEA GANGOITI, José María, Et. Al., *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*. España, Universidad del País Vasco-Universidad Autónoma de Puebla, 2006.

BONO LÓPEZ, María, "Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca y el mundo indígena Mexicano", en: Manuel Ferrer Muñoz (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 155-160.

BURKE, Peter, *¿Qué es historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006.

----- *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, Crítica, 2001.

CELIS DE LA CRUZ, Martha, "La propiedad literaria: el caso Carlos Nebel contra Vicente García Torres (1890)", en: Suárez de la Torre, Laura (Coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora-UNAM, 2001, pp. 489-504.

COLLADO, María del Carmen (Coord.), *Miradas recurrentes II. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*. México, Instituto Mora-UAM, 2004.

COVARRUBIAS, José Enrique, "Carl Christian Sartorius y su comprensión del indio dentro del cuadro social mexicano", en: Manuel Ferrer Muñoz (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un*

estado-nación o un mosaico plurinacional?, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 217-236.

----- "La situación social e histórica del indio mexicano en la obra de Eduard Mühlenpfordt", en: Manuel Ferrer Muñoz (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 95-116.

----- *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social.* México, UNAM-Instituto Mora, 1998.

CRAMAUSSEL, Chantal, "Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862", en: Javier Pérez Siller (coord.), *México Francia: Memoria de una sensibilidad común. Siglos XIX-XX.* México, Benemérita Universidad de Puebla-El Colegio de San Luis A. C.-CEMCA, 1998, pp. 333-363.

----- "Pintores franceses en México durante la primera mitad del siglo XIX", en: Chantal Cramaussel y Delia González (Ed.), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX.* México, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. 1, pp. 157-178.

CRAMAUSSEL, Chantal y Delia González (Ed.), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX.* México, El Colegio de Michoacán, 2007, 2 vol.

CUADRIELLO, Jaime, "Los jeroglíficos de la Nueva España", en: *Juegos de ingenio y agudeza: La pintura emblemática de la Nueva España, Museo Nacional de Arte. Noviembre 1994-febrero 1995.* México, Ediciones del equilibrista-Turner libros, 1994, pp. 84-113.

DIENER PABLO, "El perfil del artista viajero en el siglo XIX", en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México.* México, Fomento Cultural Banamex, 1996, pp. 63-87.

----- "Johann Salomon Hegi (1814-1896)", en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México.* México, Fomento Cultural Banamex, 1996, pp. 91-94.

DIENER, Pablo y Catherine Manthorne, *Rugendas. Imágenes de México.* México, Museo Nacional de Historia, 1994.

ELLIOTT, J. H., "De Bry y la imagen europea de América", en: *Teodoro de Bry, América de Bry (1590-1634).* 3ª ed. España: Ciruela, 1997, pp. 7-13.

ESPARZA LIBERAL, María José y Fernández de García-Lascurain, Isabel, *La cera en México. Arte e historia.* México, Fomento Cultural BANAMEX, 1994.

ESTRADA DE GERLERO, Elena Isabel, "La Reforma borbónica y las pinturas de castas novohispanas", en: Elena Estrada de Gerlero (Ed.), *XVI Coloquio*

internacional de Historia del Arte. El arte y la vida cotidiana. México, UNAM, 1995, pp. 217-252.

ESTRADA DE GERLERO, Elena Isabel (Ed.), *XVI Coloquio internacional de Historia del Arte. El arte y la vida cotidiana.* México, UNAM, 1995.

FANTECHI, Francesco, *Claudio Linati. La vida aventurera de un revolucionario europeo del siglo XIX que introdujo la litografía a México y se involucró en sus afanes republicanos.* México, UNAM-ENAP, 2010.

FERRER MUÑOZ, Manuel, "Mathieu de Fossey: su visión del mundo indígena mexicano", en: Manuel Ferrer Muñoz (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 117-154.

FERRER MUÑOZ, Manuel (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002.

FOWLER, Will, *Santa Anna.* México, Universidad Veracruzana, 2010.

GAMBOA RAMÍREZ, Ricardo, "Abasto, mercados y costumbres alimentarias en la Ciudad de México (1800-1850)", en: María Dolores Morales y Rafael Mas (Coords.), *Continuidades y rupturas urbanas en los siglos XVIII y XIX. Un ensayo comparativo entre México y España. Memoria del segundo Simposio Internacional sobre historia del centro histórico de la ciudad de México.* México, Gobierno del Distrito Federal, 2000, pp. 427-443.

GARCÍA RUBIO, Fabiola, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México: la mirada de Carl Nebel.* México, Instituto Mora, 2002.

GARCÍA SÁIZ, María Concepción, *Las Castas Mexicanas. Un género pictórico americano.* Milán, Italia, Grafiche Milani-Olivetti, 1990.

GAYÓN CÓRDOVA, María, *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX.* México, Dirección de Estudios Históricos del INAH, 1988.

----- "Extranjeros en la ciudad de México en 1848", en: Delia Salazar Anaya (Coord.), *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910.* México, INAH-CONACULTA-Plaza y Valdés, 2002, pp. 137- 161.

GOMBRICH, Edmundo, *Los usos de las imágenes, estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual.* México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

- GONZÁLEZ, María del Refugio, *El derecho civil en México. Apuntes para su estudio*. México, Instituto de Investigaciones Jurídicas–UNAM, 1988 (Serie C. Estudios Históricos, 25).
- GONZÁLEZ ANGULO AGUIRRE, Jorge, “Los inmigrantes en la ciudad de México en 1811”, en: Delia Salazar Anaya (Coord.), *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910*. México, INAH-CONACULTA-Plaza y Valdés, 2002, pp. 99-136.
- GONZÁLEZ CRUZ, Víctor Hugo, "La distribución de las tiendas misceláneas y sus transacciones mercantiles. El comercio menudo de la ciudad de México, 1750-1804". Tesis de licenciatura en Historia, Instituto Mora, México, 2013.
- GORTARI RABIELA, Hira de, “Capitalidad y centralidad: ciudades novohispanas y ciudades mexicanas (1786-1835)”, en: *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*. España, Universidad del País Vasco-Universidad Autónoma de Puebla, 2006, pp. 373-392.
- "Política y administración en la ciudad de México. Relaciones entre el Ayuntamiento y el gobierno del Distrito Federal y el departamental: 1824-1843", en: Hernández Franyuti, Regina (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. México, Instituto Mora, 1998, t. 2, pp. 166-183.
- GORTARI RABIELA, Hira de y Regina Hernández Franyuti. *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*. México, DDF-Instituto Mora, 1988.
- *Memoria y encuentros: la ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. México, Instituto Mora-Departamento del Distrito Federal, 1988, t. 2.
- GRANILLO VÁZQUEZ, Lilia (Coord.), *Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria*. México, UAM Azcapotzalco-Gernika, 1993 (Ensayos, 39).
- GRESLE-PAULIGNY, Dominique, “La imagen de la ciudad de México en la historiografía francesa del siglo XIX. Evolución, resurgimiento y permanencia de la representación”, en: Chantal Cramaussel y Delia González (Ed.), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*. México, El Colegio de Michoacán, 2007, 2 vol., pp. 145-155.
- GUERRA, François-Xavier, Et. Al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México, Fondo de Cultura Económica-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.
- HERNÁNDEZ FRANYUTI, Regina (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. México, Instituto Mora, 1998, t. 2.

Historia del arte mexicano. México, SEP-INBA-Salvat, 1982.

Historia General de México. México, El Colegio de México, 2000.

HOLL, Frank, "El viaje mexicano de Alejandro de Humboldt", en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996, pp. 51-61.

IBÁÑEZ CERÓN, Eduardo Edmundo y Ferrer Muñoz, Manuel, "La República Mexicana y sus habitantes indígenas contemplados por Henry George Ward, encargado de negocios de su majestad británica en México, 1825-1827", en: Manuel Ferrer Muñoz (Coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, vol. 1, pp. 45-77.

ITURRIAGA DE LA FUENTE, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI al XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 5 vol.

JIMÉNEZ CODINACH, Guadalupe, "La Europa aventurera", en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996, pp. 39-50.

Juan Mauricio Rugendas. México, INBA, Catálogo de Exposición, 1959.

Juan Mauricio Rugendas en México. Viaje pintoresco: 1831-1834. México, Museo Nacional de Historia, Catálogo de Exposición, 1986.

Juegos de ingenio y agudeza: La pintura emblemática de la Nueva España, Museo Nacional de Arte. Noviembre 1994-febrero 1995. México, Ediciones del equilibrista-Turner libros, 1994.

KATZEW, Ilona, *La pintura de castas. Representaciones raciales en el México del siglo XVIII*. Singapur, CONACULTA-TURNER, 2004.

KICZA, John E., *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los borbones*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

KING, Jonathan, "William Bullock: Showman", en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996, pp. 117-125.

KOHUT, Karl, Alicia Mayer, Et. Al., *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México, CIESAS-UNAM-Herder-Universidad Iberoamericana-Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010.

La ciudad contemporánea, espacio y sociedad. España, Universidad del País Vasco-Universidad Autónoma de Puebla, 2006.

La plástica en el paso de la colonia al México independiente. México, INEHRM, 1985 (Cuadernos Conmemorativos, 57).

LADRÓN DE GUEVARA, Baltazar, "Discurso sobre la policía en México", en: Sonia Lombardo de Ruiz, *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la Ilustración.* México, INAH, 1982.

LAU JAIVEN, Ana, "Retablo costumbrista: vida cotidiana y mujeres durante la primera mitad del siglo XIX mexicano según viajeros anglosajones", en: Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX.* México, Instituto Mora, 1998, t. 2., pp. 365-410.

LIDA, Clara E. y Sonia Pérez Toledo (Comp.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX.* México, UAM Iztapalapa-Porrúa, 2001 (Biblioteca Signos, 10).

LIRA, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919.* México, El Colegio de México- El Colegio de Michoacán-CONACYT, 1983.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia (Coord.), *Atlas histórico de la ciudad de México.* México, CONACULTA-INAH-SMURFIT Cartón y Papel, 1996.

----- *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la Ilustración.* México, INAH, 1982.

----- *El impacto de las Reformas Borbónicas en la estructura de las ciudades. Un enfoque comparativo. Memoria del 1 Simposio Internacional sobre historia del Centro Histórico de la Ciudad de México.* México, Gobierno de la Ciudad de México, 2000.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia, "Los migrantes externos en la ciudad de México en 1790", en: en: Delia Salazar Anaya (Coord.), *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910.* México, INAH-CONACULTA-Plaza y Valdés, 2002, pp. 51-98.

LONG TOWELL, Janet y Amalia Attolini (Coords.), *Caminos y mercados de México.* México, UNAM-INAH, 2009.

LÓPEZ ROSADO, Diego, *Historia del peso mexicano.* México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

----- *Los mercados de la ciudad de México.* México, UNAM, 1982.

LÖSCHNER, Renate y Xavier Moyssén, *El mundo luminoso de Rugendas.* México, Cartón y Papel, 1985.

- MAYER, Roberto L., "¿Quiénes fueron John Phillips y Alfred Rider?", en: *México Ilustrado. Mapas, planos, grabados e ilustraciones de los siglos XVI al XIX*. México, Fomento Cultural BANAMEX, 1994, pp. 13-21.
- MENTZ DE BOEGE, Brígida Von, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*. México, UNAM, 1982.
- México ilustrado por Europa. Del Renacimiento al Romanticismo*. México, Catálogo de exposición en el Palacio de Iturbide, marzo-junio de 1983.
- México Ilustrado. Mapas, planos, grabados e ilustraciones de los siglos XVI al XIX*. México, Fomento Cultural BANAMEX, 1994.
- MIÑO GRIJALVA, Manuel, *El mundo novohispano. Población, ciudades y economía, siglos XVII y XVIII*. México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2001.
- MONCADA GONZÁLEZ, Gisela, "Políticas de abasto de alimentos en la ciudad de México en los albores de la guerra de Independencia 1810-1812", en: Janet Long Towell y Amalia Attolini (Coords.), *Caminos y mercados de México*. México, UNAM-INAH, 2009, pp. 469-488.
- MONNET, Jérôme y Juliette Bonnafe (Coords.), *Memoria del Seminario el ambulante en la Ciudad de México*. México, UNAM-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2005.
- MORALES, María Dolores y Rafael Mas (Coords.), *Continuidades y rupturas urbanas en los siglos XVIII y XIX. Un ensayo comparativo entre México y España. Memoria del segundo Simposio Internacional sobre historia del centro histórico de la ciudad de México*. México, Gobierno del Distrito Federal, 2000
- MOYA PALENCIA, Mario, *El México de Egerton. 1831-1842*. 2a ed., México, Porrúa, 1994.
- "El México de Egerton (1831-1842)", en: *Viajeros europeos del siglo XIX en México*. México, Fomento Cultural Banamex, 1996, pp. 88-90.
- O'GORMAN, Edmundo, *Historia de las divisiones territoriales de México*. 10ª ed., México, Porrúa, 2007.
- *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- OLIVARES CHÁVEZ, Anabel, "Algo más que un vestido: La china poblana en el siglo XIX (1830-1860).", Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2007.

- OLVERA RAMOS, Jorge, "El Baratillo de la Plaza Mayor: La crítica ilustrada al comercio tradicional", en: Sonia Lombardo de Ruiz (Coord.), *El impacto de las Reformas Borbónicas en la estructura de las ciudades. Un enfoque comparativo. Memoria del 1 Simposio Internacional sobre historia del Centro Histórico de la Ciudad de México*. México, Gobierno de la Ciudad de México, 2000, pp. 381-392.
- *Los mercados de la Plaza Mayor en la ciudad de México*. México, Cal y Arena, 2007.
- "Los puestos de noche' de la Plaza Mayor: reglamentación y permanencia de la venta nocturna", en: María Dolores Morales y Rafael Mas (Coords.), *Continuidades y rupturas urbanas en los siglos XVIII y XIX. Un ensayo comparativo entre México y España. Memoria del segundo Simposio Internacional sobre historia del centro histórico de la ciudad de México*. México, Gobierno del Distrito Federal, 2000, pp. 419-427.
- ORTEGA Y MEDINA, Juan A., *Imagología del bueno y del mal salvaje*. México, UNAM, 1987.
- *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México, UNAM-IIH, 1987. (Historia Moderna y Contemporánea, 18).
- ORTIZ MACEDO, Luis, *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*. México, Fomento Cultural Banamex, 1989.
- *Édouard Pingret pintor romántico del siglo XIX*. México, CONACULTA, 2004.
- La colección de arte del Banco Nacional de México. Un legado a la cultura mexicana. Siglos XVII-XX*. México, Fomento Cultural Banamex, 1983.
- PARDO H, Claudia, *Los españoles y el comercio en la ciudad de México*. México, UAM-Iztapalapa, 2008 (Cuadernos de Historia Empresarial).
- PERALTA FLORES, Araceli, "El canal, puente y garita de la Viga", en: Janet Long Towell y Amalia Attolini (Coords.), *Caminos y mercados de México*. México, UNAM-INAH, 2009, pp. 459-468.
- PÉREZ SALAS, María Esther, "El costumbrismo del siglo XIX, origen del nacionalismo en la plástica mexicana", en: Lilia Granillo Vázquez (Coord.), *Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria*. México, UAM Azcapotzalco-Gernika, 1993, pp. 149-171.
- "La impronta de Nebel en el costumbrismo mexicano", en: Karl Kohut, Alicia Mayer, Et. Al., *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México, CIESAS-UNAM-Herder-Universidad Iberoamericana-Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 91-107.

- *Litografía y costumbrismo. Un nuevo modo de ver.* México, UNAM-IIE, 2005.
- "Tipos y oficios a mediados del siglo XIX en la ciudad de México: ¿Pintoresquismo o modos de subsistencia?", en: María del Carmen Collado (Coord.), *Miradas recurrentes II. La ciudad de México en los siglos XIX y XX.* México, Instituto Mora-UAM, 2004, pp. 164-199.
- PÉREZ SILLER, Javier (Coord.), *México Francia: Memoria de una sensibilidad común. Siglos XIX-XX.* México, Benemérita Universidad de Puebla-El Colegio de San Luis A. C.-CEMCA, 1998.
- PÉREZ TOLEDO, Sonia, *Población y estructura social en la ciudad de México, 1790-1842.* México, UAM Iztapalapa, 2004.
- PI-SUÑER, Antonia, Paolo Riguzzi y Lorena Ruano, *Europa, Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010. 5. EUROPA.* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, vol. 5.
- Pintura y vida cotidiana en México 1650-1950.* México, Fomento Cultural Banamex-CONACULTA, 1999.
- PRIETO HERNÁNDEZ, Ana María, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos.* México, CONACULTA, 2001.
- RAMÍREZ, Fausto, "La visión europea de la América tropical: los artistas viajeros", en: *Historia del arte mexicano.* México, SEP-INBA-Salvat, 1982, pp. 138-163.
- RAMÍREZ RODRÍGUEZ, Rodolfo, "Una mirada cautivada. La nación mexicana vista por los viajeros extranjeros, 1824-1874". Tesis de maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010.
- Recuerdo de México. Gráfica del siglo XIX. Colección del Banco de México.* Introducción de Graciela de Reyes Retana, México, INBA, Catálogo de exposición del Museo de San Carlos, mayo-Julio de 1987.
- RIVERA CORTÉS, Ricardo, "Inmigración y transferencia de tecnología, cuatro alemanes en México durante el siglo XIX", Tesis de maestría en Historia, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2006.
- ROJAS RENDÓN, María José, "La imagen de la ciudad de México en el álbum de México y sus alrededores, 1855-1856", Tesis de licenciatura en Historia, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2012.
- ROSEN, Charles y Henri Zerner, *Romanticismo y realismo. Los mitos del arte del siglo XIX.* España, Hermann Blume, 1988.

Rugendas: América de punta a cabo. Exposición y catálogo de Pablo Diener. Santiago de Chile, Aleda, ca. 1992.

SALAZAR ANAYA, Delia (Coord.), *Imágenes de los inmigrantes en la ciudad de México, 1753-1910.* México, INAH-CONACULTA-Plaza y Valdés, 2002.

SOTO JIMÉNEZ, César, "Proceso histórico del ambulante en la Plaza Mayor de México, 1821-1876". Tesis de licenciatura en Historia, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2006.

SUÁREZ DE LA TORRE, Laura (Coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora-UNAM, 2001.

TEITELBAUM, Vanesa, "La corrección de la vagancia. Trabajo, honor y solidaridades en la ciudad de México, 1845-1853", en: Clara E. Lida y Sonia Pérez Toledo (Comp.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX.* México, UAM Iztapalapa-Porrúa, 2001, pp. 115-196. (Biblioteca Signos, 10).

Teodoro de Bry, América de Bry (1590-1634). 3ª ed. España: Ciruela, 1997.

TOUSSAINT, Manuel, *La litografía en México: Sesenta facsímiles con un estudio de Manuel Toussaint.* México, Biblioteca Nacional, 1934.

VALDERRAMA NEGRON, Ninel Hipatia, "El fomento de la policía de ornato en la República de 1841-1844". Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010.

Viajeros europeos del siglo XIX en México. México, Fomento Cultural Banamex, 1996.

YOMA MEDINA, María Rebeca y Luis Alberto Martos López, *Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y la Merced.* México, Departamento del Distrito Federal-INAH, 1990.

4. Publicaciones electrónicas.

ALVA, Martha de, Arnaud Exbalin y Georgina Rodríguez, "El ambulante en imágenes: una historia de representaciones de la venta callejera en la Ciudad de México (Siglos XVIII-XX)", en: *Cybergeo: Revue européenne de géographie.* No. 373, 19 de abril de 2007, pp. 1-44, consultado en: <http://www.cybergeo.presse.fr> (23 de enero del 2009)

CRAMAUSSEL, Chantal, "El perfil del migrante francés a mediados del siglo XIX", en: *México Francia. Presencia, influencia, sensibilidad.* Francia, IHEAL, 2006, 35 p. Tomado de: <http://www.mexicofrancia.org/articulos/p8.pdf> (12 de octubre de 2012).

Diccionario de la Lengua Castellana. Madrid, Real Academia Española, Imprenta Nacional, 1822 y 1843. Consultado en: <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle> (20 de abril de 2012).

HERNÁNDEZ SERRANO, Federico, "Rugendas en México", en: *Anales de la Universidad de Chile...*, Tomo 117-118, pp. 368-371. Tomado de: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewPDFInterstitial/23368/24704> (10 de septiembre de 2012).

JAMES, Davis, "Johann Moritz Rugendas", en: *Anales de la Universidad de Chile...*, Tomo 117-118, pp. 359-367. Tomado de: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/23367/24703> (10 de septiembre de 2012).

LIDA, Clara E., "¿Qué son las 'clases populares'? Los modelos europeos frente al caso español a mediados del siglo XIX", en: *Historia Social*, no. 27, 1997 (I), México, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 3-22, consultado en: http://catedramex-esp.colmex.mx/art%C3%ADculos_clara_lista.html (18 de mayo de 2012).

México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes. México, Establecimiento litográfico de Decaen, Editor, Portal del Coliseo Viejo, 1855 y 1856. Consultado en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mexico-y-sus-alrededores-coleccion-de-monumentos-trajes-y-paisajes--0/html/00cfadda-82b2-11df-acc7-002185ce6064_6.htm (26 de agosto del 2013).

MORALES, María Dolores, "La distribución de la propiedad en la ciudad de México, 1813-1848", en: *Historias*, no. 12, enero-marzo de 1886, México, Dirección de Estudios Históricos-INAH, pp. 80-89, consultado en: <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=1124> (18 de mayo de 2012).

MUNGUÍA ESCAMILLA, Estela, "Fossey: francés transmisor de ideas y saberes en el México decimonónico", en: *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. España, Universidad de Santiago de Compostela*, 2010, disco compacto, consultado en: http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/11/64/PDF/AT9_Munguia.pdf (5 de septiembre de 2012).

ORTEGA Y MEDINA, Juan A., "Contumelia Maledicti", en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1983, [s. n.], consultado en: <http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc09/115.html> (30 de agosto de 2011).

RAMÍREZ RODRÍGUEZ, Rodolfo, "Atisbo historiográfico de la literatura viajera decimonónica en México", en: *Trashumante. Revista Americana de Historia*

Social, no. 1, 2013, pp. 114-136. Consultado en: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/trashumante/article/viewArticle/16570> (22 de octubre de 2012).

RICHERT, Gertrud, "Johann Moritz Rugendas. Un pintor alemán en Ibero-América", en: *Anales de la Universidad de Chile*. Chile, Universidad de Chile, 1969, Tomo 117-118, pp. 311-353, consultado en: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/23365/24700> (10 de septiembre de 2012).